

▲ HOMENAJE



OBRA REUNIDA

VÍCTOR MARÍA CÁCERES

 EDITORIAL
INTeatro



ESTUDIOS
TEATRALES

OBRA REUNIDA



Víctor María Cáceres

 EDITORIAL

Cáceres, Víctor María

Obra reunida : Víctor María Cáceres / Víctor María Cáceres ; compilación de Víctor María Cáceres.

-1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2023.

240 p. ; 22 x 15 cm. - (Homenaje)

ISBN 978-987-3811-95-1

1. Teatro. I. Cáceres, Víctor María, comp. II. Título.

CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

Foto de tapa: Archivo familiar del autor

CONSEJO EDITORIAL

María Paula Del Prato

Sandra Franzen

Fabiola Manssor

Gustavo Uano

David Jacobs

STAFF EDITORIAL

David Jacobs

Dirección y coordinación

Graciela Holfeltz

Producción

Patricia Ianigro

Distribución

Laura Legarreta

Asistente de edición

Juan Ignacio Crespo

Asistente de edición

Agustina Periale

Diseño de tapa

Mariana Rovito

Diseño de interior y maquetación

Mariana Rovito

Diagramación

Paula Galdeano

Corrección

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-95-1

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Impreso en 2023

Primera edición INTeatro



ÍNDICE

- 9 **DE VUELTA AL NIDO**
COMEDIA EN TRES ACTOS
-
- 63 **DON FABIÁN**
COMEDIA EN TRES ACTOS
-
- 127 **PROVINCIANÍA**
(1951)
-
- 181 **¡MÍA NENA!**
COMEDIA EN TRES ACTOS
-
- 231 **¿LLOVERÁ...?**
-
- 277 **ADELAIDA**
ENSAYO TEATRAL EN DOS ACTOS

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a Dios y a todos los que hicieron posible presenciar el tercer nacimiento de un libro que cobija las obras de teatro de nuestro querido padre, que ojalá lleguen a conocer las nuevas generaciones.

Nuestro padre supo transferir con gran sensibilidad y respeto sus vivencias sobre el hombre y su tierra, el drama rural atravesado por la falta de agua, una tierra hostil y pocas oportunidades para sus pobladores.

El valor de este libro reside en acercarnos lugares y personajes que –no hace mucho tiempo atrás– eran muy diferentes a lo que se ve ahora. Sin embargo, su esencia radica en la sencillez de su gente, y eso no cambió. El amor por la tierra es lo que se mantiene intacto dentro del corazón de cada riojano y ni el progreso, ni la modernidad lograrán cambiar ese sentimiento.

Queremos agradecer eternamente a todas las personas e instituciones que tan desinteresadamente se pusieron en sus hombros la tarea de dar vida a una nueva edición de este libro, esta vez a través de la editorial del Instituto Nacional del Teatro. Recordamos en este libro también a nuestra amada madre, Irma Rosa Canellada, su compañera de vida, que nos enseñó a amarlo y valorar sus obras, su trabajo y su pasión.

Un cálido y sentido recuerdo al director de teatro Manuel Chiesa, quien por una especial admiración hacia nuestro padre puso en

escena algunas de sus obras con excelente interpretación. A César Torres, a Fabiola Manssor y a tantos otros que interpretaron sus obras.

Al Instituto Nacional del Teatro y a su Consejo editorial por elegir publicar este proyecto. A Fabiola Manssor, representante Regional del INT de Nuevo Cuyo y provincial por La Rioja.

A todo el equipo editorial del INT.

No queremos olvidarnos de nadie, por lo que reiteramos nuestro más profundo agradecimiento por acercar su recuerdo y sus obras a quienes tal vez no conocieron La Rioja de nuestros abuelos.

A los jóvenes y futuras generaciones, esperamos que sepan interpretar y sentir las obras que, en un lenguaje tragicómico, los transportarán mágicamente a épocas maravillosas de nuestra infancia, cuando La Rioja sencilla y humilde nos envolvía con ese encanto particular.

6

Así lo veía nuestro padre.

Rosa de las Mercedes, Marta Eugenia y Bárbara Patricia,
hijas de Víctor María Cáceres
La Rioja, 2023.

CRITERIOS DE ESTA EDICIÓN

Esta edición de los textos se ha ordenado siguiendo el criterio cronológico usado por Plano editorial en su edición de 2022. La primera obra, *De vuelta al nido*, fue estrenada en 1945 por el Centro Riojano de Arte Escénico dirigido por Jorge Fernando Castellanos; *Don Fabián* fue puesta en escena hacia finales de la misma década por el grupo actoral mencionado.

Seguidamente, el libro *Provincianía* fue publicado en el año 1951. La tercera obra teatral, *Mía Nena*, fue representada por el grupo actoral (creado y dirigido por Víctor María Cáceres) que más tarde se constituyó como la Comedia Cordobesa, entre los años 1950 y 1953. *¿Lloverá?* fue estrenada, al igual que las dos primeras, por el Centro Riojano de Arte Escénico en 1955. Y, finalmente, *Adelaida*, no obstante ser su primera pieza, nunca fue representada en presencia de Cáceres. Por razones que ignoramos, el autor no la dio a conocer y por este motivo fue puesta en escena póstumamente.

Por último, se encuentran en *Mía Nena*, a partir de la escena IV del Acto Primero, tres asteriscos (***) en diversos fragmentos: estos hacen referencia a vocablos ilegibles que se perciben en el texto original.

1

**DE VUELTA
AL NIDO**

COMEDIA EN
TRES ACTOS

Estrenada en 1945 por el Centro Riojano de Arte Escénico dirigido por Jorge Fernando Castellanos.

PERSONAJES

ANDREA

MARTÍN (hermano político de la anterior)

GUMERSINDO (hijo de la primera)

PETRONA (hija de la primera)

CACHILO (criado)

RAMÓN (novio de Petrona)



ACCIÓN

La acción, durante el primer acto, se desarrolla en algún pueblo del interior de la Provincia de La Rioja. El escenario representa una salita común en los ambientes rurales, aunque debe poseer detalles que manifiesten la posición económica holgada de sus propietarios.

Los actos segundo y tercero se desarrollan en Buenos Aires. Transcurre la acción en un living más o menos lujoso, pero arreglado sin mayor gusto.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Andrea y Cachilo.

ANDREA. —(*Entra por foro tomando mate y comienza a limpiar los muebles con un plumero.*) ¡Ave María!, nos hemos dormido todos hoy. Yo no he pegado los ojos anoche pensando en el finado. ¿Y los chicos todavía están durmiendo?

CACHILO. —Todavía. Al joven Gumersindo fui a darle un mate y me salió tirando con un zapato por la cabeza.

ANDREA. —Y bueno; pobrecito, que descansen, al fin y al cabo, ellos no tienen nada que hacer. Ellos qué saben de sufrimientos. Y el sordo ese yo no sé por dónde andará.

CACHILO. —Todavía no ha vuelto de los potreros.

ANDREA. —Sí, él sale y anda por todas partes, hasta la hora que quiere y después viene a protestar porque no le dan mate antes que sale el sol. ¡Cómo para levantarse a las siete de la mañana con el frío que hace!

CACHILO. —A las seis se levanta.

ANDREA. —Peor todavía. Ese sordo se está haciendo muy pretencioso también. Voy a tener que ponerlo en vereda hoy mismo. Si no, mañana nomás nos va a tener de sirvientes a todos aquí. Ayer, sin ir más lejos, tuvo la pretensión de que los chicos se levantaran juntos con él. ¡Y a esa hora! Petronita para que le diera mate y Gumersindo para que lo acompañe a los potreros (*Devolviéndole el mate.*) Está muy desabrido, echale más azúcar.

CACHILO. —Voy a tener que esperar que llegue don Martín, porque él deja todo con llave.

ANDREA. —¡Qué! ¿También eso? Yo, que soy la dueña, ¿tengo que estar racionada por ese sinvergüenza? No, si ese sordo necesita que lo enfrente tempranito nomás. Y la culpa de todo la tiene el finado de mi marido. ¡Ah, eso no le perdonaré nunca! Y que Dios me perdone si hablo así de un muerto. ¡Pero dejarle toda la plata, todo el campo, todos los animales, todo, para el sordo ese, porque sea su hermano nomás, como si no hubiera tenido mujer e hijos!

CACHILO. —¡Y yo...!

ANDREA. —¡Andá a la cocina, sinvergüenza, vos también! (*Mutis de Cachilo.*) Si es como para morirse de rabia... de manera que el sordo, en cuanto se le ocurra nomás, puede sacarnos de la mano y plantarnos en la calle. ¡Y no hay boca que hablar porque él es el dueño de todo...!

ESCENA II

Andrea y Martín.

MARTÍN. —Por fin parece que alguien se ha levantau aquí.

ANDREA. —¡Ahí lo tienen! Y todavía se permite hablar con ironía. Claro, dale nomás; total vos sos el dueño.

MARTÍN. —¿Que tenís sueño?

ANDREA. —¡¡Sí!!

MARTÍN. —Y hubieras seguío durmiendo. Total, pa' que uno llegue en santas ayunas hasta el mediodía es lo mismo nomás.

ANDREA. —(*Tomándose de la cabeza.*) ¡Señor, Señor, dame paciencia porque si no voy hacer una muerte!

MARTÍN. —(*Mirándola.*) ¿Qué, te duele la cabeza?

ANDREA. —¡¡Sí!!

MARTÍN. —Ve, saben decir que las hojas de palanchi con grasa*’*i gallina son muy buenas.

ANDREA. —(*Furiosa.*) ¿Ah, sí?

MARTÍN. —Sí. Lo que sos tan albiadora te enfermás...

ANDREA. —¡Ay este sordo! Ni matándolo a palos me había de conformar. ¡Qué castigo de Dios, Señor!

ESCENA III

Andrea, Martín y Petrona.

PETRONA. —¡Por Dios, mamá! ¿Ya están peleándose otra vez? ¡Qué cosa bárbara! ¡No hay hora, no hay un momento de tranquilidad en esta casa; ya no se puede vivir!

ANDREA. —Por culpa de este tipo, hijita. Y lo peor es que uno no tiene ni siquiera el consuelo de hacerlo que oiga.

PETRONA. —¡Pero, mamá, no le haga caso! Al fin y al cabo, el pobre nos reta porque nos quiere el bien.

ANDREA. —Aunque así fuera, hijita. Pero que cargue el diablo con esta cruz.

MARTÍN. —(*A Petrona.*) ¿Amaneció buena, m*’*hijita?

PETRONA. —Sí, tío. ¿Y usted ya anduvo por los alambrados?

MARTÍN. —¿Te has acalambrau?

ANDREA. —¡No ve!

PETRONA. —(*Acercándosele.*) Nada, tío. Le pregunto si ya recorrió el campo.

MARTÍN. —¡Ah, sí! Todo está bien, nomás, todo está bien.

ANDREA. —¡Pero hay que tener paciencia para conversar con esta tapia!

PETRONA. —Y bueno, mamá, qué cuesta hablarle con cariño si quiera de vez en cuando.

MARTÍN. —Todo está bien, todo está bien; menos que tu hermano no haya ido a la misa de tu padre ayer. Y menos todavía por quedarse a dormir. Parece mentira que al año justo de su muerte ya no se acuerdan de mi pobre hermano, que se ha deslomau trabajando para dejarles algo.

ANDREA. —¿Y todavía tenés cara de decir eso? Con ese cuento de que trabajaba para nosotros nos estuvieron engañando toda la vida. Y resulta que cuando se iba a morir se olvidó que tenía mujer y que tenía hijos para dejarte de dueño y señor a vos. Por eso ayer, nada más que por lo que han de hablar las gentes de mí, hice el sacrificio de ir a esa misa, que a propósito la has pedido a la media noche casi. ¡No porque lo merecía!

PETRONA. —¡Mamá!

ANDREA. —¡Qué mamá ni la chaqueta! Alguna vez tengo derecho de hablar yo también.

MARTÍN. —¿Qué está diciendo esa?

PETRONA. —Nada, tío, nada.

ANDREA. —¡Hasta esa desgracia tengo, que ni siquiera oye este infeliz!

PETRONA. —Mejor es que no oiga el pobre.

ANDREA. —¡Eso es lo que faltaba ahora! Que todos me echen al medio; me acorralen como a la última perra de la casa. ¡Aquí estoy, vengan a pegarme vengan a comerme; vení, viejo zorro, que hasta el cariño de mis hijos me estás robando; ladrón, sinvergüenza, ladrón!

PETRONA. —(Conteniéndola.) ¡Mamá, por favor, cállese, mamá!

ESCENA IV

Andrea, Martín, Petrona y Gumersindo.

GUMERSINDO. —(*Entrando.*) ¡Eh!, ¿qué pasa? ¡Pero, che; aquí no se puede ni dormir! Esta casa ya parece un manicomio. Primero, el que gritaba era el viejo, se ha muerto él, y ahora este sordo hace gritar a medio mundo.

ANDREA. —(*Llorisqueando.*) ¡Pero sí, m'hijo, aquí tu madre es la mártir con esta cruz que nos ha dejado tu padre!

PETRONA. —(*Cubriéndose la cara con las manos.*) ¡Pobre tío!

MARTÍN. —(*Levantándose.*) ¿Por qué llora, m'hija? ¿Qué la retau?

PETRONA. —Sí, tío; pero no es nada. ¿No es cierto Gumersindo?

GUMERSINDO. —(*Desperezándose.*) ¡Hum, si te parece poco!

MARTÍN. —(*Reparando en él.*) ¡Ah! ¡Ya se había levantau el hombre de la casa!

GUMERSINDO. —¡Eso es, ahora se va a trenzar conmigo!

PETRONA. —¡Vamos, Gumersindo, por favor!

GUMERSINDO. —Pero che, este sordo se la pilló en serio.

PETRONA. —Gumersindo, siquiera vos dejalo tranquilo.

GUMERSINDO. —¿No ve? ¿Qué le hago yo? Si yo estoy lo más tranquilo aquí, y él nomás empieza con los puazos. Desde ayer la tiene conmigo. A ver si un día de estos se me despierta el indio y lo saco a los saltos.

PETRONA. —No te olvidés que es tu tío.

GUMERSINDO. —¡Hasta eso!

PETRONA. —(*Acercándose a Martín.*) No es ningún perro porque sea sordo.

MARTÍN. —Cómo va a estar gordo po, m'hija, si no hace nada.

GUMERSINDO. —¡Cambiale el disco, che!

PETRONA. —(*Acercándole la silla.*) Siéntese, tío.

GUMERSINDO. —¡Eso es! Ponele silla para que siga la farra.

MARTÍN. —(*Sentándose.*) Agradezcan que no saben todavía lo que es no tener padre.

GUMERSINDO. —¡Pero che, ahora se cree nuestro padre el sordo este!

PETRONA. —Pobre tío, ¡todavía debe andar en ayunas!

GUMERSINDO. —¿Qué horas serán?

PETRONA. —Ya deben ser las once.

MARTÍN. —¿Dónde está?

PETRONA. —¿Quién?

MARTÍN. —No decías que está Ponce...

PETRONA. —Digo que son las once.

MARTÍN. —¡Oh, yo también sé...!

GUMERSINDO. —(*Desperzándose.*) ¿Che, y todavía no hay nada que tomar?

PETRONA. —No sé. Yo también me levanté tarde. Pero por lo menos lavate la cara primero.

GUMERSINDO. —¡Oh!, ¿qué otra cosa manda la patrona?

PETRONA. —(*A Martín.*) ¿Todavía no ha tomado mate?

MARTÍN. —¿Quién, yo?

GUMERSINDO. —No, yo.

PETRONA. —Sí, tío.

MARTÍN. —Al muchacho ese lo mandé que cebara; no sé qué andará haciendo que no viene.

PETRONA. —Voy a ver qué hace. (*Mutis.*)

ESCENA V

Martín y Gumersindo.

GUMERSINDO. —(*Por Martín.*) ¡Ahí está; dueño y señor de todo! Claro, con el macanazo que hizo el viejo, cualquiera se convierte en un tirano aquí. A mí se me ha puesto entre ceja y ceja que el que lo aconsejó al viejo fue el mismo escribano Terencio. Claro, él mismo hizo las escrituras y armó todo el pastel. Porque hay que ver que se precisa ingenio para dejarlo colgado así a uno... Ya lo ven; dueño y señor. (*Levantándose.*) ¡Si es como para morirse! Y deben ser muchos miles, porque ni eso sabe uno.

MARTÍN. —¡Ah! ¿Estabas aquí?

GUMERSINDO. —No, estoy al lado.

MARTÍN. —Tenía que decirte algo a vos.

GUMERSINDO. —¡Zás! Sermón en puerta.

MARTÍN. —Desde ayer ando por decirte unas cosas, hijo.

GUMERSINDO. —¡Ufa! Yo no tengo paciencia para escucharte, viejito. (*Mutis haciendo gestos de indiferencia.*)

MARTÍN. —(*Mientras lía un cigarro.*) Entre tu padre y yo había muchos secretos que todavía no puedo contar. Éramos dos hermanos muy unidos. Él los quería demasiado a ustedes. Yo se lo decía siempre... ¡Je, je, je, je! Y resulta que a mí me pasa lo mismo... (*Transición.*) Pero vos, que ya debías... (*Al encontrarse solo.*) ¿Dónde se habrá metido este diablo? (*Suspirando.*) Es de vicio, es de vicio...

ESCENA VI

Martín y Cachilo.

CACHILO. —(*Entrando con el mate.*) ¡Sí, sí! Pa' retarlo a uno son buenos, pero no hay quien se levante a darle un mate a don Martín. Y todavía lo miran como carne'i cogote. (*Tocándolo.*) Tome el mate, don Martín.

MARTÍN. —¡Vaya, hombre! Ya tenía el hocico helau.

CACHILO. —También, si yo no estoy, no hay quien le cebe.

MARTÍN. —¿Que lleve qué?

CACHILO. —Nada. ¡Sobre que tiene un oído más fino que una mula...!

MARTÍN. —Está medio frío este mate.

CACHILO. —Y claro; hasta que llegó aquí ya se enfría.

MARTÍN. —¿Qué?

CACHILO. —Vamos pa' la cocina.

MARTÍN. —¿Qué allá estás cebando?

CACHILO. —Sí, señor.

MARTÍN. —(*Levantándose.*) Eso hubieras dicho, chanta.

CACHILO. —¡Si eso le estoy diciendo!

MARTÍN. —(*Deteniéndose.*) ¿Ya está lloviendo?

CACHILO. —¡No! Vamos. (*Mientras lo sigue.*) Hoy día parece que ha amaneció más aliviau, ¿no?

PETRONA. —(*Entrando por derecha.*) ¿A dónde van?

MARTÍN. —¿Cuántos quería que vayan?, si este es el primer mate. (*Mutis.*)

CACHILO. —(*Conteniendo la risa.*) A la cocina, niña.

PETRONA. —Reíte nomás vos, algún día te va a ver él, y entonces las vas a pagar todas juntas.

CACHILO. —Yo siquiera le doy mate y lo acompaño; peor que otras. (*Mutis.*)

PETRONA. —¡Seguí hablando nomás! ¡Pero qué chino este que se está haciendo atrevido!

ESCENA VII

Petrona y Gumersindo.

GUMERSINDO. —(*Entrando.*) ¡Che, che! ¿Qué pasa? ¿Otro lío más? (*Al ver que está sola.*) ¡Qué! ¿Te estás peleando vos sola o te estás entrenando?

PETRONA. —No, lo estaba retando al Cachilo, que se ríe del tío.

GUMERSINDO. —(*Sentándose.*) Dejalo que se divierta, hombre.

PETRONA. —Y mamá, ¿dónde se habrá metido?

GUMERSINDO. —Está tomando mate en el comedor.

PETRONA. —¿Está sola?

GUMERSINDO. —Estaba conmigo, supongo que ahora estará sola.

PETRONA. —¿Tomaste algunos mates vos?

GUMERSINDO. —Sí, le alcancé a garrear dos o tres a mamá.

PETRONA. —Voy a ver si me convida a mí también. Aunque debe estar medio enojada conmigo.

GUMERSINDO. —Y claro, también, se necesita ser pava para salir en defensa del sordo cuando la vieja está con todas las pulgas sueltas.

PETRONA. —¿Y qué querés? Yo le tengo lástima. También hay que ver que es el único que hace algo aquí.

GUMERSINDO. —Dejalo que se arregle, hombre. Bastante zorro es él también.

PETRONA. —Si no supiera defenderse, yo no sé dónde estaría ya.

GUMERSINDO. —Bueno, bueno, dejalo tranquilo al sordo ahora.

Decime una cosa: ¿pensaste bien lo que te dije ayer?

PETRONA. —¿Qué era?

GUMERSINDO. —¡Qué! ¿Te olvidaste ya?

PETRONA. —¡Ah! ¿Lo de la ida a Buenos Aires?

GUMERSINDO. —¡Claro!

PETRONA. —Anoche pensé toda la noche.

GUMERSINDO. —¡Eso es! ¿Y ahora ya no te acordabas? Ustedes las mujeres son una cosa seria, che.

PETRONA. —Y si no fuera por las mujeres...

GUMERSINDO. —Bueno, bueno, no te des importancia ahora.

Volviendo al asunto, ¿qué te pareció la idea?

PETRONA. —Pero, ¿nos iríamos nosotros dos nomás?

GUMERSINDO. —¡Estás loca! ¿Y qué hago allá con vos?

PETRONA. —¿Y vos solo qué vas a hacer? ¿Qué te crees?

GUMERSINDO. —Yo me las arreglo. Pero esa no es la cosa. La gran cuestión es que nos vamos todos.

PETRONA. —¿Todos?

GUMERSINDO. —Claro.

PETRONA. —¿Y creés que mamá?

GUMERSINDO. —Vos dejala a mamá por mi cuenta. Te aseguro que dentro de una hora está saltando por irse. Faltaría el sordo no más.

PETRONA. —¿También?

GUMERSINDO. —¡Y qué! ¿Querés que dejemos la bolsa con la plata? Si no nos sigue el sordo estamos fritos.

PETRONA. —Me parece tan difícil eso...

GUMERSINDO. —¡Precisamente, mi querida hermanita! Ahí tenés que mostrar tu clase. Si fuera fácil no sería gracia, m'hija. El sordo a quien más quiere en esta casa es a vos.

PETRONA. —Él nos quiere a todos. No le reconocen nomás.

GUMERSINDO. —Bueno, bueno; así que sea; pero a vos te quiere más. Vos tienes que decirlo como te parezca mejor, que es necesario que nos vayamos todos a Buenos Aires. Un pedido tuyo vale mucho para el sordo. Yo sé por qué te digo.

PETRONA. —¿Pero vos no te das cuenta de lo que significaría para él, salir de aquí para irse a vivir nada menos que en Buenos Aires?

GUMERSINDO. —Y bueno, ya se acostumbrará. Y si no se acostumbra, mala suerte. Además, ¿qué te crees vos que es Buenos Aires? ¿Algo así como los quintos infiernos o la Gran China?

PETRONA. —No, no, pero para nosotros sería distinto...

GUMERSINDO. —Claro que sería distinto. Pensá nomás vos cómo será tu vida aquí, en este pueblucho, dentro de diez años. Si no te casás con un gringuito de esos con plata o con el papanata ese de Ramón, te quedás para vestir santos. ¿Y qué haces aquí? Te levantas, comes algo, escuchas la radio, lees algunas revistas viejas —porque aquí ya llegan viejas—, volver a comer, oír hablar de animales, de chismes y de cuantas macanas se habla aquí, y después volver a dormir ... ¿Te parece que eso es vida para una chica joven y no tan mal parecida, como sos vos? Porque hablando sinceramente no sos fea ni mucho menos.

PETRONA. —(*Riendo halagada.*) ¡Gracias, hermanito!

GUMERSINDO. —...Y sería realmente una lástima que dejes enterrar tu juventud, tu preciosa juventud, entre gallinas, perros, burros y vacas. Porque aquí no hay otra cosa que ver. En cambio, en la ciudad, m'hija, vos podrías lucirte. Claro que tendrías que vestir de otra forma... Ya ves, aquí ni siquiera a vestirse aprende uno. Y de quién vas a aprender si todas andan con esa pollera de percal mugriento, o con los pantalones a media asta. Y las pobres chicas, cuando les da por pintarse, parecen máscaras. Eso no podés negarlo porque lo estás viendo todos los días...

PETRONA. —¡Ah!, no, claro...

GUMERSINDO. —Sí, es la verdad, m'hija; no hay nada que hacerle... Imaginate vos allá, en Buenos Aires, bien arregladita, con un vaporoso vestido de fiesta, sabiendo perfectamente cómo se comporta una chica en una reunión y luciendo joyas que no todas pueden lucir...

¡Yo me sentiría orgulloso de una hermanita así, querida! ¡Cómo se pelearían esos lindos muchachos por bailar con vos!

PETRONA. —(*Halagada.*) ¡Ja, ja, ja! Vos serías muy buen diputado, che.

GUMERSINDO. —No, no, es que es así. Las porteñas son pura pintura, m'hija. Te digo porque yo las he visto. En cambio, vos tenés encantos que no tiene cualquiera... Imagínate vos en un regio baile, un salón lleno de luces y de espejos, una buena orquesta, lleno de hombres importantes, bien vestidos, limpios... colmándote de atenciones y rogándote que bailes siquiera una pieza con ellos. ¡Tendrías que elegir, querida! Y quién te dice si en un baile de esos no conocés a algún artista del cine o de la radio, y te lleva al cine o a la radio, y resultás una gran actriz, y triunfás, y te convertís en una estrella famosa, llena de gloria, deslumbrante.

PETRONA. —¡Eh...! ¡No tanto, no tanto, no tanto!

GUMERSINDO. —¡Y qué! ¿Acaso las estrellas no surgen así? Un buen día la pegan y están aseguradas por toda la vida. En cambio, aquí... ¡Haceme el favor...! Vas a un baile, cuando llega a haber alguno de esos que llaman bailes aquí, cuando se desocupa algún galpón inmundo, y te encontrás con cuatro papanatas tiesos, torpes, que nunca sabés si se te acercan a pedirte una pieza o a pegarte una cachetada. Porque así son todos. ¡Para que vos, que sos una chica inteligente, te hayas fijado en el tal Ramón ese, tiene que ser el mejorcito...! ¡Y mirale bien la pinta, observalo bien y después me contás qué te parece! Si eso es un mamarracho, hombre. Compará vos la facha de tu Ramón con esos muchachos que ves en las revistas, y te vas a dar cuenta.

PETRONA. —Claro que no es lo mismo; pero es muy bueno. Además, yo lo conozco desde chico.

GUMERSINDO. — ¡Es muy bueno! ¿Y qué hacemos con eso? ¿No te digo yo? Vos estás muy atrasada, m'hija. ¿Hoy en día para qué te sirve la bondad? ¡Para hacer el ridículo, m'hija! Vamos, vamos; dejate de pavadas. Mirá; andá conversalo al sordo; a vos no se te resistirá.

PETRONA. — ¿Y si no quiere?

GUMERSINDO. — ¡Es que tiene que querer, m'hija! Esto es cuestión de vida o muerte. ¿Quién te dice si nuestro porvenir y nuestra suerte no están allá, en Buenos Aires?

PETRONA. — (*Medio mutis.*) Yo le voy a decir, vamos a ver...

GUMERSINDO. — No, no; vos tenés que convencerlo, ¿me comprendés? Tenés que convencerlo.

ESCENA VIII

Petrona, Gumersindo y Cachilo.

CACHILO. — (*Entrando.*) ¿No quieren un chuyito?

GUMERSINDO. — (*Arrebatándoselo.*) ¡Claro, hombre, traé!

PETRONA. — (*Por Cachilo.*) ¿Qué picardía habrá hecho este, que está tan comedido?

CACHILO. — (*Retrocediendo.*) ¡Guah! ¡Nada, niña!, si estaba encerrando los chanchos.

GUMERSINDO. — Disculpá, hermanita; yo tenía la boca seca.

PETRONA. — (*Riendo.*) Y si hablás tanto...

GUMERSINDO. — Yo lo hago por tu bien, m'hija. Andá acompañalo a tomar mate al sordo, como quien lo conversa, ¿sabés?

PETRONA. — (*Con desgano.*) Bueno...

CACHILO. — Por allá viene el joven Ramón.

GUMERSINDO. — ¡Zas! Ya la echó a perder.

PETRONA. —(*Interesada.*) ¿Viene para acá?

CACHILO. —Parece que viene rumbiando para este lau.

GUMERSINDO. —¿No te digo yo? ¡Si hasta para llegar es inoportuno! Andá conversalo al sordo; convencelo, m'hija, convencelo. Yo lo voy a entretener un rato al tonto ese.

PETRONA. —¡Bueno, che! ¡Yo creo que a vos no te hace nada!

GUMERSINDO. —(*Riendo.*) ¡Pero si es ridículo, m'hija!

PETRONA. —Dejalo nomás.

GUMERSINDO. —Bueno, bueno; disculpame, hermanita. Andá conversalo al sordo y después volvé.

PETRONA. —Bueno. En seguida vuelvo. (*Mutis.*)

ESCENA IX

Gumersindo y Cachilo. Después Ramón.

GUMERSINDO. —(*Luego de pasearse tomando el mate, se detiene bruscamente y le dice.*) ¡Ya está! Decime una cosa.

CACHILO. —(*Creyéndose descubierto.*) ¡Son mentiras, joven! ¡Si la chancha se había muerto cuanta y me quieren achacar a mí!

GUMERSINDO. —Decime una cosa.

CACHILO. —¡Si la chancha se había muerto cuanta, joven! Son mentiras de los peones. ¡Todo lo que hacen ellos me lo achacan a mí!

GUMERSINDO. —Escuchá. Decime una cosa...

CACHILO. —¡Si la chancha estaba muerta, joven, ¡ellos nomás han de ser...!

GUMERSINDO. —¡Pero escuchá de una vez y dejate de hablar macanas!

CACHILO. —Bueno, bueno, diga nomás. (*Aparte.*) Si la chancha se había muerto cuanta.

GUMERSINDO. —¿A vos te gustaría irte a Buenos Aires?

CACHILO. —¿Qué?

GUMERSINDO. —¿Te gustaría ir a Buenos Aires?

CACHILO. —¿A Buenos Aires? ¿A hacer qué?

GUMERSINDO. —¿Cómo a hacer qué? A vivir allá. Nos iríamos todos.

CACHILO. —¿Todos?

GUMERSINDO. —Claro. Nos iríamos a vivir allí. Vos tendrías tu piecita para vos solo en la casa. Los domingos te vas a pasear en las plazas, o al cine, o a las calesitas... Allá hay todos los días eso. O te vas al puerto a ver los buques llenos de pasajeros... Te vestís mejor... En fin, conocerás un mundo distinto como de sueños, ¿te gustaría?

CACHILO. —¡Oy Dió! ¡Con razón había soñado un ternero blanco! ¡Eso no falla nunca! ¡La envidia que van a tener los peones cuando me vean! Y a mí me tiene de chófer, con gorra y ese traje azul con virolas coloradas.

GUMERSINDO. —¡Claro, m'hijo; claro! ¡Qué pinta vas a tener! Allá serás otro, vos. ¿Así es que estamos de acuerdo?

CACHILO. —¡La envidia que van a tener los tipos! Oiga, ¿y cuándo se vamos?

GUMERSINDO. —Y..., es cuestión de unos días. Mirá, el único inconveniente que hay, es que quiera irse el tío Martín. ¿Vos te animarías de ayudar a convencerlo?

CACHILO. —¡Hum! Francamente, es medio difícil, vea. A don Martín no le sacamos de aquí ni tirándolo a la cincha.

GUMERSINDO. —Ya sé que es difícil, pero hay que llevarlo. Vos andá ayudarle a la Petrona, que ya lo tiene medio convencido.

CACHILO. —¿Cierto?

GUMERSINDO. —¡Sí, hombre; sí! Ya está al caer. Un pechoncito más, y ya está listo el sordo también.

CACHILO. —¿Cierto? ¡Oy Dió! ¡Entonces ya estamos viajando! Traiga el mate. *(Se lo arrebató.)* Dejeló por mi cuenta, ya va a ver. *(Mutis corriendo.)*

GUMERSINDO. —*(Sobándose las manos.)* ¡Otra vizcacha al horno! ¿Qué yo no volvería a Buenos Aires? ¡Ya van a ver!

Se oye un ruido tremendo de cuerpos y muebles que caen, y luego voces de recriminación.

GUMERSINDO. —¡Eh! ¿Qué pasa? Seguro que se mató de un golpe este bárbaro. *(Mirando hacia fuera.)* ¡Qué bárbaro! ¡Ja, ja, ja! Casi lo mata al pobre Ramón. ¡Ja, ja, ja! *(Entrando.)* ¡Pobre tipo! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bárbaro! ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. —*(Entra sosteniendo un ramito de flores hecho pedazos, en una mano limpiándose las ropas con la otra.)* No es nada, no es nada.

GUMERSINDO. —*(Riendo.)* ¿Te golpeastes? ¡Pobre Ramón! ¡Pero qué porrazo! Ja, ja, ja! Sentate, hombre, sentate.

RAMÓN. —*(Sentándose.)* No es nada, no es nada. ¡Ejem!

GUMERSINDO. —Yo creí que se venía la casa encima. ¡Ja, ja, ja! ¿Pero estás seguro que no te hiciste nada? ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. —*(Bastante incómodo.)* Nada, hombre, nada. No m'hi hecho nada. ¡Ejem! Este... ¿y los demás?

GUMERSINDO. —*(Riendo aún.)* Por ahí andan.

RAMÓN. —*(Molesto.)* ¡Ejem! Este... ¿todos buenos?

GUMERSINDO. —Sí, todos buenos, gracias. ¿Y qué tal te va con tus campos?

RAMÓN. —Bien nomás ¡Ejem!

ESCENA X

Gumersindo, Cachilo, Ramón y Petrona.

GUMERSINDO. —(*Al ver a Petrona, que entra secándose las lágrimas.*) ¡Zás!
¡Fracasó la misión!

PETRONA. —Vos me mandaste para que me rete...

RAMÓN. —(*Inquieto.*) ¡Petrona! ¿Qué te pasa?

PETRONA. —Nada, Ramón.

GUMERSINDO. —¿Y, che? ¿Qué resultó?

PETRONA. —¿No te digo que me ha retado?

GUMERSINDO. —¡Qué lástima!

PETRONA. —Pero yo creo que al final va a ceder. Ahora lo haré que ceda en cualquier forma.

GUMERSINDO. —¡Bravo, hermanita! ¡Así me gusta! Bueno, yo los dejo un momento. Voy a conversar con mamá. Y acordate de lo que te dije. (*Guiñándole un ojo mientras hace mutis.*) Acordate de las revistas; ¿no? De aquello que te dije. Compará, compará vos...

PETRONA. —¡Sí, hombre; sí! (*Sentándose.*) Y... sentate.

RAMÓN. —(*Sentándose también.*) Este... ¡Ejem! Te venía traendo este ramito, pero se me lo ha hecho pedazos recién.

PETRONA. —(*Lo observa con visible insistencia.*) Y bueno, no importa. Te agradezco lo mismo.

RAMÓN. —Este... ¡Ejem! Iba pasando y, red repente, se me ha ocurrió de entrar a verte.

PETRONA. —¿Y no me habías visto anoche?

RAMÓN. —Sí, pero yo no me canso de verte. No como vos...

PETRONA. —¡Oh!, ¡ya vas a empezar como anoche...!

RAMÓN. —Es que vos ya no sos la misma de antes.

PETRONA. —¡Y claro que no soy la misma!

RAMÓN. —¡Petrona...!

PETRONA. —Ahora tengo dieciocho años.

RAMÓN. —(*Suspirando.*) ¡Por qué pasarán los años...!

PETRONA. —¿Y qué quieres que le haga? Yo no puedo atajarlos.

RAMÓN. —Es que antes parecía que me correspondías. Éramos felices.

PETRONA. —Y te vienes todo sucio... Parece que te hubieras revolcado.

RAMÓN. —(*Sacudiéndose confundido.*) Es que m'hi caído recién, cuando venía dentrando pa dentro.

PETRONA. —¡Y ese sombrero...!

RAMÓN. —(*Se lo saca y lo limpia con el brazo.*) Se me lo ha caído al suelo recién.

PETRONA. —Y ese pañuelo torcido...

RAMÓN. —(*Arreglándose.*) ¡Pero si m'hi cáido recién...! ¿Qué no entendís? Parece que más te fijás en las ropas.

PETRONA. —No, pero tampoco me gusta que vengas como un mamarracho.

RAMÓN. —Pal caso... Tal vez sea mejor que no venga más.

PETRONA. —Como te parezca.

RAMÓN. —¿No ve? Ta bien. Pero por lo menos quiero saber qué es lo que t'hi hecho yo, para que estés... tan así. ¿Acaso te han dicho alguna cosa?

PETRONA. —No.

RAMÓN. —¿Y entonces...? (*Pausa.*) ¿Qué te pasa conmigo?

PETRONA. —¡Nada, hombre, nada!

RAMÓN. —¿No ve? (*Pausa.*) Si es que has dejau de quererme, decímelo. Claro que voy a sufrir mucho, pero por lo menos voy a estar al tanto de lo que te pasa. ¿No te das cuenta que si yo pierdo tu aprecio no voy a saber qué hacer, p'ande rumbo? ¿Acaso no se queremos desde criaturas? (*Pausa.*) Quiere decir entonces que... No puede ser. Y

ahora, de la noche a la mañana, sin decirme siquiera ¡atajate!, vengo y te encuentro tan cambiada, tan tibia conmigo, como... disculpando la palabra, como enemistosa. Ni siquiera te alegrás como cuanta, porque vengo a verte. *(Pausa.)* ¿Qué es lo que te pasa? ¿Acaso... es que acaso querís algún otro?

PETRONA. —*(Pensativa.)* No.

RAMÓN. —¿Y entonces...? *(Transición.)* Ta bien. Qué le vamos a hacer. Te dejo. Me voy. Tal vez consiga olvidarte yo también alguna vez... *(Pausa.)* Me voy, adiós... *(Medio mutis.)* Adiós. *(Aparte.)* Esta parece que no oye. *(Ella mira un tanto sorprendida, y creyendo ver, él, un signo de reconciliación, le ofrece nuevamente el ramo, con la cara iluminada de gozo. Pero ella le vuelve la espalda.)* ¡Adiós! *(Reuniendo todas sus fuerzas arroja el ramo contra el suelo y a grandes pasos gana la Puerta.)*

PETRONA. —*(Sola, sin decir una palabra, se pone a llorar.)*

ESCENA XI

Petrona y Martín.

MARTÍN. —*(Entra agachado y al reparar en Petrona, vivamente afligido se le acerca y comienza a acariciarla.)* Cállese, m'hijita; no le haga juicio a este viejo zonzo. No la voy a retar más. Callesé, m'hija. Y bueno, si su madre quiere, se puede ir a Buenos Aires con ella... Yo qué voy a hacer en ese pueblo tan grande, m'hija... *(Tomándola por la barbilla.)* ¿O quiere que yo también la acompañe? ¿Eh?

PETRONA. —Sí, tío.

MARTÍN. —*(Contento.)* ¡Je, je, je! ¡Pucha digo! Es que yo ya estoy muy viejo para andar en esos trotes m'hija. En fin, ya vamos a ver cómo

arreglamos. Vamos a tomar unos matecitos, y ya veremos después.
¿Vamos, m'hija? (*Mutis de ambos.*)

ESCENA XII

Gumersindo y Andrea.

GUMERSINDO. —(*Entra con Andrea, continuando una conversación.*) Y por usted misma, mamá, que es una mujer joven todavía, ¿acaso piensa morir enterrada aquí, entre las vacas y los burros? ¿Acaso no es una lástima que una mujer joven, y no mal parecida —porque esa es la verdad—, viva eternamente en ese pueblucho lleno de chismes y de cuánta miseria hay aquí?

ANDREA. —(*Presumida.*) ¡Je, je je! ¡No seas tan zalamero, hijo!

GUMERSINDO. —Pero si es la verdad, mamá. ¡Ya quisieran ser como usted más de cuatro señoras del pueblo!

ANDREA. —(*Componiéndose.*) ¿Te parece que no haría mal papel allí?

GUMERSINDO. —¡Pero, mamá! No se haga la humilde. Usted da golpe en Buenos Aires y en cualquier parte. ¿Cómo se va a llevar de lo que dicen las mujeres de este pueblo, si todas son una punta de envidiosas?

ANDREA. —Este... y bueno. Podríamos ir a probar un tiempo; ¿no te parece?

GUMERSINDO. —¡Claro, mamá! Si vemos que no nos gusta, damos la vuelta, y listo. Nada se pierde.

ANDREA. —¿Pero, cómo hacemos para llevar al sordo ese?

GUMERSINDO. —Usted no se aflija, Petronita, ya lo tiene totalmente convencido. Ya la llamo. (*Llamando.*) ¡Petrona! ¡Petrona! ¡Vení! ¡Vení!

PETRONA. —(*Desde bambalinas.*) ¡Ya vamos!

ANDREA. —¡Ay, m'hijo, yo tengo miedo!

GUMERSINDO. —¿Miedo de qué? ¿Acaso nos vamos al otro mundo?

ANDREA. —No; pero... qué dirán de mí, recién hace un año a lo que ha muerto tu padre.

GUMERSINDO. —¿Y qué? ¿Acaso no hablan lo mismo? Además, no es usted la primera que se le muere el marido.

ANDREA. —Sí, pero...

GUMERSINDO. —¿Y qué quieren? ¿Qué nos mudemos a la tumba del viejo? ¡No hay derecho, mamá!

ESCENA XIII

Gumersindo, Andrea, Martín, Petrona y luego Cachilo.

PETRONA. —(*Entrando con Martín.*) ¿Nos llamaban?

GUMERSINDO. —Sí; mamá está lista, che.

PETRONA. —¿De veras, mamá?

ANDREA. —Parece que nos vamos, hija.

PETRONA. —(*Corre y la abraza.*) ¡Mamita querida!

MARTÍN. —(*A Gumersindo.*) ¡Ah!, bandido; ahora caigo que sos el culpable.

GUMERSINDO. —(*Cómicamente arrodillado.*) ¡Perdón, tío, pero yo tenía que volver a Buenos Aires!

MARTÍN. —(*Ocultando que ríe.*) ¡Vaya uno a decirles que no!

CACHILO. —(*Entra corriendo.*) ¿Qué aflojaron los viejos? ¿Qué ha aflojau la vieja?

ANDREA. —(*Como si la hubieran quemado.*) ¡¡Qué!!

CACHILO. —(*Buscando la puerta.*) ¡Mamá mía!

ANDREA. —(*Empeñada en pillarlo.*) ¡Yo te voy a dar vieja, sinvergüenza!
¡Chino curtido, trompeta!

MARTÍN. — ¿Qué le pasa?

GUMERSINDO Y PETRONA. —(*Por toda respuesta se toman de las manos y comienzan a bailar en ronda, mientras cantan.*) ¡Aflojaron los viejos!
¡Aflojaron los viejos! ¡Aflojaron los viejos!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Cachilo.

Al levantarse el telón comienza a llamar al teléfono.

CACHILO. —(*Entra, vistiendo cofia y delantal blanco, con un plumero bajo el brazo.*) ¡Ya va, hombre, ya va! Debe ser mi gallega encantadora.
(*Levanta el tubo.*) ¡Aló! (*Transición.*) ¿Con la casa de la señora Andrea Chananpe Bustamante viuda de Moreno y Cuevas? ¿El qué? No, señor, ayer no la tenía... ¡Pero sí, hombre, cada día que pasa se aumenta un apellido! ¡Y después yo tengo que aprenderme un

chorizo así, de memoria! Ya se van achucharrando los sesos de la inteligencia, hom... ¿Qué? ¡No, señor, la señora tampoco está! Si esa no está nunca... Y eso no es nada... Ta bien que salga a banderarse ella sola. Pero nos saca la chica, que, según parece, no le han sentau muy bien los climas de esta ubre, y la tiene día y noche cruzando calles, sin comer ni dormir. Y después yo le voy a ver la cara a la vieja. ¡Porque si siguen así, la chinita va ir a parar a la loma! El Pila... ¡Ay, disculpe, señor; disculpe, señor! No tome en cuenta, no tome en cuenta. ¿Cómo?, este... No, señor, el joven Cacho. Aún no ha retorniado. ¿Qué? ¡Retorniado! ¿Cómo? Desde ayer falta del hogar. Sí, ni más ni menos que un atorrantito común y vulgar... Ese es, la oveja descarriada que tenemos... ¿Cómo? Ah, bueno, lo escucho, diga nomás. ¡Ajhá! Sí, sí. ¡Ajhá! Sí, muy bien. ¿Qué? ¡No, hombre, qué me voy a olvidar! ¡Me extraña, che! Nada, nada; disculpe, señor... Que repita, dice. ¡Cómo no, señor! No hay óbice...

Este... ¡Ejhém! (*Repitiendo.*) “Cuando vuelva la señorita Pety, dígame que la barra la estuvo esperando para jugar la contra”. ¿Qué? ¡Ah, en el country! Yo creía que era para jugar el truco. Bueno. Adiós, señor. ¡Oiga, oiga! Perdone, señor, ¿con quién tengo el gusto, que parece tan conecedor de la casa, tan ambientoso? ¡Ah! ¿Usted es el joven Pototo? (*Colgando bruscamente.*) ¡Chau, picho! A este floripón ya lo tengo atravesau aquí. (*Tomándose la garganta.*) Él es el que le ha enseñau a la vieja invencionera de aquí, que me vista así, como mariposa griega... Y ya hace más de dos meses que estamos en Buenos Aires, y parece que ni piensan comprarme la gorra y el traje ese con las virolas.

ESCENA II

Cachilo y Gumersindo.

GUMERSINDO. —(*Llega tarareando una canción.*) ¡Hola, Cachilo! ¿Cómo te va?

CACHILO. —¡Salú, joven! ¿Qué tal esas calaveriadas?

GUMERSINDO. —(*Sentándose.*) Macanudo, che; macanudo. ¿Los demás están en casa?

CACHILO. —La señora y la niña salieron. Los únicos que estamos somos yo y don Martín.

GUMERSINDO. —El burro adelante para que no se espante.

CACHILO. —Bueno, viciversia; don Martín y yo.

GUMERSINDO. —¿No preguntó nadie por mí?

CACHILO. —Solamente don Martín. Desde esta mañana no hace más que preguntar por usted. Ya no hallaba que mentirle...

GUMERSINDO. —¡Oh bueno! El sordo ese quiere que uno viva metido en su casa nomás. ¡Y no se puede, che! Aquí en la ciudad uno se llena de compromisos. Que un baile aquí, una reunión allá, un partidito de póker o de bridge, ya un asalto con muchachos amigos...

CACHILO. —¡¡Eh!! ¿También es asaltante ahora?

GUMERSINDO. —¡No, bárbaro! ¡Ja, ja, ja! ¿Qué creés vos que es un asalto?

CACHILO. —Y, se cacha un garrote así cada uno, se meten en una casa, rompiendo todo, meta y ponga palo al que se vaya presentando, y después se alza cada uno con lo que puede agarrar primero...

GUMERSINDO. —¡Ja, ja, ja! ¡No, hombre! ¡Ja, ja, ja!

CACHILO. —¿Y entonces...?

GUMERSINDO. —¡Un asalto se llama a una reunión familiar, a la que se va fingiendo que los dueños de casa no saben que se va a ir, luego se

arma la milonga, se come bien, se bebe mejor! ¡Oh!, son macanudos.
¡Te atienden muy bien!

CACHILO. —(*Tomándose la cabeza.*) ¡Qué animal!

GUMERSINDO. —¿Qué te pasa?

CACHILO. —¡Casi nada...! Que a mí también me invitaron a un asalto de esos.

GUMERSINDO. —¿Y vos aceptaste?

CACHILO. —¡No!

GUMERSINDO. —¿Pero por qué, hombre? ¿Qué dijiste vos?

CACHILO. —Que a mí no me metan en líos con la polecía...

GUMERSINDO. —¡Ja, ja, ja! ¡Qué bárbaro!

CACHILO. —¡Y bueno!; ¿qué sabía yo? ¡También en este pueblo arman cada merengue con las cosas!

GUMERSINDO. —No es tanto, hombre. Es cuestión de acostumbrarse un poco. Lo demás viene solo.

CACHILO. —Sí, pero hasta que uno se acostumbra, mete las “abajeñas” hasta la cintura.

GUMERSINDO. —Y, con un poquito de cancha, m’hijo, las cosas vienen solas. Aquí me tenés a mí, que todavía no hace tres meses a lo que llegué y ya me tienes enredau con una regia bailarina.

CACHILO. —¡No me diga!

GUMERSINDO. —Sí, m’hijo, sí.

CACHILO. —(*Con ínfulas de canchero.*) Y bueno... ¡Ja, ja, ja! Cad’uno se lía como puede, ¿no? (*Confidencial.*) En confidencialmente, ¿no? Yo también ando liau como palo’i doca.

GUMERSINDO. —¡No digás! ¿Con quién, che?

CACHILO. —Con una galleguita de mi flor. Una colega, la mucama de la casa de al lado.

GUMERSINDO. —¿Ah, sí? Contá, che, contá.

CACHILO. —Y bueno... Usted sabe, ¿no? Cuando un tipo tiene muñeca... no, es como cuando un tipo no tiene muñeca. Es que uno no puede con su genio... ¡Pobre gallega! La tengo perdida. Ya se va acabando el mosaico de la vereda de tanto lavarlo. Por ver si yo salgo, ¿no?

¡Je, je, je! Pero es buena, la pobre... Eso que subo al techo y le hago: ¡Huhuuuu! Ya está de un salto en la terraza, como un concristo, vea.

GUMERSINDO. —¡Pero che, y yo no sabía nada! ¿Así que sos un tipo de agallas vos también?

CACHILO. —Y, usted sabe... La calidad del susodicho.

GUMERSINDO. —¿Y no la invitaste a ninguna parte? ¿No la llevaste a ningún baile?

CACHILO. —Sí. El domingo fuimos a una milonga bárbara. ¡Me bailé cada tangazo con la gallega!

GUMERSINDO. —¡Bravo, viejo, bravo! ¡Je, je, je! ¡Y pensar que la vieja decía que te dio unas monedas para que fueras a abrir la boca en el puerto y comieras unas masitas!

CACHILO. —¡Avisé...! Eso es para pibes... ¡Me bailé cada conga con tiramiento y todo!

GUMERSINDO. —Así me gusta, Cachilo. Veo que sos machito vos también.

CACHILO. —¡Oh, si yo le contara todo!

GUMERSINDO. —¿Todavía más, che?

CACHILO. —¡Le armo cada cuento a la gallega! ¡Fíjese que le dije que en mi pueblo yo tengo campos, estancias, animales, hacienda de suris, chiñis, quirquincho y qué sé yo! Que todavía no pueden terminar de contar la hacienda, por eso no me entregan todo ya. Que después la llevaré a mi pago. ¡Oh...! ¡Viera usted los líos que le armo! Y, claro, la pobre gallega, como no tiene ande caerse muerta, me sigue como gato al bofe. Me paga el biógrafo, el copete o copetín, con girir, ¿no? Este... bueno, oiga, pero no me vaya a deses ese; la charoliada... Y

bueno, uno se las tiene que incubir, porque, usté sabe, con la sangre torera de la gallega y el temperamento folklórico de la señora... Y yo con este físico que Dios me ha dado. ¡La zarandiada que se armaría!

GUMERSINDO. —No hombre, no. Bueno, bueno. Entonces mirá, como dos tipos de la clase nuestra tienen que ser compañeros, desde ahora en adelante vamos a tirar en yunta, ¿sabés?

CACHILO. —(*Aparte.*) ¡Zas! En qué lío me estará por meter este. (*Fuerte.*) Y claro, naturalmente.

GUMERSINDO. —Vos sabés lo que son estas cosas, ¿no? Claro, si vos también sos un tipo de averías... (*Palmeándolo.*) Si no que te hacés el humilde, bandido...

CACHILO. —(*Desconfiando.*) ¡Hum! La araña urda la trampa y la mosca revolotía.

GUMERSINDO. —No, si yo te conozco bien a vos. No hay nada que hacerle. Sos un tipo de averías...

CACHILO. —...la mosca desconfía...

GUMERSINDO. —Mirá, resulta que necesito cien pesos para mañana a la noche.

CACHILO. —¿Y quiere que yo se los dé...?

GUMERSINDO. —No, escuchá. Vos tenés que ayudarme, m'hijo. Ahora tiramos en yunta, somos compañeros, che...

CACHILO. —(*Aparte.*) ...la mosca desconfía...

GUMERSINDO. —Vos tenés que ayudarme a sacárselos al sordo.

CACHILO. —Y pídaselos usté. Hagalé una misiva doliente.

GUMERSINDO. —(*Con cara de circunstancias.*) No hay más remedio, m'hijo.

CACHILO. —(*Muy digno.*) ¡Eso sí que no! ¡Ojo con mi conducta! ¡Tiradito, pero muy honrado, señor!

GUMERSINDO. —(*Fingiendo indiferencia.*) Y bueno, mala suerte. Es una lástima, che. Esto me va a tener preocupado. Y naturalmente, cuando

uno anda así, tan distraído, tan preocupado; uno se descuida, habla como dormido, como sonámbulo... Y habla zonceras, cuenta cosas que no debe contar... Y oye la vieja... Puede oír la gallega... Se saben muchas cosas, se arma el lío. Viene la policía.

CACHILO. —(*Sentándose vencido.*) ¡Sonó la mosca!

GUMERSINDO. —¿Entonces estamos de acuerdo, hermano?

CACHILO. —(*Con trompa.*) ¿Qué tengo que hacer yo?

GUMERSINDO. —(*Palmeándolo.*) Yo sabía que sos un buen amigo.

CACHILO. —¡Sí, uf! ¡Yo soy una rosa de Francia!

GUMERSINDO. —(*Sobándose las manos.*) Bueno; yo veré cómo se presentan las cosas y después te diré lo que tienes que hacer. Por ahora voy a lavarme un poco, que esta noche tengo que ir con mi amorcito a un cabaret. ¡La envidia de los tipos cuando me ven salir con ella, bien prendida del brazo! ¡Qué muñeca la del tipo...! ¡Ja, ja, ja! (*Mutis.*)

CACHILO. —(*Dándose coscorrónes.*) ¡Animal, papanata, burro! ¿Quién te mete a hablar macanas, pedazo de angelito? Ahora el otro me tiene agarrau del jopo. Yo no sé, ese tipo debe tener tratos con el diablo...

¡Vuelta a vuelta me hace caer como un chorlito! (*Llama el teléfono.*)

¡También, si es el floripondio ese, lo mando a freír loros... (*Atendiendo.*)

¡¡Hola!! (*Transición.*) ¡Ah! ¿Eres tú, mi cielito lindo? ¡Huhuuu...! ¿Cómo?

¿Que no están tus patrones? ¿Que querés que vaya? Pero m'hija... ¡me extraña! Yo soy un hombre decente, se lo puedo garantizar. ¿Qué?

¿Tenés que hablarme en serio? Y bueno. (*Aparte.*) Son macanas, es por verme. Yo no sé qué tengo con las mujeres, che. (*Atendiendo.*) ¿Qué? ¡Ah!

¿Al fin vamos al baile? Hacés bien, porque, vos sabés, a la mujer que no me sigue en la milonga, yo la largo enseguida. ¡Ah, sí! Conmigo tienen que bailar en una pata, ché. ¿Qué? Y bueno, bueno. Subí a la terraza y vamos a charlar un rato. ¡Chau, petisa! (*Cuelga.*) ¡Ah, tigre! ¡Loco viejo y

peludo! ¡La tenés remetidaza, hermano! (*Bailando mientras canta.*) “¡Decí, por Dios que me has dau...!” ¡No sabés hacer cortes, loquito!

ESCENA III

Cachilo, Andrea y Petrona.

ANDREA. —(*Desde la puerta.*) ¡Miralo vos a este chino curtido!

CACHILO. —(*Recitando sin verlas.*) “El malevaje, extrañau, me mira sin comprender”.

ANDREA. —¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho vos?

CACHILO. —¡Ay! ¡Nada, nada, señora, estaba limpiando los muebles! (*Haciéndose el que sigue plumereando, trata de encontrar una salida.*) ¡Qué calor! Hoy día yo no pego ni una... (*Mutis.*)

ANDREA. —A este mulato voy a tener que darle una buena paliza.

PETRONA. —(*Dejándose caer en un sofá.*) ¡Ah, por fin podemos descansar un rato! Yo me agito demasiado, mamá...

ANDREA. —¡Y bueno m’hija, los compromisos sociales...! Una puede pasar por una ordinaria cualquiera.

ESCENA IV

Andrea, Petrona y Gumersindo.

GUMERSINDO. —(*Entrando.*) ¡Che, Cachilo, Cachilo! (*Al verlas.*) ¡Ajá! ¿Ya volvieron?

PETRONA. —Por lo visto. ¿Y vos ya “apareciste”?

ANDREA. —¡Pero hijo! ¿Dónde te has metido que no se te ve la cara desde ayer?

GUMERSINDO. —Es que se me hizo tarde y me quedé en la casa de unos amigos.

ANDREA. —Andá con cuidado, hijito.

PETRONA. —El pobre tío no duerme cuando vos no vuelves. Yo creo que ahora se ha paseado más de mil veces por la cuadra, esperándote.

GUMERSINDO. —¡Oh, el sordo ese! ¿Pero saben una cosa? Al sordo le debe pasar algo raro. De otra manera no se explica.

ANDREA. —¿Qué es lo que hay?

GUMERSINDO. —¡Casi nada...! Que recién voy y le hago un pechazo, y de buenas a primeras, sin protestar ni medio, saca cien pesitos y me los entrega.

ANDREA Y PETRONA. —¡¡No!!

GUMERSINDO. —Sí. (*Mostrándoselos.*) Aquí están.

ANDREA. —¿No serán falsos, che?

GUMERSINDO. —No, legítimos, moneda nacional de curso legal.

ANDREA. —Es raro.

GUMERSINDO. —¿No le digo yo? ¡Si al sordo le pasa algo! ¡Con decirles que anda contento, que se pasea por la casa hablando solo, que ya no protesta por el cuello duro ni los zapatos! ¡Para mí que el sordo anda enamorado!

PETRONA. —No, ha de ser otra cosa.

GUMERSINDO. —¿Y quién te dice? A estos viejos así, cuando se les despierta el indio, no hay quién los ataje.

ANDREA. —No, no, ustedes no conocen la historia del sordo.

GUMERSINDO. —¿También tiene su historia el sordo?

ANDREA. —Y después de todo es bastante triste.

GUMERSINDO. —¡No me diga...! ¡A ver, cuente, cuente!

ANDREA. —¿Ustedes se acuerdan de doña Candelaria?

PETRONA. —¿La que vive en la estancia vecina a la nuestra?

GUMERSINDO. —¿A la que le dicen la “Solitaria”?

ANDREA. —Esa misma.

GUMERSINDO. —¡Mire usted! Y tan buena que parecía...

ANDREA. —Es que es buena.

GUMERSINDO. —¿Y entonces...?

PETRONA. —¡Pero dejala que cuente, Gumersindo...!

ANDREA. —Resulta que cuando eran jovencitos, doña Candelaria y Martín vivían tan enamorados y parecían tan felices que todo el mundo les decía, por cariño, “los novios”. Tiempo después, Martín comenzó a sufrir dolores de oídos y a notar que se iba quedando sordo.

PETRONA. —¿Así que él no nació sordo?

ANDREA. —No. Lo llevaron a la ciudad y un médico dijo que poco a poco iba a quedar completamente sordo; que sería en vano todo lo que hicieran, porque no tenía remedio.

PETRONA. —¡Pobre tío!

ANDREA. —El golpe fue terrible para los dos. Entonces Martín fue y le dijo a Candelaria, que él no podía casarse con ella, que lo olvidara. Y ella, que sufría tanto o más que él, le contestó que, si no se casaba con él, no se casaría con nadie. Y, según creo, desde entonces no se han vuelto a hablar jamás.

GUMERSINDO. —¿Y viviendo tan cerca?

PETRONA. —¿Y ninguno de los dos se casó?

ANDREA. —Ninguno. A ella, que era bastante buena moza, se cansaron de cortejarla todos los mozos del pueblo. Se encerró en su casa y allí vive hasta ahora.

GUMERSINDO. —¿Pero entonces a qué se debe la alegría del sordo?

ANDREA. —Yo también le noto algo raro desde hace algunos días.

PETRONA. —¡Pobre tío! A lo mejor tiene esperanza de sanar con esta curación.

ANDREA. —¿No saben si habrá ido al médico ahora?

PETRONA. —Sí, hoy ni bien se levantó, se fue apurado.

GUMERSINDO. —Hasta eso, antes costaba un trabajo bárbaro para que vaya al médico, y ahora se va corriendo.

ANDREA. —¿Y el trabajo que dio para hacerlo examinar la primera vez?

GUMERSINDO. —¿Y qué dice el especialista ese? Porque mire que cobra mil doscientos pesos para hacerle un tratamiento, fuera de las operaciones, es una barbaridad.

PETRONA. —Y... el médico dijo que estaba haciendo lo posible, y al final te salen mandando al hoyo.

ANDREA. —Cuando recién lo vio se mostró muy entusiasmado, decía que es un caso muy interesante.

GUMERSINDO. —A mí me parece un caso perdido...

ANDREA. —Ayer le sacaron las vendas de la segunda operación y él mismo dice que está igual.

PETRONA. —Sin embargo, a mí me parece que oye más.

GUMERSINDO. —Yo no sé... Por algo anda tan contento. Quién sabe si está sano ya y nos está haciendo pasar por tontos. Porque este viejo es bastante zorro.

ANDREA. —Sí, pero mientras tanto, el médico ese le está sacando la plata a chorros.

GUMERSINDO. —Bueno, estaría bien pagado si lo sanara, porque el sordo ese nos hace pasar calor aquí...

ANDREA. —Cuando haya visitas no se lo deja entrar.

PETRONA. —¡Pero mamá!

ANDREA. —¡Qué mamá ni el demonio! Nosotros no vamos a hacer el ridículo por culpa de él. Además, mientras él está enterrando plata en

el médico ese, yo no he podido poner ni siquiera unos cien pesos en la colecta para los niños desnutridos. Y hoy día tuve una indignación tal, que me dolió la cabeza. Figúrense que, en la suscripción para las madres desvergonzadas del barrio, ¡de la que soy presidente, nada menos!, otra figuraba con cincuenta pesos más que yo. ¡Más que la propia presidenta...! ¡Ah no, m'hijito! Es muy feo tener que achicarse por falta de dinero. ¡Y más siendo una quién es!

ESCENA V

Andea, Petrona, Gumersindo y Cachilo.

CACHILO. —(*Entrando muy avergonzado.*) Permiso. Ha llegado el joven Ramón.

GUMERSINDO. —(*Levantándose.*) ¿Cómo? ¿Ya anda por acá ese tipo?

ANDREA. —(*Levantándose.*) Llegó ayer tarde y anoche ya anduvo por aquí. Bueno; yo me voy a armar de paciencia para hablar con el sordo ese. (*Mutis.*)

PETRONA. —(*Siguiéndola.*) Yo también tengo que hacerle un pedido.

GUMERSINDO. —¡Eso es! ¿Ahora tengo que aguantarlo yo? ¿O crees que me pretenda a mí?

PETRONA. —(*Saliendo.*) Ya vuelvo, hombre.

CACHILO. —(*Una vez solos, corre hacia él, tomándose la cabeza.*)

¡Compañerito, por favor! ¡Viera qué lío se me ha armau! ¡Cuándo no iba a ser yo el que la ligue!

GUMERSINDO. —¿Qué te pasa hombre, qué te pasa?

CACHILO. —¡Ah, qué petiza vil y traidora!

GUMERSINDO. —¡Pero de qué petiza me hablás?

CACHILO. —¡Pero de la gallega, hombre, la gallega! ¡En qué hora

me vengo a meter en esto! ¡Ajá, pero si me salvo de esta, juro y requetejuro que todas las mujeres del orbe han muerto para mí!

GUMERSINDO. —¿Y al fin qué te pasa con la gallega?

CACHILO. —Usté se acuerda que somos compañeros, que tiramos en yunta, que...

GUMERSINDO. —Sí, hombre, sí. ¿Qué te pasa con la gallega?

CACHILO. —Que debo casarme *ipso-factum*. ¿Usté sabe cómo es eso?

GUMERSINDO. —¿Pero por qué?

CACHILO. —Porque recién, en la terraza, ¡maldita sea!, me acaba de decir que si no me caso con ella en el plazo perentorio de tres días se va a zampar de cabeza en el río y va a dejar una carta escrita para el comisario. ¡Mire usté qué merengue con rupachico!

GUMERSINDO. —¡Ja, ja, ja! ¡Pero, hombre, me extraña! ¡Ja, ja, ja! ¡Un tipo con la cancha que tenés vos...!

CACHILO. —¡Sí, ya ve cómo se embarra la cancha...!

GUMERSINDO. —No tengás miedo, hombre. Me extraña... Vos dejala por mi cuenta. Andá hacerlo pasar a Ramón, que ya debe estar dormido.

CACHILO. —(*Obedeciendo.*) ¡Sobre que ande'i llover que en mi triste ranca no ha'i gotiar! ¡Pero alguno tiene que pagarme todas estas zozobrias, que me han enfermau del cardíaco! (*Mutis.*)

ESCENA VI

Gumersindo y Ramón. Luego Cachilo.

GUMERSINDO. —¡Pobre Cachilo! ¡Ja, ja, ja! También la gallega esa debe ser bastante sargentona. ¡Mire darle un plazo de tres días para que se case! ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. —(*Entrando. Aparte.*) ¡Qué siempre lo'hi de hablar con risita...!
(*Fuerte.*) Buenas, Gumersindo. Siempre alegre nomás vos.

GUMERSINDO. —¡Hola, Ramón! ¿Qué andás haciendo por acá? ¿Y qué tal, ché? ¿Qué vientos te traen por estos pagos?

RAMÓN. —Aquí me tenés a mí también. Vengo a ver si arreglo un pequeño negocio.

GUMERSINDO. —¡Ah, cierto que sos todo un hombre de negocios! Sentate. (*Sentándose él también.*) Me alegro, hombre, me alegro. ¿Y qué tal marcha esa estancia?

RAMÓN. —Ahora parece que no está de chacota. Y, bien nomás. Por lo menos hasta ahora. Pueda ser que no se arruine después. Como me pasa siempre a mí.

GUMERSINDO. —Vos no te podés quejar, m'hijo. Tus cosas marchan perfectamente.

RAMÓN. —No todas, Gumersindo. Las que más quiero que marchen bien son las que van peor.

GUMERSINDO. —Ya caigo m'hijo. Vos te referes a tus asuntos sentimentales. Y, si no me equivoco, a tu noviazgo con mi hermana. ¿No es cierto?

RAMÓN. —Por ahí va. Yo no me explico todavía qué es lo que pasa, hombre.

GUMERSINDO. —Mirá m'hijo, yo no quisiera que me interpretes mal, ¿no?, pero a mí me parece que vos tomastes muy a pecho aquello. Eso, a lo mejor no ha sido más que cosa de chicos.

RAMÓN. —Decime una cosa, Gumersindo. Sé franco siquiera vos. ¿A vos te parece que es en vano todo?

GUMERSINDO. —Yo, m'hijo... qué querés que te diga. Yo no puedo saberlo. Eso tendrás que preguntárselo a ella.

RAMÓN. —Es que ella no me habla con la misma confianza, con la misma sinceridad de cuanta. Yo no sé qué pensar. Si yo la hi querido siempre, hombre. Si fuera de ella, Gumersindo, para mí no hay nada en el mundo, no hay ilusiones, no hay para qué vivir... ¿Cómo vas a creer que un cariño tan grande sea cosa de chicos? No, Gumersindo, algo más grave tiene que ser la causa de esto. Yo no sé... Si más antes hubiera preferido morirme que causarle un agravio. Cierto es que soy un tipo nervioso, pero me hubiera cortau la lengua antes de ofenderla... Yo no sé, no me explico... No es posible que de la noche a la mañana se le ocurra... Yo no le hallo. A veces creo que es una pesadilla, hombre. Como cuando uno come pesau... Si es que le'hi causau un daño, algún agravio, quiero repararlo, aunque después tenga que morirme... Yo soy un hombre honrado y de trabajo. Vos tenís que ayudarme, Gumersindo.

GUMERSINDO. —Yo... francamente, m'hijo... Aunque estas son cosas de ustedes. Vos debés hablar con ella... Claro, yo también te voy a ayudar en lo que pueda, m'hijo. Vos sabés, a las mujeres que las entienda el diablo...

CACHILO. —Vea joven... No vaya a creer que hi estau escuchando, ¿no?, pero a todos estos líos los tiene que pagar alguno.

GUMERSINDO. —¿Pero estás loco, vos?

CACHILO. —Déjeme a mí. (*A Ramón.*) Vea... Para qué se vamos a hacer los humilditos. Yo soy un canchero viejo en estas cosas del amor. A mí no me asusta una gallega cualquiera... No hay que ahugarse en un vaso de agua, como quien dice. Vea, yo le voy a decir lo que pasa aquí.

GUMERSINDO. —(*Levantándose.*) ¡Pero qué tenés que meterte vos, hombre!

RAMÓN. —Déjalo. Este parece que sabe algo.

CACHILO. —Escúchenme. Lo que pasa aquí, es que andan queriéndole soplar la dama.

RAMÓN. —¿Quién?!

CACHILO. —¿Usted lo conoce a ese que le dicen ... Pototo?

RAMÓN. —¿Ese que estaba anoche?

CACHILO. —En cuerpo y alma.

RAMÓN. —¡Ya me parecía!

GUMERSINDO. —(*Aparte.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Este Cachilo es formidable!

CACHILO. —Bueno; si usted quiere hagamos un trato.

RAMÓN. —¿Trato de qué?

CACHILO. —Vea, hay dos sujetos, un sujeto y una sujeta, que ya los tengo sujetau aquí. (*Señalándose el cuello.*) El Pototo ese y la gallega.

RAMÓN. —¿La gallega? ¿Qué gallega?

CACHILO. —Ya le voy a presentar. El trato es este: un día de estos, cuando no haiga naides en la casa, yo lo llamo al Pototo, de parte de Pety y en cuanto llegue, le cerramos la puerta y después le pagamos un paliza tan poderosa, que después no lo identifique ni la madre que lo ha echau al mundo. Después procedemos con la Petiza. ¡Yo le voy a dar nuncias...! ¿Qué le parece la farrita?

RAMÓN. —Mirá, vos me le cerrás la puerta, suavcito nomás; después, dejamelo por mi cuenta. ¡Ay... ve...! ¡Yo soy un tipo! ¡Ve! ¡Lo voy a dejar como si lo hubieran agarrau las lachiguanas...! ¡Yo le voy a dar también nuncias! Así es que él había sido, ¿no?

ESCENA VII

Gumersindo y Ramón, Cachilo, Andrea y Petrona. Luego Martín.

ANDREA. —(*Entrando.*) Tenías razón, Cacho. ¡Quién iba a creerlo! ¡Oh, buenas tardes, Ramón! (*Mutis de Cachilo.*)

RAMÓN. —¿Cómo está, señora?

PETRONA. — Buenas tardes.

RAMÓN. — ¿Cómo te va, Petrona?

GUMERSINDO. — ¿Qué decías, mamá?

ANDREA. — Tu tío. Está desconocido. ¡Santas Pascuas!

MARTÍN. — *(Entrando muy contento.)* ¿Cómo te va, Ramoncito?

RAMÓN. — Regular don Martín.

MARTÍN. — *(Sentándose.)* Sentate, hijo, sentate. ¿Qué tal te va con tus asuntos? ¿Cómo andás de salud? Contá algo, hombre, contá algo.

RAMÓN. — *(Sentándose.)* Y... más o menos.

ANDREA. — Oí, Ramón, era que te iba a preguntar una cosa anoche y al fin me olvidé. ¿Qué dicen de nosotros allá, en el pueblo? ¿No se acuerdan? ¿Cómo hablarán de mí las chismosas esas!

GUMERSINDO. — Como siempre, mamá.

RAMÓN. — No, todos se acuerdan para bien nomás. Los echamos mucho de menos, eso sí.

ANDREA. — ¡Callate, hijo, no me digás eso! ¡Si yo las estoy oyendo...! ¿Cómo será la envidia que nos tienen! *(Pausa.)* ¿Y qué novedades hay? ¿No se casó nadie por allá?

RAMÓN. — No. Yo creo que no. Y, usted sabe, allá nunca hay novedades... Aunque la verdad es que últimamente se ha estau muriendo mucha gente que no se sabío morir nunca... Ah, la última que se ha muerto, que era tan buena, aunque hablaba la gente lo que vivía sola, es la señora esta, ¿cómo se llamaba?, doña Candelaria.

MARTÍN. — ¡¡No!! *(De un salto se ha puesto de pie y lívido, tembloroso, mira a todos quienes, también de pie, se miran confundidos.)*

PETRONA. — ¡Tío...!

ANDREA. — ¡Martín!

MARTÍN. — *(A Ramón.)* ¡No puede ser, m'hijo, no puede ser!

GUMERSINDO. — ¡Pero si está sano!

ANDREA. —¡Con razón...!

PETRONA. —¡Se ha curado, tío!

MARTÍN. —Para escuchar esto, m'hija...

PETRONA. —(*Yendo hacia él.*) Tío...

MARTÍN. —(*Con suave ademán la contiene, retrocediendo, en tanto que habla entre sollozos.*) Nada, m'hija, no es nada. De miedo a la muerte, nada más... lo que todos se están muriendo. Nada, m'hija... De miedo a la muerte, nada más...

TELÓN



ACTO TERCERO

ESCENA I

Ramón y Cachilo.

RAMÓN. —¡Pobre, don Martín! ¡Qué barbaridad! ¡Y tan luego yo vengo a darle semejante noticia!

CACHILO. —(*Como si recién despertara.*) ¡Qué lío con esta gallega pícara...! ¡Ay si uno supiera lo que va a pasar!

RAMÓN. —¡Qué temeridá!

CACHILO. —...está visto que uno tiene que pensar muy bien las cosas.

RAMÓN. —Pero ande uno va a ser adivino, ande va uno a ser brujo...

CACHILO. —(*Recriminándose.*) ¡Por meterte a canchero...!

RAMÓN. —¡Qué canchero, hom...! A uno le preguntan y claro...

CACHILO. —¡Ahí está! ¡A uno lo ven, le preguntan una cosita y otra... le coquetían, le monían y uno no puede con su genio! ¡Y el tonto se larga!

RAMÓN. —Y uno tiene que hablar, tiene que contestar; no se puede quedar callau como loro que ha comió perejil.

CACHILO. —¡Ay, amor cómo me has ponido!

RAMÓN. —¡También eso! ¡Qué no liaría uno por dispararle más bien al amor! Pero nos amarra y nos lleva manisítos ande está ella.

CACHILO. —Y después vienen los lamentos.

RAMÓN. —Y así vamos, contentos, llenos de fe, confiados en sus palabras, en sus promesas.

CACHILO. —Y tras los equívocos vienen los perjuicios.

RAMÓN. —Y en todas partes que bombiemos se nos presenta esa cara, miramos pal cielo, ahí está su rostro, miramos pa' la tierra, lo mesmo. Ahí está la imagen de la que uno quiere tanto.

CACHILO. —¡Su máscara de falsía!

RAMÓN. —...tan alegre, tan buena...

CACHILO. —Y tan chuncudita, la petisa...

RAMÓN. —...tan llena de dulzura, tan frescona...

CACHILO. —Demasiado frescona.

RAMÓN. —Tan sincera...

CACHILO. —¡Y resulta que la guiaba el más dinigrante y bajo interés!

RAMÓN. —No, hombre, yo no puedo creerlo.

CACHILO. —Sin embargo, la prueba está vociferiando.

RAMÓN. —(*Interesado.*) ¿A vos te ha dicho alguna cosa?

CACHILO. —¡Claro que me ha dicho!

RAMÓN. —(*Temiendo escuchar una amarga verdad.*) No, no, más bien prefiero no saber, Cachilo...

CACHILO. —Claro, a usted qué le puede importar.

RAMÓN. —¡Hum! Que sí me importa... ¡Pero vos no podrías comprender, hom...!

CACHILO. —¡Como pa' no comprender yo...! ¡En qué hora me vengo a meter...!

RAMÓN. —Yo te agradezco, pero te habrás metío por tu gusto.

CACHILO. —¿Cómo por mi gusto? ¡Es ella, señor mío, es ella la que me ha provocau, la que me ha envuelto y me ha zampau en este merengue de los mil diablos!

RAMÓN. —(*Incrédulo.*) ¿Ella?

CACHILO. —¡Ella! ¡Y ahora quiere casarse a toda velocidad!

RAMÓN. —(*Lívido.*) ¿Con quién...?

CACHILO. —Conmigo.

RAMÓN. —¿Con vos?

CACHILO. —¡Y claro! ¿Qué se ha pensau?

RAMÓN. —(*Desconcertado.*) Pero...

CACHILO. —Y quiere que me case ipso-factun.

RAMÓN. —Pero... ¿cómo?

CACHILO. —¡Cómo! Y será al estilo que se casa todo el mundo...

RAMÓN. —Pero, ¿será posible...? ¿Pero por qué, digo yo, por qué?

CACHILO. —¡Porque ella tendrá sus razones, digo yo...!

RAMÓN. —¿Y todavía me lo decís a mí?

CACHILO. —¿Y pa' qué diablos me pregunta, entonces?

RAMÓN. —Yo no puedo créé que haya cambiau tanto, que se haiga envilecionau tan fiero, hom... Y en tan poco tiempo...

CACHILO. —Poco pero bien aprovechau...

RAMÓN. —¿Y todavía tenís la desvergüenza de contármelo a mí?

CACHILO. —¡Eso es! ¿Y a quién quiere que le cuente? ¿A ella?

RAMÓN. —¿Pero vos tenís conciencia de lo que estás diciendo?

¿Quiere decir, entonces, que vos habías sido el culpable de mi tormento, el causante de todo esto? ¡Hablá! ¡Ay, ve...! ¡Yo soy un tipo...! Ve, más bien hablá.

CACHILO. —¡Guah, este debe estar loco! Dígame una cosa, ¿qué tiene que ver usted?

RAMÓN. —¡Cómo qué tengo que ver! ¿Ahora no sabís?

CACHILO. —Pero oiga, ¿que a usted lo tiene mariau la Petisa?

RAMÓN. —¿Qué Petisa?

CACHILO. —La gallega, la que se quiere casar conmigo.

RAMÓN. —¿Cómo? ¿Qué vos no estás hablando de la Petrona?

CACHILO. —¡Pero qué Petrona ni la burra parda! ¿No hallo cómo librarme de la Petisa y todavía me quiere encajar otro lío más...? (*Mutis haciendo ademanes de protesta.*)

RAMÓN. —(*Secándose la transpiración.*) ¡Ni que lo hubiera hecho adrede, este traza'i fusil!

ESCENA II

Ramón y Andrea.

Petrona, entra llorando, desde la calle. Sin hablar cruza la escena y hace mutis en dirección de las piezas interiores.

RAMÓN. —¡Petrona...! ¿Qué te pasa, Petrona? ¡Petrona!

ANDREA. —(*Entrando desde la calle.*) ¿Al fin te quedaste a esperarnos?

RAMÓN. —¿Qué dice el médico? ¿Está enferma? ¿Es grave?

ANDREA. —(*Muy nerviosa.*) No, no. No es grave. ¿No sabés si ha vuelto Martín?

RAMÓN. —Sí, hace un rato que ha llegado. Yo le dije que habían ido al médico.

ANDREA. —¿Y él qué dijo?

RAMÓN. —Nada. Anda con los ojos colorados, despeinado; con el cuerpo muy cáido, como si hubiera envejecido desde ayer, desde que yo llegué con esa maldita noticia.

ANDREA. —¡Pobre, Martín! Menos mal que es tan fuerte para los sufrimientos, el pobre. Y ahora este otro apuro... Y él que la quiere tanto a la chica.

RAMÓN. —¿Pero qué ha dicho el médico, doña Andrea? ¿Qué ha dicho?

ESCENA III

Andrea, Ramón, Martín y Petrona.

ANDREA. —(*Viéndolo traer paternalmente a Petrona.*) ¡Martín!

MARTÍN. —(*Desgreñado y con voz enronquecida.*) ¿Qué te dijo el médico?

ANDREA. —No es nada grave, Martín, nada grave.

MARTÍN. —Estas cosas siempre son graves. ¿Tiene los pulmoncitos sanos?

ANDREA. —Sí, Martín, por eso no hay que afligirse. Solamente dice que está muy débil, que necesita reposo, mucho reposo, buena alimentación, que se acueste temprano... y que dentro de muy poco tiempo estará completamente restablecida. No es nada grave, te digo la verdad...

PETRONA. —(*Se desprende de Martín y va a sentarse, llorando, en el sofá.*)

¡A mí me ocultan la verdad, tío!

RAMÓN. —(*Sentándose a su lado.*) No tengas miedo, Petrona; si un día delante me estaba diciendo lo mismo tu mamá.

MARTÍN. —(*Encarándose con Andrea.*) Decime la verdad, ¿es cierto que la chica no está enfermita?

ANDREA. —(*Con voz temblorosa.*) Te lo juro por lo más sagrado, Martín. Te lo juro por la memoria de mi santa madre...

MARTÍN. —¿Por qué llorás, entonces?

ANDREA. —Lloro de rabia conmigo misma, de arrepentimiento, porque veo mi engaño, mi estupidez... (*Se sienta.*)

MARTÍN. —(*Paseándose.*) ¡Yo sabía, caramba, yo sabía!

RAMÓN. —No pensés eso, Petrona. Hacé de cuenta que todo no ha sido más que un sueño malo, como si hubieras comido pesau y te hubiera agarrau com'una pesadilla...

PETRONA. —(*Llorando.*) Yo he sido muy mala contigo, Ramón.

RAMÓN. —No es cierto, pa' qué mentís... Siempre has sido muy buena, y linda... Lo que pasa es que ustedes las mujeres son muy enteramente... Te has ilusionado con esto, con Buenos Aires. Y eso es todo. Yo no hi' desconfiau ni un minuto de tu cariño...

ANDREA. —¿No ha vuelto Gumersindo, Martín?

MARTÍN. —Todavía no.

RAMÓN. —... y allá, nada ni naides nos va a poder separar nunca ya. ¿Quién se va a meter al medio? ¿A ver? Nadie.

PETRONA. —Sí, pero...

RAMÓN. —¿Pero qué?

PETRONA. —¿Si yo estoy enferma, si llego a morirme...? (*Llorando.*) ¡No, Ramón, no!

RAMÓN. —¿Por qué te vas a morir? Si no tenís nada... ¿No vei? ¡No pensés esas tonterías! ¡Me había de ocupar de morirme yo! Ya a ver, allá te vas a poner más linda, más fuerte, más gordita... (*Llama el teléfono.*)

ESCENA IV

Andrea, Ramón, Martín, Petrona y Cachilo.

CACHILO. —(*Entrando inmediatamente.*) ¡Ya van! (*Atendiendo.*)
¡Aló...! ¿Qué? ¿La Policía? (*Completamente asustado y hablando
atropelladamente, cambia de manos repetidas veces el auricular, como si
le quemara.*) ¡Yo, yo... no sé ni cómo son las gallegas, señor! ¡Sí, le oigo!
¡Yo no sé nada, yo nunca hi' visto ninguna gallega, señor!

MARTÍN. —(*Que se ha detenido a escuchar, le toma el aparato.*) Traé.
¡Hola! Sí, señor. ¿Con el comisario? ¡Ah, mucho gusto, señor! Diga
nomás... ¿De Gumersindo Moreno? Sí, yo soy el tío. Pero, ¿qué ha
pasado? ¡Ajá! Sí. (*Pausa.*) Pero, pero, ¿no está herido? ¡Ah! Menos
mal. Sí. No. No, no volverá a suceder; se lo aseguro, señor comisario.
Pierda cuidado. Buenas tardes. (*Cuelga.*) Eso es lo que faltaba...

CACHILO. —Ya... ¿ya se ha tirau al río la gallega?

ANDREA. —¿Qué pasa, Martín? ¿Qué le ha sucedido a mi hijo?

MARTÍN. —Anoche se peleó en un cabaret y estuvo preso hasta hace
un momento.

ANDREA. —(*Llorando.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Mi hijo preso, como un malhechor!

MARTÍN. —(*A Cachilo.*) ¿Ya ha vuelto Gumersindo?

CACHILO. —¿Qué? No..., sí, este... Voy a ver, voy a ver.

MARTÍN. —Sí está, decile que venga.

CACHILO. —Ta bien, ta bien. (*Mutis.*)

ANDREA. —¡Qué castigo de Dios será este! ¡Yo tengo miedo, Martín, yo
tengo miedo! (*Llora.*)

PETRONA. —¡Oh, Ramón! ¿Por qué nos habremos venido?

MARTÍN. —(*Paseándose.*) ¡Yo sabía, caramba, yo sabía!

RAMÓN. —(*A Petrona.*) No tengás miedo. Ve, aquí estoy yo, cerca tuyo, más cerca que nunca... Ve, yo soy un tipo... soy un bárbaro, no me conocen nomás.

ESCENA V

Andrea, Martín, Petrona, Gumersindo y Cachilo.

GUMERSINDO. —(*Desgreñado y esquivo.*) Buenas tardes.

ANDREA. —¡Hijo mío! ¡Criatura mía, vos en lugar de esos! ¡Dios santo! ¡Cuántas cosas nos están pasando!

MARTÍN. —(*Conteniendo la rabia.*) Y bueno, quería mostrarse guapo...

GUMERSINDO. —¡A mí me provocaron!

MARTÍN. —Me provocaron... ¡A mí hace cincuenta años que me viene provocando todo, la misma vida, la desgracia, el dolor, la propia familia!

ANDREA. —¡Martín!

PETRONA. —¡Tío!

MARTÍN. —Ya ni sé lo que hablo... (*Se sienta.*)

GUMERSINDO. —Yo sé que usted me comprenderá, tío, por eso, he venido a contárselo todo... y a pedirle perdón.

MARTÍN. —No hace falta, m'hijo, ya lo sé todo.

GUMERSINDO. —Pero usted no sabe, tío, que recién ahora comprendo el error. Yo estaba loco por una mujer que no merecía ni siquiera una de las mil y mil palabras de amor que a cada instante le decía. La he querido tanto, con una pasión tan honda, que ya era parte de mi propia vida. Anoche casi enloquecí de dolor y de celos cuando me dejó solo en un rincón, para irse a mentirles, igual que a mí, a otros que se acercaban a ella, tal vez con el mismo candor con que lo hice yo... ¡Ya no tenía más dinero!

Se oye, confusamente, las voces de una acalorada discusión en la que interviene Cachilo, y casi de inmediato aparece este, retrocediendo a medida que parece esquivar garrotazos de alguien que lo persigue.

ESCENA VI

Andrea, Martín, Petrona, Gumersindo y Cachilo.

CACHILO. —(Entrando.) ¡No pasará! ¡No pasará! (Adentro ya, toma coraje y grita, sacando medio cuerpo.) ¡Fuera de aquí! ¡Safe de aquí!

MARTÍN. —¿Qué pasa?

CACHILO. —Es que... Bueno, vea, si ustedes no se van, yo me vuelvo ahora mismo.

MARTÍN. —¿Qué es lo que pasa?

CACHILO. —¡No me gusta el ambiente! ¿Qué quiere que le haga? ¡No me gusta el ambiente! Y después ¡si me deja con vida la gallega, me secan en la cárcel! ¡Tan bonito que había sío su Buenos Aires!

MARTÍN. —¿Pero con quién estabas discutiendo ahí?

CACHILO. —Con... este... Con una gallega... ¡Tengo que echarla! Donde me ve me pillá, me abraza, me hace pedazos la ropa. Yo no sé qué tengo. Esto ya no es vida.

ANDREA. —Sí, Martín, aunque se nos rían todas las envidiosas del pueblo, que bien merecido lo tendremos.

MARTÍN. —Sí, sí, y cuanto antes, mejor.

RAMÓN. —¡Y mañana hay correo para allá, don Martín!

CACHILO. —Yo les aviso, hay que rajar antes que la gallega se tire al río.

MARTÍN. —¿Qué?

CACHILO. —Nada, nada... ¿Quiere que vaya acomodando las petacas?

ANDREA. —Sí, ahora mismo.

CACHILO. —¡Si no sabe nadar, está fundida la gallega!

ANDREA. —¿Qué?

CACHILO. —Nada, nada. Voy corriendo, voy corriendo. (*Mutis.*)

RAMÓN. —Yo también voy a ayudar.

ANDREA. —Para qué te vas a molestar, hijo.

RAMÓN. —No es ninguna, doña Andrea. De algo hay que servir... ¡Si para estas cosas yo soy un bárbaro! No me conocen nomás. (*Mutis.*)

ESCENA VII

Martín, Andrea, Petrona y Gumersindo.

GUMERSINDO. —(*Sentándose.*) ¡Y pensar que yo he sido el culpable de esto!

ANDREA. —Y yo, por olvidar que antes que mujer soy madre.

MARTÍN. —No, yo tengo la culpa.

PETRONA. —Todos somos culpables, tío.

MARTÍN. —Bien dicen que al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos. Pero, cómo contrariarlos, si cada lágrima de ustedes era un llamado a gritos de mi pobre hermano. Y yo, que le había jurado ser como él mismo era con ustedes, sentía removérseme las entrañas de solo pensar que allá arriba, pudiera estar diciendo bajito: “Todos los huérfanos son iguales, Martín”. Por eso los seguí con el pecho apretado por la angustia, por el miedo de verlos hundirse en las miserias doradas de estos pueblos grandes. Aquella mañana en que partimos, el lucero del alba guió mis pasos hasta la tumba de mi hermano... Pero los muertos han de hablar una lengua distinta, porque si no, yo estoy seguro de que me hubiera dicho: “No los llevés, Martín, allá no te podré ayudar a cuidarlos”.

GUMERSINDO. —(*Abrazándolo emocionado.*) ¡Usted es un verdadero padre, tío!

MARTÍN. —¡Un verdadero padre! Sí, m'hijo, sí, pero allá, en nuestro nido. En el que será para siempre mi único nido...

GUMERSINDO. —(*Separándose.*) Nos iremos, tío, nos iremos.

ANDREA. —(*Enjuagándose las lágrimas.*) ¡Qué tarde vengo a comprenderte, Martín! ¡Y qué vergüenza, qué arrepentimiento enorme!

MARTÍN. —(*Sentándose.*) No importa, yo comprendo...

ANDREA. —¡Vos, el incomprendido, el despreciado!

PETRONA. —(*Abrazándose a él.*) Tío, nos faltará tiempo para cuidarlo, para mimarlo como verdadero padre. Y haremos que olvide su tristeza, toda su tristeza...

ANDREA. —Vos, que habías sacrificado todo por nosotros, que vivías pendiente de un amor tan puro, tan inmenso... ¡todavía nos perdonás!

MARTÍN. —No importa; no importa.

GUMERSINDO. —Hemos de luchar para recuperar el tiempo perdido, para hartarnos del saber que solo da sin usura, esa madre tierra que más nos bendice cuando más hondo le herimos las entrañas, para hacernos fuertes y mansos, como usted, tío Martín.

MARTÍN. —Sí, m'hijo, sí.

ANDREA. —¡Oh, si todas las mujeres supieran comprender a tiempo los verdaderos hombres, no lloraríamos nunca de arrepentimiento!

GUMERSINDO. —Volveremos doloridos, sí, pero dando gracias a Dios por no habernos castigado más.

PETRONA. —(*Tomando entre sus manos un medallón con el retrato de su padre, que lleva suspendido por un collar.*) ¡Y perdónanos tú también, padre mío, lo hicimos sin mala intención! Ya volvemos a vivir con tu recuerdo, bajo el techo de cañas que tú levantaste en esa tierra tan tuya y tan nuestra, y que así aprendemos a quererla tanto.

ANDREA. —(*Llorando.*) Ahora de nuevo está enlutada tu alma, tal vez estas lágrimas te den un poco de consuelo.

PETRONA. —¡Qué vuelta dolorosa, Dios mío! (*Llorando contra su pecho.*)

MARTÍN. —(*Acariciándole la cabeza.*) Ahora que he ganado una hermana y dos hijos ¡qué importa lo demás! (*Rompiendo en sollozos.*) ¡Qué importa lo demás!

TELÓN

2

DON FABIÁN

COMEDIA EN
TRES ACTOS

Estrenada en octubre de 1945 por el Centro Riojano de Arte Escénico
bajo la dirección de Jorge Fernando Castellanos.

PERSONAJES

SALOMÉ

NICOLASA

CLAUDIA

ALBERTO

MÁXIMO

DON FABIÁN

PALIZA

JOSÉ

CIPRIANO

CANDELARIA

CHICO



ACTO PRIMERO

ESCENA I

Salomé y Nicolasa.

NICOLASA. —(*Aparece por izquierda con una taza.*) Con un poco de té de azahar se va a sentir mejor, doña Salomé. (*Le sirve.*)

SALOMÉ. —Si ya estoy bien, doña Nicolasa. Muchas gracias. No sé cómo voy a pagarle tantas molestias.

NICOLASA. —No piense en eso, señora; yo no hago más que pagar algo de lo que debo. (*Se sienta.*)

SALOMÉ. —¿Qué dirá don Máximo lo que no va desde ayer a su casa?

NICOLASA. —¿Qué va a decir? Si él me ha dicho que no vuelva a mi casa mientras no la vea levantada. (*Ríe.*)

SALOMÉ. —¡Qué buenos son ustedes! Y yo tan puras dolencias.

NICOLASA. —Tome el té antes que se enfríe, doña Salomé.

SALOMÉ. —Parece que estuviéramos maldecidos... Primero la Candelaria, que la queríamos como a una hija, se nos va sin que sepamos a dónde ni por qué, después nos quitan el campo del Bajo y ahora, para colmo de la desgracia, se nos muere Miguel... (*Solloza.*)

NICOLASA. —(*Con voz entrecortada.*) Hay que resignarse, doña Salomé. Acuérdesse que nuestro Señor Jesucristo ha sufrido mucho más.

SALOMÉ. —(*Débilmente.*) Sí, pero él era Dios...

NICOLASA. —Y ahora lo tiene a Alberto, que es tan hijo de ustedes como era Miguel. Tiene que quererlo y poner todas sus esperanzas en él, que es el hijo que les queda. Hay que resignarse y tener fe en Dios, otra cosa no se puede hacer.

SALOMÉ. —Sí, pero... yo no sé por qué será, pero me parece como si este no fuera el mismo..., como si no viviera a gusto, como si no le gustara esta vida.

NICOLASA. —Debe ser lo que no se ha criado con ustedes. Pero en cuanto pase un tiempo, ya verá cómo se acostumbra también.

SALOMÉ. —Es como una niña... El mismo Fabián, es como si le tuviera rabia, como si...

NICOLASA. —No diga eso, señora. Es que usted está impresionada todavía con la muerte de Miguel. Don Fabián es de mal genio nomás, pero tiene muy buen corazón.

ESCENA II

Salomé, Nicolasa, Claudia y Alberto.

CLAUDIA. —(Entrando desde la calle.) ¡Güen día! ¡Ave María, tan grande la casa; parece que todos se hubieran muerto!

NICOLASA. — (Con fastidio.) ¡Ay, ya viene esta vieja!

SALOMÉ. —Es mejor tratarla con la buena.

CLAUDIA. —Reciencito me dan la noticia de que ya se ha levantau de la cama, y me vengo a verla.

SALOMÉ. —Muchas gracias, doña Claudia. Siéntese.

CLAUDIA. —(Sentándose.) Tiene que estar muy contenta lo que está con su hijo.

SALOMÉ. —Así es, doña Claudia.

CLAUDIA. —(Con malicia.) Y don Fabián también estará contento...

NICOLASA. —Claro que ha de estar. ¿Cuál es el padre que no está contento con sus hijos?

CLAUDIA. —¡Ah, claro! Por eso digo. (Pausa.) ¿Y Albertito?

SALOMÉ. —Anda con Fabián, en el campo.

CLAUDIA. —¿Andan trabajando?

SALOMÉ. —Trabajando.

CLAUDIA. —¡Ave María, cómo lo sabrá tener don Fabián!

NICOLASA. —Lo mismo que a Miguel nomás.

CLAUDIA. —Sí, pero Miguel estaba acostumbrau...

NICOLASA. —Albertito es un jovencito muy delicau. Yo lo sé querer lo que es tan lindo, tan dócil... Es como una señorita.

SALOMÉ. —Es muy bueno m'hijo.

NICOLASA. —Y más bueno va a ser junto a sus padres.

CLAUDIA. —Toditos lo quieren. El único que no lo quiere, según dicen, es don Fabián.

NICOLASA. —(*Viendo palidecer a Salomé.*) ¡Ya tuvo que salir ella! ¡En qué juicio le cabe decir esas cosas a una mujer vieja como usted! ¿Cómo cree que un padre le va a tener rabia a su propio hijo?

CLAUDIA. —No, si yo no digo que le tiene rabia. Yo digo que más lo sabe querer a Miguel. Yo no digo que lo aburrece. (*Ofendida.*) Bien sabe mi Dios que yo no soy una mujer que le gustan los cuentos; ni soy capaz de decir una cosa por otra.

NICOLASA. —Por eso mismo no debe decir esas cosas.

CLAUDIA. —Yo, por hacerles un bien les cuento lo que dicen de ustedes.

NICOLASA. —Esas cosas no se deben contar. Ni se deben andar escuchando tampoco.

CLAUDIA. —Y di'ahi, muchas veces una oye sin querer también... Eso sí, en cuanto quieren hablar mal de ustedes, ahí nomás les tapo la boca, porque a mí no me gusta que hablen mal de mis amistades.

SALOMÉ. —(*Con amargura.*) ¡Y todavía que hablen mal de nosotros...!

NICOLASA. —¿Y qué es lo que tienen que decir?

CLAUDIA. —Eso es lo que yo les digo. Ustedes son personas de sus casas y no hacen más que bien a todo el mundo. Cumplen con Dios, como güenos cristianos, yendo todos los domingos a misa. ¡Ah! ¿No saben que lo van a llevar del pueblo al maistro de la escuela?

NICOLASA. —¿Lo llevan?

CLAUDIA. —Sí, señora, lo llevan del pueblo.

NICOLASA. —Pero, ¿él ha pedido?

CLAUDIA. —(*Maliciosa.*) ¡Cállese, señora! ¡Qué se va a querer ir!

NICOLASA. —¿Y entonces?

CLAUDIA. —(*Confidencial.*) Es que, según parece, lo han denunciau en el señor Gobernador.

NICOLASA. —¿Y por qué?

CLAUDIA. —Hasta ahora no puedo saber, señora. Quién sabe si no anda en malos pasos, como el Comisario... ¡Otro que bien baila!

SALOMÉ. —¿El maestro?

CLAUDIA. —(*Acercando la silla.*) Fíjese, señora. Según dicen, ¿no? Esto me han contau a mí también, (*Digna.*) porque yo no soy una persona capaz de decir así nomás una cosa, como usted misma lo sabe... (*Confidencial.*) Según dicen, este joven, ¡tan educau que parece!, anda en amores con una niña de la escuela.

NICOLASA. —¡Madre mía! Han de ser mentiras, doña Claudia.

CLAUDIA. —¡Ciertito, señora! Si todo el mundo sabe. ¡Ave María!, si ustedes habían estau en ayunas... ¡En qué forma no saben lo que pasa en el pueblo! Y eso no es nada, ¡si supieran quién es la niña! ¡Cielo santo! Este mundo ya está condenau, señora. ¿A qué no saben quién es? Si es como pa no creer... ¡La Clarita, señora!

SALOMÉ. —¿Cuál? ¿La de don Eusebio?

CLAUDIA. —(*Trágica.*) ¡Ella, señora! Pa que vean. La mosquita muerta, ¿no?

SALOMÉ. —¡Dios mío, hasta dónde llega la maldad de las gentes!

NICOLASA. —¡Calumniar a esa pobre criatura, cuando es como una santa!

CLAUDIA. —Y di'ahí, si de esas son las que eligen.

NICOLASA. —Pero doña Claudia, ¿no tiene miedo que Dios la castigue?

CLAUDIA. —Yo digo lo que dicen todos.

NICOLASA. —Aunque digan.

CLAUDIA. —Y a más de eso, yo misma, con estos ojos que Dios me ha dau... ¡Ay, señora! Más bien Dios me hubiera dejau ciega cuando

lo hi seguío al maistro pa ver si era cierto lo que decían... Porque yo la sabía querer muy mucho a la Clarita. ¡Pobre criatura! Y el señor maistro también era muy güeno. A mí siempre me sabía dar plata. Hasta cinco pesos me ha dau una vez.

NICOLASA. —¿Pero usted ha visto que es cierto lo que dicen?

CLAUDIA. —(*Confundida.*) Yo... claro... Como me iba a encontrar con uno que venía, muy parecido a don Fabián, me tuve que volver, ¿no?

NICOLASA. —¿Y entonces cómo asegura que ha visto?

CLAUDIA. —¡Pero señora, si se iba para ese lau! ¿Y qué más va andar haciendo a esas horas, eh? ¡Si está claro! Si de noche no hay escuela. Y a más de eso, al otro día yo me juí a ver si había rastros frente a la casa...

NICOLASA. —¿Y había?

CLAUDIA. —No, pero los han de haber borrau...

SALOMÉ. —(*Pensativa.*) Así se dicen las cosas...

ESCENA III

Salomé, Nicolasa, Claudia y Alberto.

Alberto entra por izquierda, visiblemente fatigado arrastrando una pala y con las ropas en jirones.

CLAUDIA. —(*La primera en verlo, con grandes aspavientos.*) ¡Virgen santa del Rosario! ¿Qué te pasa, hijito? ¡Véalo, señora, viene como San Lázaro!

SALOMÉ. —(*Angustiada.*) ¡Alberto! ¿Y Fabián?

ALBERTO. —(*Se deja caer en un banco junto a ella.*) Anda en el campo. (*Suspira.*) ¡Ah! No doy más de cansado.

NICOLASA. —(*De la mesa levanta un jarro con agua y se lo ofrece a Salomé,*

que en vano trata de ocultar la impresión.) Tome un poco de agua, doña Salomé. ¡Sobre que doña Claudia es tan aspamentera!

CLAUDIA. —¡Y di'hai! ¿Quién no se va a suntar de verlo así a este jovencito tan delicau, señora?

SALOMÉ. —(*Devolviéndole el jarro.*) Gracias, doña Nicolasa.

ALBERTO. —(*Luego de enjugarse los ojos con el puño.*) Mamá, yo no puedo más.

SALOMÉ. —(*Inquieta.*) ¿Qué te pasa, hijito?

ALBERTO. —Vámonos de aquí, mamá.

SALOMÉ. —¿Por qué, m'hijo?

ALBERTO. —Cualquier día de estos... (*Solloza.*) A mí me aborrece... ¡Yo veo que me desprecia! Ayer, porque me sintió con olor a perfume, me puso a limpiar el chiquero de los chanchos... Y ahora porque me vio con esta camisa, me hizo meter al monte lleno de espinas, hasta que... ¡Vea cómo quedé!

CLAUDIA. —(*Lloriqueando. A Nicolasa.*) ¿Ha visto? ¿No le decía yo?

SALOMÉ. —(*Acariciándole la cabeza.*) Tenga paciencia, m'hijo. Con Miguel hacia lo mismo. Sin embargo, lo quería mucho.

ALBERTO. —Yo no puedo, mamá... ¡No es culpa mía, pero yo no puedo ver esos animales como fieras hambrientas que se abalanzan sobre uno! ¡Y ese monte, esas montañas que dan terror en las noches cuando suena esa campana de la iglesia! ¡Y esos pobres bueyes tirando de ese arado tremendo durante horas y horas, sin descanso! ¡Me miran con los ojos llenos de lágrimas, como pidiéndome que los salve! ¿Para qué tanta crueldad, tanto sacrificio? ¡Ah, yo nunca pensé que esta vida fuera así! (*Solloza.*)

SALOMÉ. —(*Con voz trémula.*) Vaya, hijito, acuéstese, descanse un rato.

ESCENA IV

Salomé, Nicolasa y Claudia.

Alberto sale por derecha.

SALOMÉ. — ¡Pobre hijo mío! *(Se cubre la cara con las manos.)*

NICOLASA. — Ya se ha de acostumbrar, señora.

SALOMÉ. — No, doña Nicolasa, este no es lo mismo.

CLAUDIA. — *(Llorando.)* ¡Lo van a matar, señor! Ave María, este hombre parece el mismo diablo. No sin razón es que ha tenío que huir la pobre Candelaria...

NICOLASA. — La Candelaria no se ha ido huyendo de nadie. Ella se ha ido quién sabe por qué de esta casa, pero no se ha ido huyendo de nadie.

CLAUDIA. — Y si está claro, doña Nicolasa. Don Fabián la ha corrido. ¿Por qué más se va ir?

NICOLASA. — No sea tan lengua larga, don Fabián no la ha corrido.

CLAUDIA. — Oiga, si yo no soy la que dice, todito el pueblo dice que la ha corrido. Y hablan más fiero tuavía. Hasta no ha faltau quien diga que la han visto no sé en qué pueblo del sur, que andaba como una perdida. Claro, la pobrecita, abandonada, se habrá dejau engañar con alguno de tanto pícaro que hay en esos pueblos.

SALOMÉ. — ¡Pobre hija mía! ¡Si Dios me la trajera otra vez!

NICOLASA. — Deje nomás, algún día ha de volver la Candelaria y entonces veremos. Por ahora solo pido a Dios que tenga muy en cuenta todo lo que han dicho de ella. Aunque sé muy bien, doña Claudia, que esas son cosas de usted nomás.

CLAUDIA. — ¡No, señora! ¡Jesús de mi vida! Bien sabe mi Dios cómo le hi sentío a la pobre Candelaria cuando se ha disparau... digo, cuando

se ha ido... Y las veces que yo la habré defendío cuando otras se querían limpiar el hocico con su conducta.

NICOLASA. —No, si yo la conozco muy bien, doña Claudia. Lo que usted quiere decir lo pone en boca de otros.

CLAUDIA. —¡Que me caiga muerta, señora! (*Persignándose.*) ¡Virgen de las Angustias! (*Lloriquea.*) Cuando soy una mujer tan de güen corazón... Bien sabía decir el finau mi marido: en boca cerrada no entran moscas.

NICOLASA. —Así es, doña Claudia. Lástima que algunas veces se olvida del finado...

CLAUDIA. —¡Qué me voy a olvidar, señora, cuando todos los lunes le pongo una vela! Aunque yo no tenga qué comer, pero la vela pa su alma, que Dios la tenga en su santa gloria, no le falta nunca.

ESCENA V

Claudia, Nicolasa, Salomé y Máximo.

NICOLASA. —(*Por Máximo, que luego de entrar se acerca lentamente.*) Ya viene a buscarme el vigilante.

CLAUDIA. —(*Asustada.*) ¡Misericordia! ¿El vigilante, dice?

MÁXIMO. —Pa la falta envido... Buen día. (*Se sienta como notando algo anormal.*)

SALOMÉ. —Buen día, don Máximo. ¿Ha visto cómo le hemos robado a la señora?

MÁXIMO. —Ojalá me la hicieran quedar, así estoy más tranquilo. (*Ríen.*)

CLAUDIA. —¡Madre mía, lo que dice! Tan desagradecido que había sido. ¿Ha visto, doña Nicolasa?

NICOLASA. —Déjelo nomás.

SALOMÉ. —¿Si la hiciéramos quedar no hallaría qué hacer, no?

MÁXIMO. —Y, me caso con una mocita. Esta ya está muy vieja. *(Ríen.)*

NICOLASA. —¿Y qué mocita se va querer agarrar un clavo? *(Ríen.)* Ya no servís más que para dar trabajo.

MÁXIMO. —¡Hum! Así dirás vos.

CLAUDIA. —Véalo cómo se ríe. A lo mejor le anda jugando sucio, doña Nicolasa.

NICOLASA. —*(Riendo.)* A lo mejor nomás.

CLAUDIA. —No le juegue risa, señora. Los hombres son muy pícaros... *(Ríen.)*

MÁXIMO. —¿Y para qué nos buscan entonces?

NICOLASA. —¡Ajhá! Por ahí que te dé ahora.

MÁXIMO. —*(Ríe.)* ¡Hum! *(Pausa.)* ¿Y don Fabián?

CLAUDIA. —*(Levantándose bruscamente.)* ¡Ah, cierto, antes que me olvide! ¿Qué no tiene un poquito de cebolla verde, doña Salomé?

SALOMÉ. —Sí, doña Claudia. Vaya, corte de la huerta.

CLAUDIA. —Es para echarle a un locrito que estoy haciendo. Tan fiero que es la comida sin un verdecito, ¿no?

NICOLASA. —Ya se le habrá quemado la comida, doña Claudia.

CLAUDIA. —No, si tiene poco fuego. Voy a cortar, entonces, antes que venga don Fabián.

SALOMÉ. —Él tampoco le va a mezquinar, doña Claudia.

CLAUDIA. —Sí, ya sé, es que no quiero que me vea nomás. *(Sale.)*

ESCENA VI

Máximo, Salomé y Nicolasa.

MÁXIMO. — ¡Hum! El que tiene cola de paja tiene miedo que se le arda.

(Pausa.) ¿Y don Fabián?

SALOMÉ. — Anda en el campo.

MÁXIMO. — ¿Alberto anda con él?

NICOLASA. — No, está descansando en aquella pieza. Está muy cansado el pobre. No vayas a decir nada que no sepa don Fabián que se ha venido del trabajo.

SALOMÉ. — ¡Pobrecito m'hijo! Me lo ha de aconsejar, don Máximo. Fabián no sabe tratarlo con la buena.

MÁXIMO. — Cómo no, doña Salomé. Así es. Claro, todavía no se puede acostumbrar el muchacho.

SALOMÉ. — Hágame ese favor, don Máximo. Aunque yo veo que m'hijo no es para estos trabajos tan pesados.

ESCENA VII

Máximo, Salomé, Nicolasa y Claudia.

CLAUDIA. — *(Entrando muy apurada.)* ¡Ave María, ya viene este hombre! ¡Tan renegón por Dios! *(Se para junto a Salomé.)*

MÁXIMO. — *(Riendo.)* ¡Je, je, je! ¿La pilló en la huerta?

CLAUDIA. — No me debe haber visto porque viene peliando con los peones. A gatas alcancé a cortar esta plantita de cebolla.

SALOMÉ. — *(Intranquila.)* ¿Anda peleando?

CLAUDIA. — Sí, parece que lo ha retau a don Cipriano también. ¿Qué culpa tiene él si le han vendido el campo del bajo?

MÁXIMO. —¡Qué no va a tener!

NICOLASA. —¡Máximo, vos no digas nada!

MÁXIMO. —¡Qué no voy a decir!

CLAUDIA. —(*Ofendida.*) ¡Ave María! Como si yo fuera una chismosa...

SALOMÉ. —A lo mejor le quieren pegar...

MÁXIMO. —(*Levantándose.*) No tenga miedo, mientras lo vean de pie, no se le van a animar. (*Sale murmurando.*)

NICOLASA. —Yo no digo porque usted sea chismosa, doña Claudia. Usted sabe que las paredes tienen oídos como saben decir.

CLAUDIA. —Qué no va a decir, señora. Si yo me doy cuenta que todo hacen escondiendo de mí. (*Lloriquea.*) Como si yo anduviera llevando y trayendo chismes. ¡En qué forma había nacido tan desgraciada! (*Lloriquea.*) ¡Ah! ¡Pero Dios es muy justo!

ESCENA VIII

Salomé, Nicolasa, Claudia. Luego Don Fabián y Máximo.

Se oye la voz de don Fabián acercándose cada vez. Claudia se limpia los ojos y queda como si no pasara nada.

DON FABIÁN. —(*Desde dentro.*) ...Y después me saca esas ramas de ahí. Que no quede ni una sola espina en el camino. (*Entra seguido de Máximo.*) ¿Y quién es el animal que me anduvo pisando los almácigos? (*Se sienta.*)

CLAUDIA. —Yo no hi pisau ningún almácigo... (*Por bajo.*) Ni soy animal tampoco.

SALOMÉ. —No los habrá visto. Fue a cortar un poco de cebolla, para la comida.

DON FABIÁN. —¿Y qué va a hacer con esa hojita que lleva?

CLAUDIA. —No, si está güeno con esto nomás.

SALOMÉ. —Vaya a cortar más, doña Claudia.

CLAUDIA. —No, muchas gracias. Si está güeno.

DON FABIÁN. —¡Vaya, hombre! ¿Qué va a hacer con eso? Y ya sabe para que ponga verduras, ya ve que hacen falta.

CLAUDIA. —(*Disponiéndose a salir.*) ¡Ay! Qué voy a hacer yo, cuando soy una mujer tan enferma, don Fabián.

DON FABIÁN. —¡Qué va a ser enferma! ¿Cómo para andar paseando todo el día no está enferma? ¿Y su hijo? ¿Acaso no tiene hijo?

CLAUDIA. —¡Cállese, don Fabián...! ¡Pobrecito m'hijo, es muy flojito!

DON FABIÁN. —¡No le dé de comer, entonces! Por eso echan a perder los hijos. Mándemelo para mí, ya verá cómo se hace hombre.

CLAUDIA. —¡Qué va a querer venir después de que lo ha aporriau! (*Sale.*)

DON FABIÁN. —¡Sí, mucho miedo y poca vergüenza!

MÁXIMO. —(*Riéndose.*) ¿Se lo anduvo aporreando al muchacho?

DON FABIÁN. —Le pegué una pateadura que se va a acordar toda su vida.

SALOMÉ. —¿Para qué te andás poniendo en boca de esa mujer?

DON FABIÁN. —Y todavía tengo que pegarle otra, esa va a ser con vieja y todo. Para que aprendan a ser gente. ¡Hum! ¿Vos creés que por miedo a la boca nomás yo no los voy a meter a la huella? ¡Hum! ¡Yo los voy hacer...!

NICOLASA. —¿No quiere unos matecitos, don Fabián? Debe andar en ayunas todavía.

DON FABIÁN. —Y bueno, doña Nicolasa... Don Máximo también ha de querer tomar.

MÁXIMO. —No estaría malo. Aunque esta sabe cebar unos mates muy fieros.

NICOLASA. —(*Saliendo por izquierda.*) Y bien que los sabés tomar...

ESCENA IX

Salomé, Claudia, Don Fabian y Máximo.

SALOMÉ. —(*Sonríe.*) Tan lindo el genio de ustedes, siempre son jóvenes. Fabián es como una piedra...

DON FABIÁN. —(*Mirándola.*) ¡Hum! ¡Lo que faltaba! (*A Máximo.*) Esta se va a morir de vieja y no se va convencer de que yo no soy un monigote para andar todo el día, como esas figuras del biógrafo. (*Gesticulando cómicamente.*) ¿Quién es su maridito?, ¿de quién son esos ojitos?, un besito por acá, otro por allá... (*Transición.*) ¡Pero no faltaba más! (*Al verla bajar la cabeza con desaliento.*) ¿Será que se me la está poniendo vieja? Saben decir que algunas veces les da por ahí... (*Ríen.*) (*Pausa.*) ¿Y el trompeta ese del viejo Paliza, ya habrá terminado su rancho? (*Se levanta y se dirige a la calle.*)

SALOMÉ. —Vení tomá el mate.

DON FABIÁN. —Ya vuelvo. (*Sale.*)

MÁXIMO. —¡Bueno! Ya se va a gobernarlo a don Paliza. (*Ríe.*)

SALOMÉ. —¡Qué lo va a componer a ese hombre viejo! Pero él no quiere entender.

ESCENA X

Nicolasa, Máximo y Salomé. Luego Paliza y Claudia.

NICOLASA. —(*Entrando con el mate.*) ¡Bah! ¿Y don Fabián?

MÁXIMO. —Ya vuelve.

NICOLASA. —¿Y para eso me ha hecho que cebe?

MÁXIMO. —¡Y esperá! ¿Qué tenís que hacer?

SALOMÉ. —Si da tanta rabia con este hombre, lo que no está quieto...

NICOLASA. —Tómelo usted, doña Salomé.

SALOMÉ. —No, gracias. No tengo ganas de tomar nada. Dele a don Máximo.

NICOLASA. —Tomá vos, entonces.

PALIZA. —(*Entra disimulando la borrachera que trae.*) Güen día. (*Se dobla el ala del sombrero con el índice y el dedo medio, sin sacárselo.*)

MÁXIMO. —¡Bah! ¡Cayó guano al pozo!

SALOMÉ. —Buen día, don Paliza. Pase.

PALIZA. —(*Zalamero.*) Ya está sanita la patrona... (*Se sienta.*)

SALOMÉ. —No del todo, pero ya estoy bien, don Paliza.

NICOLASA. —(*Recibiendo el mate y saliendo.*) ¿No lo ha visto a don Fabián?

PALIZA. —¿Don Fabián?

MÁXIMO. —Sí, ahí lo anda buscando.

PALIZA. —¿Buscando?

MÁXIMO. —Sí.

PALIZA. —¿Y pa qué?

MÁXIMO. —¡Hum! No sé. Pa darle confites no hai de ser...

SALOMÉ. —Se fue a ver si ya terminó su rancho.

PALIZA. —¿Rancho?

MÁXIMO. —Sí, ¿no estaba haciendo un rancho usted? ¡Qué sabe este con la tranca que tiene!

PALIZA. —¿Tranca?

MÁXIMO. —¡Ya te voy a hacer entender yo! (*Entra Nicolasa y le sirve el mate.*)

PALIZA. —¿Qué, no anda mi comadre Claudia por acá?

MÁXIMO. —¡Hum! Dios los cría y ellos se juntan.

NICOLASA. —No ha venido.

MÁXIMO. —Tomá, che. Está muy fiero tu mate.

NICOLASA. —¡Uh! ¡Al cabo hai agradecer con descontento! (*Lo toma ella.*)

PALIZA. —(*Adulón.*) ¡Je, je, je! ¡Qué doña Nicolasa, tan... hip! (*Rezongando.*) ¡Oh carascho!

MÁXIMO. —¡Hum! ¡Te hai aflojar el morau!

NICOLASA. —Váyase antes que vuelva don Fabián.

PALIZA. —¿Por qué?

MÁXIMO. —Porque si lo pilla aquí, lo va a sacar a patadas. ¡Por eso!

SALOMÉ. —(*Escuchando.*) Ya creo que viene.

NICOLASA. —Escóndase ahí, antes que llegue. (*Le indica las plantas de la izquierda.*)

PALIZA. —(*Nervioso, hace medio mutis.*) No le vayan a decir que... ¡hip...! ¡Cha, digo! (*Mutis por entre las plantas.*)

MÁXIMO. —Yo no sé para qué se empeña don Fabián en hacerle bien a esta gente.

SALOMÉ. —Vaya hacer entender, usted... ¿No ve que ni siquiera me ha preguntado cómo estoy yo, y ya se fue a saber de los demás?

MÁXIMO. —Y bueno, esa es la vida de él.

NICOLASA. —Sí, así son con la mujer de ellos.

CLAUDIA. —(*Entrando con un manojo de cebollas.*) ¿Ya se ha ido don Fabián?

NICOLASA. —Ya.

CLAUDIA. —(*Sentándose.*) ¡Tan linda que está la huerta!, ¿no? Parece una bendición de Dios, señora. Hasta las plantitas así (*Señala.*), están cargadas de frutas. Parecen racimos. Yo es en la única parte que hi visto porque en las otras casas yo no hi visto... ¡Ave María! Dios no permita, pero saben decir que es tapia...

SALOMÉ. —(*Lívda.*) ¡Madre mía!

MÁXIMO. —¡La boca se le haga a un lau...!

NICOLASA. —¡Jesús! Esta mujer parece pájaro de mal agüero. ¿Cómo se pone a decir esas cosas? ¿No ve que esta pobre señora está tan impresionada todavía? ¡Se necesita ser sin alma!

CLAUDIA. —¡Ave María...! La quieren comer a una...

MÁXIMO. —No tenga miedo, no sabíamos comer lechuzas.

CLAUDIA. —(*Conteniéndose.*) Sí, réteme nomás. Lo que una es pobre todo tienen que decirle. (*Lloriquea.*) Ahora una no puede no hablar si quiera. (*Solloza.*) Bien sabe mi Dios que no sé ofender a naidés... Yo digo porque así saben decir...

NICOLASA. —Aunque digan, doña Claudia. Esas cosas no se deben repetir así...

MÁXIMO. —Claro. De usted también saben decir que es bruja, y sin embargo...

CLAUDIA. —(*Trágica.*) ¡Misericordia, señor! (*Se persigna.*) ¡Ah, pero las torres más altas saben caer...! (*Levantándose, como tomando distancia.*) ¡Porque ahora tienen un peso en el bolsillo, se creen dueños de pisotiar a todo el mundo! ¡Porque una es pobre nomás...! (*Furiosa.*) ¡Y vamos a ver quiénes son! ¡Desgraciaus! ¡Pero me la van a pagar! ¡Muertos de hambre que viven de las sobras de esta casa y tuavía!

ESCENA XI

Nicolasa, Máximo, Salomé, Claudia, Paliza y Don Fabián. Luego, José.

PALIZA. —(*Aparece gesticulando.*) ¡No le afloje, comadre!... (*Sorpresa general.*)

DON FABIÁN. —(*Entrando.*) ¿Qué pasa? (*Paliza, al escucharlo, quiere volverse huyéndole, pero se enreda en sus piernas y cae sentado, forcejeando por levantarse. Claudia llora desconsoladamente.*) ¡Ay j'una gran perra! Aquí había estau este viejo trompeta,

PALIZA. —(*Levantándose.*) ¡Cha digo...! (*Claudia, gimoteando escapa hacia la calle.*)

DON FABIÁN. —¿Ya terminó su rancho?

PALIZA. —Ya... ya está, don Fabián.

DON FABIÁN. —¡Miente! (*Tomándolo de un brazo.*) ¡Vamos, mándese mudar! ¡Yo te voy a enseñar a ser gente! ¡A trabajar, su viejo vago! ¡Y que yo no pase mañana y no esté listo el rancho! ¿Me oye?

PALIZA. —Ta bien. (*Sale empujado por don Fabián.*)

DON FABIÁN. —(*Volviendo.*) ¡Yo los voy hacer, manga de inútiles! ¿Y qué pasaba aquí?

MÁXIMO. —Nada, don Fabián. Es que esa vieja bruja no puede estar sin hacer barullo y andar con chismes.

DON FABIÁN. —¡Ay j'una...! ¿Y dónde se ha metido ahora?

NICOLASA. —Ya se escapó. (*Sale.*)

DON FABIÁN. —¡Yo la voy hacer! (*Llamando.*) ¡José!

JOSÉ. —(*De adentro.*) ¡Señor!

DON FABIÁN. —¡Venga para acá!

SALOMÉ. —Dejala nomás, Fabián.

DON FABIÁN. —Yo la voy hacer que venga a armar bochinche en mi casa.

JOSÉ. —(*Entrando.*) Ordene, don Fabián.

DON FABIÁN. —Enláceme esa vieja que va ahí.

JOSÉ. —Está bien. *(Corre hacia la primera pieza, de donde saca una piola y se dirige hacia la calle armando una lazada.)*

SALOMÉ. —Vení, José.

DON FABIÁN. —¡Vaya, le he dicho! ¡Cuando yo mando una cosa es para que se haga! ¡No faltaba más! ¿Y el tal Alberto ese?

SALOMÉ. —No está, no ha vuelto todavía.

DON FABIÁN. —*(Por la pala que dejara Alberto.)* ¿Y esa pala es tuya? *(Se miran confundidos.)*

MÁXIMO. —*(Por desviar la conversación.)* ¡Ejhém! Parece que este año está pintando lindo, don Fabián.

DON FABIÁN. —Ya era tiempo. ¡Hum! Lástima que me esté pillando viejo, si no, ya vería usted de lo que soy capaz. ¡Me hace falta m'hijo, amigo! Pero Dios sabe lo que hace. ¡Y a quién se lo hace!

MÁXIMO. —Así es, don Fabián.

JOSÉ. —*(Luego de entrar.)* Ya no parece, don Fabián.

DON FABIÁN. —¿Eh?

JOSÉ. —Ya no parece.

DON FABIÁN. —Dejala nomás; ya ha de volver por acá.

JOSÉ. —Ahí lo anda buscando don Cipriano.

DON FABIÁN. —¿Quién?

JOSÉ. —Don Cipriano.

DON FABIÁN. —¿Qué anda queriendo?

JOSÉ. —No sé.

DON FABIÁN. —Decile que pase. *(Sale José.)*

SALOMÉ. —*(Inquieta.)* ¿Qué andaré queriendo ese hombre?

DON FABIÁN. —Ya vamos a ver qué quiere.

ESCENA XII

Don Fabián, Salomé, Nicolasa, Máximo y Cipriano.

CIPRIANO. —(*Desde el patio.*) ¡Buenos días! (*José pasa por foro y sale por izquierda.*)

DON FABIÁN. —(*Sentado.*) Buen día, amigo. Pase, no tenga miedo, todavía no estamos tísicos.

CIPRIANO. —(*Confundido.*) Gracias. No, no es por eso, si no...

SALOMÉ. —Pase, siéntese.

CIPRIANO. —Gracias. ¿Cómo les va por acá?

SALOMÉ. —Regular, don Cipriano.

DON FABIÁN. —¡Qué regular! ¡Muy bien, diga! ¿Y a usted cómo le va?

CIPRIANO. —Y, bien ha de ser. (*Incómodo.*) ¡Ejhém! Lindo día, ¿no?

SALOMÉ. —Muy lindo está. Por eso me animé a levantarme. ¿Y usted anda guapo?

DON FABIÁN. —(*En son de burla.*) Guapo. ¿No le ves las botas?

CIPRIANO. —(*Mordiéndose.*) ¡Je, je, je! ¡Qué don Fabián!

DON FABIÁN. —Este viejo'e porra, ¿no?

CIPRIANO. —No sé por qué lo dice.

DON FABIÁN. —¡Pero yo sí!

CIPRIANO. —¡Ejhém! Este..., necesito hablarlo, don Fabián.

DON FABIÁN. —Diga nomás.

CIPRIANO. —Este... Sé que tiene una montura.

DON FABIÁN. —No, señor, tengo dos monturas.

CIPRIANO. —Me refiero a la que fue de su hijo... de Miguel.

DON FABIÁN. —¿Ajá? ¿Qué hay con ella?

CIPRIANO. —Vengo a comprársela.

DON FABIÁN. —¿Y ya sabe si yo la quiero vender?

CIPRIANO. —Y... Como ya no la necesita, según tengo entendido...

DON FABIÁN. — Ha entendido muy mal, amigo.

CIPRIANO. — Este... Yo se la pagaría muy bien, ¿no?

DON FABIÁN. — No se la vendo a esa montura, ni por todo lo que tiene, con usted encima.

CIPRIANO. — *(Irónico.)* ¡Caramba! Había sido cara, ¡je, je, je!

DON FABIÁN. — ¡No, no tan cara! Lo que pasa es que no está a su alcance.

CIPRIANO. — *(Levantándose.)* Y bueno... ¡Ah! También quería decirle que me haga el favor de no andarles dando órdenes a los peones que tengo en el campo del Bajo. Debe acordarse de que ese campo ya no es suyo.

DON FABIÁN. — *(Irguiéndose.)* ¡Sí, pero si hubiera justicia en este mundo tampoco sería de usted, canejo!

CIPRIANO. — ¡No le permito...!

DON FABIÁN. — ¡No le pregunto!

SALOMÉ. — ¡Fabián!

CIPRIANO. — Yo respeto que su señora...

DON FABIÁN. — ¡Yo no respeto nada!

ESCENA XIII

Cipriano, Don Fabián, Salomé y Nicolasa.

CIPRIANO. — *(Saliendo.)* Está bien. Eso vamos a ver.

DON FABIÁN. — ¡Atrevidos, canejo! ¡No le permito! ¡Yo los voy a hacer...! ¡Dando órdenes...!

SALOMÉ. — Sobre que vos no puedes estar sin entrometerte.

DON FABIÁN. — ¡Pero si mienten esos canallas! Lo que pasa es que ayer, cuando pasé por ahí, los pillé que estaban matando a palos a

un pobre caballo que se había caído de cansado, y porque les pegué un reto, ya han ido con el cuento al tatita. ¡Como si a mí me fuera a castigar el tal don Cipriano ese! ¡Porque así son estos canallas!

SALOMÉ. —(A Nicolasa.) Espérese un poquito, no haga fuerzas. (La ayuda a levantarse y luego, lentamente, va hacia la segunda pieza de derecha.)

DON FABIÁN. —(Intranquilo.) ¿Qué te pasa?

SALOMÉ. —Nada. Es que me canso de tanto estar en la silla. (Salen.)

MÁXIMO. —Debe estar muy débil todavía. Tiene que haberse impresionado mucho con la muerte de Miguel.

DON FABIÁN. —(Luego de verlas desaparecer, quedó pensativo.) ¡Hum! No sé si soy yo o es la vida, amigo, pero la pobre merece otra suerte.

MÁXIMO. —No hay mal que dure cien años, don Fabián.

DON FABIÁN. —(Sin escucharle.) A veces pienso si no será mejor dejar las cosas como son y matar ese afán de hacerlas como deben ser. Si esta lucha continúa con todo, no será de vicio nomás, si no tendrá razón el viejo Paliza... Pero algo se me encrespa aquí, adentro, y tengo que gritar y manotear como si me estuvieran por poner un bozal. (Levantándose.) ¡Hum! Si pudiera andar con pollera tal vez lo haría... (Sale por izquierda.)

ESCENA XIV

Máximo y Alberto.

MÁXIMO. —(Al ver a Alberto solo, cruza la escena y va a sentarse a su lado.) ¿Eh?... ¡Ah! ¿Sos vos? ¿Estabas durmiendo?

ALBERTO. —Sí, dormí un poco. (Breve silencio.) Don Máximo...

MÁXIMO. —¿Eh?

ALBERTO. —¿Usted sabe cómo ha sido la muerte de Miguel?

MÁXIMO. —Sí, ¿por?

ALBERTO. —Es que... yo tengo una duda ¿sabe? Oí decir algunas cosas que... Sería de morirse, don Máximo. ¡Pero por más terrible que sea, yo necesito saberlo, yo quiero saberlo! ¿Me entiende? Nadie quiere decírmelo, por eso le pregunto a usted, don Máximo.

MÁXIMO. —Comprendo, sí, comprendo. ¡Todavía eso! (*Luego de cerciorarse de que los ven desde las piezas, se para frente a Alberto y este, notando que lo mira fija y terriblemente, se pone de pie.*) Su padre no es ningún criminal, amigo. Te voy a contar todo, tal cual ha sido, pero ¡canejo! una sola palabra de esto a su padre o a su madre, lo estaqueo y lo desuello vivo, ¿me entiendes? (*Alberto, mudo de asombro, mueve la cabeza afirmativamente.*) Bueno, siéntese. (*Lo hace sentar. Luego mira alrededor y se sienta él también.*) Tal vez te sirva de algo... (*Pausa.*) Era un toro que jamás había visto un lazo. Lo bajaron de la sierra para marcarlo. Estaquiau con dos lazos, como estaba, nadie se animaba a entrar al corral pa maniarlo. Parecía el mismo diablo. Don Fabián, diciendo: “¡maricones!”, se empezó a subir a la empalizada, pero Miguel, de dos saltos, estuvo frente al toro. Todos estábamos como en misa. No se oía más que la voz de Miguel, que lo hablaba al toro, como haciéndole bromas... Pero, ¡canejo!, nunca falta tiempo cuando está de Dios que va a haber una desgracia... El toro comenzó a tironiar y tironiar hasta que uno de los lazos sonó como un tiro y fue a pegarle en medio de la cara al muchacho. ¡Y cuando pega un lazo que se corta, es peor que una patada e'mula! Ciego de dolor, Miguel solo atinó a llevarse las manos a la cara, y el animal libre de un costau, se abalanzó sobre el muchacho y lo ensartó en las astas, estrechándolo contra los palos, y después lo tiró como a diez metros con la barriga hecha pedazos... Don Fabián,

loco de rabia, se tiró sobre el toro y le enterró mil veces seguidas su cuchillo. Fue todo en menos de lo que canta un gallo... Cuando lo alzamos para traerlo, se quejó y le corrieron las lágrimas. Don Fabián, cubierto de barro y sangre, le dijo por lo bajo “¿Duele tanto, m’hijo?”. No se quejó más. Le hizo señas a Don Fabián como para decirle algo, pero, cuando le puso el oído en la boca, no le escuchó nada. Ya se había muerto... ¡Sí, don Fabián no lloró entonces debe ser porque no tiene lágrimas! (*Pausa.*)

ALBERTO. —(*Luego de secarse los ojos con el puño.*) Por eso, don Máximo. porque no soy así por eso me desprecia...

MÁXIMO. —Con él hay que hacerse hombre o colgarse de un árbol.

ALBERTO. —¡Hacerse hombre, hacerse hombre! ¿Eso es ser hombre, don Máximo? ¿Esa es la hombría que él pregona? ¿Hacer matar al hijo, que decía querer tanto? ¿Sacrificarse sin motivo él mismo, sacrificar a su esposa, a punto de matarla, casi, correr a Candelaria, porque esa es la verdad; no dejar tranquilo a nadie? ¿Esa es la hombría, don Máximo? Dígame: ¿esa es la hombría de él?

MÁXIMO. —(*Levantándose.*) Yo no sé, pero yo lo comprendo. (*Sale por izquierda.*)

ESCENA XV

Alberto y José.

ALBERTO. —(*Solo.*) ¡Yo lo comprendo! ¡Qué va saber comprender! ¡Todos comprenden, pero ninguno sabe explicar ese misterio, esa consigna de barbarie que los ata y enmudece cuando yo pregunto! ¡Se me excluye, se me desprecia porque yo no tengo esa mala entraña

que aquí todos tienen! A veces creo que es un espíritu, como un vaho de esta misma tierra, que los envenena...

JOSÉ. —(*Entra por izquierda, con un cabo de hacha y un cuchillo, y se sienta cerca de Alberto, poniéndose a alisar el palo.*) ¿Está solo?

ALBERTO. —Solo, más solo que nunca.

JOSÉ. —(*Sonriendo.*) ¿Qué le pasa?

ALBERTO. —Ni yo mismo lo sé. (*Encogiéndose de hombros, José continúa su labor.*) (*Breve pausa.*) José, ¿nunca has tenido miedo al encontrarte solo en un medio extraño?

JOSÉ. —(*Sin comprender.*) Este... ¿Miedo dice?

ALBERTO. —Sí, miedo, terror, pánico de algo que uno mismo no comprende. Miedo de sentirse indefenso, completamente indefenso. Es terrible, José... Y aún habrá quien describa los campos como llenos de flores y pájaros que cantan, y animales mansos y de gentes buenas... ¿Dónde está todo eso? Y todavía todos me repiten el mismo dilema. O hay que enloquecer como mi padre, o ahorcarse... Pero vos no sos como los demás, José. No puede ser, algo me dice que cuando estoy contigo no debo temer... Yo era muy enfermo cuando niño ¿sabes? Por eso, tal vez creyendo que no viviría, mi padre me entregó a mis tías para que me criaran. Hasta que todos, consideramos un deber el que yo venga a reemplazar a mi casa, al hermano muerto... Yo apenas conocía a mi madre. Mis tías no querían que yo viniese, porque decían que mi padre era como una fiera, sin corazón, sin alma. Puede decirse que recién lo he conocido cuando vine aquí... (*Pausa.*) Desde ahora seremos más que amigos, ¿quieres? ¡Acércate!

JOSÉ. —Como no, joven Alberto.

ALBERTO. —Gracias, José. Dame la mano. (*Lo hace.*) Pero una amistad más firme tiene que sellarse con un abrazo. Abrázame, José. (*Al verlo*

vacilar.) No me tengas vergüenza, abrázame. *(Le abre los brazos y se afirma contra él, diciéndole con vehemencia.)* Abrázame fuerte, José. ¡Más fuerte!

ESCENA XVI

José, Alberto, Don Fabián, Nicolasa, Máximo y Salomé.

DON FABIÁN. —*(Que habiendo entrado por izquierda ha escuchado las últimas palabras, parece encrespase como un león, y luego se abalanza sobre Alberto, tomándolo del cuello.)* ¡Miserable!

ALBERTO. —¡Padre!

DON FABIÁN. —*(Ahorcándolo con las manos.)* ¡Canalla!

JOSÉ. —¡Don Fabián!

DON FABIÁN. —*(Como un poseído.)* ¡Víbora! *(Levanta el cuchillo de la mesa, sin largar a Alberto.)* ¡Muera! ¡Canalla...!

ALBERTO. —¡Madre, mamita!

NICOLASA. —*(Apareciendo por derecha.)* ¡Dios mío! ¡Déjelo!

DON FABIÁN. —*(Luchando con Alberto, que le tiene tomado el brazo con el que blande el cuchillo.)* ¡Perro! ¡Miserable! ¡Muera, canejo! ¡Muera...! *(Nicolasa no se anima a desarmarlo..)*

MÁXIMO. —*(Aparece corriendo, por izquierda.)* ¡Don Fabián!

DON FABIÁN. —*(Que ya volteó a Alberto, parece dispuesto a hundirle el cuchillo.)* ¡Muera! ¡Muera! *(Los demás, confundidos y medrosos, tratan de contenerlo.)*

Salomé, que apenas puede caminar, aparece con el cabello suelto, descalza y con ropas de dormir. Al verlo levantar el cuchillo da un alarido espantoso. Se cubre la cara con las manos y luego se desploma sin sentido. Don Fabián,

al oírlo, se vuelve y, al verla caída, suelta el cuchillo y se queda mirándola espantado. Los demás, azorados miran alternativamente a Salomé y a don Fabián. Alberto se levanta y va hacia ella.

DON FABIÁN. —(*Reaccionando.*) ¡No la toque! (*Lo hace a un lado, de un empujón y levanta a Salomé en sus brazos, introduciéndola en su pieza. Los demás los siguen ansiosos hasta la puerta. Únicamente Nicolasa entra con ellos.*)

NICOLASA. —(*Casi inmediatamente vuelve a salir, corriendo por izquierda, de donde regresa con un frasco, y antes de volver a entrar dice a Alberto.*)
Andate a casa hasta que pase todo.

ALBERTO. —(*Sollozando.*) Yo quiero verla primero...

JOSÉ. —Es mejor que se vaya, después la verá.

ALBERTO. —(*Histérico.*) ¡Yo quiero verla! ¡Quiero ver a mi madre!

MÁXIMO. —(*Tomándolo del cuello, le dice con voz sorda.*) ¡Váyase! (*Alberto sale sollozando, por derecha.*)

Don Fabián aparece hondamente impresionado. Va hasta el patio, mira alrededor como desconcertado, empuja el cuchillo, que aún está donde lo dejara él. Parece hablar entre dientes.

NICOLASA. —(*Sale de la pieza con la cara descompuesta y tomándose la cabeza con las manos.*) ¡Don Fabián! ¡Dios mío!

DON FABIÁN. —¡No! Salomé... Salomé, Salomé... (*Entra en la pieza, desde donde aparece luego rígido, alelado.*)

NICOLASA. —(*Sacudiéndolo.*) ¡Llore, don Fabián, llore! ¡Dios, ni una lágrima! (*Máximo, consolándola, la hace sentar en una silla, secándose él también los ojos. José solloza junto a la pared.*)

Don Fabián los mira como ido. Vuelve a entrar a la pieza y aparece luego. La rigidez inconcebible de su cuerpo y de su cara expresan el estupor inmenso que lo ahoga. Atraviesa el patio y sale por izquierda, conteniendo un sollozo.

TELÓN



ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Don Fabián y José.

JOSÉ. —(*Entra desde la calle y se acerca a don Fabián, con el sombrero en la mano.*) Patrón...

DON FABIÁN. —(*Sorprendido.*) ¿Eh?

JOSÉ. —(*Haciendo girar el sombrero entre las manos.*) Este... Vengo a molestarlo, ¿sabe?

DON FABIÁN. —(*Sin mirarlo.*) ¿Qué andas queriendo?

JOSÉ. —Es que... como tengo una necesidad, ¿sabe? Por eso vengo a ver si me puede dar si quiera un peso.

DON FABIÁN. —(*Revolviéndose en la silla.*) ¡Hum! ¡Lo que faltaba!

JOSÉ. —Si no fuera que tengo una necesidad, yo no le vendría a cobrar, don Fabián. Pero, usted sabe...

DON FABIÁN. —¡Sí! Sí sé. ¡Claro, hay que cobrarle antes que le quiten todo! ¡J'una gran perra...!

JOSÉ. —Yo no soy de esos, don Fabián.

DON FABIÁN. —¡Qué no! ¡Yo los conozco bien! *(Se sienta, y paseándose con las manos a la espalda, sale por izquierda.)*

JOSÉ. — *(Solo.)* Al fin y al cabo, yo vengo a cobrar lo que es mío. *(Va saliendo hacia la calle.)*

ESCENA II

José y Claudia.

CLAUDIA. —*(Entrando.)* Güen día. ¿Qué no está don Fabián?

JOSÉ. —Se ha ido pa la huerta.

CLAUDIA. —¿Qué es cierto que está medio loco?

JOSÉ. —Así parece, le vengo a cobrar lo que me debe, y me sale retando.

CLAUDIA. —¡Guah! ¡Ave María, si había estau peor! Porque así nomás ha sido, medio loco. Y con lo que pasa ahora tiene que estar más loco todavía.

JOSÉ. —Debe ser nomás.

CLAUDIA. —Ve, no es por hacer malos juicios, pero estas desgracias tienen que ser castigos de Dios. Porque ha sido un hombre muy malo, muy orgulloso, muy franco... Le saben faltar palabras para abochornarla a una. ¡Y tan entremetido! Al compadre Paliza, ¡si lo habrá insultau y le habrá pegau patadas cuando venía borracho! Y a mí también ¡cuántas veces no me habrá retau porque no estoy encerrada en mi casa, como él la sabía tener a la finada Salomé! Como si a él le importara algo... Que nos deje nomás. Cada uno como Dios lo hizo. Total, no le pedimos de comer...

JOSÉ. —Así es. Bueno me voy, entonces.

CLAUDIA. —¿Así es que no te ha querido pagar?

JOSÉ. —Parece que no tiene plata.

CLAUDIA. —Y claro que no ha'i tener. ¿Has visto? Si hubieras escuchau mis consejos no te pasa esto. Yo te dije don Cipriano paga mes a mes, no se queda con el trabajo de los pobres, ni los está engañando con mentiras... con que les va a dar tierras pa que hagan cosas, pa que formen un pueblo de gente... Como si los demás no fueran gente. ¡No, si era muy agrio! Cierto es que don Cipriano... se está quedando con todo el campo. Pero para eso les paga y les está dando qué comer y qué beber, y cad'uno es dueño de vender y divertirse con lo que tiene. ¿No te parece?

JOSÉ. —Claro.

CLAUDIA. —Ahí tenís vos, ¿qué has remediau con quedarte trabajando como animal, pa don Fabián?

JOSÉ. —¡De puro zonzo!

CLAUDIA. —¡Pero hijo, si yo con tiempo nomás t'hi avisau!

JOSÉ. —Bueno, me voy.

CLAUDIA. —Oíme, ¿no sabís quién es el viajero que ha llegau a la casa de don Máximo?

JOSÉ. —¿Un viajero?

CLAUDIA. —Sí, anoche temprano que ha llegau. Nadie sabe quién es. Yo no pude dormir pensando quién puede ser. Esta mañana tempranita me fui como a pedir un remedio, pero no hi podido descubrir nada. Parece que está encerrau en una pieza. No quieren que sepa naides. ¿Pa qué lo sabrán esconder? Total, ellos son dueños de recibir al mismo demonio en sus casas. A una qué le importa, ¿no te parece?

JOSÉ. —Así es. Bueno, hasta otro día, doña Claudia.

CLAUDIA. —Güeno, hijo. *(Deteniéndolo.)* Che, ¿qué es cierto que espanta la finada Salomé?

JOSÉ. —Y debe ser nomás.

CLAUDIA. —Así corren las voces. Dicen que de noche no lo deja dormir a don Fabián. Y claro, si por culpa de él es que se ha muerto. ¡Qué hombre, Santo Dios! La ha muerto a pesares a esa pobre señora.

JOSÉ. —Bueno, hasta luego doña Claudia. Ya creo que viene don Fabián. *(Sale.)*

CLAUDIA. —Güeno, hijo. ¡Ave María, cómo no me quiera aporriar nomás este hombre!

ESCENA III

Claudia y Don Fabián. Luego, Paliza.

Don Fabián entra por izquierda, viene agachado, hablando solo. De pronto entra Claudia y se detiene mirándola fijamente. Ella, con temor, retrocede unos pasos.

CLAUDIA. —¡Güen día, don Fabián!

DON FABIÁN. —*(Aspero.)* ¡Qué quiere...!

CLAUDIA. —Este... Vengo a pedirle unas hojitas de té de burro para hacerle un remedio pa doña Esther, que está muy enferma desde anoche...

DON FABIÁN. —¿Enferma?

CLAUDIA. —Sí, don Fabián, está muy grave. Tiene un cólico abierto que no le para nada en el estómago, y una puntada aquí, en el costau, que la tiene como envarada... Por eso le vengo a pedir unas hojitas...

DON FABIÁN. — ¡Llévelas a todas!

CLAUDIA. — (*Riendo adulongamente.*) ¡Qué don Fabián! Es muy grande la planta... ¡Ave María, viera usted cómo hi sentío lo que le ha pasau!

DON FABIÁN. — ¡Qué va a sentir usted! (*Yendo hacia el corredor.*) ¡Como si yo no los conociera!

CLAUDIA. — (*Aparte.*) ¡Guah! Este hombre no se había ido a corregir nunca. (*Sale.*)

DON FABIÁN. — (*Monologando.*) ¡Que se los lleve el diablo a todos! ¡Todos son iguales! (*Sentado junto a la mesa, permanece un instante pensativo.*)

PALIZA. — (*Entra por derecha y, al ver a don Fabián, se le acerca sigilosamente, en la medida que le permite la borrachera que trae. Se sienta junto a la mesa.*) Está solo... (*Don Fabián lo mira con desgano y vuelve a cambiar la mirada.*) ¡Je, je, je! Es la ley de la vida, amigo... Pa que usted vea, tanto como ha trabajau, peliando con medio mundo, pa que ahora esté con los brazos cruzaus, como yo, que no me aflijo por nada ni por naides. ¿Pa qué afligirse? ¿Pa qué trabajar tanto? ¿Pa que cuando uno se muera se lo lleve el diablo a todo? (*Don Fabián se revuelve en la silla, sin mirarlo.*) Y usted que ha sío el dueño de tuíto ese campo, ¿qué ha remediau? Pa que vea... ¡Hum! Las torres más altas saben caer... ¡No, si Dios es muy justo, amigo! (*Acercándosele.*) Yo le perdono todas las que me debe. Total, entre desgraciaus se debimos dar la mano...

DON FABIÁN. — (*Irguiéndose bruscamente.*) ¡Váyase! ¡Rápido! ¡Mándese mudar antes que lo saque a patadas! ¡Rápido!

PALIZA. — (*Levantándose.*) Ta bien. (*Don Fabián lo ve alejarse y luego penetra en la primera pieza. Deteniéndose al final del corredor.*) Yo lo único que sé... (*Al ver que no está don Fabián, se vuelve hasta la mesa, levanta la cuchilla y la piola, y da la vuelta diciendo.*) que todo se güelue vino.

DON FABIÁN. —(Al salir nuevamente lo ve alejarse arrastrando la piola.)
¡Ah, canalla! (Corre y, en cuanto Paliza quiere huir, lo toma del cuello y lo
voltea. Está forcejeando por quitarle lo robado, cuando aparece Claudia
por izquierda. Esta, al ver la lucha, corre hacia la calle pidiendo auxilio, con
grandes aspavientos.)

CLAUDIA. —¡Virgen Santísima! ¡Lo está matando! ¡Vengan! (Sale..)

DON FABIÁN. —(Poniéndose de pie, con la piola y el cuchillo en la mano.)
¡Levántese! ¡Rápido! Todavía no estoy muerto pa que hagan fandango
de mi casa. ¡Vamos! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! (Empujándolo.)
¡Vamos! ¡Rápido! ¡Fuera de aquí!
PALIZA. —(Saliendo.) Ta bien.

ESCENA IV

Don Fabián y Máximo.

DON FABIÁN. —(Solo.) ¡Miserables!

MÁXIMO. —(Entrando con una ollita.) ¿Qué le pasa con este viejo
trompeta, don Fabián?

DON FABIÁN. —¡Estos son los bueyes con que pensaba arar! ¡Je, je, je!
(Vuelve al sitio en que estaba anteriormente y se sienta, luego de arrojar
sobre la mesa los objetos que trae.)

MÁXIMO. —(Que se quedó mirando hacia la calle.) ¡Cobardes, canejo!
(Se sienta frente a don Fabián, después de colocar la olla sobre la mesa.)
Déjelos, don Fabián. Dios sabrá por qué viven. Vea, no me vaya a
despreciar. Le traigo un poquito de loco.

DON FABIÁN. —¡Hum! ¡Como a perro sin dueño...!

MÁXIMO. —No lo tome a mal, don Fabián... pero tiene que comer para
que pueda vivir.

DON FABIÁN. —(*Abatido.*) ¡Vivir!

MÁXIMO. —¡Sí, don Fabián, para vivir! Y este locro no es una limosna, este locro es de usted porque es de su amigo, ¿sabe? (*Transición.*)

Coma, don Fabián. Mientras hay vida, hay esperanzas.

DON FABIÁN. —¡Esperanzas! ¡Je, je, je!... ¿Para qué? ¡Hum! ¡Si fuera por comida solamente! Y uno de vicio nomás se llena de ilusiones... ¿Por qué no seremos como animales? Comer... vivir... Nada más que vivir. Porque sí... para uno mismo. Y cuando se alcanza a comprenderlo todo, ya es tarde. Ya se está solo, completamente solo... vacío de todo... (*Pausa.*) ¡Hum! ¿Para qué? Y todavía sus cachorros... ¡Hum! ¡O los ha perdido! ¡O se le vuelven como hembras!

MÁXIMO. —¡El gallo no tiene la culpa si la gallina le saca basiliscos!

DON FABIÁN. —¡Ojalá no la tuviera!

MÁXIMO. —Tengo que pedirle una cosa, don Fabián. (*Liando un cigarro.*) Este... Quiero darle una sorpresa.

DON FABIÁN. —¡Hum! ¡Sorpresa! ¡Como pa música está la zorra! (*Se revuelve en la silla como esperando una mala nueva.*)

MÁXIMO. —No se trata de nada malo, don Fabián. Al contrario...

ESCENA V

Don Fabián, Máximo, Claudia, Vigilante y Vecinos. Luego Paliza.

En ese momento hacen irrupción en la casa, Claudia, el vigilante, y otros vecinos.

VIGILANTE. —(*Autoritario.*) ¿Ande está el muerto?

MÁXIMO. —(*Enfrentándose con ellos.*) ¿Qué muerto?

CLAUDIA. —(*Señalando el sitio de la lucha anterior.*) Aquí mesmo lo estaba maniendo ya pa degollarlo...

MÁXIMO. —¿A quién?

CLAUDIA. —Al compadre Paliza.

VIGILANTE. —¿Ande está el muerto?

CLAUDIA. —Ya lo han de haber enterrau...

MÁXIMO. —¡J'una gran siete! ¡No me extraña en esta vieja austera, pero en usted, agente!

VIGILANTE. —¡Yo no sé, se ha pedido la juerza pública pa defender al muerto!

CLAUDIA. —Y yo no soy ninguna vieja...

MÁXIMO. —¡Cállese la boca!

DON FABIÁN. —(*Acercándose.*) ¿Qué pasa?

MÁXIMO. —Nada, don Fabián. Ha creído que usted lo había muerto a don Paliza.

DON FABIÁN. —¡Ganas no me faltan, canejo!

CLAUDIA. —¿Ha visto, agente? Si lo deja suelto, va a hacer otra muerte este hombre.

DON FABIÁN. —¡Varias tengo que hacer! ¡Y voy a empezar por vos, bruja hij'una gran perra!

VIGILANTE. —(*Sacando el machete.*) ¡Alto! ¡No se suburdine!

MÁXIMO. —(*Conteniéndolo.*) ¡Don Fabián, don Fabián! ¡Vamos, hombre, que les hace juicio!

DON FABIÁN. —¡Ah, canejo! ¡Mire usted si no es como para desesperar de todo! (*Vuelve junto a la mesa y se sienta.*)

CLAUDIA. —(*Aparte, al agente.*) Usté es la autoridá, no se deje pisotiar.

MÁXIMO. —¡Y usted, agente! ¿Qué es lo que pretende? ¿No se da cuenta de la situación de este hombre? ¿Quieren matarlo? ¿Son tan

cobardes que se quieren ensañar con un hombre que lo van matando sus propias penas? ¡Y se dicen cristianos, canejo!

VIGILANTE. —(*Sentencioso.*) La justicia es la justicia, amigo.

MÁXIMO. —¡La justicia! ¿Dónde estaba cuando a ese hombre le han quitado lo que era de él? ¿Dónde estaba la justicia cuando usted, con ese uniforme, cuidaba los canales para que su amo riegue con el agua de don Fabián?

VIGILANTE. —Güeno, güeno, no se suburdine, amigo.

MÁXIMO. —¡No se suburdine...! (*Señalando hacia la calle.*) Mire, véalo al muerto.

CLAUDIA. —(*Con aspavientos.*) ¡Compadre! ¿Es usted o su alma?

PALIZA. —(*Entra blandiendo un cuchillo.*) ¡Soy yo! ¿Ande está ese viejo desgraciau?

MÁXIMO. —¿Qué quiere usted?

PALIZA. —¡Lo vengo a matar! ¡Lo voy a coser a puñaladas!

MÁXIMO. —¿A quién?

PALIZA. —Al viejo ese que me ha pegau a traición. ¡Porque me ha visto sin arma! ¡Ahora que salga si es macho!

MÁXIMO. —¡A ver, coseme a mí!

PALIZA. —¿Eh?

MÁXIMO. —¡Matame a mí!

PALIZA. —Con usted no es la cosa.

MÁXIMO. —¡Cobarde! ¡Salga de aquí, canejo!

CLAUDIA. —(*Tironeándolo.*) Vamos, compadre. No se meta con estos criminales. Lo van a matar.

PALIZA. —(*Enfureciéndose.*) ¡Qué va a matar! ¡Que vengan si son machos! ¡Lárgueme, comadre! ¡Que salgan! ¡Vea!

MÁXIMO. —Ya está, agente ¿qué hace? ¿Dónde está la justicia?

VIGILANTE. —Todavía no hay delito.

CLAUDIA. —Claro; si él no ha hecho nada.

MÁXIMO. —¿Y cuándo hay delito? ¿Cuándo se defiende lo que es de uno? Y cuando se mata a un hombre, de rabia y de vergüenza, ¿no es delito?

VIGILANTE. —¿Ande está el muerto?

MÁXIMO. —Mire, agente, haga el favor, saque ese viejo porque aquí puede haber una desgracia...

VIGILANTE. —(A Paliza.) Güeno, amigo, la justicia no sale de vicio (Tomándolo.) ¡Marche preso!

PALIZA. —(Sorprendido.) ¿Quién, yo?

VIGILANTE. —Sí, señor, marche preso.

CLAUDIA. —¡Guah! ¡Ave María, si yo lo hi tráido pa que lo defienda a él!

PALIZA. —(Defendiéndose.) Pero... Oiga, agente...

VIGILANTE. —¡Ah! La justicia es la justicia, amigo, ¡No se suburdine!

CLAUDIA. —¡Oiga; si él es el muerto!

VIGILANTE. —Ya veremos lo que diga el código. ¡Marche nomás! (Sacándolo.)

PALIZA. —¡Guah! ¡Oiga, sargento! (Saliendo.)

CLAUDIA. —(Tirando del saco a Paliza.) ¡Déjelo! ¡Ave María, este gaucho! (Desaparecen.)

MÁXIMO. —(Mirándolos alejarse.) ¡Cosas de la vida! (Se acerca lentamente a don Fabián, que está sumido en honda depresión, lo mira un instante y luego, saliendo presuroso a la calle.) Ya vuelvo, don Fabián.

Don Fabián no contesta. Levanta la cuchilla, juega con ella, como probando el filo, y después, apoyando el codo en una pierna y la cara en la mano, comienza a trazar rayas en el suelo.

ESCENA VI

Don Fabián y José.

JOSÉ. —(*Entra desde la calle y se le acerca respetuoso.*) Don Fabián.
¡Ejhém! Patrón...

DON FABIÁN. —(*Enderezándose.*) ¡Eh!

JOSÉ. —Este... Vengo, ¿sabe?

DON FABIÁN. —¿A cobrar otra vez?

JOSÉ. —No, don Fabián. Es que..., como dice que no tiene para pagarme... Le vengo a decir si me quiere dar la montura que fue de Miguel.

DON FABIÁN. —(*Irguiéndose.*) ¡La qué?

JOSÉ. —Yo decía... Como ya no le sirve... como ya no tiene caballos. Decía si me quiere dar en pago la montura de Miguel.

Don Fabián baja la cabeza, se cruza de piernas dos o tres veces, y luego queda en silencio.

JOSÉ. —Como no tiene plata. Por eso. Total, ya no tiene ni caballos... Ya no es como antes... Como ya está solo...

DON FABIÁN. —(*Con voz ronca.*) ¡Llévala!

JOSÉ. —(*Con cara de satisfacción penetra en la primera pieza, de la que saca una montura chapada, y pasa frente a don Fabián, que baja la cabeza como para no ver. Pero antes de salir se vuelve.*) Muchas gracias, don Fabián. Si no fuera que tengo necesidad...

DON FABIÁN. —(*Levantándose.*) ¡Váyase!

José hace un gesto de resignación y se retira. Hasta instantes después se oye el tintineo de los estribos al chocar entre ellos. Don Fabián se sienta

otra vez, levanta la cuchilla y se pone a trazar rayas en el suelo. Se pone de pie y con los brazos cruzados a la espalda, se dirige a la primera pieza, pero frente a la puerta se detiene bruscamente y se vuelve. Mira hacia la calle y después, lentamente, desaparece por izquierda.

ESCENA VII

Máximo, Candelaria, Chico y Alberto.

MÁXIMO. —(Entra sigilosamente, busca a alguien mirando hacia las piezas y luego vuelve a salir a la calle, de donde regresa trayendo casi a la fuerza a Candelaria, a quien siguen Chico y Alberto.) No tenga miedo, m'hija, no hay nadie.

CANDELARIA. —(Mirando alrededor mientras avanza lentamente.) ¡Dios mío qué soledad tan grande! ¡Cómo está de triste! (Se cubre la cara con las manos y llora apoyándose en un horcón del corredor.)

MÁXIMO. —(Animándola.) Vamos, hija, no llore. Usted viene a darle vida otra vez. Tiene que ser valiente, si no es mejor que no hay venido.

CANDELARIA. —(Llorosa.) ¿Y si no me perdona, don Máximo?

MÁXIMO. —Haremos lo posible, hija. Aunque don Fabián es un hombre que no perdona fácilmente... Ya veremos. (A Candelaria y Chico.) Ustedes entren a ese cuarto. (Obedecen.) (A Alberto que, visiblemente emocionado, permanece en silencio.) Y bueno, amigo, usted también tiene su misión en esta casa. Ya comprende por qué lo despreciaba su padre. Ahora le falta ganar su cariño. Eso lo conseguirá solamente cuando le demuestre que es capaz de ser un hombre hecho y derecho. (Poniéndole la mano en el hombro.) Bueno, ya nos acompañó hasta aquí, ahora vuélvase a casa y vaya disponiendo algunos quehaceres hasta que yo llegue.

ALBERTO. —(*Dándole la mano, resuelto y alegre.*) ¡Gracias, don Máximo! Lo espero entonces. (*Sale.*)

ESCENA VIII

Máximo y Don Fabián.

MÁXIMO. —(*Con aire de satisfacción lo ve salir y luego, yendo a sentarse junto a la mesa.*) Será un hombre. Ya lo creo que será. (*Se sienta. Por repetidas veces mira alrededor hasta que parece notar que no está la cuchilla sobre la mesa. Se levanta bruscamente, mira hacia todos lados, monologa y, ansioso, se dispone a salir por izquierda.*)

DON FABIÁN. —(*Viene abatido por el cansancio de una reciente lucha interior. Se sienta. No trae ya la cuchilla. Máximo lo observa atentamente. Luego de un breve silencio.*) Ah, ¡qué desgracia más grande es la pobreza amigo!

MÁXIMO. —(*Sentándose.*) Y es peor cuando se está solo, don Fabián.

DON FABIÁN. —¡Hum! ¡Hasta eso! Todos me huyen como a perro sarnoso.

MÁXIMO. —Todos no, don Fabián.

DON FABIÁN. —¡Hum! No asegure nada, amigo, usted también pronto nomás comenzará por no arrimarse.

MÁXIMO. —(*Agraviado.*) ¡Porque yo respeto su desgracia!

DON FABIÁN. —(*Irguiéndose.*) ¡Yo no tengo ninguna desgracia!

MÁXIMO. —(*Limitándolo.*) ¡Sí tiene, don Fabián! ¡Y es parte de la hombría cargar con las penas a luz del sol! Lo mismo que el amargor de una desgracia no es razón para ofender a un amigo.

ESCENA IX

Don Fabián, Máximo, Candelaria Y Chico.

Don Fabián vuelve a sentarse. Candelaria, al escuchar la discusión, sale hasta el corredor e insensiblemente se ha acercado a la mesa. El chico, temeroso, se oculta detrás de ella.

MÁXIMO. —(Al verla la llama.) Acérquese m'hija. Venga para acá.

DON FABIÁN. —(La mira distraídamente y, al reconocerla, se pone de pie de un salto, mirándola fija y hostilmente.) ¿Qué quiere usted en mi casa?

CANDELARIA. —(Suplicante e inmóvil.) ¡Padrino!

DON FABIÁN. —¿Qué quiere en mi casa?

MÁXIMO. —(Interponiéndose.) Don Fabián, yo la he traído. Vino a mi casa buscando el amparo que le faltó en tierras lejanas, donde fue a purgar el delito de traer un hijo para el mundo y... un nieto para usted.

DON FABIÁN. —¿Eh?

MÁXIMO. —Sí, don Fabián, ha sido tan grande su cariño por Miguel, que, al sentirse madre, prefirió cargar ella sola la culpa, huyendo de la casa.

DON FABIÁN. —(Tembloroso.) ¿De Miguel?

MÁXIMO. —Sí, don Fabián. Y ahora supo la muerte de Miguel y doña Salomé y viene a hacerle parte de su propio consuelo. Si no hay quien se duele de ellos, en mi casa no le faltará pan ni cariño... (Mostrándole el chico.) Lleva su sangre, es su nieto, amigo. Mire, don Fabián, es igualito a Miguel cuando era chico...

Don Fabián, con los ojos desmesuradamente abiertos mira al chico. Un temblor intenso y una tensión nerviosa tan grande han hecho presa de él, que parece próximo a estallar en llanto. Pasea lentamente la mirada sobre

las personas y las cosas, y luego apoyándose en la mesa, vuelve a sentarse, como aplastado bajo el peso de una derrota definitiva. Reina un silencio sepulcral. Candelaria, anhelante, presiente la lucha interior de don Fabián y espera una palabra o un indicio de reconciliación. Máximo, evitando presenciar la escena ha ido hasta el patio y, vuelta la cara hacia el foro, parece mirar las montañas. Tal vez esconde una lágrima.

DON FABIÁN. —(*Mira un instante al chico, con voz enronquecida, le dice.*)
Venga, amigo. (*El chico se acerca temeroso, empujado suavemente por la madre.*) ¿Cómo se llama usted?

CHICO. —Miguel.

DON FABIÁN. —(*Repitiendo casi en secreto.*) Miguel... (*Lo acerca tomándolo por un brazo, y lo afirma contra su pierna. Por repetidas veces va a acariciarlo y se contiene. Se baja el sombrero hasta las cejas y, simulando secarle los ojos con el pañuelo, le dice con voz velada por la emoción.*) No llore, amigo. No sea tonto... Los hombres no lloran... (*Lo estrecha fuertemente contra su pecho, evitando que lo vea enjugar sus propias lágrimas. Candelaria, apoyada contra un horcón del corredor, solloza emocionada. Don Fabián se levanta con alguna dificultad de la silla.*) ¡Sepa que es esta la primera vez que yo me rindo! (*Va a la primera pieza, entra y, casi instantáneamente vuelve a salir a trancos largos e inseguros, con el sombrero en la nuca. Atropellando lo que encuentra a su paso, atraviesa el patio y toma en dirección de la calle gritando con voz ronca.*) ¡José! ¡José! ¡José...!

TELÓN

ACTO TERCERO

Pieza en la casa de don Fabián. En el centro de ella hay una mesa rodeada por algunas sillas, y encima de ella, una jarra de vidrio, con agua, una lámpara que alumbró la estancia, y algunos libros y cuadernos. Entre la puerta de foro y la de izquierda, esquinado, hay una cómoda antigua con algunos objetos de adorno, y sobre ella, colgado de la pared un crucifijo grande, ocupando el rincón. A la izquierda hay una ventana chica, con rejas de madera, y a la derecha una puerta que comunica con la calle. Hay, además, otras sillas y cuadros de santos en las paredes que, conjuntamente con otros objetos adecuados, adornan la pieza, dando la impresión de que manos femeninas lo han arreglado con esmero, dentro de lo que permite la situación económica de sus moradores y el ambiente rural que prima. Aparecen en escena, al iniciarse el acto, Candelaria absorta en su labor de costura, y el chico, haciendo sus deberes escolares.

ESCENA I

Candelaria, Chico, Don Fabián.

DON FABIÁN. —(*Entra.*) Se están poniendo frescas las noches.

CANDELARIA. —Es que ya está entrando el invierno. (*Don Fabián se queda mirándolos, como gozando del calor del hogar que de nuevo reina en su casa. Breve silencio.*) ¿Quiere tomar alguna cosa, padrino?

DON FABIÁN. —No, no, siga nomás (*Pausa.*) ¿Ya no sabés cantar cuando estás trabajando?

CANDELARIA. —(*Ríe.*) Si, pero Miguelito está estudiando ahora.

CHICO. —Ya terminé mamá.

CANDELARIA. —Guarde los libros. *(El chico los pone en un cajón de la cómoda.)* Antes se reía de mí lo que era tan cantora, ¿se acuerda?

DON FABIÁN. —¡Hum! ¿Ya terminó, m'hijo?

CHICO. —Ya.

DON FABIÁN. —Bueno; vamos a dar una vuelta por los corrales.

CHICO. —¡Uf! Hace mucho frío...

DON FABIÁN. —¡Qué va a hacer frío, hombre! Vamos, no sea flojo.

CANDELARIA. —Espérese, le voy a dar el ponchito para que se tape.

DON FABIÁN. —¡Qué poncho ni el diablo! *(Sacándose el saco y ofreciéndoselo.)* Tome, tápese con mi saco.

CHICO. —*(Resuelto, sin recibírselo.)* Bueno, vamos. *(Sale. Candelaria va hasta la puerta y, afirmándose en el marco, sonríe mirándolos alejarse.)*

ESCENA II

Claudia y Candelaria.

CLAUDIA. —*(Asomando la cabeza por la puerta de foro.)* ¡Chist!

CANDELARIA. —¡Ay! ¡Me asustó, doña Claudia...!

CLAUDIA. —*(En secreto.)* ¿Ya se fue?

CANDELARIA. —Sí, pero ya va a volver. ¿Qué anda haciendo a estas horas?

CLAUDIA. —*(Entrando.)* ¡Ay, m'hijita, si no fuera pa tu bien, no me hubiera movío de mi casa una noche tan oscura como esta!

CANDELARIA. —¿Para mi bien?

CLAUDIA. —Sí, m'hijita. Mirá. *(Desata el paquete que trae.)* Mirá. *(Saca un vestido y se lo muestra.)* Ve, criatura. Mirá qué monada de vestidito. Es de seda, y de la güena, m'hijita. Ni una reina que fueras...

CANDELARIA. —¿Cómo? ¿Y eso?

CLAUDIA. —Para vos, hijita. ¡Yo había de querer tu suerte!

CANDELARIA. —Pero... ¿quién?

CLAUDIA. —¡Uh! Tan inocente, por Dios... Un enamorau que se muere por una güena mirada tuya, hijita. ¿No te das cuenta?

CANDELARIA. —(*Mordiéndose.*) ¿Don Cipriano?

CLAUDIA. —¡Claro! Ya te estabas haciendo la inocente. Como si no te gustara.

CANDELARIA. —(*Indignada.*) ¡Miente! ¡Ya le he dicho que no me vuelva a decir una sola palabra de ese canalla!

CLAUDIA. —¡Por Dios, hijita! ¡No seas tan zonza! ¡Ya se lo quisieran más de cuatro niñas!

CANDELARIA. —¡No me importa!

CLAUDIA. —Mirá, hijita, no te conviene ofenderlo a don Cipriano. Es un hombre que va a terminar por ser el dueño del todo el pueblo. Por más que algunos se anden quejando... Es un hombre muy vengativo, hijita, es capaz de todo con tal de conseguir lo que él quiere. Cuando pone sus ojos en alguna niña, más vale que no se haga la orgullosa... Fijate lo que le pasó a la Clarita de don Eusebio. Tanto como lo aburrecian a don Cipriano, y al último poco ha faltau pa que el mismo padre se la vaya a ofrecer en la casa. Por eso, hijita, yo te aviso...

CANDELARIA. —A mí no me importa, ¿sabe? Dígale que conmigo se equivoca. ¡Y que es un canalla, un cobarde, un miserable! ¡Vean el hombre! ¡Valerse de la desgracia de una mujer...!

CLAUDIA. —Por eso no hay que ser tan orgullosos. Acordate, hijita, que vos también no sos muy trigo limpio...

CANDELARIA. —¡Qué...! ¡Dios mío! (*Solloza.*)

ESCENA III

Claudia, Candelaria, Chico y Don Fabián.

CHICO. —(*Entrando muy asustado.*) ¡Mamita! ¡Mamita!

CANDELARIA. —(*Ocultando que lloraba.*) ¿Qué pasa, hijito?

CHICO. —(*Agitado.*) ¡Un bulto blanco! Un bulto blanco.

CANDELARIA. —¿Dónde?

CHICO. —En el corral viejo.

CLAUDIA. —(*Persignándose.*) ¡Misericordia! ¡Esa es la finada Salomé!

CANDELARIA. —¿Y el padrino?

CHICO. —Se quedó, se quedó en el corral.

DON FABIÁN. —(*Desde fuera.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Vean el hombre! ¡Ja, ja, ja!

(Claudia, al oírlo, se apresura a envolver nuevamente el vestido, y antes que pueda ocultarlo, entra don Fabián, que al verla se pone serio.) ¿Qué es eso?

CLAUDIA. —Nada, nada, don Fabián. (*Oculto el vestido, retrocede unos pasos.*)

DON FABIÁN. —¿Cómo nada? ¡Traiga para acá!

CLAUDIA. —(*Retrocediendo.*) Nada, don Fabián. Es un vestido mío.

DON FABIÁN. —(*Quitándoselo.*) ¡Traiga eso! (*Desenvuelve el paquete sobre la mesa. Abre el vestido, levantándolo, y luego mira a una y a otra, midiéndolas mentalmente.*) Este vestido no es de usted. ¿De quién es?

CLAUDIA. —(*Temblando.*) Es... es de ella, don Fabián.

CANDELARIA. —¡No es cierto!

DON FABIÁN. —¡Cállese! (*A Claudia.*) ¡Diga todo!

CLAUDIA. —Ella... Ella me encargó que se lo comprara. Y claro, yo... Pobrecita... Fíjese que una noche tan oscura.

CLAUDIA. —(*A Candelaria.*) Y... y güeno, hijita, vos sabrás qué vas a hacer con el vestido... Yo me voy antes que sea más tarde.

DON FABIÁN. —¡No señor! ¡Usted no se mueve de aquí mientras no me diga la verdad! Quién le mandó ese vestido y si es cierto que ella se lo encargó, de dónde sacó la plata. ¡Diga todo! ¡Sea como sea!

CLAUDIA. —(*Con maldad.*) Se lo mandó don Cipriano.

DON FABIÁN. —(*Dolorido.*) ¡Ah, perra! (*Al chico.*) Vea, m'hijo, vaya... Vaya a la cocina y haga hervir agua para que tomemos unos mates. ¿Oye? (*El chico sale volviendo la cabeza virándolos a todos, como si temiese algo. Don Fabián mira a Candelaria.*) ¡Hum! El zorro pierde el pelo pero no las mañas... (*Candelaria se enjuaga las lágrimas que corren por su cara.*) Usted, doña Candelaria, en vista de que no merece ser la madre de mi nieto, se manda a mudar mañana mismo de mi casa.

CANDELARIA. —¡Padrino!

DON FABIÁN. —Desde ahora no tiene más padrino. ¡Yo me equivoco una sola vez!

CANDELARIA. —¿Y mi hijo?

DON FABIÁN. —Yo me encargaré de que la olvide.

CANDELARIA. —(*Furiosa a Claudia.*) ¡Usted, su bruja maldita! ¡Diga la verdad o le arranco los ojos! ¿Cuántas veces he recibido un regalo de ese canalla? ¿Cuántas veces le contesté una sola palabra a sus mensajes? ¡Diga!

CLAUDIA. —¡Pero hija! ¿Te has vuelto loca? ¿Quién ha dicho eso? ¡Nunca don Fabián! ¡Al contrario! ¡Si yo misma la sé aconsejar que no se descuide con ese hombre, porque...!

CANDELARIA. —¡Miente! ¡Usted también quería perderme!

CLAUDIA. —¡Virgen de las Angustias! ¡Pero, hija! ¿Qué interés voy a tener yo...?

CANDELARIA. —¡Cállese, su bruja asquerosa! (*Recoge el vestido.*) Yo me iré de esta casa, pero primero vas a salir vos, vieja miserable. ¡Y yo misma te voy a sacar! (*Le arroja el vestido a la cara.*) ¡Fuera de aquí!

(*Tomándola de los cabellos, la arrastra hacia afuera.*) ¡Fuera de aquí!
¡Bruja maldita!

CLAUDIA. — ¡Ay, largame! ¡Ay, china bandida! ¡Guacha!

ESCENA IV

Don Fabián y Candelaria. Luego Chico.

CANDELARIA. — No le encargo mi hijo... porque lo conozco bien.
(*Solloza.*) Quiero decirle... Recién, cuando me dijo que usted se equivoca una sola vez, iba a contestarle... Pero usted tiene razón, usted se equivoca una sola vez... ¡A tal punto que su vida entera no es más que una sola, una terrible equivocación! Su vida, padrino, no fue más que una carrera desesperada por detrás de algo que no iba a alcanzar jamás... ¡Tan desesperada, que ni si quiera se dio cuenta que los suyos iban cayendo uno tras otro por seguirlo! ¡Así cayó Miguel! Así cayó la madrina...

DON FABIÁN. — (*Como herido.*) ¡Basta! (*Corto silencio.*)

CANDELARIA. — Eso es lo que yo quería decirle, padrino.

DON FABIÁN. — (*Se sienta junto a la mesa.*) De sobra es lo que yo me digo.

CANDELARIA. — (*Arrodillándose entre sus piernas.*) Padrino; le juro por la memoria de nuestros muertos, por la salud de mi hijo, por lo que usted desee, padrino, que jamás tuve ni si quiera un mal pensamiento que me impida estar a su lado... Por eso me han herido tanto sus palabras, que... (*Solloza contra su pecho.*)

DON FABIÁN. — (*Sin mirarla va a acariciarle la cabeza y se contiene.*) Yo no sé ni hacer una caricia, m'hija.

CANDELARIA. — (*Abrazándolo.*) ¡No importa, yo sé, padrino!

CHICO. — (*Entrando.*) Ya está el agua.

CANDELARIA. —(*Levantándose.*) Bueno, hijito. Le vamos a cebar unos mates para el padrino. (*Sale.*)

ESCENA V

Don Fabián Y Chico

CHICO. —¿Está enojado, tatita?

DON FABIÁN. —¿Eh? Este... No, mi hijo. Estoy pensando en un cuento que me supo contar mi padre cuando yo era chiquito, así como usted.

CHICO. —(*Sentándose en sus rodillas.*) ¿Cómo es? ¿Es lindo?

DON FABIÁN. —Se lo voy a contar... Era un par de palomas que tenía su nido en el fondo de un valle. Cerca de ellas. Estaba otro nido entre las piedras. Las dos parejas cuidaban día y noche sus pichones. Solo salían por ahí cerca, a buscarles comida. Pero una mañana, en el nido vecino amanecieron los pichoncitos desamparados. A sus padres, en una salida, los había muerto el halcón. El macho de la otra pareja, un palomo grande y fuerte, que le había dado por arreglar las desgracias de todos los otros nidos, se trasladó al nido vecino a protegerlo. Y cuando se puso el sol y se acordó de su casa y volvió, la encontró hecha pedazos, y había hasta algunas gotas de sangre. No lloró porque no sabía llorar... Desde entonces, de aquel palomo que llenaba los valles con su canto, solo se oye a eso de las siestas, un lamento largo y triste...

CHICO. —(*Pensativo.*) ¡Pucha digo! ¡De puro zonzo!

DON FABIÁN. —(*Lo mira como sintiéndose aludido y baja luego la cabeza.*) ¿Cierto, no? ¡De puro zonzo!

ESCENA VI

Don Fabián, Chico y Candelaria.

DON FABIÁN. —(*A Candelaria que entra con los enseres del mate.*)

Cébelos bien dulces, m'hija. (*Al chico.*) ¡Ah! Pero nosotros todavía no podemos tomar nada, amigo. No hemos descubierto qué es el bulto blanco del corral. (*Levantándose.*) Vamos.

CHICO. —(*Temeroso.*) ¡Uh! Ya se habrá ido, tatita.

DON FABIÁN. —No, señor. Hay que llegar al corral, esté quien esté. Y si todavía está el bulto blanco ese, hay que descubrir qué es, ¿tiene miedo, amigo?

CHICO. —No, pero... Bueno, vamos.

ESCENA VII

Candelaria, Máximo y Alberto.

CANDELARIA. —(*Sola.*) Pero, ¿qué será ese bulto blanco? (*Nerviosa mira los cuadros de santos en las paredes. Intenta cebar el mate cuando se escuchan unos golpecitos en la puerta que da a la calle. Tiene miedo. Vuelven a llamar. Sin moverse, pregunta.*) ¿Quién es?

MÁXIMO. —(*Desde afuera.*) No tenga miedo, m'hija. Soy yo, Máximo.

CANDELARIA. —(*Abriendo la puerta.*) ¡Don Máximo!

MÁXIMO. —¿Estás sola?

CANDELARIA. —Sí. ¡Qué susto me dio!

MÁXIMO. —¿Y don Fabián?

CANDELARIA. —Anda en los corrales.

MÁXIMO. —(*Abre la puerta y llama a alguien que está en la calle.*) Entrá nomás.

ALBERTO. —Buenas, Candelaria. *(Su indumentaria, compuesta de traje y sombrero negros, y pañuelo al cuello, como sus gestos y su voz, dan a su personalidad un aplomo del que antes carecía.)*

CANDELARIA. —¡Alberto! ¡Qué alegría!

MÁXIMO. —Permiso, hija, voy a tomar agua...

CANDELARIA. —*(Levantando un jarro.)* Ya le traigo, siéntese. Ya le traigo yo.

MÁXIMO. —No, no. Dame el jarro. A mí me gusta tomar del cántaro.

(Mira malicioso a Alberto y sale.)

CANDELARIA. —*(Nerviosa.)* Y bueno... Sentate un ratito.

ALBERTO. —Otro día, Candelaria. Cuando haya más tiempo.

CANDELARIA. —Y bueno... Este... ¿no quieres un mate, Alberto?

ALBERTO. —Gracias, Candelaria. Vamos pasando. Otra vez.

CANDELARIA. —Y bueno... ¿Por qué me mirás así?

ALBERTO. —Es que tu presencia me trae como una mezcla de recuerdos y esperanzas. Tal vez ese aire de dueña de casa, que tienes...

CANDELARIA. —Quizás lo veas como un aire... postizo, usurpado...

ALBERTO. —No, Candelaria, no digas eso. Nadie tiene más derecho que vos en esta casa. La has conquistado a fuerza de valor y honradez.

CANDELARIA. —Gracias, Alberto. ¿Y vos piensas irte?

ALBERTO. —No, por ahora no me iré. Ahora depende solamente de mí que me vaya o no me vaya. Pero después dependerá de otros...

CANDELARIA. —¿De quiénes?

ALBERTO. —De vos y de mi padre.

CANDELARIA. —¿De mí?

ALBERTO. —Sí, Candelaria.

CANDELARIA. —Pero... ¿Yo qué puedo hacer? Si no puedes acostumbrarte a esta vida, si extrañarás siempre las comodidades, la

limpieza de la ciudad, si nosotros provincianos humildes y sencillos no sabemos dar a las cosas más que el valor que tienen.

ALBERTO. —¡Eso, eso, Candelaria mía! Eso es parte de este mundo nuevo que me aplastaba y que yo no podía comprender... ¿Notás algún cambio en mí?

CANDELARIA. —Sí, Alberto, has cambiado mucho.

ALBERTO. —Pero... ¿mejorando?

CANDELARIA. —Y... Eso depende...

ALBERTO. —¿De qué?

CANDELARIA. —De lo que quieras parecer.

ALBERTO. —No, yo no quiero parecer nada, yo quiero ser ¿comprendes? Quiero ser yo mismo. Adaptarme a esta vida llena de grandeza, a esta verdad sencilla y profunda que me hace depositario de una gran misión en la vida. Ah, Candelaria mía, ¡si todos tuviéramos una misión que cumplir, si todos nos preguntásemos una sola vez! ¿Para qué he nacido? Y si tuviéramos todos la felicidad mía, de podernos decir: para esto no habría más desesperados.

CANDELARIA. —Felicidad tuya.

ALBERTO. —Sí, felicidad mía. Yo soy feliz ahora. Lucho por reconquistar el cariño de mi padre. ¡Seré un hombre!, como él dice. Y entonces lucharé por él, por vos, por Miguelito, por don Máximo, ¡por todo el pueblo si es preciso! Y entonces, entonces, Candelaria (*Le toma las manos.*) he de ser más feliz, mucho más feliz, porque recién entonces voy a considerarme digno de preguntarte si quieres ser mi esposa... ¡Y entonces yo también tendré mi nido, un nido enorme donde tendrán cabida todos, todos los que quieran, todos los que sufran y todos los que necesiten apoyo! ¡Todos vendrán a mí, porque yo seré el hombre!

CANDELARIA. —¡Alberto! ¿Vos también?

ALBERTO. —Sí, Candelaria, yo, yo mismo. Ahora soy yo mismo.

¿Comprendes?

CANDELARIA. —Sí. *(Apoyando la cara en su pecho.)* Sí, Alberto, pero un nido chico. Los nidos muy grandes se hacen pedazos.

ALBERTO. —*(Abrazándola.)* Vos cuidarás por dentro y yo por fuera...

MÁXIMO. —*(Componiendo la voz.)* ¡Ejem! Dicen que el tiempo es oro ¿no? Bueno, vamos, que ya nos están esperando.

ALBERTO. —¿Ya pasaron?

MÁXIMO. —Sí.

CANDELARIA. —*(Tomándolo de los brazos.)* ¡Alberto! ¿Qué pasa?

ALBERTO. —Nada, Candelaria.

MÁXIMO. —Nada, m'hija. No tengas miedo. Ya ha de volver don Fabián. Hasta mañana. *(Sale.)*

ALBERTO. —*(La abraza.)* Hasta luego, Candelaria. No tengas miedo, no hay nada. *(Sale.)*

CANDELARIA. —*(Antes de cerrar la puerta.)* ¡Dios mío! ¿Qué pasará? Van muchos hombres con ellos...

ESCENA VIII

Candelaria, Chico y Don Fabian.

CHICO. —*(Entra mostrando un saco blanco.)* Mamita; mire lo que había sido el bulto blanco, mire el espanto.

CANDELARIA. —¿Un saco?

CHICO. —Sí. Y parecía un hombre que estaba sentado en lo palos del corral viejo...

CANDELARIA. —¿Y el padrino?

CHICO. —Ahí viene. Fíjese, yo mismo me subí y lo descolgué. Así serán todos los espantos ¿no? *(Se oye un ruido sordo, como el de un cuerpo que cae.)*

CANDELARIA. —¡Oh! ¡El padrino! *(Sale corriendo. Desde fuera.)* ¡Padrino! ¡Padrino! *(Entran y vuelven a salir llevando una jarra con agua. Mientras salen dice al Chico.)* Se ha descompuesto. *(Aparecen los tres..)*

DON FABIÁN. —No es nada, no es nada. Ya pasó. *(Se apoya en el marco de la puerta.)* No es nada. *(Candelaria quiere sostenerlo; pero don Fabián se desprende torpemente.)* ¡Lárgueme! *(Simulando fortaleza y seguridad se sienta junto a la mesa, y al notar la ansiedad pintada en los rostros de Candelaria y el Chico, pretende tranquilizarlos riendo, pero su risa es demasiado hueca.)* ¡Je, je, je! Me estoy haciendo muy flojo, amigo. En cuanto se me nubla la vista, ya caigo como una bolsa. ¡Je, je, je!

CANDELARIA. —Le voy a hacer un té, padrino. ¿Quiere?

DON FABIÁN. —¿Un té?

CANDELARIA. —Sí. En vez del mate. ¿No le parece?

DON FABIÁN. —*(Indiferente.)* Bueno. *(Se queda muy pensativo. De pronto lo sacude un fuerte escalofrío.)*

CHICO. —¿Está tiritando?

DON FABIÁN. —Sí, pero no de miedo... Es que tengo frío, m'hijo.

CHICO. —¿Quiere que le traiga brasas?

ESCENA IX

Don Fabián.

DON FABIÁN. —¿Brasas? Bueno. *(Sale Chico.)* ¡Pero este frío cochino! *(Se levanta e inseguro se pasea.)* Tres años, tres años... *(Frente a la ventana y hacia afuera.)* ¡Hum! Lo que es el mundo... Cuántos inútiles

andan por ahí, ocupando el tiempo de vicio, mientras yo tengo que milagrear un poco de vida. Tres nomás quisiera... ¡Ánimas benditas, rueguen a Dios! M'hijo, crea en su padre, ruegue por él, que le enseñó cómo se vive y cómo se muere... Madre mía, su hijo le pide que ruegue una vez más por él... Salomé, tu marido... *(Sonríe con amargura.)* ¡Hum! La piedra se está volviendo manteca...

ESCENA X

Don Fabián. Y Chico. Luego Candelaria.

CHICO. —*(Entrando con un brasero.)* Ya están las brasas, tatita.

DON FABIÁN. —*(Como volviendo en sí.)* ¿Eh?

CHICO. —Ya están las brasas.

DON FABIÁN. —Bueno. Pongalás ahí nomás.

CHICO. —¿Aquí?

DON FABIÁN. —Sí. Siéntese en esa silla, amigo, vamos a conversar un rato. No ponga esa cara de tonto. Siéntese en esa silla. *(Se pasea dificultosamente.)* Usted sabe que todos hemos nacido para morir, ¿no es así?

CHICO. —*(Con un hilo de voz.)* Sí.

DON FABIÁN. —Bueno. Pero nadie sabe cuándo va a ser la cosa... Por eso hay que estar siempre con la conciencia tranquila. Claro que muchas veces no lo entienden, pero Dios sabe muy bien cuáles son los buenos y cuáles son los malos. ¿Me entiende? *(Sentándose.)* Acérqueme ese brasero. Tengo los pies helados. Le digo estas cosas porque mañana o pasado me puedo morir y no quiero que usted sea un sinvergüenza o un cobarde. Y aunque yo me muera, dondequiera que esté, yo lo voy a estar viendo, como ahora, cuando descolgó el

espanto... Y lo he de ayudar, aunque sea a tirarlo de la cola... ¿Ha visto cómo hacen los muchachos cuando se les echan los burritos?

CHICO. —(*Riendo.*) Sí.

DON FABIÁN. — Bueno. Pero el hombre no debe pedir ayuda a nadie, mientras pueda. Para eso es hombre. Los lamentos, los gritos...

Eso es para las mujeres. Si alguna vez le toca llorar por algo, aunque sea de rabia, no deje que nadie vea sus lágrimas. Métase al monte y llore a solas. ¡Que nadie vea si llora! Ni su propia madre.

(*Calentándose los pies.*) ¡Pero estas patas de porquería! Cuando yo me muera, usted va a ser el hombre de la casa, el dueño de todo.

Poco es lo que queda, pero es algo. Yo lo hice de la nada. Yo quería dejar un pueblo alegre y trabajador... Cuide a su madre. La pobre tiene que haber sufrido mucho. No la abandone nunca. (*El Chico baja la cabeza. y comienza a sollozar.*) ¡Eh! ¿Está llorando? Vamos

amigo. Párese. Salga por esa puerta y vaya a llorar afuera. Cuando se canse vuelva. (*El Chico sale por puerta de foro.*) Algunas veces es bueno que lloren... los que pueden. (*Calentándose los pies.*) ¡Y este frío!

¿Me estará por dar otro ataque? No, Señor ¡yo preciso vivir todavía! ¡No es por mí, Señor! (*Estrujándose el pecho.*) ¡Y este dolor, como un hielo...! (*Respira con dificultad.*) ¿Será que? ¡No, yo quiero vivir! ¡Preciso vivir porque hago falta! ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir, canejo!

CANDELARIA. —(*Acudiendo a los gritos.*) Ya le traigo padrino... ¿Qué tiene padrino? ¿Está enfermo? Está muy pálido. ¿Le duele algo?

DON FABIÁN. — ¡No, hombre! ¡Qué va a doler!

CANDELARIA. — Ya le traigo el té.

DON FABIÁN. — ¡No quiero té! Traiga brasas... (*Candelaria sale. Don Fabián va hasta la ventana y un vivo resplandor rojo le da en pleno rostro.*) Parece en el Bajo... ¿Qué diablos será?

CHICO. —(*Entrando.*) ¡Tatita! Se está quemando el campo.

CANDELARIA. —(*Entrando con las brasas.*) ¡Padrino! Parece que están ardiendo las casas en el Bajo.

DON FABIÁN. —¡Canallas! ¡Ponerse a quemar los ranchos de esa pobre gente! ¡Mi sombrero! ¡Traiga mi sombrero!

CANDELARIA. —No se vaya padrino. Ya están las brasas.

DON FABIÁN. —¡Traiga mi sombrero! (*Corre el chico a la pieza. Don Fabián frente a la ventana, apretándose el pecho con una mano, amenaza con la otra.*) ¡Canallas, cochinos! ¡Ya van a ver quién es don Fabián... ¡Mi sombrero!

CHICO. —Aquí está tatita.

DON FABIÁN. —¡Traiga! (*Se lo pone y luego de sacar de la cómoda un puñal enorme que se coloca al cinto, se dispone a salir por derecha, entre los ruegos de Candelaria.*)

ESCENA XI

Candelaria, Don Fabián, Chico y Cipriano.

CIPRIANO. —(*Por izquierda, jadeante y desmelenado.*) ¡Don Fabián! ¡Don Fabián! ¡Sálveme don Fabián!

DON FABIÁN. —¡Eh! ¿Qué le pasa?

CIPRIANO. —¡Me persiguen! ¡Escóndame!

DON FABIÁN. —¡Cómo! ¿Quién incendió los ranchos?

CIPRIANO. —No son... No son los ranchos, son las parvas... ¡Toda la cosecha! Y después se iban a matarme en mi casa... Tuve que huir. ¡Sálveme, don Fabián, me andan buscando! Yo le hice mucho mal, don Fabián... Le pido perdón... pero sálveme (*Se arrodilla.*)

CANDELARIA. —(*Mezclando temor y alegría dice para sí.*) ¡Alberto! (*Sale por foro, seguida de Chico.*)

DON FABIÁN. —¡Ah, maula! ¡Debiera matarte como a víbora pa que no echés cría! ¡Levántese, no sea cobarde! ¿Y sus hijos? ¿Y su mujer? ¿Dónde están?

CIPRIANO. —A ellos no les harán nada. Es a mí al que quieren matar... ¡A mí, don Fabián!

DON FABIÁN. —(*Repitiendo.*) ¡A mí, a mí! ¿Y a qué otro canalla debe matar? ¿A mí?

CIPRIANO. —Sálveme don Fabián. Ya van a venir...

DON FABIÁN. —¡No llore, cobarde! (*Tironeándolo.*) ¡Vaya, vaya, agarre un arma y defienda su nido! ¡Vaya, canejo, muera peleando!

CIPRIANO. —¡No, don Fabián! ¡Me van a hacer pedazos, son más de cien hombres!

DON FABIÁN. —(*Como iluminado.*) Hombres... Hombres... Sí, ya son hombres... Ahora son hombres (*Frente a la ventana.*), ¡hijos míos! ¡Por fin son hombres, canejo! (*Candelaria regresa seguida del chico.*) ¿Son hombres me oyen? ¡Son hombres!

CANDELARIA. —Padrino, no se ponga así. Le hace mal, padrino.

DON FABIÁN. —(*Paseándose torpemente.*) ¡Qué va a hacer mal! Ya no me hace mal nada, m'hija. Ya no me puedo morir. ¡No me quiero morir! (*Cada vez respira con mayor dificultad.*) A ver, usté amigo, suba en el único caballo que me queda, el único que no me alcanzaron a robar, y sálvese antes que sea tarde. Para que aprenda a dejar algo para el dueño cuando robe... Vaya m'hijo, entrégueselo con monta y todo.

CIPRIANO. —¡Gracias don Fabián! Yo le prometo que alguna vez...

DON FABIÁN. —¡Váyase! ¡Váyase y no vuelva a poner los pies en estas tierras! ¡Fuera de aquí! ¡Váyase! (*Sale Cipriano detrás del chico.*)

CANDELARIA. —Acuéstese, padrino. Así mañana va a amanecer sanito. Le voy a servir mate en la cama si quiere.

DON FABIÁN. —(*Paseándose con dificultad.*) No quiero nada. Ya no me acuerdo más. De ahora en adelante no me vuelvo a dormir. A mí no me van a embromar, no van a conseguir que “la pelada” me agarre dormido.

CANDELARIA. —Pero, padrino.

DON FABIÁN. —¡Nada! (*Al chico que ha vuelto.*) ¿Ya se fue?

CHICO. —Ya. Se va llorando.

DON FABIÁN. —¡Cobarde! (*Sentándose.*) ¡Traigan más brasas! (*Salen Candelaria y Chico.*) ¡Ah, Señor! Todavía no, todavía no... ¡Si me pudiese arrancar este dolor...! (*Se estruja el pecho.*) Ah ¡dos años nomás, Señor! ¡Dos años, nada más! ¡Y esa manada de inútiles que no llega nunca...! (*Intenta ponerse de pie y no puede.*) ¡Ah, cochino, te estás aplastando solo! (*Con doloroso esfuerzo se incorpora, pero cuando pretende ir hacia la ventana, cae de rodillas.*)

CANDELARIA. —(*Entrando con el brasero y seguida del chico.*) ¡Padrino! ¿Qué le pasa? (*Lo ayuda a levantarse y lo sienta en una silla.*)

DON FABIÁN. —Nada, no es nada... Un calambre.

CANDELARIA. —¿Dónde le duele padrino?

DON FABIÁN. —¡No duele nada! ¿Qué día es hoy?

CANDELARIA. —Viernes, padrino.

DON FABIÁN. —Viernes... Póngale una vela al Cristo. (*Candelaria y Chico salen por izquierda. Don Fabián mira el crucifijo en la pared.*) Señor, yo solamente quiero dos años. ¡Déjame tu cruz y tus llagas, pero yo preciso dos años! Ah, ¡estas piernas tan duras, como si no fueran mías! ¡Y este frío que sube y sube! ¡Ah! ¡Señor, aunque sea como una estaca de hielo, pero yo tengo que vivir todavía! Este frío maldito. ¡A ver, la vela, rápido! Yo no sé si perdonar o pedir perdón...

CANDELARIA. —(*Entra con una vela encendida que coloca frente al crucifijo. Detrás de ella, entra el chico.*) Ya está padrino.

DON FABIÁN. —(*Sin sacarse el sombrero.*) Recen. Hínquense y recen para todos y por todos. (*Candelaria se arrodilla persignándose y comienza a rezar. El chico la imita en todo.*)

DON FABIÁN. —(*Ha conseguido ponerse de pie y afirmado en la mesa, repite el rezo, pero luego continúa por cuenta propia.*) Padre nuestro, que estás en los cielos... No los desampares... Hágase tu voluntad... Ya se quemó la ponzoña... No los desampares...

CANDELARIA. —¡Padrino! Está delirando... Acuéstese por favor...

DON FABIÁN. —Recen... Recen les digo (*Obedecen sollozando. Don Fabián ya casi no puede sostenerse.*) ¡Padre nuestro, padre nuestro! ¡Un año nomás! (*Candelaria abandona todo intento de rezo y se cubre la cara con las manos sollozando abiertamente. El chico se toma de las ropas de Candelaria y mira con horror a don Fabián que ya no puede hablar, que tambalea y cae de rodillas.*)

CANDELARIA. —(*Se apresura a socorrerlo.*) ¡Dios mío! ¡No lo abandones, Señor! ¡No se muera, padrino! ¡Padrinito, no se muera!

En ese instante se oyen los gritos de una manifestación que se acerca avivando a Don Fabián.

DON FABIÁN. —(*Transfigurado y con grandes esfuerzos.*) ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Recen, recen! ¡Hijos míos! ¡Recen, recen!

A los gritos de "Viva don Fabián" llega la manifestación, Alberto, Máximo y José son los primeros en aparecer por izquierda. Candelaria, seguida del chico corre y se abraza a Alberto.

MÁXIMO. —¡Don Fabián!

ALBERTO. —(*Que instintivamente había abrazado a Candelaria, corre más hacia don Fabián.*) ¡Padre, padre mío! ¡Míreme, soy yo, su hijo que vuelve! ¡Padre, míreme, soy Alberto! ¡Yo solo he levantado a todo el pueblo!

Don Fabián como por un milagro de su voluntad de no morir, consigue enderezarse un poco diciendo palabras incoherentes.

ALBERTO. —Yo lo ayudo. Téngase de mí.

DON FABIÁN. —(*Rechaza la ayuda.*) ¡Lárgueme!

VOCES. —(*Afuera.*) ¡Viva don Fabián! ¡Viva don Fabián!

Don Fabián que parece haber vencido a la propia muerte, se endereza y apoyándose en los muebles, jadeante, mira uno a uno a los presentes y al mirar a Alberto, inseguro, tenso, avanza hacia él, se le para al frente y le aplica una bofetada en pleno rostro.

DON FABIÁN. —¡A mí no se me grita!

Alberto, mudo, va a llevarse la mano a la cara, pero como obedeciendo a una reacción que le viene desde el fondo del alma, queda erguido y firme, como esperando un nuevo golpe. Don Fabián parece contener un deseo de abrazarlo, mira de nuevo a los circundantes, como en son de desafío y se vuelve lento, inseguro afirmándose en la cómoda. Baja la cabeza y al levantarla de nuevo, es para mirar a Alberto, que permanece firme y decir.

DON FABIÁN. —¡M'hijo, pueblo de hombres!

ALBERTO. —(*Emocionado.*) ¡Sí, padre!

VECINO. —¡Viva don Fabián! ¡Viva!

El rostro de don Fabián se contrae, como si un intenso dolor que no puede ocultar, le hubiese partido el alma. Con expresión rígida y la mirada puesta ya en los portales solemnes del Arcano, avanza de frente hasta chocar con alguno de los muebles. Tambalea, busca apoyo y se toma de una silla.

DON FABIÁN. —¡Miente!

Pero la silla no es apoyo suficiente para su cuerpo, que ya no obedece a su voluntad, y se desploma como una estatua de piedra. Un coro de gritos azogados prolonga el eco sordo del derrumbe.

CANDELARIA. —¡No!

ALBERTO. —¡Padre!

MÁXIMO, JOSÉ Y VECINOS. —¡Don Fabián!

El estupor lo ha inmovilizado todo. Y así, a través de la densa y callada expectación, que parece haber detenido el ritmo de la vida misma, pesadamente, va cayendo el telón.

TELÓN


3

PROVINCIA NÍA

(1951)

*A mi madre
Doña Vicenta Sánchez de Cáceres
toda esta provincianía.*

*A mi hogar,
que lleno era de provincianía.*



“... Hallé la sombra de Don Floro, cuyo recuerdo es grato y no puede venir sin una ola de ternura. Bajo el emparrado, en su inseparable sillón hamaca o viendo su larga silueta mientras se aleja por las arenas de la calle del canal. Sobre todo, un recuerdo: una tarde de Semana Santa. Al llegar a tu casa le encontramos solo, acodado en su escritorio, con la cabeza inclinada, apretando en sus manos un libro de rezos. A la luz escasa de la lámpara, en el silencio del anochecer, aquel viejo era una supervivencia de otros tiempos, de otra gente, de aquella que llevaba en el fondo un chiquito del bueno de Don Quijote. A ese viejo, de recuerdo siempre querido, encontré tras la apariencia de tu “Don Fabián”, algarrobo áspero de corteza, pero capaz de contener en sus ramas muchos nidos...”

Néstor Cáceres

EL VALLE DE LAS CALMAS

Aquel valle de las calmas se convierte a veces, en la ciudad de los espectáculos inauditos. El vaho de oro tibio en que envuelve su sol espléndido; la sorprendente pureza que ostenta el claro azul de su cielo; la intensa luz que baña de luminosidad sonriente los rincones familiares; el nítido contorno de sus cuatro horizontes, son, en verdad, una apoteosis de la luz y del color universales.

Siempre tiene la buena Rioja, algo que lucir ante quienes saben de la gran belleza natural y perciben aquellos lenguajes sutiles del espíritu.

Mil trasuntos de maternal acogida tiene ella, la humilde, la legendaria Cenicienta, para todo el que llega con la buena fe de verla como eso. Cotidianamente brinda un festín espiritual en cada albor de sus amaneceres, en el crisol de mundos que instalan en el cenit llameante las siestas sin igual; en cada atardecer, en cada minuto de sus noches sin fragor extraño.

Y si la Naturaleza tarda en renovar el incesante devenir de fiestas, la mano del hombre, por poco que haga, pulsa el elemento predispuesto y hay una revelación imprevista que brindar.

De ahí que hayamos visto la montaña en llamas. Fue, sobre todo la última noche de aquel incendio, un espectáculo dantesco.

A veces por un instante nada más la fantasía forja tales visiones que la emoción rebalsa en palabras, delatándose aquello que atesora el espíritu en silencio, para asombros del alma y regocijo propio.

Enorme contorno de una mujer de sombras, encaminándose al nidal conde cayera dormido el sol de esa tarde, desperezó el cansancio que le dejara el trajín de firmamentos. Un gigantesco cinturón de rubíes luminosos dejó en libertad sus formas y fue cayendo con leve resbalar y despaciosos tenderse sobre las cumbres y las faldas del Velasco. Y desde allí, ardiendo en inmensos halos de rocío, brindaba fulgores y alentaba emociones fabulosas.

El valle de las calmas es también, a veces, un inmenso valle de cosas inauditas.

DON ESTANISLAO

Don Estanislao era un viejo criollo que vivía en una casita bien humilde pero llena de geranios y claveles, en “los bordos” de Cochangasta. Solo tenía dos hijos varones y una niña, su shulca.

Este viejo solemne, comprensivo y fuerte, de una estampa simbólica, en los momentos que le dejaban las tareas agrícolas, realizaba trabajos en cuero y en palo. A su notable artesanía indígena se deben cabezales, estribos de palo, maneads, petaquitas, cucharas y lazos que denuncian una labor consciente y amorosa.

Cuando alguien ponderaba sus obras y se lamentaba de que tales cosas no se fabricasen ya ni con tanta firmeza ni con la prolijidad que solo él parecía tener, movía la cabeza y decía, como explicación de todo un estado social: “Es que la gente ya no tiene vergüenza, amigo”. Y así explicaba también el sentido de la responsabilidad que abonaba su labor.

Aquella vez llegué más temprano que de costumbre a la casa de don Estanislao. Enfrentábame al corredor justamente cuando nuestro hábil amigo recibía un mate de manos de su hija. Puede que el frescor serrano de la mañana, aún calmosa de trajines, haya influido en mi ánimo, pero creí haber visto entonces, cosas dignas de ser relatadas por diestros en mejor literatura. Empezando por el mate. Este buen amigo le había tejido al poronguito criollo, yo me imagino que, jugando la humorada silenciosa de una tarde sin apuros, una primorosa canastilla de tientos finitos como una filigrana.

Después de hacerlo “roncar”, devolvió el mate a la niña, que se había arrinconado ruborizada y encogida. Sin duda no fue muy de su agrado que la sorprendiera tan mal trajeada y calzando unas alpargatas de lona desteñida y suelas bigotudas. Desapareció como ovillando la horconería del corredor y con lánguido tono amistoso la conversación giró por tiempos idos, por recuerdos y por hombres que fueron. Que fueron más y mejores hombres, según afirmaba don Estanislao, condoliéndose de nuestra vida compleja, que enturbia el alma y desorienta el corazón.

Hablaba muy quedo, en tono grave y un decir amable: era sencillo y sereno. Filósofo de filosofía maciza. Sus manos rústicas, rugosas de tanto ramaleo de años, tornábanse ágiles al contacto de la obra, como si una inspiración irrigara los sarmentosos dedos, que imprimían sabias dobladuras y estiramientos exactos del cuero vencido, elástico y firme. Lo dejaba como una cosa nueva, con una vida nueva.

Hablaba siempre de esa insignificancia engreída que ha venido a ser el hombre después de tantas cosas que inventa para ser mejor. Sonriéndose miraba como a niños “agrandados” a los hombres que, palmeándolo con aires de suficiencia, le decían: “Cómo le va, mi amigo...” Este don Estanislao, mejor diría: estos Estanislao nuestros son sabios de una profunda sabiduría.

Pero he aquí que la shulca se presentó de nuevo. Y ahora con un garbo casi insolente y una soltura intencionada. Me plantó poco menos que debajo de la nariz un tremendo y lustroso “poro” de plata y cruzándose de brazos comenzó a balancear su carita morena frente a la luz, como invitándome a reparar en su aliño desafiante.

Don Estanislao, puedo jurarlo, no había levantado los ojos de su obra. Sin embargo, agachado nomás, con una sonrisita de viejo zorro le dijo a la muchacha:

—¿Qué se habrán creído, no m'hija?

EL CHAMPI

Desde muy chico había sido siempre igual. Encerrado en su mutismo, no protestaba nunca por nada; ni cuando las callosas manos del viejo, achacoso ya, le dejaban sus huellas en la cara, ni cuando tenía que arriar con la majada por los campos helados, antes de salir el sol, en busca del pasto que también comenzaba a escasear desde tiempo atrás. Soportaba su condición de “criau” de la casa con la resignación de un perro. Prefería la soledad a todo. Hasta a las caricias, bien raras, por cierto, de doña Juana, su madre adoptiva. Jamás opuso resistencia al castigo, casi siempre injusto. Por eso, porque “se hacía” el muerto, lo bautizaron con el nombre del bichito aquel de la región: “el champi”.

Al clarear el día se levantaba, hacía hervir el agua para el mate, sacaba la leche a las cabras y a las vacas, y después de saborear un jarro lleno de “yerbiau” caliente y de poner un trozo de torta asada en la arena del fogón en el bolsillo, se echaba campo afuera con la majada de cabras y ovejas por delante y el Sultán, su perro favorito, por detrás. Callado siempre. Por el camino de todos los días. Después de hacer las mismas cosas.

Cuando ya estaba lejos de las casas de “El Puesto” recién comenzaba a silbar... lo de siempre: una tonada vieja, monótona y triste como el aullar del viento en las quebradas. Parecía más bien un lamento que llegaba desde lejos a intervalos desiguales.

El perro también participaba del cambio: alzando las orejas y la cola se adelantaba a saltos, a apurar a la majada, como queriendo alargar la distancia que los separaba de la casa.

Pronto nomás atravesaban la quebrada que se abría paso entre dos lomas bajas, últimas ramificaciones del macizo que dejaban a sus espaldas, y el silbar de “el champi” se trocaba en un canto gutural y monótono también, pero su rostro ya no estaba surcado por ese rictus de amarga resignación que traía. Su cuerpo erguido mostraba recién sus formas atléticas y a su frente bronceada podía refrescar a gusto la brisa de la mañana porque allí marchaba ya con el sombrero en la mano.

Llegando al valle siguiente las cabras y ovejas se diseminaban y pacían tranquilas mientras “el champi”, sentado en la falda de la loma, dominaba todo el panorama que extendía a sus pies. Allá lejos limitando el valle pardo verdoso, levantábase una cadena de montañas azules de detrás de las cuales “saltaba” el sol como un disco en llamas que gira sobre sí mismo y “apaga la vista” con su luz. Aquellos cerros lo atraían de una manera sobrenatural. ¡Qué alegría si pudiese atravesarlos algún día! ¿Y si fuese hoy mismo? Dejaría la majada cerca de la casa y daría la vuelta para conocer, ¡al fin!, el misterio que escondían los cerros azules. Total, no se moriría de hambre; sabía trabajar “en lo que lo pongan”. Además, en medio de tanta gente no le faltaría trabajo. Y en último caso, ¿quién le negaría un plato de comida para él y su perro? Trabajaría día y noche, juntaría mucha plata y se casaría con una mujer bien rubia y con los ojos celestes, como la que estaba pintada en el viejo almanaque de la casa. Pero no; todavía no... Sus quince años le permitían esperar aún.

Cuando era ya la hora de volver a la casa, con la ayuda del perro juntaba la majada y emprendía el regreso. Por el mismo camino. Sin canto ni silbo la boca de “el champi” se contraía de nuevo denotando cansancio, amargura.

Tal era su oficio. Así fue comprendiendo poco a poco los insultos del viejo Antonio, de Justino y de Pedro, su padre y hermanos de crianza. Así fue adquiriendo alguna noción de él mismo y de la vida. Fue duro su crecer, pues desde que tuvo uso de razón comprendió demasiadas cosas y supo de muchas injusticias. “Cuando sea grande van a ver...” decía entre dientes, pensando en el misterio de los cerros azules, ese mundo maleable a su antojo que ya tuviera mil formas ideales en su imaginación... Sin embargo, nunca tuvo coraje para irse. ¿Por qué? Se estremecía de solo pensar que nunca más habría de ver esos parajes tan queridos, tan identificados con el transcurso de sus días, tan suyos... Porque no solamente el paisaje y esas cosas vivían allí, al a intemperie y a la luz de todos, sino que también estaban adentro, muy adentro de él mismo, formando un paisaje y bajo una luz muy suya... Conocía palmo a palmo las quebradas, una por una las piedras y las lomas, uno por uno los árboles y los cardones, Cada árbol y cada piedra eran sus amigos, sus viejos conocidos; aquello le brindaban fruta y sombra, y estas asiento o almohada. Frente a esa realidad, todos sus proyectos de liberación los destruía con un “todavía no” escondiendo así el verdadero motivo de las postergaciones que imponía al ansiado instante de la partida. Esperaba un momento propicio que no llegaba nunca y que ni él mismo sabía precisar.

Un día, de vuelta con la majada, se encontró con la novedad de que el viejo había enfermado gravemente. Pasaron varios días y el enfermo

empeoraba cada vez. En vano fueron las promesas y los rezos de doña Juana; en vano los remedios y exorcismos de la curandera que trajeron de una estancia vecina. Sin experimentar ni una leve mejoría, don Antonio dejó de existir a los nueve días de haber enfermado.

Veláronle tres o cuatro paisanos y al día siguiente cargaron sobre una mula su caja mortuoria, escoltándola hasta el cementerio del pueblo más cercano. La viuda se quedó llorando desconsoladamente, asistida por varias comadres y Tonito, el hijo menor. “El champi” denotaba mayor aflicción por el sufrimiento de doña Juana y de Tonito, con sus nueve años de inocencia, que por la muerte del viejo.

Pasó todo a los pocos días y empezó a correr el tiempo de nuevo. Sin el respeto que infundía la presencia del viejo, los hijos mayores hacían repetidos viajes al pueblo, y más de una vez regresaron borrachos a la casa. Ya no permitían que la madre los reprendiese. Disputaban e insultaban por todo y a todos, pero quién siempre sacaba la peor parte era “el champi” siempre.

Instintivamente, como se apretujan las majadas ante la inminencia y de un peligro común, doña Juana, Tonito y “el champi” estrecharon más los vínculos afectivos que los unían. Esto le valió no pocos reproches a la pobre viuda. “Más lo quiere al criau que a nosotros”, le decían. Ella sufría en silencio y envejecía por horas.

Tiempo después, Justino y Pedro tuvieron una reyerta de la que ambos resultaron heridos. Al día siguiente doña Juana amaneció parálitica. Más de dos años padeció en la cama, hasta que una noche cuando todos dormían, se murió también.

Arreciaron desde entonces los padecimientos de “el champi”, quien se tornó más huraño todavía. Ya casi no llegaba a la casa, donde la vida le era poco menos que imposible. Tonito era para él como un oasis de luz en las tinieblas de su vida.

Esa tarde volvió temprano con la majada. Luego de encerrarla en el corral, pasó hasta la casa. Amenazaba la tormenta. Densos nubarrones cubrían al sol. La atmósfera estaba pesada, sofocante.

“El champi” buscó por todos los rincones y no encontró a nadie. La casa estaba desierta. Una sensación de inquietud que experimentaba lo hizo buscar de nuevo, con igual resultado. Gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer. Suponiendo que todos se habrían ido al pueblo, tomó asiento en la puerta de la cocina disponiéndose a ver llover... y a pensar. Largo rato estuvo contemplando la inmensa cortina de agua que bajaba, Llovía torrencialmente, sin un solo trueno.

“El champi”, como siempre que se sabía solo, sacó a relucir sus viejas ilusiones... “Se casaría con una mujer bien rubia y con los ojos azules...”.

Entretanto había comenzado a amainar la tormenta hasta que dejó de llover. El chaparrón siguió monte abajo salvando presuroso las lomas y las barrancas... “Sabía trabajar en lo que lo pongan...” Pero no; cuando fuera más grande... Pero... ¿acaso no era grande ya? ¡El momento propicio había llegado! Creerían que lo había llevado la creciente y nadie lo buscaría, de juro...

Se levantó de un salto y fue hasta una de las piezas, de donde arrancó el viejo almanaque, volvió de la cocina, puso pan, carne y una botella con agua en sus alforjas de arpillera y salió. Husmeó como quien busca una ruta. El aire fresco del atardecer llenó sus pulmones con un caudal de aromas silvestres. En deliciosa amalgama traía la brisa los perfumes suaves de las flores serranas y plantas medicinales, con el “olor a la vida, de la tierra mojada por la lluvia”. “El champi” entrecerró los ojos y gozó como nunca del incomparable deleite que así le brindaba la naturaleza. Luego tuvo una distinta valoración de sí mismo; sentíase fuerte, invencible, manso y agresivo a la vez... Tenía unos deseos incontenibles de gritar de alegría, y debió lanzar al aire un grito salvaje, pues creyó que su pecho iba a estallar si no lo hacía. ¡Inspiró profundamente, cual si quiera almacenar todo el aire que hubiese besado la montaña y partió cantando... desde la casa, por el camino de siempre... rumbo a los cerros azules!...

En la quebrada de las lomas se detuvo de golpe, como asaltado por repentino temor. Se dio vuelta y miró su valle, que ya no vería más. Allá, abajo, estaba la casa, como siempre; más allá los corrales, más lejos aún “el bañau” ... Solo que ahora parecía todo lleno de tristeza.

Rígida su cara por la emoción, pretendió musitar un adiós, pero se le hizo un nudo rebelde en la garganta. Intentó correr huyendo de aquellas cosas que le sujetaban el alma, pero se le doblaron las piernas. Temblando logró sentarse en una piedra, junto al camino, y prorrumpió en sollozos. Lloró convulsivamente, con todo el llanto acumulado en muchos años.

Por fin su lloro amainó como la tormenta de esa tarde, y el chaparrón de lágrimas se perdió campos adentro, por los valles del alma, refrescando montes...

Estaba anocheciendo ya. “El champi” miró la bóveda celeste con desesperadas ansias. Y también callaba el cielo, ese mismo cielo que tantas veces contemplara cuando en horas de incertidumbre, con el gesto instintivo del hombre, levantaba su esperanzado mirar.

Alguien que venía por el camino, siguiendo su rastro, dio vuelta el recodo en que estaba “el champi”, dándose con este. El caminante se detuvo exclamado con inmensa alegría:

—¡Champi!

El nombrado saltó como impulsado por un resorte y, pálido, tembloroso, apenas pudo emitir un grito ronco al ver quien era:

—¡Tonito!

—¿Pa'dónde te vas?

—Te ando buscando —mintió a duras penas.

—¿Y esas alforjas?

“El champi” quiso interponer su cuerpo a fin de que no las viese, pero ya era tarde. Tonito lo comprendió todo. ¡Hasta “el champi” lo quería abandonar! Las lágrimas le inundaron los ojos; dióse vuelta

cubriéndose la cara con el brazo, y lloró con ese llanto fácil y triste de los niños huérfanos.

“El champi” quedó azorado; no sabía qué hacer. Tímidamente le puso la mano torpe en la cabeza, pretendiendo consolarlo, más no pudo articular palabra. Era como si le apretasen el pecho y la garganta. Luego, en roncós sollozos, logró decirle:

—No llores, Tonito; no seas tonto... Callate hombre; vamos pa’ la casa, que ya está haciendo frío...

Tonito no contestaba. Secándose los ojos y la nariz con los puños empezó a caminar de regreso.

Sin decir palabra, “el champi”, en lento ademán de revoleo se acomodó en el hombro las alforjas, y dirigió la mirada hacia los cerros azules.

Suspiró muy hondo, se hundió el sombrero casi hasta los ojos y marchó detrás de Tonito. Allí abajo, en el fondo del valle, la casa parecía una manchita blanca bajo las sombras del anochecer. La boca de “el champi”, sin canto ni silbo, denotaba cansancio, amargura...

LA ARAÑITA

Me había conmovido aquel encuentro. Sin embargo, nada extraño acaecía. Todo era sencillo, igual que siempre.

Antiguo callejón de barrio despoblado. Arbustos espinudos en los cercos de la hollada maraña; distanciados árboles de hirsuta ramazón; arenal y polvo en la calzada sin niveles; camino apisonado por trajín de pies descalzos y de alpargatas molidas. Y a la luz plena de los cielos abiertos, avanzaba sosteniendo en la cabeza su carguita de leña, una mujer que al mismo tiempo hilaba un vellón de lana enroscado en el brazo.

Fue conjuro bastante para que agostados recuerdos cobrasen lozanía. Y fue, por supuesto, el que más perfilábase en el turbión emotivo, el de “la arañita”, aquella anciana admirable de mi barrio.

Viuda ejemplar, menudita y amable, había quedado sola, con un hijo pequeño y sin otro recurso que su habilidad en el oscuro afán de los quehaceres domésticos. Y aprendió a hilar. E hilando lana y tejiendo su hilo en el telar de rústica armazón, ganó todas las monedas, los pesos y los favores que la crianza del hijo le había exigido.

Hasta que el hijo se hizo hombre y, a su vez, crio a sus hijos. Pero, claro está, sin que él tuviese que anudar fatigas y hambres calladas en la trama ni apretar sollozos en la urdimbre.

Aunque ya sin urgencias, la anciana infatigable siguió hilando y siguió tejiendo. Y todos los días, al caer la tarde, siguió trayendo su carguita de leña en la cabeza. No pudieron sacarle nunca el hábito de ir en busca de sus “leñitas de luz”, que eran los troncos de jarrilla y las ramas de tala.

Era infalible. Declinaba la tarde y ella asomaba del jarillal con su carguita bien firme sobre el pachiquil, moviendo constantemente sus brazos maestros en un trabajo de rueca. Años y años hemos visto rodar viboreando sobre las saetillas de la pampa de Pango, la sombrita larga y leve de la anciana ejemplar.

Solo un pecadillo amenazaba la beatífica estampita: la coquetería de sus aros de oro. Eran dos medias lunas de bordes calados, superpuestas dentro del arco mayor que pendía del que atravesaba la oreja.

Un airecito displicente que le imponía el equilibrio de la carga, trasuntaba su rostro apergaminado y sereno, el goce íntimo de una paz muy bien ganada. La única paz de los humildes. La forjada con paciente labor y no con la palabra vana.

Aquella telera de mi barrio era un símbolo. Por eso le decíamos todos “la arañita”.

ALEGRÍA TRISTONA

Chancalay era su apellido. Y así nomás lo llamaba todo el mundo. Día por medio traía una carrada de leña, que su padre vendía a precio de ganar. Él, poco y nada sabía de negocios; prefería soñar andando por los caminos o en plena labor de hachero avezado, a pesar de sus diecinueve años.

La tropa de carros que él integraba con el suyo partía siempre al amanecer. Y a veces, muchas veces, esperaban las primeras luces del alba en algún ranchito orillero, sobre la ruta de salida. Y como es natural, había fiesta en cada espera. Y ha de haber atractivos para que haya fiesta. Para Chancalay, más que para todos los demás, el atractivo era la Epifanía. Graciosa y esquiva, sosteníale a duras penas un idilio lleno de alternativas y reacciones que eran la desesperación de nuestro hombre. Sombrío y soñador, había idealizado en demasía el objeto de su amor, alegre y lleno de vida. Confiado e inexperto, a veces actuaba con rigor un tanto rudo y ella se le tornaba entonces alma frágil.

La vez aquella, por mostrar una hombría definida, cometió con ella una torpeza. Y tuvo su condigno castigo.

Exagerando su coquetería escuchó requiebros, festejó licencias de tono subido y alentó con sus risas y expresiones maliciosas, el galanteo apresurado de todos los hombres que allí esperaban. La vio girar sofocada en rubores esquivando manos que de todos lados se alargaban afanosas de formas, convertida toda ella en un vértigo de tentación.

Pero toda esa contenida entrega, ese juego de atizar la voracidad de los instintos; todo eso y más aún, lo habría tomado como un refinado castigo, si no le hubiera notado en los ojos destellos de una felicidad maligna. Y heríale de muerte su impudor en el descubrimiento de tamaña fruición a plena luz. Había en toda ella, en su alma ya, la alegría de un descendimiento que dolía como una profanación.

Y eso fue lo que hirió más hondo la ilusión ingenua del carrero Chancalay. La vio muy lejana de aquel mundo de sueños que habíase forjado. Sin embargo, solo tenía por dentro como el vacío de un desahogo difícil. Dolía como liberación heroica de lo que no podía ser, pero había caído algo que no ataba ya. Pero el hecho de verla ahora tan extraña a todo ese mundo de ilusiones comunes, le agolpaba en la garganta, así como un puñado de gritos.

Hay sentimientos que por vez primera pesan en el alma de uno. Son difíciles de calificar porque tienen algo de los sentimientos más opuestos. Sucede que a veces, por ejemplo, en medio de un gran dolor invade el alma una suerte de leve paz que la adormila o conforma. Es como aquella sonrisa triste de los que mueren sonriendo al matador.

Así quedó Chancalay. Distante ya de la rueda iluminada, miró la noche honda en los cielos y en los cuatro horizontes. Apenas allá, en el Este, notábase recién algún atisbo de luz. Había en él, en lo más íntimo de él, una soledad que no se acomodaba; una soledad mucho más vacía, mucho más penosa. Al rozar su cuerpo la brisa de la noche le dio la sensación de que sus carnes flameaban desagarradas. Sin embargo, no sentía ningún dolor de heridas.

Llegó hasta su lado otro carrero que abandonaba la fiesta y palmeándolo le dijo con tono paternal:

—Vamos, compañero; deje de olfatear el viento.

Antes de seguirlo, Chancalay pugnó por explicarle aquel su extraño sentimiento:

—Tengo una alegría tristonaa...

Estalló en carcajadas brutales el amigo y riendo los dos montaron en sus mulas silleras. Por la cinta clara del camino entraron en la noche dejando atrás el ruido monótono de los carros vacíos.

Tendíase lánguidamente sobre el amanecer el canto distante de los carreros. El contorno macizo de los algarrobos, que sacaban su redondez opaca por sobre la espesura del monte, se dibujaba de contraluz sobre la pantalla rosácea del cielo. El golpe estridente de los bujes retumbaba en las caras con luz y con sombra de los árboles y quebraduras del suelo.

Más que sueño, tenía Chancalay un dolor como una ausencia; una sensación de amargura que acentuaba el trajín de ese andar como yendo en vano. Al igual que en esos campos de verdes sin brillo, el retiro de las sombras iba dejándole en el alma también un día de luz sin esplendor. Sabía que nunca se puede ser tan feliz como se sueña.

UN DRAMA EN LA HUERTA

Ignoro si en las demás provincias también abundan las palomitas que se considera genuinamente riojanas, como el dulce de limón sutil; las palomitas de la vidala doliente y de la zamba decidora: nuestra ulpisha.

Pareciera que la ulpishita no es una paloma silvestre, una paloma del campo, de la espesura encrespada ni las serranías agrestes, sino una paloma de los huertos. Allá, entre la verde umbría del naranjal, sobre las horquetas plateadas del olivo, entre los nudos crispados del parrón, sobre los carnosos planos del tunal, vive en silencio el romance eterno de la Creación y canta con su clamor siestero las penas y alegrías que en el reparto universal recoge mansamente,

Humilde, ignorado existir el suyo. Y sin embargo lleno también de los más hondos dramas. He presenciado uno. Tremendo. Aún en la pequeñez de los personajes.

Fue de siesta, en una huerta inundada de luz, de vahos fragantes y lujurioso verdor.

Desde la sombra de un naranjo observaba la insistente actitud de aquella ulpisha que se paseaba nerviosa, a lo largo de un gajo semiquebrado de un duraznero. Enfrentábase a determinado sector del árbol y agitando la cabeza y las alas, simulaba emprender el vuelo. Repitió muchas veces aquel extraño comportamiento.

Se bajó después del árbol. En el suelo ya, intentaba cortos vuelos, que repetía mirando cada vez con mayor insistencia el follaje del duraznero. Por fin se quedó echada, con un leve temblor en las alas e insinuante mover la cabeza.

De entre las hojas salió con pesado impulso un cuerpo oscuro que describió una cerrada parábola y cayó con un ruido sordo, quedando aplastado frente a la paloma. Era un pichoncito implume.

Hubo silencio. Demasiado silencio. Me acerqué hasta el escenario del drama y levanté al pichón. Era una masa inerte.

Desde el parrón por debajo del cual me alejaba, pude ver aún que la ulpisha, tal vez convencida de que no podía ser aquello la verdad, otra vez movía las alas y de nuevo quería dar coraje para saltar hacia la vida.

“¡BIEN HAIGA CON EL AMOR!”

Siesta riojana. El sol apretaba con todas sus fuerzas. Diríase que el pesado silencio hubiera sofocado cuanto ser viviente se hallara en muchas leguas a la redonda. Apenas de vez en cuando, entre el reverberar de la tierra, se veía cruzar una iguana de un costado al otro del camino, con la cola tiesa por evitar el lodo caliente como rescoldo. Envuelto en oleadas tibias de viento pasaba el llanto de las ulpishas, entreverado con el rasgueo largo y cansador de las chicharras.

Por un costado del camino, al trotecito corto de su bayo, enredado en quién sabe qué pensamiento, Jacinto Luna iba llegando al rancho de los Vergara cuando escuchó que le silbaban de entre las talas que bordean el camino al entrar al pueblo. Sofrenó su cabalgadura y a paso lento se acercó a los árboles. Llegando a ellos, de a caballo nomás abrió un poco los montes con el cabo de su rebenque. Bajo la espesura, semioculta entre los yuyos, boca abajo, apoyando los codos en el suelo y cruzando las piernas, estaba Javier haciéndole señas para que se acercara. Intrigado por la actitud del muchacho, Jacinto se bajó del caballo y fue a sentarse a su lado. Javier, como confiándole un secreto, le dijo a media voz:

—Dispense que lo haiga llamau, don Jacinto; pero ¿sabe?, es que la estoy citando a la Marcelina. A estas horas sale a llevar agua del pozo.

—Y bueno, muchacho —contestó riéndose Jacinto—; vos dirás en qué puedo servirte...

—No, no, —se apresuró Javier—; era pa' decirle que no pase por el camino, ¿sabe?... Como es media arisca, si lo ve a usted no va a querer que me le arrime... Ya hacen muchos días que ando rondando y no puedo hablarla a gusto, como yo quiero.

Interesado ya por la suerte del muchacho, Jacinto se acomodó en la misma posición de aquél y le preguntó sin mirarlo:

—¿Pero es que no quiere que la hablés?

—No es eso —respondió Javier. Es que yo nomás soy el zonzo, ¿sabe? Todos los días me vengo dispuesto a decirle todo lo que pienso de noche, pero cuando ya estoy frente a ella, apenas si alcanzo a decirle “güenas tardes” y ahí nomás me quedo atracau como si tuviera un nudo en la garganta. Ella me mira como burlándose de mí y habla de cualquier zoncera. Y yo, mudo, achicau, no atino a decirle si quiera que es linda, gordita como una torcaza... Y antes de entrar en la casa se da vuelta, me mira y se ríe ¡Así la veo en todas partes, día y noche!... Después me vuelvo hasta aquí y me tiro en el suelo a llorar de rabia, porque jamás voy a ser un hombre...

Javier era un mocetón callado y respetuoso; nunca hablaba más de cinco palabras seguidas. Tal lo conocía Jacinto, quien parecía no escucharle: con la mirada fija en la distancia, guardaba silencio, en tanto que por su mente desfilaba un sinfín de recuerdos. El trance de Javier no le era desconocido.

Él también, allá en su mocedad, no muy distante, ya que más lo envejeció la vida que los años, había experimentado el desgarrón de

un idilio naciente que se truncara dejándole una llaga rebelde. Pero él no había tenido ni siquiera un amigo a quien participar de sus cuitas. Por eso Javier no comprendía tamaña bondad en un hombre tan recio como era Jacinto, ni se explicó el sentido oculto de la frase con que lo animó:

—Hay que armarse de coraje, amigo; lo que se pierde así, por cobardía, no se recupera nunca.

—Pero ahora estoy dispuesto a todo —continuó Javier. Voy a cerrar los ojos, la voy a agarrar de los cabellos y la voy a abrazar con todas mis fuerzas. Y entonces, cuando no me pueda mirar, le voy a decir lo que tengo pensau decirle. Ahora no voy a ser zonzo. Mire —dijo mientras sacaba de entre los yuyos un chifle de asta lleno de vino. Ahora traigo esto pa' tomar coraje.

Jacinto no pudo menos que reírse, e invitado por el muchacho, bebió largos tragos. Se trataba nada menos que de un moscato casero, fabricado “a la antigua”. Devolvió el chifle a Javier y este a su vez, lo mantuvo pegado a sus labios más tiempo todavía. Él tenía prisa de ponerse corajudo.

—¡Bien haiga con el amor! —murmuró Jacinto, mientras se limpiaba los labios con el brazo.

Animada ya la conversación, entre consejos y confidencias había transcurrido un largo rato cuando Javier palideció de golpe, en tanto que miraba entre los montes.

—¡Allá va! —dijo tembloroso, cual si fuese de la misma muerte la silueta que con recio donaire marchaba por el sendero que unía la casa con el pozo.

—¡A no achicarse, compañero! —lo animó Jacinto—. Lléguese sin miedo, amigo, y domínela de entrada nomás. La mujer, cuando se achica es porque está queriendo, y cuando se agranda es porque desprecia o desafía.

Jacinto vacilaba. La responsabilidad era mucho mayor en la ocasión. Ya no podía volver con la misma historia, pues taba en el secreto de un hombre que él admiraba por su valor.

—¡Vamos, compañero; no pierda tiempo! —lo apuraba Jacinto.

Y no había cómo eludir el compromiso. Se levantó sacudiéndose las ropas, bebió más vino y abriéndose paso entre la maraña, partió en dirección del pozo, ubicado a corta distancia del camino.

—¡Bien haiga con el amor!... —dijo Jacinto, mientras limpiaba con la mano con la boca del chifle para beber otra vez.

Y en torno cayó de nuevo la cortina espesa del silencio. Uno que otro pájaro salpicaba el ambiente con algún chillido. Las jarillas y los árboles, terrosos, quietos, secarrones; parecían haber contenido la respiración a fin de no interrumpir la quietud de la hora.

Javier, en tanto, llegaba a la orilla del pozo cuando Marcelina, tarareando una vieja canción lugareña, se detenía bajo la sombra de un algarrobo que mojaba sus ramas en el agua. Sonriéndose como

viejos amigos. De pronto Javier avanzó resuelto hacia ella, mientras su rostro adquiría una rara expresión de dureza. Tal como se lo había propuesto, el muchacho llegó hasta ella, que boquiabierta y con el balde en la mano lo miraba acercarse, y la abrazó sin miramiento alguno. La muchacha, hija al fin de aquella naturaleza bravía y agreste, sabía reaccionar en la medida de la ofensa, y aún más si era necesario. Y aquella decisión del muchacho se convirtió en una recia lucha.

Quizás no haya sido la causa de su irritación ni el abrazo casi brutal ni los besos frenéticos que le asestara el muchacho, sino la manera afrentosa de atraerla; pero lo cierto es que Marcelina estaba furiosa.

No desprovista ni de maña ni de fuerza, la muchacha consiguió zafarse de aquellos brazos que amenazaban ahogarla, y sin que Javier tuviese tiempo de abrazarla otra vez, levantó el brazo armado y le aplicó un baldazo con todas sus fuerzas. Iba a pegarle un nuevo golpe cuando paralizada de terror, dejó caer el balde y llevándose las manos a la cabeza dio un alarido. Javier, sin proferir un ¡ay!, se desplomaba manando sangre en abundancia por su sien izquierda.

Es menester que se derrumben las vallas que la sostienen para que el alma nos diga con hechos lo que siente. Marcelina se arrojó llorando a gritos sobre el cuerpo de Javier y comenzó a besarlo llamándolo con ternura tan amorosa como tardía. Un segundo en que se le presentó con toda crudeza la enormidad de su tragedia, bastó para enloquecerla de dolor. Y dando gritos lastimeros huyó despavorida por el monte, que sin piedad rasgaba sus vestidos y hería sus carnes.

Jacinto acudió a los gritos de la pobre muchacha. Se imaginó lo que había sucedido. Atónito aún, mientras levantaba en sus brazos el cuerpo sin vida del muchacho, repetía lo único que atinaba a decir:

—¡Bien haiga con el amor!

SIESTA DE ORO

Desde la sombra del tala solitario que hay a la vera de la calle principal dominábase hasta la última techumbre del caserío en declive. Sobre la margen opuesta y un poco más adelante, un rancho con pretensiones de casa mostraba por sus fondos el desordenado acopio de trastos inútiles sobre el basural que invadía los reductos de la intimidad hogareña.

Era esa media tarde, cercana de la siesta y no se veía gente mayor. De bajo los aleros fallosos desparramábase por la desgana quietud, el entusiasmado canto de una niña en plena tarea de lavar. De rato en rato atravesaba el patio desmantelado de árboles y con porte de madura ama tendía sobre el cerco de ramas cubiertas de loconte y de “suspiros”, alguna percutida prenda de vestir. Parecía tener la niña, once años cuando más, pocos encantos que esperar y muchos sueños de mujer, a juzgar por los zapatones de taco muy alto en que se había metido.

Alternándose entraban al paisaje dormido el trémulo eco de una campanita distante, el silbo estridente de un zorzal, un bullicio lejano de niños en recreo y los trinos sigilosos de una guitarra. Era toda la vida viviente que holgaba en la mansedumbre ancha y tibia de esa tarde de junio.

Es la hora en que nuestras gentes humildes dedican sus afanes al arreglo del hogar y a su breve aliño. La hora en que administrando baldadas, se riegan la vereda y el patio polvorosos; cuando se

podan los pámpanos muertos de la parra; cuando la madre joven o la hermana mayor, se lavan la cabeza cantando a voz en cuello y con despliegue de vasijas humeantes, en tanto hierve la pava en el brasero de barro bajo la sombra espesa de la madre selva; cuando la dueña, envuelta aún la cabeza con la toalla, ceba el mate comentando novedades, protestando dolencias, reprendiendo a los hijos y enrostrando al marido las hechas y las sospechas.

Es la hora de la sociabilidad sencilla, en que de improviso llegan la comadre o la sobrina del barrio distante, con su carita harinosa y el tapado con hilvanes.

Es, en fin, la hora que más duele a la vieja vecina cuando el hijo que “se halla bien”, la quiere arrastrar a esa Buenos Aires, que se lo va llevando todo poco a poco y sin remedio.

Tanta era la quietud reinante, que una dulce modorra invadía los sentidos, y el alma sentíase transportada por extraño mundo de sosiego, alentando en esa vida solada por cuantos la oímos dolerse del fragor insustancial de las ciudades modernas.

Llegaron por el aire nubecillas tenues de polvo que los rayos de sol tomaron al sesgo e hicieron brillar con desusado fulgor. Antojábase que la ciudad entraba medrosa en el paisaje amplio de luz, y la montaña ahíta de vigor callado, soplaba hacia ella una brisa llena de fantasías y vahos dorados.

Inmensa cascada silenciosa de oro transparente y luminoso vaciábase a lo ancho del paisaje calmo y tibio. Ondas juguetonas de

rocíos brillantes espolvoreaban los árboles mohínos y los ranchos alicaídos, como si mil geniecillos invisibles arrojasen, de boleo, puñados de oro en polvo...

Pero los sueños son breves y las fantasías inquietas. Diluíase ya en los cielos amplios de luz, el sereno manto de fulgores que trajo la ilusión de aquella siesta de oro.

Así la bondad de Dios compensa de pobreza a la grey del Yacampis redimido.

JOSHELO

La esquina, esa esquina de la confitería o del almacén, de la mansión o del baldío; esa esquina genérica, innominada; esa esquina que es simplemente “la esquina” es, además, escuela de costumbres, así como el lugar de toda información para la muchachada del barrio. Por eso es lugar donde se plasman variados modales en el ser o se adquiere, algunas veces, la definición total de la personalidad.

Hablaban de fútbol aquellos muchachos. Del fútbol de Buenos Aires y por extensión, del fútbol local. Maravillaba la memoria y la amplia información de esos changos que casi en una sola emisión de voz, decían los nombres completos de toda una escuadra de los diferentes clubes porteños. Observando esa capacidad de asimilación, se me ocurría la conveniencia de probar sistemas pedagógicos aprovechando esa afinidad con el deporte que demuestra, como en asunto alguno, la muchachada de hoy.

Estaba en ese y otros pensamientos, cuando se hizo muy evidente como para no advertirlo, la casi religiosa unción con que un changuito cabudo y rotocito escuchaba las afectadas opiniones de un muchachón mejor trajeado que los demás. Hablaba este buen mozo, con una suficiencia desusada entre los changos aquellos.

Sus zapatos lustrosos, pantalón oscuro, camisa blanca y, sobre todo, su prolijo peinado, lo distinguían muy a las claras entre la concurrencia. De su confuso hablar aporteñado, con evidentes fallas de tonada riojana, deduje que nuestro personaje había

permanecido algún tiempo en la Capital Federal y también habría frecuentado allí centros artísticos del ambiente radial y cinematográfico. Y hasta que habría intervenido en “tomas” y pruebas de cierta importancia.

El changuito cabudo, con los brazos pegados al cuerpo y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, bebía sus palabras siguiéndolo en su aparatoso discurso, mientras zapateaba para combatir el frío.

Tanto como la palabra, al changuito lo tenía deslumbrado la melena de nuestro héroe. De rato en rato, parecía seguir con la mirada algún reflejo del peinado y luego, con gesto desesperado, de un manotazo pretendía dominar el opaco cepillo que lucía por cabellera.

El timbre de su voz o no sé qué asociación de recuerdos me completó la memoria de aquel personaje. Recordé en él a un chango de tantos como hay en todos los barrios. Hacía mandados, entraba leña o araba la tierra.

Le dio por rodar mundos. Su físico, no desproporcionado, le hizo forjar la gran ilusión del cinematógrafo. Y anduvo allí, rondando por los “sets”; oteó por camarines, escenario, tablados y estudios. Mendigó favores y dejó correr como ríos de horas desde antesalas muelles.

Y un día, sintió premura por regresar al pago como un triunfador. Su triunfo no era muy definido, por cierto, pero tenía impaciencia de halagos. Y se llevó al terruño muchas cosas de qué acordarse, una nueva tonada en el hablar y una melena. ¡Ah, su melena...!

Pero esa melena fue su derrota. “Joshelo”, que así se le llamaba a este personaje, ya no podrá nunca más, ni entrar leña ni hacer mandados ni arar la tierra. Su melena de hombre importante no se lo ha de permitir.

Y lo grave del caso es que la madre, que lavando y lavando ropas, le enviaba el necesario sostén, ha muerto soñando con la ilusión artística del hijo buen mozo.

LA DERROTA

En un alarde de potencia, pasó como esquivando harapos el ómnibus rugidor y brillante. Y quedó muy atrás el carro humilde, por más que trotaban al máximo las tres mulas pardas, color de la tierra y de los montes.

Entre el rugido tenso y regular de ómnibus y el desvencijamiento del carro, se oyó un grito. Igual que un alarido, mezcla de adiós, de amenaza, de impotencia. Era el carrero. No había podido menos que gritar, dejando en libertad quién sabe qué trenza de emociones prietas.

Sobre el tablado rústico del piso iba sentada la mujer del carrero. Defendíase de los rayos del sol ardiente, con una toallita que se antojaba demasiado blanca.

Envueltos en una nube de tierra, quedaron de nuevo, como trotando inútilmente en la soledad el camino.

Con una sonrisa que pretendía ser de desprecio y desafío, mientras revoleaba su chicote formando círculos echó miradas furtivas a su compañera. La muchacha estaba inmóvil, mirando muy fijo al vencedor, que se hundía en la distancia. Sin detener la marcha, diestramente se bajó de la mula sillaera y trepó al carro por detrás. Se acomodó en el piso, junto a ella y se puso a pensamiento malo...

Si aquella amargura que le ceñía la garganta le hubiera estrujado lágrimas, no se habrían visto en su cara; se habrían escurrido entre la barba y las arrugas de la piel tan curtida y tan áspera por fuera, como él.

EL COMEDIDO

Sucedió en el despoblado patio de un ranchito apartado. Festejábese algo así como la renovada felicidad de festejar el día sábado.

Inagotable vino tinto regaba sin descanso el churrasco sabroso y chirriador.

Aún los primeros tiznes de la noche no habían cobrado la solemnidad del crepúsculo con el lejano toque de oración, cuando ya se estaba de sobremesa amable y abundosa de obligos. Maduraba ese clima sentimental que afloja el alcohol a poco de invadir el ánimo, en un principio alegre, de sus fieles devotos.

Pronto se hizo sentir la necesidad de música y, como es natural, no faltó el “dispuesto” que saliera en busca del guitarrero. No tardó en regresar. Es digno de saberse que el virtuoso del cordaje criollo, sin asomar de su rancho, sabe cuándo un chico de la vecindad ha hecho más de un viaje al boliche llevando botella, jarra o botellón, e inicia un sensacional y prolijo acicalado, porque es seguro que en casa de fulano va a sentirse nostalgias de su arte.

Reinaba allí la armonía más chacotona. Enredando palabras embotadas en el amanerado cantar del guitarrero, se afirmaban amistades, se juraban amores fraternales, se ofrecían adhesiones imposibles e hicieron verdaderos pactos de sangre. Por supuesto, no faltaron las quejas amargas y los agravios lacrimosos de que cuando en cuando brotaban entre dientes, medio envueltos en amenazas veladas. Lo malo es cuando hay algún aludido que las oye.

Y por desgracia esa tarde lo hubo.

Devolver duro contra sencillo, es de la naturaleza misma de aquellos varones que se precian. Y allí se preciaban todos.

Rodó una mesa con botellas y vasos, viéronse volar algunas sillas y ya no se alcanzó a distinguir a ninguno entre la batahola.

Pero lo injusto del caso es que pagó las consecuencias de la sangre ardiente de aquella paisanada, un hombrecito inofensivo, de físico un tanto contrahecho de tan esmirriado. Su aspecto de alimaña doméstica causaba cierta repulsión. En su ingenuidad de criatura desheredada, y alentado su coraje incipiente por secretas libaciones que adelantara en la cocina, se creyó en la obligación de meterse a separar aquellos hombrotos que gritaban desaforadamente y se golpeaban como para reducirse a polvo.

Cuando se despejó aquel infernal remolino de hombres y muebles, apareció nuestro héroe en el suelo. Allí quedó boca arriba, desconocido de barro, polvo e hinchazones, mientras que vociferando obscenidades se alejaban los contendientes por los cuatro rumbos.

Era un hombre aquel guiñapo despanzurrado que yacía entre los trastos rotos y los charcos de vino. La madre Naturaleza, invariablemente normativa, sabia, equilibrada, ya se habría encargado de atrofiar la conciencia de aquel infeliz para que no le retorciera el alma la tortura de no tener un corazón tan suyo que se alegre con su alegría y se conduela de su dolor. Porque aquel

desgraciado no era posible que inspirase ni siquiera la piadosa conmiseración de mujer alguna.

Entonces llegó hasta él una mujercita harapienta. Mordiendo sollozos en la dobladura del mantito raído que le ocultaba la mitad del rostro, le acomodó la cabeza inerte en su regazo y limpiándole amorosamente la cara, con el tono doliente de una rogativa le recriminaba ese arrojó que siempre le costaba tan caro...

Era su mujer.

RESQUEMOR

Era proverbial hasta en los pueblos circunvecinos la amistad que unía desde niños a don Juan y a don Segundo. Jamás habían tenido un disgusto que pudiese entibiar la absoluta confianza que se dispensaban. Cuando alguien, en broma o con maldad, pretendía distanciarlos diciéndoles, por ejemplo: su amigo ya no es el mismo con usted, ¡miente!, respondía don Juan, y don Segundo contestaba: si quiere ser mi amigo no me venga con eso.

La gente mayor de aquellos bravíos Llanos de La Rioja contaba de estos amigos una historia ejemplar.

Juan y Segundo frecuentaban la casa de unas muchachas honestas y hacendosas que gozaban de bien ganada estimación. Las tres eran agradables y no desprovistas de encantos, pero Margarita era particularmente buena moza. De un carácter jovial que contrastaba con el recato de sus hermanas, repartía ternuras inocentes entre los dos muchachos, quienes la habían visto crecer embelleciendo día por día.

Una tarde, ofreciendo a sus amigos los primeros “botones” de su jazmín del cabo, Margarita advirtió en los ojos de Segundo una intensidad desconocida y un leve temblor en su mano. El rubor que le encendió la cara no pasó inadvertido para Juan.

Cuando ya se iban, comentó Segundo:

—Pero está linda la Margarita, ¿no?

—¡Hum! Linda está —respondió Juan mirándolo de soslayo.

Desde ese día Segundo vio rubor en Margarita cada vez que se acercaba a él y notó con pena que mucho más desenvuelta bromeaba con Juan. Lastimábale aquella preferencia, pero estaba decidido a silenciar su cuita, que ya era tortura, en homenaje al amigo. ¡Ah, si no hubiera sido Juan!

Hasta que una noche Segundo desapareció del lugar sin que nadie conociera su rumbo. Juan creyó comprender. Fue hasta la casa de la niña y a solas ya, lo tomó por los hombros y le dijo:

—Te pido por lo más sagrado que me digas la verdad. ¿Lo querías mucho a Segundo? —Había tal ansiedad en su pregunta cual si le fuera en ello la vida.

Roja, como si la hubieran sorprendido en una falta, Margarita bajó la cabeza sin responder. El muchacho la atrajo como en una despedida y le hizo esta promesa:

—Te lo voy a traer, Margarita. ¡Por Dios que te lo he de traer!

Y le cumplió. Tres noches después entraba Juan hasta su patio mismo trayendo a Segundo maniatado sobre su caballo.

Y luego de años y años, aún hasta los tiempos de acaecer lo que se cuenta aquí, don Segundo y doña Margarita, aparte de constituir un matrimonio ejemplar, mantenían inalterable la vieja amistad de don

Juan. Este, viudo desde que su única hija cumpliera dos años, sentía por ella un inmenso cariño y un sincero afecto por aquellos.

La vida transcurría sin mayores alternativas para estos amigos, desde que enviudara don Juan y se hubieron marchado uno tras otro, los hijos varones de don Segundo. Ya solo deseaban disfrutar con tranquilidad el bienestar humilde y la consideración que se habían ganado.

Pero repentinamente le llegó a don Segundo el nombramiento de Comisario del pueblo. Él, si bien era cierto que militaba en el partido entonces oficialista, jamás había dado mayor importancia a la política. Don Juan, por el contrario, sin pertenecer a ningún partido, era el eterno opositor, circunstancia por la cual le sobraban motivos para sus discusiones acaloradas. Y casi siempre justas.

Don Segundo, pese a la opinión contraria de don Juan, aceptó la designación, presionado por algunos amigos de la capital.

Faltando poco tiempo ya para las elecciones generales en la provincia, la tranquilidad del vecindario se vio turbada por el arribo de una bulliciosa delegación política que debía colaborar con las autoridades locales a fin de asegurar el triunfo de los candidatos oficialistas. En ella venían, al parecer, hombres de todos los rincones del país.

Don Juan buscó a su amigo y le dijo:

—Renunciá, Segundo; esto te va a traer dolores de cabeza.

Pero don Segundo se había comprometido a no hacerlo. Y los mismos adversarios así se lo pidieron, pues era considerado como una garantía.

Casi de inmediato y con frecuencia cada vez más alarmante, comenzaron a llegarle quejas sobre las actividades de los tales delegados.

—Renunciá, Segundo, antes que sea tarde —insistía don Juan. Pero él creía sinceramente que podía ser útil.

Envalentonados por la doble condición de “puebleros” y oficialistas, algunos componentes de la delegación cometieron actos por demás censurables. Había llegado uno hasta el ultraje de muchachitas humildes.

Convencido al fin de que su autoridad era impotente para evitar aquellos desmanes, don Segundo envió su renuncia, pero le fue rechazada telegráficamente aduciéndose la proximidad de las elecciones. Sin los consejos de su amigo, que veía poco y le hablaba menos, sin saber qué hacer para imponerse, don Segundo terminó por desconcertarse.

Entre un atolladero que de quejas por un lado e imposiciones por el otro; menoscabado, presa de un remordimiento que le apretaba las entrañas, veía la amargura de los hombres y la angustia de las mujeres y los niños. Sus recios paisanos pasaban como sombras medrosas por su propio suelo, resignados a todo con tal de estar seguros un instante. Los que por cualquier motivo eran arrastrados a la Comisaría, terminaban dejando allí el resto de coraje que les quedaba, para

congraciarse miserablemente con los dueños de “la situación”. Pero volvían a sus casas con los ojos vidriosos y los puños crispados.

El pobre viejo clamaba en su fuero íntimo por un gesto de altivez en sus paisanos. Pero, ni siquiera una protesta airada. Hora por hora alimentaba la secreta esperanza de una revuelta. Aunque más no fuese que para demostrar a esos forasteros engreídos que en su pueblo no todos eran “gallinas” como él. Pero nada. Metódicamente se les había quebrado la hombría.

Escondiéndose de las gentes, don Segundo llegó con una decisión sombría hasta la casa de su amigo. Pero don Juan, salivando con un gesto de desprecio, le volvió la espalda mientras murmuraba algo de cobardes y traidores.

Rosaura, la hija de don Juan, no podía escapar a los requiebros de los forasteros. Ella, tan vivaz como donosa, había logrado mantener a raya a los osados. Pero no tardó en encontrarse con otros más audaces que le atajaron el camino ponderando sus encantos con palabras groseras. Roja de indignación reclamó paso. Un porteñito joven y agradable, impresionado quizás por la donosura de la moza, se adelantó con cierta gallardía y solicitó su permiso para acompañarla hasta su casa, a fin de evitarle nuevos disgustos.

—Gracias —le respondió la niña; —Le agradezco su bondad... ¡y lo felicito por su coraje!...

Y a punto de llorar pasó junto a él con más garbo que una reina. Boquiabierto la miraba alejarse cuando la estridencia de unas

carcajadas le metió en el alma una desconocida amargura. Esa noche Rosaura se mantuvo sin dormir hasta una hora desacostumbrada. Y a eso de la misma hora el muchacho daba vueltas y más vueltas la frasecita aquella que lo había impresionado tanto: Lo felicito por su coraje... La linda criollita había sido muy injusta con él.

Y a hora temprana del siguiente día paseábale la calle, hasta que vio a la causante de su desvelo atravesando el ancho patio de la casa. Llamó y Rosaura, haciendo gala de una tranquilidad que no sentía, se acertó sin abrir la puerta de alambre que los separaba.

—Perdone mi atrevimiento —dijo el muchacho. —Quería explicarle que ayer no he tenido malas intenciones... Me he empeñado en verla hoy...

—No veo por qué se empeña. Cuando se está acostumbrado a conseguir ciertas cosas por la fuerza...

— ¡Por favor! No me crea un miserable —respondió el muchacho visiblemente afectado. —Ayer ha sido muy injusta conmigo. Necesito su amistad. Me creí obligado a disculparme.

—No está obligado. Nadie está obligado a ser mejor de lo que Dios lo hizo... Le ruego que se vaya porque mi padre va a disgustarse mucho si lo ve.

—Le voy a explicar a él entonces.

—Es mejor que no lo intente...

—Pero... ¿No tengo derecho a defenderme?...

—¿Defenderse...? ¿Pero es que a ustedes les importa defenderse de algo? —le preguntó fingiendo enorme sorpresa, a tiempo que le volvía la espalda.

—¡Escúcheme! —insistió él, pero Rosaura ya se internaba en la casa.

Carlos, que así se llamaba el muchacho, regresaba sintiendo más que antes la necesidad de hablarla. Y Rosaura, una vez en su cuarto, se arrojó de bruces en la cama diciéndose ahogada por los sollozos, que él no podía ser como los otros. Eran las primeras lágrimas que vertía por causa de un sentimiento nuevo, como una congoja que la hacía feliz dándole martirio.

Al otro día le llegó a don Juan una citación para la Comisaría. En la casa se produjo el efecto de un anuncio fúnebre. Rosaura, presa de una angustia mortal, pues sintió clavarse una duda terrible en su corazón, corrió a esconderse y llorar como si fuese la culpable de cuanto sucedía. Don Juan, después de juramentar al peón de la casa y a la vieja cocinera, que le responderían hasta el último cabello de la niña, partió haciéndose propósitos de portarse “como una ovejita”.

Habría transcurrido un cuarto de hora cuando a través de su reja Rosaura vio pasar a Carlos. Abrió la ventana y le chistó. El muchacho, sorprendido por tan inesperado vuelco de su fortuna, con aires de

consumado conquistador se acercó a la reja. Pero su sorpresa no tuvo límites cuando oyó que le decía:

—¿Anda rondando la presa? ¡Linda manera de hacer conquistas! Creyó que iba a quedar desamparada, pero se ha equivocado... ¡Atrévase, valiente! ¡Como para creer en sus palabras!...

Carlos gesticulaba debatiéndose en la más ridícula inocencia y balbuceaba palabras que pretendían ser una defensa.

—¡Qué sucede!... —le remedó ella, más indignada todavía— ¿Ahora no sabe? ¡Atrévase, mentiroso! Sí, mentiroso, ¡cobarde! —le gritó y con un golpe que hizo temblar la casa entera, cerró la ventana.

Achaparrada su gallardía naciente, el muchacho decidió averiguar en la Comisaría la causa de tamaño enojo.

Don Juan, introducido que fue en la oficina del Comisario, se encontró ante el jefe de la ya famosa delegación, el que le informó ceremoniosamente, arrellenándose en la silla, que como oficial de policía lamentaba mucho verse obligado a tomar medidas con él, pero que habían llegado hasta “el despacho”, informaciones de que en repetidas oportunidades se habría expresado en términos injuriosos contra “el gobierno”.

Mordiéndose los labios para callar, el viejo agachó la cabeza y dos crenchas de color ceniza le golpearon las sienes como brazos caídos. ¡Ah, si no fuese por aquella hija como la flor del aire!...

—No quisiera interpretar su silencio como una ratificación... —insinuó el oficial, con finura postiza. Don Juan levantó la cabeza, cruzó las manos por la espalda haciendo crujir los dientes y mirándolo fijo respondió:

—Y es así nomás.

El improvisado Comisario se revolvió en la silla un tanto desconcertado por la firmeza de la contestación. Aquella mirada parecía atravesarle el cerebro.

—Este... Sin embargo —continuó, adelantando su cuerpo, —yo desearía más bien que en el sumario de práctica pudiéramos consignar esto como un error, ya que el expediente, que como es natural, va a formarse, puede traerle complicaciones graves.

—Sí —contestó don Juan, dando vueltas al sombrero como buscándole palabras —es que había un error. Pero un error mío. Yo los insulté... Porque así es la cosa... Los insultaba a ustedes, a los de la delegación y al... comisario ese, ¿no? Pero yo tenía que acordarme de los otros, de “los de arriba”, porque son ellos los que han mandau los salteadores...

—¡Señor! —gritó el oficial dando un puñetazo en el escritorio y poniéndose de pie.

—¡Sí, señor! —gritó el viejo también.

Con los músculos tensos y los ojos despidiendo llamas, los dos hombres se miraban como fieras prontas a dar el salto. Parecía

que al más leve movimiento iban a lanzarse el uno sobre el otro, cuando apareció Carlos, el que pidió hablar a solas con el oficial. Este lo siguió desganado hasta la pieza contigua. Allí le informó el muchacho que el vigilante comisionado para traer la libreta cívica del viejo, había regresado con las manos vacías y haciendo terribles juramentos de venganza. Al introducirse en la casa, el fiel guardián lo había detenido bajo el corredor poniéndole la escopeta en el pecho.

Carlos obtuvo que se pusiera en libertad a don Juan. De todas maneras, un voto más o menos no comprometía una elección suficientemente asegurada. Y con el evidente propósito de granjearse de las simpatías del viejo, se adelantó a comunicarle el resultado. Un tanto melifluo, se lamentó por la molestia que se le había ocasionado, asegurándole que debía estar tranquilo, pues tales molestias no se habrían de repetir.

—¿De manera que me conceden la gracia de dejarme ir? —le preguntó con una voz muy queda el viejo.

—Sí... este. Usted está en... Usted es dueño de irse, señor. —respondió algo turbado el muchacho.

—Buenos días —murmuró apenas y salió como si ya no hubiera prisa ninguna, acompañado por Carlos, que a toda costa trataba de hacerle notar el interés que tomaba por él. Pero el viejo, sin dignarse agradecerle, se alejó con cierta rigidez en la cara y algo como un extravío en la mirada.

Fue la víspera del comicio. Al día siguiente los hombres, solos o llevados a gusto o a la fuerza, con caras mustias o con sonrisas

muertas, desfilaron ante una urna sucia por el uso y el abuso, donde iban depositando sobres en los cuales metían previamente unos volantes que se les había puesto en los bolsillos, para lo cual se introducían en un cuarto sumido en una penumbra que disimulaba mucho sus torpezas para el ensobramiento.

Poco antes del medio día llegó don Juan a la casa donde se había instalado la mesa receptora de votos. Por allí andaban. Entre otros, don Segundo, el delegado en jefe, Carlos y un agente. Rodeando la mesa en que se encontraba la urna había dos hombres del pueblo y un forastero. Don Juan, después de saludar secamente, entregó su libreta, recibió un sobre y entre la expectativa general se dirigió al cuarto oscuro. Instantes después aparecía de nuevo estrujando el sobre con una mano. Se acercó a la mesa y preguntó al forastero:

—Señor presidente, ¿dónde están los votos del otro partido?

—¡Se han terminado! —gritó el oficial desde su sitio. Sus acompañantes festejaron la respuesta con risitas de complacencia.

—A usted no le pregunto —le dijo con firmeza, don Juan.

—¡Pero yo le aviso! —insistió el otro, avanzando en actitud hostil, seguido por sus compañeros y don Segundo, que fue a situarse en el otro extremo de la mesa, junto a la urna, pálido como un enfermo.

Murmurando palabras de desprecio paseaba la mirada por cuantos venían a rodearle, mientras esperaba al oficial, erguido y áspero como un quebracho.

—Aquí no asusta a nadie con su parada, ¿sabe? —le dijo, dándole un empujón que lo hizo trastabillar. El viejo gritó algo como en un relincho, levantó una silla y cuando braceó con el impulso de un formidable golpe, el oficial retrocedió echando mano al revólver.

Entre el desbande general se escuchó desde el extremo opuesto de la mesa, casi simultáneamente, la voz de “alto” del Comisario y un disparo de arma. El oficial, herido en el brazo izquierdo, saltó en zigzag y descerrajó tres balazos consecutivos contra don Segundo. Este, rígido, con el brazo aún extendido y los ojos por salirse de las órbitas, dejó caer su revólver, se llevó las manos al estómago, se tambaleó buscando apoyo en la mesa, donde manchó con sangre los papeles y luego se deslizó pesadamente, abrazado a la urna, que arrastró en su caída.

Don Juan corrió junto a él y comenzó a gritarle sacudiéndolo como para evitarle un sueño funesto. Pero don Segundo tenía ya la expresión de un inmenso alivio.

Se puso de pie y cuando con ojos de alucinado quiso abalanzarse sobre el matador, fue rodeado y sujeto por algunos paisanos. Acezando como una fiera pugnaba torpemente por abrirse paso, hasta que al fin un ataque impresionante lo convirtió en un manojó de culebras que se retorció palpitando en el suelo.

Dos días después pasaba frente a la casa de Rosaura la pequeña caravana de automóviles en que partía la delegación política. Ella, en un mar de lágrimas detrás de su ventana, vio a Carlos que se alejaba como buscándola para decirle adiós.

Por la tarde, al anochecer, don Juan y su hija, sentados en el patio de la casa, disimulaban vacíos que rondaba allí como presencias. Era un largo crepúsculo de aquellos en que el día y la noche parecen tomarse de las manos y extasiarse en la contemplación de una despedida solemne. Cerníase desde lo alto una calma llena de misterio. La quietud del universo sobrecogía los espíritus y el alma poblábase de ansias. Desde el silencio de los aledaños hendía las sombras un lastimero aullar de perros que llenaba de agüerías la concavidad tremenda del vacío infinito.

De pronto, Rosaura se arrojó llorando a los pies de su padre. Y en inconfesado homenaje a su ausente, le imploró perdones y olvidos piadosos.

—Qué voy a tenerles rabia; si adentro ya no tengo nada, m'hija —la calmaba don Juan. —Solo me queda como una llaga de pringue viejo, como un resquemor...

Y en tanto lloraba la niña su primera desilusión, tendió la mirada sin fuerza bajo las sombras densas de la noche, que aplastaban los últimos ecos temerosos de su pueblito manso, lastimado en el alma sin saber por qué.

4

¡MÍA NENA!

COMEDIA EN
TRES ACTOS

Estrenada entre 1950 y 1953 por el grupo actoral, creado y dirigido por Víctor María Cáceres, que más tarde se constituyó como la Comedia Cordobesa.

PERSONAJES

FLORINDO

FUMAROLLO

ESPERANZA

NENA

ATANASIO

PLÁCIDO

SIGIFREDO



ACCIÓN

Amplio vestíbulo amueblado discretamente. Puertas practicables sobre el foro y ambos laterales. Época actual. Ambiente provinciano.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Fumarollo Y Florindo.

Al levantarse el telón aparecen jugando a las cartas en una mesita chica, sobre un costado de la escena.

FLORINDO. —(*Orejeando sus cartas.*) Nunca he sido panadero ni tampoco estibador, pero si me pongo a amasar saco el pan como una... ¡flor!

FUMAROLLO. —¿Otra vez? Ma dícame: ¿cuánta flore tiene cuesto naipe?

FLORINDO. —Tiene ramilletes... pa' los buenos jardineros.

FUMAROLLO. —¡Cardinero! ¡Cardinero tramposo!

FLORINDO. —No se sulfure, compañerito. ¿Y qué me le dice a esta hermosa florecilla?

FUMAROLLO. —¡Flore de fango!

FLORINDO. —¡Ajhahjá! Caíste, matrero... Canta; a ver cuante esa flor que ha dicho. ¡Je, je, je!

FUMAROLLO. —¿Qué flore?

FLORINDO. —No sea tramposo, amiguito, usted dijo “flor”.

FUMAROLLO. —Lo ta dicho flore cochina. E lo sosrayo; ¡flore cochina!

FLORINDO. —Y bueno, cada uno dice lo que tiene... y usted conocerá la suya, compañerito... ¡Je, je, je!

FUMAROLLO. —¿Ma qué flore tengo ío?

FLORINDO. —Yo no sé, usted dijo flor, y tiene que cantar. Largue nomás su cantito. O si no, pierde otra vez.

FUMAROLLO. —Dicamé una cosa: ío non poteba referirme... verbograzie, a... ¿a la flore del pago?

FLORINDO. —Cómo no, carambita; pero sea un poco más arduilloso cuando esté jugando conmigo. Y sobre todo cuando juegue al truco.

FUMAROLLO. —¡Retruco! ¡Recontra requetetruco! ¡Ah!, caíste mula matrera... ¡Ja, ja, ja!

FLORINDO. —¡Alto, alto! No vale, che; no vale, no vale,

FUMAROLLO. —¿Qué non vale, fachia bruta?

FLORINDO. —¡Callate, gringo sotreta!

FUMAROLLO. —¡Indio somarrone, cochino, mafioso de lo naipe!

FLORINDO. —¡Gringo chorizos de perro!

FUMAROLLO. —¡Matosalene verde...! ¡Jubilado!

FLORINDO. —¡Criau con ajos!

FUMAROLLO. —¡So madre!

FLORINDO. —¡La tuya, esa vieja chuya!

ESCENA II

Dichos y Esperanza.

ESPERANZA. —¡Pero qué escándalo, Señor, qué escándalo! Pedazos de viejarucos, ¿no pueden ir a pelearse en otra parte?

FLORINDO. —Perdone, Esperancita... Mil perdones... Este, resulta que este gringo chillón, sobre no saber jugar...

FUMAROLLO. —¡Non sábeno fogare...! Perqué non da la racontra, ¿eh? ¡Qué tanto compadrearé ahí...!

ESPERANZA. —Y dígame una cosa, usted. ¿No era que a las siete iba a esperar ese pariente en la estación?

FLORINDO. —¡Oh!, cierto... ¿Qué horas serán ya...? ¡Dios mío, qué descuido!

ESPERANZA. —Pero hombre de Dios, ¿qué va a ir a hacer ya? Si ahora son más de las siete...

FLORINDO. —Carambita, carambita; qué hago, qué hago...

FUMAROLLO. —(*Ganándole la puerta.*) Cuesta volta non te salva ni la parentela. Se m'ha cruzado na sospochazione de acomodo.

FLORINDO. —Carambita, ¡qué memoria!, ¿no te había dicho nada?

FUMAROLLO. —No, no m'había dicho nada. Qué sonjectivo, ¿no?

FLORINDO. —¡Pero, che, no estarás creyendo que miento...!

ESPERANZA. —Dejalo ir, Fumy.

FUMAROLLO. —¡Fu-ma-ro-llo! (*A Florindo.*) Osté no se muova d'aquí. Osté premero que ante nada me da la raontra. O si no... detrase da la porta duorme l'escopeta con dúe cuartucho de explosione bomba calibre terremoto.

FLORINDO. —Carambita, carambita... Je, je, je. ¿Ha visto, Esperancita? ¡Pobre muchacho!... Este... no conoce a nadie, ¿sabe? Carambita, carambita.

ESPERANZA. —Y vaya a saber si lo espera todavía. ¿Él tiene su dirección?

FLORINDO. —Sí, este... Yo creo que la tiene. Pero de todos modos es violento. Yo mismo casi no lo conozco. Lo he visto así (*Señala.*) A lo mejor es un muchacho medio orgulloso.

FUMAROLLO. —¡Mestefecacione!

FLORINDO. —...Y que de entrada nomás me porte mal otra vez... Fíjese que. En fin, cuando uno quiere reconstruir un hogar que pudo ser...

FUMAROLLO. —¡Mestefecacione!

ESPERANZA. —Bueno, hombre; no se ponga así. Vea, lo mejor es que espere aquí. Teniendo la dirección hasta una criatura llega, hombre. Supongo que ya será grandecito.

FLORINDO. —Sí. Este... ¿A ver? (*Buscándose.*) Por acá tenía anotado cuándo nació. A ver, a ver... ¡Ah, sí!, ya tiene, ya tiene.

ESPERANZA. —¿Tiene qué?

FLORINDO. —Losdieciocho. Je, je, je... Los dieciocho cumpliditos... Un hombrecito... Je, je, je. Por eso mismo, hágase cargo; sabiendo que viene... y que yo no esté...

ESCENA III

Dichos y Nena.

NENA. —(*Mostrando un cartel que dice: "Se alquila una pieza".*) Mire, tía; otra vez se ha caído el cartel de la puerta.

ESPERANZA. —¿Otra vez? Yo no sé qué tiene ese cartelito; cuando no está en el suelo está del revés. Yo creo que todavía no se enteró nadie que se alquila una pieza.

NENA. —Yo no fui, estaba en el suelo...

FLORINDO. —(*Componiéndose.*) Carambita, carambita, pero qué buenamoza se está poniendo esta Nena... ¿Se fijaron? Este... y uno a veces no repara en las flores cuando el jardín está lleno de cardos...

FUMAROLLO. —Non te acomodése tanto, sátiro verte.

NENA. —¿Le parece que estoy linda, don Florindo?

FLORINDO. —¡Como para comérsela, hijita...! Como... para devorarla... ¡Ay los años de Florindo Campoamor Romero...!

ESPERANZA. —Y decime una cosa, vos: ¿a qué viene tanto arreglo?

NENA. —¿No dicen que viene gente ahora? No queda bien que los dueños de casa estemos desarreglados. ¿No es cierto papi?

FUMAROLLO. —Hingenizada stá bien; ma non veo la nechecitá que se disfrace de moquiere.

ESPERANZA. —Muy de golpe te me has agrandado vos. No hay que apresurarse mucho, hijita; después una se arrepiente de haberlo apurado al tiempo.

NENA. —¡Pero tía, no es para tanto...!

FLORINDO. —¡Pero claro, Esperancita...! Sea comprensiva. La chica... este... carambita... Supongase... ¡Como la manzana que se siente madurar...! (*Aparte.*) ¡Florindo Campoamor...!

NENA. —(*Ruborizada.*) ¡Don Florindo, por favor, no diga eso...!

FUMAROLLO. —(*Como espantado.*) ¡Mía Nena!...

NENA. —(*Angelical.*) ¿Papá...?

ESCENA IV

Dichos y Atanasio

ATANASIO. —(*Golpeando las manos.*) ¡Permiso! Buenas tardes.

FUMAROLLO. —¡Eh! ¿Qué quiere osté?

ATANASIO. —Disculpe, señor, parece que no suena el timbre. Este... Vengo por el cartelito.

FUMAROLLO. —¿Qué cartolito?

ATANASIO. —El que está en la puerta.

ESPERANZA. —Pero ¿qué cartelito, señor?

ATANASIO. —¿Cómo qué cartelito? ¿Ustedes no saben del aviso que tienen en la puerta? ¡Está gracioso! ¡Jhé!

NENA. —(*Por salvar la situación.*) El letrerito que se ha caído, papá, ese que se cayó, ese...

FLORINDO. —Pero... ¿usted lo ha visto, joven?

ATANASIO. —Pero, señor, ¿no tienen un letrerito que dice: se alquila una pieza?

ESPERANZA. —Teníamos.

ATANASIO. —¿Cómo “teníamos”? Si yo entro por el aviso.

NENA. —(*Muy nerviosa.*) ¿Acaso no lo pudo ver antes, don Florindo?

ATANASIO. —¡Qué antes; ahora!

FLORINDO. —Usted no puede haberlo visto, joven.

ATANASIO. —¿Y por qué no?

FLORINDO. —(*Mostrándose.*) Sencillamente, joven amigo, porque el cartelito no está en la puerta.

FUMAROLLO. —¿Ha sido sostraído de la porta?

ATANASIO. —¿Cómo...?

ESPERANZA. —Eso es lo que no podemos saber,

ATANASIO. —Quiere decir... Este; quiere decir que... que yo estoy loco.

FLORINDO. —No, jovencito, usted no está loquito. Quiere decir que usted está diciendo mentirita, nada más. ¡Jhé! Y disculpe la franquésita, ¿no?

ATANASIO. —No... Este. ¿Cómo puede ser? Este... Yo... ¡Ah, claro, sí, sí puede ser!

FUMAROLLO. —¡Ah, pote sere! Qué sonjestivo, ¿no?

ATANASIO. —Sí, sí, claro, ahí está.

FLORINDO. —Pero, ¿cómo va a estar ahí, señor?

ATANASIO. —No, no, digo que ahí está la cosa,

FUMAROLLO. —Ma, ¿qué cosa?

ATANASIO. —No, no, la cosa es que yo lo vi, ¿no?, lo vi cuando iba, ¿no? y claro, ¿no?... Este... je, je, je... Claro, ¿no?

NENA. —¿Entonces usted viene a alquilar la pieza?

ATANASIO. —¡Eso! ¡Claro... naturalmente, yo vengo a alquilar la pieza!

ESPERANZA. —¡Ah, bueno! ¿Así que usted tiene interés en la pieza?

ATANASIO. —¡Eso! Naturalmente... Yo tengo interés en la pieza.

FLORINDO. —Este... (*Con retintín.*) ...¿En la pieza solamente?

ATANASIO. —Sí, sí; claro. Solamente que naturalmente... Digo...

ESPERANZA. —No pretenderá que sea en usted también.

FLORINDO. —En mí no, precisamente.

FUMAROLLO. —Stá bono, stá bono. ¿Así que osté tiene...?

ATANASIO. —Sí, sí; yo tengo interés.

FUMAROLLO. —No, digo si tiene con qué pagare.

ATANASIO. —¡Sí, señor, sí, sí!

ESPERANZA. —Permítame, joven, ¿es solo usted? ¿Soltero? ¿Sin mayores compromisos?

ATANASIO. —Sí, señora.

ESPERANZA. —¡Señorita!

ATANASIO. —Perdón, señorita.

ESPERANZA. —¿Y ya sabe las condiciones? Acá somos muy estrictos, ¿eh? Dos meses de garantía...

ATANASIO. —Sí, sí, muy bien, muy bien,

ESPERANZA. —...Pago adelantado...

ATANASIO. —Sí, sí, muy bien, muy bien,

FLORINDO. —¡Carambita! Parece que lo tiene ya muy bien decidido, ¿no? Je, je.

ATANASIO. —Y, naturalmente.

FLORINDO. —Claro, tanto ir y venir... mirando... el letrerito...

FUMAROLLO. —E saberá tambiene que la pieza... sono setenta e chinoue peso; mensualmente... Ti-qui-ti-ta-que e sensa confosione, ¿eh?

ATANASIO. — Sí, señor; cómo no, señor.

FUMAROLLO. — Sensa confosione, ¿eh? Clarito, cume la política, ¿eh?

ATANASIO. — Sí, señor; cómo no, señor.

ESPERANZA. — *(Con afectada indiferencia.)* Fumy.

FUMAROLLO. — ¡Fumarollo!

ESPERANZA. — ¿Por qué no le firmás ya nomás los tres recibitos?

FUMAROLLO. — Súbito, súbito *(Sale.)*

ESPERANZA. — A lo mejor el joven tiene apuro.

ATANASIO. — No, no, al contrario, señora.

ESPERANZA. — ¡Señorita!

ATANASIO. — ¡Ay, perdón! Estoy un poco, este... ¿Cómo se dice?

FLORINDO. — No sé. Cuando se meta en la boca del lobo, jovencito, tiene que ser más artiloso para no pedir ayuda.

ESPERANZA. — Don Florindo, ¿no le parece que no es bueno el mucho gobernar en casa ajena?

ATANASIO. — *(Riendo.)* ¡Jo, jo, jo!

FLORINDO. — ¡De qué se ríe, lampiño! Este... Vea, Esperancita; yo, francamente... Cómo diré...

ATANASIO. — No sé.

FLORINDO. — ¡No le pregunto, tilingo! Este... Carambita, decía que, debido a mi antigua amistad con el gringo, yo... este, carambita, yo correspondo...

ESPERANZA. — No, usted no corresponde; usted corre-clientes.

FUMAROLLO. — *(Entrando con un recibo en cada mano.)* A vere si estano en codicione de legale forma. Soie firmato uno con esta mano, e l'otro co l'altra mano.

ESPERANZA. — *(Recibiéndolos.)* ¿A ver?

ATANASIO. — ¡Ah! ¿El señor es ambidiestro?

FUMAROLLO. —¿Eh? E claro... se hácenlo lo que se poede... ¿eh? E dícheno que l'inflacione... Ma ¿qué cosa m'ha dicho osté?

ATANASIO. —Ambidiestro: que firma indistintamente con las dos manos.

FUMAROLLO. —¡Ah, no! ¡Ja, ja ja! Io firmano “entintamente” con los dedos.

ESPERANZA. —Está bien, pero falta uno, Fumy,

FUMAROLLO. —¡Ah! Bono, entonces le póngano la rúbrega a l'otro. ¡Fumarollo! (*Sale.*)

FLORINDO. —Con el permiso de ustedes.

NENA. —¿Se va, don Florindo?

FLORINDO. —Carambita; creo que no hago mucha falta, que digamos (*Sale.*)

NENA. —¡Pobre, don Florindo...! Se va resentido.

ESPERANZA. —Y bueno, che, de vez en cuando hay que hacerlo entender que él no es el dueño de la casa. Él goza de todas las comodidades aquí; usa el baño...

ATANASIO. —¿Cómo? ¿Las piezas son sin derecho al baño?

ESPERANZA. —¡Ah, sí, claro! Usted lo quería con... ¿derecho?

ATANASIO. —Y... naturalmente.

ESPERANZA. —Ah, en ese caso... Usted comprenderá, el precio es algo más, ¿no?

ATANASIO. —¿Mucho?

ESPERANZA. —Y, siendo usted solo, como dice, apenas llegará a... los noventa. ¿Le parece bien?

ATANASIO. —Y... bueno.

ESPERANZA. —Entonces hay que cambiar los recibos. Permiso (*Sale.*)

ESCENA V

Nena y Atanasio. Luego Plácido.

ATANASIO. —(*Levantando los brazos.*) ¡Por fin solos!

NENA. —¡Cuidado!

PLÁCIDO. —(*Al pasar desde la calle, por entre los dos, saluda muy ceremonioso y con marcado acento andaluz.*) Buenas y placenteras.

ATANASIO. —Buenas tardes, señor (*Con los brazos en alto.*)

NENA. —Qué apuro con el cartelito, ¿no?

ATANASIO. —¿Y quién es el infeliz que sacó el cartelito?

NENA. —El infeliz soy yo.

ATANASIO. —¡No!

NENA. —Sí. ¿No habíamos quedado en que yo escondería de todas maneras el letrero? Y dime una cosa: ¿es tan difícil reunir trescientos pesos, que has tardado tanto?

ATANASIO. —No, m'hija, reunirlos es más o menos fácil. ¿Lo que cuesta es hacerlos quedar con uno, sabes?

NENA. —¡Derrochador!

ATANASIO. —Sí, de buen humor.

NENA. —¡Ah, por fin terminó la espera, por lo menos! Si vieras qué trabajo me daba eso de poner el letrerito del revés a cada rato.

ATANASIO. —Y lo viniste a sacar justito, justito para ensartarme yo.

NENA. —Yo no sabía que ibas a entrar discutiendo que estaba en la puerta cuando te lo mostraba aquí.

ATANASIO. —En fin; todo sea por nuestro amor. ¿Pero te fijaste en el don Florindo ese? Es un enemigo del hombre.

NENA. —¡Ay, Atanasio; me parece que don Florindo se ha dado cuenta de todo! Tenemos que andar con mucho cuidado. ¡Si llega a saber papá...! ¡Ay, Dios mío; no quiero ni pensarlo!

ATANASIO. —No pienses tonterías. Ya verás que todo sale bien. ¡Arriba ese ánimo! A ver; un abrazo en tres tiempos, como en ejercicios físicos. ¡Uno! (*Retroceden un paso.*) ¡Dos! (*Abren los brazos.*)

ESCENA VI

Dichos y Plácido.

PLÁCIDO. —(*Pasando por el medio.*) Gracias (*Sale.*)

ATANASIO. —(*En jarras.*) ¿Y este?

NENA. —Es don Plácido.

ATANASIO. —¿Qué Plácido?

NENA. —Don Plácido García. El viejo solitario ese que alquila la pieza del altillo. ¿Es medio raro, sabes? Pero es bueno.

PLÁCIDO. —(*Reaparece.*) Ese lenguaje de sus brazos me ha decidido.

ATANASIO. —¿Lenguaje? ¿Qué lenguaje? (*Sacudiéndose los brazos con disimulo.*) Je, je. Yo... yo creo que no tengo nada.

PLÁCIDO. —(*Como iluminado.*) La única verdad es el Nirvana... Lo he comprendido todo: tú y yo somos hermanos.

ATANASIO. —Her... ¡jhé!, ¿hermanos? Yo... Yo no lo conozco, señor.

PLÁCIDO. —¡Qué lenguaje certero, hijo mío! ¡Oh, hijo de Buda; yo te hago el mismo juramento que me acabas de hacer, con tus propias palabras! (*Levanta los brazos y luego los abre, en las mismas actitudes en que lo encontrara anteriormente.*)

ATANASIO. —Oye, querida...

NENA. —(*Retrocediendo.*) ¡No me toque...! ¡Judío!

ATANASIO. —Pero... yo... Vea, señor, a mí no me venga con charlitas, ¿no?

ESCENA VII

Dichos y Esperanza. Luego Fumarollo y Florindo.

ESPERANZA. —Muy bien, joven; aquí tiene los recibos.

PLÁCIDO. —Permiso. *(Sale.)*

ESPERANZA. —Esperemos que sepa comportarse como un caballero, haciendo un uso correcto de su pieza, y un... abuso moderado de las dependencias, ¿no?

ATANASIO. —Pierda cuidado, señora.

ESPERANZA. —*(En jarras.)* ¡Y yo espero que aprenderá a distinguir una señorita!

ATANASIO. —¡Oh, perdón! Yo le aseguro...

ESPERANZA. —Bueno, bueno; primero asegure el pago. Aquí tiene los recibos.

ATANASIO. —Muy bien; aquí tiene el dinero. Son diez, veinte... *(Etc.)*

FLORINDO. —No, no, es que necesito hacerte una confidencia, gringo.

FUMAROLLO. —Ya sé, confirmada la sospochacione: se quiñereno casara con la mía ***¹.

FLORINDO. —¡Libreme Dios! Primero el Infierno.

FUMAROLLO. —¿E qué tanto misterio de confidencia...?

FLORINDO. —No, no, es muy serio, gringo. Escuchame.

FUMAROLLO. —Ya heche na macana. ¿Enredamiento de pollera?

FLORINDO. —No, hombre; no es de ahora. Te quiero avisar que el muchacho que llega hoy... No sé cómo decirte. Figurate, me da un poco de vergüenza...

FUMAROLLO. —Vamo, vamo; non te hagáse la momosa...

FLORINDO. —Es que... Imaginate, la juventud alocada...

1 Ilegible en el original. A partir de aquí, indicaremos con tres asteriscos (***) los vocablos que se perciben ilegibles en el texto original.

FUMAROLLO. —Sí, sí, la fugosidá oregoya... Sí, sí.

FLORINDO. —Imaginate... Yo quería reparar el daño... Ese muchacho es hijo mío.

FUMAROLLO. —¡No!

FLORINDO. —Sí, gringo. No sé cómo explicarte...

FUMAROLLO. —¡Cristo Redentore, cuánto malo paso perdido!

FLORINDO. —Y, claro, por eso ahora deseo cambiar de vida.

ATANASIO. —(*Fuerte.*) Muy bien; entonces será hasta luegoito.

FLORINDO. —(*Bajo.*) Cuidado; callate, callate.

ESPERANZA. —(*Fuerte.*) Bueno. Hasta cuando guste. Y a esos señores solteros los puede traer nomás, ¿sabe?

ATANASIO. —¡Como no, seño...! ¡Señorita!

ESPERANZA. —¡Gracias!

ATANASIO. —Son personas muy serias, ¿sabe?

ESPERANZA. —No lo dudo. Siendo sus amigos...

ATANASIO. —Gracias. Entonces con el permiso de ustedes; voy a buscar mis cositas, ¿no?

ESPERANZA. —Cómo no; vaya nomás.

ATANASIO. —Con permiso, ¿no? Hasta luego. Vuelvo en seguidita nomás. Con el permiso...

FLORINDO. —Yo creo que si no se va, carambita, no voy a poder volver...

ESPERANZA. —Vean qué novedad.

FLORINDO. —Este nos ganó la estirada, gringo.

ATANASIO. —Con permiso, ¿no?

FUMAROLLO. —¡Eh! ¿Ya está de volta?

ATANASIO. —No, recién me voy.

FUMAROLLO. —¡Ah, bono, adío finale!, ¿no?

ATANASIO. —A... Adiós, señor. *(Sale)*

PLÁCIDO. —*(Al verlo salir cuando el entra.)* ¿Er zeñó va a regrezá?

NENA. —Sí, don Plácido, vuelve en seguida.

PLÁCIDO. —Entonces, con permiso, voy a esperarlo aquí. *(Sentado.)* Es mi hermano.

FUMAROLLO. —¡Ma cuánto lío de familia, perca miseria! Dícame so gallegue chiflado: ¿todavía non cree que lo indio se ha voletó so madre?

ESPERANZA. —Está bueno. Muy simpático el jovencito, ¿no?

NENA. —Es muy “bien”, ¿no es cierto?

FUMAROLLO. —¡Bien qué!

FLORINDO. —Dice que quiere que resulte una buena persona.

ESPERANZA. —¡Oh, a usted me lo han cambiado...!

FLORINDO. —No, Esperancita, es que... Claro, a cierta altura de la vida, el corazón más curtido necesita esa comunión de sentimientos...

FUMAROLLO. —¡San Genaro Benedetto; lo indio se m'ha venido sentementale!

ESPERANZA. —Dejelo que se explaya. ¿Y...? Siga...

FLORINDO. —Carambita, este... Yo hubiera querido... este... solemnemente...

ESPERANZA. —Y hágalo.

FLORINDO. —Es que... Claro, me emociono.

ESPERANZA. —Es natural. Yo también... ¡Je, je, je!

FLORINDO. —Claro que para hacer esta formal declaración... Mejor dicho, manifestación...

ESPERANZA. —Declaración.

FLORINDO. —Quiero dejar de lado...

ESPERANZA. —Deje nomás.

FLORINDO. —...Todo lo que se refiere... este... a lo material, ¿no?

ESPERANZA. —Claro, si lo que vale es el espíritu. Y bueno; siga... *(Al ver que se quedó como petrificado, mirando hacia la puerta de calle.)* ¿Qué le pasa?

ESCENA VIII

Dichos y Sigifredo.

SIGIFREDO. —*(Acomoda su equipaje en el suelo y sacándose el sombrero, se encara con Plácido.)* La bendición, mi tata.

ESPERANZA. —¿Y este quién es?

FUMAROLLO. —¿Questo linyera porogrino rofogiado es so bico, gallegue?

PLÁCIDO. —Yo... Este, yo... Bueno; a veces por un capricho de ese destino que rige la transmigración de las almas, uno resulta ser...

FLORINDO. —*(Escondiéndose detrás de Fumarollo.)* Yo lo niego tres veces; y lo niego, hermanito.

SIGIFREDO. —Bueno, primero espérese un poco, ¿no? No vaya a ser que me haiga equivocau... Ya hi pedío la bendición en nuestro casas. *(Retrocede hasta la entrada y golpea las manos.)* Buena tarde. Esta es la casa del señor mi padre, don Florindo Campoamor Romero.

NENA. —Don Florindo; ¡conque tenía un hijo...! Y casi más grande que él... ¡Ja, ja, ja!

ESPERANZA. —¿Cómo la casa de su padre? Será la casa donde él vive, y gracias.

SIGIFREDO. —No de él. Si por allá corren las voces que se halla muy ubicau. Y claro, adiós máma que en lugar de estar haciendo favores a gente desconocida como ustedes... Claro, que reconozca su sangre, ¿no? Ja, ja. Así dice máma.

ESPERANZA. —¿Así que era cierto aquello de “el dueño de casa soy yo”? Vea joven, su padre es ese viejo relamido que está ahí.

SIGIFREDO. —(*A Fumarollo.*) La bendición, mi tata.

FUMAROLLO. —¡Maledicione! (*Sacando de una oreja a Florindo.*) ¿Non te parece má relamido cuesto bicho?

SIGIFREDO. —La bendición, mi tata.

FLORINDO. —(*Muy achirlado.*) La de Dios y la mía te alcancen. (*Zamarreándolo del jopo.*) ¡Desgraciau...!

SIGIFREDO. —¡Ay!, porque me chuscha...

PLÁCIDO. —(*Dando un salto.*) ¡Oh!, ¿ha visto usted; ha visto? ¿No le decía que usted tiene un poder sobrenatural en su mano? ¿Vio la conmoción de este zagal?

FLORINDO. —¡Deje de hablar macanas, hombre!

FUMAROLLO. —Al potere sobrenaturale non lo tiene a la mano, gallegue; el potere sobrenaturale lo tiene a la cara, ¡fachia bruta!

ESPERANZA. —Pero hay que ver con este don Florindo... ¡Ja, ja, ja!

FLORINDO. —¡Por favor, Esperancita...! Yo creo que a cualquiera le pasa.

SIGIFREDO. —Así dice máma. Ji, ji, ji.

TODOS. —(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!

SIGIFREDO. —Está bueno; está bueno. ¿Así que ustedes habían sido esa familia que está manteniendo mi padre?

TODOS. —¿Qué? ¿Cómo?

FLORINDO. —(*Tomándolo de un brazo.*) Vamos; te voy a enseñar la pieza...

SIGIFREDO. —Párese que lleve la cata.

FLORINDO. —(*Zamarreándolo.*) ¡Caminá, pedazo de animal!

SIGIFREDO. —¡Ay, máma, ay, véalo, máma...!

PLÁCIDO. —¿Ze ha convenzío? ¿Ze ha convenzío?

FLORINDO. —(*Mostrándole el puño.*) ¡No, pero me voy a convencer cuando te la ponga en un ojo! (*Componiéndose.*) ¡Ejhém! Permiso... Este, voy a atender al chico...

TODOS. —¡Ja, ja, ja!

FLORINDO. —(*Sacándolo a empujones.*) ¡Caminá, desgraciau... caminá...!

SIGIFREDO. —(*Saliendo.*) ¡Ayayita! ¡Vealó, máma...!

PLÁCIDO. —(*Luego de verlos salir.*) Yo estoy segurísimo.

TELÓN



ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Plácido, Nena y Esperanza.

NENA. —(*Entrando.*) ¡Don Plácido...! Hace dos horas que está sentado ahí, como una estatua. ¿Qué hace?

PLÁCIDO. —Espero.

NENA. —¿Qué es lo que espera?

PLÁCIDO. —¿Aún no ha regresado?

NENA. —¿Quién?

PLÁCIDO. —Sigifredo.

NENA. —¿Y por Sigifredo se deja estar sentado ahí durante horas?

PLÁCIDO. —Es argo mu importante.

NENA. —Algo muy importante y que depende de él.

PLÁCIDO. —Esarto.

NENA. —No le creo.

PLÁCIDO. —La metafísica, la ciencia universal, están pendiendo en este momento, de una sola palabra de Sigifredo. O sí o no. O se avanza en siglos de sabiduría, o se estanca er too en la naa...

ESPERANZA. —(*Entrando.*) Oiga, don Plácido.

PLÁCIDO. —Oigo.

ESPERANZA. —Conviene que de vez en cuando se despreocupe de las almas ajenas y se ocupe algo de la suya, que ha de estar bastante percutida, a juzgar por el albergue,

PLÁCIDO. —No alcanzo a entendé a qué se refiere.

ESPERANZA. —Me refiero a todo junto: a usted y a su pieza, que más bien parece un chiquero.

PLÁCIDO. —Miusté; ya lo dice la sabiduría de Oriente: envejecemos a raíz de esa preocupación por la materia...

ESPERANZA. —No, no; a mí no me venga con filosofías. Así, materialmente hablando: o usted limpia y desinfecta su pieza hoy mismo, o yo le prendo fuego a esa pocilga en la que vive. Ya no se puede ni pasar por cerca, hijita (*Sale.*)

PLÁCIDO. —La energía vital, como er nombre lo está diceindo, es argo que no se debe desperdiciá. Tender la cama pa' vorvela a rugá...

NENA. —¡Ja, ja, ja! ¿Y entonces para qué sirve, don Plácido?

PLÁCIDO. —Pues Señor; la energía vital, pa' los menesteres vitales.

NENA. —Bueno; para mí es vital que hoy esté limpia la casa desde el zaguán hasta el fondo (*Confidencial.*) Hoy es día de fiestas para mí, hoy hablará.

PLÁCIDO. —¡Oh!, ¿y usted lo sabe...?

NENA. —¡Y claro! Si yo le pedí que hablara con papá.

PLÁCIDO. —¡Con su padre! ¿Y por qué tiene que hablar con su padre?
Er suconciente de ese pájaro es mío.

NENA. —¡Cómo pájaro! Más pájaro es usted. ¡Qué se ha creído!
Atanasio no es ningún pájaro.

PLÁCIDO. —¿Atanasio? ¿Qué Atanasio?

NENA. —¿Ahora no sabe quién es Atanasio? ¿A quién trató de pájaro,
recién?

PLÁCIDO. —Pero... ¿no es un pájaro la cata de Sigifredo?

NENA. —¡Oh, vean qué gracioso...! Mejor es que siga arreglando la
casa. *(Sale. Plácido vuelve a sentarse.)*

ESCENA II

Plácido y Sigifredo.

Sigifredo entra en punta de pies, con su jaula bajo el brazo, y va queriendo introducirse por lateral.

PLÁCIDO. —*(Con regocijo contenido.)* ¿Vuerves...?

SIGIFREDO. —*(Con desaliento.)* ...¡Ahí la perdimos!

PLÁCIDO. —La aguardaba, Pues que argo interió me lo decía.

SIGIFREDO. —¿Qué no la va a dejar tranquila, don?

PLÁCIDO. —No quiero intranquilizarla, hijo mío.

SIGIFREDO. —Bueno vea, francamente, ella no quiere saber nada con
usted.

PLÁCIDO. —Pero no te imaginas, ¡mardito sea! Qué descubrimiento
para la filosofía mundial, si esa avecilla nos cuenta sus andanzas
pasadas por aquellos mundos de la transmigración de las armas...

SIGIFREDO. —No ha sío voladora mi cata.

PLÁCIDO. —...Su conocimiento de otras vidas...

SIGIFREDO. —Ella no se mete en vidas ajenas,

PLÁCIDO. —Te lo dije hasta er cansancio: solo quiero investigá la psiquis de ese animá que habla, ¡mira tú!, para seguí en ella, la pista de sus reencarnaciones sucesivas.

SIGIFREDO. —¿Tan pícaro, no? ¿Y pórque se le ocurre esa traviesura con mi cata?

PLÁCIDO. —El animá no tiene ese rubó de nosotros, esa farsa vuergüenza, y dirá too si arguno ha sabío despertá esa conciencia dormía. ¿Hay argún daño en eso?

SIGIFREDO. —¿Así que mi cata es l'única desvergüenzada?

PLÁCIDO. —No; ella no sufre de la farsa vergüenza. Si en su vía anterió su arma ha estao animando er cuerpo de un marrano, lo dirá. En cambio, tú no lo dices.

SIGIFREDO. —Está bien, pero ¿por qué elige la cata mía?

PLÁCIDO. —Precisamente porque habla, niño.

SIGIFREDO. —Bueno ¿y qué culpa tiene ella?

PLÁCIDO. —(*Aparte.*) ¡Este tío es una bestia! Mira, hijo, no habrá daño alguno. Yo me entenderé con ella, le haré as, as, unos pases marnéticos de sugestión... Naa más.

SIGIFREDO. —Si; en cuantito se ha puesto a sonciar así, así, ahí nomás se va a quedar muda la cata.

PLÁCIDO. —Piensa tú en que, si esa avecilla der señó hablara too lo que yo arcanzo a colegí, se armaría en toa la Metafisica una tamaña revolución...

SIGIFREDO. —¡Ah!, y usté quiere que la arme ella, ¿no? ¿Pa' que la metan presa?

PLÁCIDO. —(*Aparte.*) ¡Este tío es una bestia! Quiero hacerte entendé la tremenda importancia...

SIGIFREDO. —Vea; deje nomás, don. Aquí se separamos en amistar de amigos y... cada tropillita por su sendita. Hasta más verlo, ¿no? (*Sale.*)

Plácido en actitud de hablarle aún va a seguirle.

ESPERANZA. —(*Entrando seguida de Nena.*) Oiga, don Plácido.

PLÁCIDO. —Oigo.

ESPERANZA. —Supongo que me habrá entendido perfectamente lo que le dije hace un momento, ¿no?

PLÁCIDO. —Sabrá usted que debo de investigá er suconciente dormío, que será como descubrí la pórvora... (*Sale.*)

ESPERANZA. —Este viejo va cada día más chiflado. ¿Qué decías, querida?

NENA. —Nada, que me tiene preocupada papá.

ESPERANZA. —¡Oh!, por ahí andaré con Romero.

NENA. —No, no es por eso, tía.

ESPERANZA. —¿Hay algo más?

NENA. —Lo noto muy huraño. No me habla con cariño. Anoche, cuando fui a darle las buenas noches, no me tomó en sus brazos. Me miró... yo no sé... como si fuese una mujer extraña, de lejos, sin tocarme...

ESPERANZA. —(*Acariciándola.*) ¡Vamos, hija mía! Tus regalías de niña mimada... No te preocupes, es el miedo de siempre. El que sentimos todas cuando debemos afrontar el egoísmo de los nuestros. Pero yo no dejaré que te hagan creer que el hombre es un monstruo y el amor una monstruosidad.

NENA. —¿No está mal que lo quiera a Atanasio, tía?

ESPERANZA. —No, hija mía, ¡qué ha de estar mal!... Lo malo es cuando ya no se quiere, cuando ya no se puede querer... ¡Bah!, anda, niña, sigue arreglando la casa para tu fiesta.

NENA. —¿Verdad que papá es muy bueno, tía?

ESPERANZA. —Sí, querida; sí. Todos, todos son buenos, pero tú eres mejor que todos.

NENA. —¿Que todos, todos, tía?

ESPERANZA. —Sí, que todos... ¡Qué puede compararse con ese paisaje nevado que es el alma de una joven!... Sueña, hija mía, y vive tus sueños; aquellos sueños blancos que son como palabras de un idioma ingenuo... Y oyes un día los ecos de una canción extraña, densa de fragores y dulces notas que anidan allá en los rincones más íntimos del alma... ¡Eh!, y te hieren de muerte con un grito: ¡Mala hija!... Y te espanta el horror y ahogas en lágrimas y sangre la única flor que da la vida... Y allí se queda tu alma, temblando como una sonámbula en esa noche de silencio y hielo que es la soledad... ¡Bah!, Anda, prepara tu fiesta... (*Mutis rápido.*)

ESCENA III

Nena y Atanasio.

Sigifredo cruza la escena sosteniendo por delante la jaula de su cata. Por detrás va Plácido.

ATANASIO. —(*Al verlos pasar.*) Para qué juegan al “mono y su sombra”.

NENA. —No sé.

ATANASIO. —¿Preocupada? ¿Triste?

NENA. —Algo así como una tristeza.

ATANASIO. —Algo así como una cosa que propiamente no es.

NENA. —No estoy para burlas.

ATANASIO. —No me burlo. Dios me libre, querida.

NENA. —¡Dios me libre...! ¿Crees en Dios?

ATANASIO. —¿Por qué me preguntas eso?

NENA. —Contéstame.

ATANASIO. —Antes dime qué te pasa.

NENA. —Contéstame. ¿Crees en Dios? ¿Crees en mí? ¿Crees en algo?

ATANASIO. —¿Me puedes decir que bicho te ha picado hoy?

NENA. —No te acerques. Necesito mirarte de lejos. Así, a la distancia, perfectamente fuera de mí.

ATANASIO. —No podrás.

NENA. —¿Por qué?

ATANASIO. —Porque si tú me quieres como te quiero yo, es imposible que puedas separar de cada fibra de tu corazón, la vida mía, mi forma, la imagen viviente...

NENA. —¿Sabe, señor, que es usted muy consentido?

ATANASIO. —Yo no. Te explico lo mío. Te digo como te quiero yo.

NENA. —¡Ay, Atanasio!, ¿es verdad que me quieres así?

ATANASIO. —No te acerques.

NENA. —Perdóname. Yo necesito creer, Atanasio. Sobre todo, creer en ti. Y ahora más. Yo no sé, pero es como si temiera que al final yo misma no pueda creerte.

ATANASIO. —¡Querida mía...!

NENA. —¡No te acerques!

ATANASIO. —En serio: ¿quieres decirme qué te pasa?

NENA. —(*Extraña.*) Nada, Atanasio; nada grave...

ATANASIO. —(*Resuelto.*) Pero no es posible que hoy precisamente...

NENA. —(*Retrocediendo.*) No me toques; por favor, querido, ahora no me toques...

ATANASIO. —Nena... ¿Qué sucede?

NENA. —Nada, Atanasio. Te lo ruego. Perdóname... Duele como un cansancio igual que si te hubieran aplastado con miradas de plomo buscando sombras impuras en la piel.

ATANASIO. —No comprendo.

NENA. —Mejor. Hoy no tendremos fiesta. No importa. ¿Mañana será de nuevo como siempre, quieres?

ESCENA IV

Dichos, Sigifredo y Plácido. Luego Esperanza, Florindo y Fumarollo.

Sigifredo aparece por izquierda en la misma actitud de la escena anterior. En mitad del camino se vuelve y abre los brazos demostrando a Plácido que no tiene la jaula. Plácido denotando extraordinaria sorpresa se vuelve y sale nuevamente muy decidido por donde entró.

SIGIFREDO. —(*Sentándose.*) ¿Hay amores que matan, no?

NENA. —¡Y a usted qué le importa, estúpido!

SIGIFREDO. —¡Bah!, ¡esto sí que está lindo!

NENA. —Más lindo estaría si no fuese tan entrometido.

Plácido, con cara de inmensa satisfacción, cruza llevando a escondidas la jaula de la cata.

SIGIFREDO. —Aquí parece que está haciendo estragos el “surconciente”. (*Saca de entre sus ropas la cata y sale acariciándola.*) ¿Ha visto la capitana de la cinta verde y la colorada...? (*Mutis.*)

ESPERANZA. —(*Entrando.*) ¿Puede hacerme un favor, Atanasio?

ATANASIO. —Cómo no.

ESPERANZA. —Vaya hasta la pieza de don Plácido y vea qué está rompiendo, ¿quiere?

ATANASIO. —¿Adentro de la pieza?

ESPERANZA. —Sí. Se oyen unos golpes como de tablas rotas.

ATANASIO. —Voy a ver (*Mutis.*)

ESPERANZA. —Tenga cuidado, Atanasio. (*A Nena.*) Para mí que ese viejo se terminó de enloquecer.

NENA. —¿No habrá peligro, tía?

ESPERANZA. —No. Yo supongo que será inofensivo.

FUMAROLLO. —(*Entrando, seguido de Florindo.*) Como va.

ESPERANZA. —¡Ah!, ¿se les ocurrió volver? Ustedes son buenos para mandarlos a buscar la muerte.

FLORINDO. —Nos entretuvimos en la farmacia, Esperancita. Uno empieza a filosofar...

ESPERANZA. —¡Ah!, filosofando. (*A Nena.*) Estuvieron en el boliche.

FLORINDO. —Me extraña, Esperancita...

ESPERANZA. —A mí no me extraña nada. Y menos viéndoles la cara que traen... y el olor que los acompaña.

NENA. —Siquiera hubiesen avisado que salían. Aquí no sabíamos que se habían ido.

FLORINDO. —Ya es algo, gringo; por lo menos nos han extrañado.

FUMAROLLO. —Je, je, je; extrañábano a lo vieco la figlia mia...

NENA. —(*Mimosa.*) Y claro... ¿Por qué no me avisa cuando sale?

FUMAROLLO. —Non salería se non foera... ¡Bah!, ¡bah!

NENA. —Acuérdese, ¿no? No vuelve a salir sin mi permiso. Y menos huyendo por... por no ayudarme a arreglar la casa. Aunque oficialmente, como se dice, usted no sabe nada...

FUMAROLLO. —(*Va a tomarla por los hombros.*) ¡Figlia mía...!

NENA. —(*Corrigiéndola.*) Mía Nena.

FUMAROLLO. —Figlia mía... Non é la mínima cosa... Non pote sere que la mía Nena... ¡Bah! Es una pena grande, ma non si púo remediare.

NENA. —Pero papá... ¿Es posible...?

ESPERANZA. —¡Nena! (*Como defendiéndola con su cuerpo.*) ¡Solo ellos no se manchan...! ¡Puercos!

NENA. —Papá...

ESPERANZA. —(*Abrazándola.*) Vamos, hija mía. Estos están demasiado filósofos... (*Seña de beber.*) (*Mutis.*)

ESCENA V

Florindo y Fumarollo.

FLORINDO. —(*Extrae de entre sus ropas una botella con vino.*) Nos estamos poniendo viejos, gringo. (*Sirve en dos vasos que saca de los bolsillos.*) ¿Te acuerdas cuando llegaste con esa bolsita al hombro? Je, je, je.

FUMAROLLO. —¡Ah!, cuánta ilusione, cuánta ilusione...

FLORINDO. —¡Qué cara de gringo bueno tenías, hermano!

FUMAROLLO. —Era'no muchacho caprechoso. ¡Querébanos mundo! ¡Jhé...!

FLORINDO. —Tenías los ojos llenos de ansia y en el corazón dos alas incansables... Bueno servite, hombre. (*Aparte.*) ¡Pa' qué te gastarás, Florindo...! (*Bebe.*)

FUMAROLLO. —Cuventude ingrata, corazone duro...

FLORINDO. —(*Chasqueando la lengua.*) Yo no conocí a mi padre, gringo.

FUMAROLLO. —El mío era'no viequito chocotito... ¡E tanto valeroso, tanto valeroso...!

FLORINDO. —Para ser padre hay que tener mucho valor. (*Aparte.*) ¡Si lo sabré yo!

FUMAROLLO. —...Tanto valeroso... Io estábano encaprechado, la dechisione firme, ardore de locura. ¡América, América, América...! Nata más. ¡Jhé; engratetude cremenale...!

FLORINDO. —Y América no te ha pagado mal,

FUMAROLLO. —No, no.

FLORINDO. —Entonces bendiga su suelo, hermano...

FUMAROLLO. —Io dicheva...

FLORINDO. —...que aquí sus sueños...

FUMAROLLO. —No, indio, no.

FLORINDO. —...se convirtieron en la más hermosa realidad...

FUMAROLLO. —Ma no, lo mecore...

FLORINDO. —...porque el sudor irrigó su frente...

FUMAROLLO. —Non é la cuestione...

FLORINDO. —...y tuvo un hogar, y un primor en su hija...

FUMAROLLO. —¡E también el castigo!

FLORINDO. —¿Cómo el castigo? Tu hija vino como pregón del cielo, diciendo que la sonrisa de la vida es tan hermosa como la de una mujer. (*Aparte.*) ¡Campoamor... y de tierra adentro!

FUMAROLLO. —¡Ah!, lo representano cata dia má fresco, indio. ¡Tanto valeroso, tanto valeroso...! “¿Se va a l'América? —Sí; partire domani. —Stá bene. Dío ta concheda sorte —Grazie.” ¡Jhé!... E fu a despedirme. Estábano alegre... ¡Mentira; reventábano de la pena! ¡Jhé; cuanta ilusione...! (*Bebe.*) El vapore caminaba piano, molto piano... E il

viequito, solo, com'uno capollito d'algodone metido a lo montone de fierro negro, agitábano su pañovelo mordiendo lágrema: "Addio caro figlio; non ti vedo piú; non ti vedo, figlio mio..." (Pausa.) E non lo he visto nunca má.

FLORINDO. —No me hables de ilusiones. (Bebe.) Y bueno, gringo; las ilusiones, como las demás locuras, o en nuestros hijos florecen o por ellos las tragamos crudas.

FUMAROLLO. —¡Ecco, indio; ecco! La engratetude se págano, ¿eh? Se págano a la carne viva, ¿eh? ¡A la carne viva! (Bebe. Luego confidencial.) Caro fratello...

FLORINDO. —¿Quieres más vino?

FUMAROLLO. —No, no; la mia nena. ¡Jhé! La mía nena encareñada... ¡Jhé!

FLORINDO. —Largate, hermano.

FUMAROLLO. —No, no. Nata más que sospechacione. Temore de sospechacione.

FLORINDO. —¡Hum! Te estoy viendo el fondo, botija. (Bebe.) Gringo e indio, ¿eh? Distintos pero muy hermanos. Igual que nuestras razas, che. ¡Je, je, je! (Lo palmea.)

FUMAROLLO. —Grazie, indio; molto grazie.

Nena se cruza con útiles de limpieza.

FLORINDO. —(Aludiéndola.) Por eso la cruza es... ¡fenomenal!

NENA. —¿Me hablaba, don Florindo?

FLORINDO. —No, no; suspiraba, hijita.

ESPERANZA. —(Cruzando también.) Hace bien. Y trague mucho aire porque en seguida van a tener que volar de aquí. (Salen.)

FLORINDO. —¡Y velay cómo no; si falta lugar y anchura pa' tanta hermosura! (Aparte.) ¡Ay, hermano; yo no tenía vocación de padre!

(Sirve.) Bebamos, gringo; hace falta mucha humedad pa' que no se arda el mundo. (Bebe.)

FUMAROLLO. —Caro, fratello; llevo una pena grande adentro.

FLORINDO. —Me alegre, hermano.

FUMAROLLO. —¿Cómo...?

FLORINDO. —Claro, hombre. Nosotros no podemos tener ni las penas chicas. ¡Bah, bah!, dejate de penas, hombre. Te desafío con un brindis. Arriba, hermano. Brindemos por este pedazo de América, tierra sabrosa como el pan ganado, graciosa y fecunda como gringuita rolliza y agridulce como el amor de una mujer hermosa... Por toda la gringada, hermano ¡salud!

FUMAROLLO. —Salute. Por l'América, indio: ¡salute!

FLORINDO. —Salud. Por nuestra vieja amistad, hermano: ¡Salud!

FUMAROLLO. —Salute.

FLORINDO. —Por el cariño de los hijos: ¡salud!

FUMAROLLO. —(Breve silencio. Deja su vaso lleno en la mesa.) No, no. Mestefecacione pura. Engratetude cremenale. ¡Maledecione, Cristo; es una pena grande abrazada al corazone, e il corazone duro sangrando una lagrima que non sale afora! ¡Dío, non es precisa tanto agravio per matare la ilusione! ¡Engratetude cremenale...! ¡Figlia cremenale, figlia cremenale!...

NENA. —(Llega corriendo y quiere abrazarlo.) ¡Papacito...!

FUMAROLLO. —¡Non me toque! (Pausa.) Non si puo remediare. Como un corazone vacío... ¿La mía Nena? ¡Jhé! Como una ilusione de niño. ¿Non se é má niño?, la ilusione se va... Non si púo remediare... (Sale.)

ESPERANZA. —(Entrando apresurada.) ¡Nena, nena! (Pausa.) ¿Qué ha pasado?

FLORINDO. —Nada, brindábamos.

ESPERANZA. —¿Brindaban?

FLORINDO. —Sí. Brindábamos por el amor. ¿Quiere acompañarme?

ESPERANZA. —Déjese de bromas. ¿Qué ha pasado?

FLORINDO. —Le hablo en serio. ¡Si ustedes supieran lo que es el amor...!

NENA. —Tía, es como una ausencia de velos en el alma...

TELÓN



ACTO TERCERO

ESCENA I

Esperanza, Nena, Atanasio y Fumarollo.

La escena apenas alumbrada por una lámpara de pie, el resplandor del fuego de la chimenea y los rayos de luna que se filtran por el "vitreaux" del foro.

ESPERANZA. —Sí. Bastante linda la película. Y sobre todo muy instructiva. Cosa que se ve muy de vez en cuando. *(Enciende la luz.)*

NENA. —No, tía, no encienda la luz. ¿Ha visto? ¡Qué luna más hermosa!

ESPERANZA. —¿Pero estás loca, hija? No vamos a estar en la oscuridad.

ATANASIO. —Bueno, Esperanza, las dejo que descansen.

ESPERANZA. —Entonces quedemos convenidos, ¿no?

ATANASIO. —Sí, sí, perfectamente.

ESPERANZA. —Vuelvo a repetirle, usted me sabrá sorprender. Por lo mismo que hemos formalizado en noviazgo, no conviene que permanezca en la misma casa que la novia.

ATANASIO. —Estoy perfectamente de acuerdo.

ESPERANZA. —No debe ser, ¿verdad? Además, no hay por qué hacerse comidilla de la gente.

NENA. —Pero vas a tener que venir todos los días, ¿no?

ATANASIO. —Ahora hay que convencer a tu papá.

ESPERANZA. —De eso me encargo yo. Vea, precisamente aquí viene. (*A Fumarollo.*) ¿Todavía no te has acostado?

FUMAROLLO. —No. ¿Qué hay conmigo?

ESPERANZA. —Nada, sino que Atanasio quería saludarte. Para despedirse.

FUMAROLLO. —¿Así que osté se va?

ATANASIO. —Sí, señor. Me cambio a primera hora.

FUMAROLLO. —E mí mecore.

ATANASIO. —Pero yo los voy a visitar siempre, ¿no?

FUMAROLLO. —¿Ah sí?

ATANASIO. —Sí, claro, yo no los puedo olvidar.

FUMAROLLO. —¿Ah, no?

ATANASIO. —No. Imagínese... Han sido tan buenos.

FUMAROLLO. —¿Ah, sí?

ATANASIO. —Yo no podría comportarme como un caballero.

FUMAROLLO. —¿Ah, no?

ESPERANZA. —Bueno, Atanasio, vaya nomás, si quiere.

ATANASIO. —Sí, sí, está bien. Entonces que pasen una buena noche. Hasta mañana (*Mutis.*)

ESPERANZA. —Buenas noches, Atanasio.

FUMAROLLO. —Bona note.

NENA. —Yo también me voy a dormir (*Medio mutis.*)

ESPERANZA. —¡Nena! ¿Qué es eso? ¿Así es como das las buenas noches?

FUMAROLLO. —Nena... ¿ya non quiere besar a lo vieqito?

NENA. —(*Con trompa.*) ¡Oh! Tengo mucho sueño (*Mutis.*)

ESPERANZA. —¡Nena...! (*Pausa.*)

ESCENA II

Esperanza, Fumarollo y Florindo.

FUMAROLLO. —(*Al retrato de la esposa.*) ¿Ha visto? Cada vece má solo, cada vece má solo... ¡Jhé!

ESPERANZA. —Y no te quieras convencer que el tiempo avanza, que la gente cambia, que los niños se hacen grandes.

FUMAROLLO. —Es que la gente sola que se hácenosenvergüenzas... descarenao. ¡Qué tiene que vere le tiempo!

ESPERANZA. —¡Que sí tienen que ver los tiempos! Ya lo ves, quién iba a creer que en esta casa, donde mi pobre hermana jamás admitió gente extraña, ahora tienen que alquilarse piezas, como en un conventillo.

FUMAROLLO. —¡A mí tambiene me duele! Eh, ío no potaba sostenero, semecante cuartelo de casa.

ESPERANZA. —No, si yo no te reprocho nada.

FUMAROLLO. —Además..., tanto patio vacío, tanto cuarto vacío, tanta casa vacía...

ESPERANZA. —Bueno, también has comprado una casa demasiado grande. Si apenas éramos cuatro cuando ella vivía.

FUMAROLLO. —No, la mía nena lo enyenábamo todo... E allora non grita más, non se ríe más...

ESPERANZA. —Comprenderás que ya no es la nenita de entonces.

FUMAROLLO. —¡Sí, tampoco é una vieca!

ESPERANZA. —No, pero es una señorita.

FUMAROLLO. —¡Señorita! La han echado a perder con su intrusería. ¡Señorita...!

ESPERANZA. —Y bueno, qué quieres. La vida no se detiene.

FUMAROLLO. —¡La vita, la vita! ¡Sos ostedes, ostedes, que de aquella moñequita que solo querían a su padre, me han hecho una moquiere corrompida con el amore!

ESPERANZA. —¡Eso es! ¡Ese es el egoísmo criminal que llaman cariño! ¡Claro, las hijas hemos de ser siempre muñequitas, nunca mujeres! Debemos llenarles de risas y repartir alegrías, aunque se ahogue el corazón de ansias y se marchite el alma con angustias sin remedio...

FUMAROLLO. —¡Callesé!

ESPERANZA. —¡No me callo! No dejaré que mates el alma de tu hija... ¡También es un poco mía!

FUMAROLLO. —¡No! ¡Osté m'ha venito a robare me hica! ¡Me quiéreno quitare la mía nena, la mía nena! Es mía. Desde que se ha morto su madrecita, yo he sido todo, todo. El padre, la madre, todo... ¡Es mía sola, mía sola!

ESPERANZA. —Sí. Está bien. Ya lo sé. Yo soy la que está de más aquí. Ya sabía que alguna vez teníamos que llegar a esto.

FLORINDO. —(*Llega de la calle.*) ¿Ha sucedido algo?

ESPERANZA. —Lo que tenía que suceder nomás.

FLORINDO. —No comprendo.

ESPERANZA. —Es natural. Se trata de los que estamos de más.

FLORINDO. —¿Cómo? ¿Que usted está demás aquí?

ESPERANZA. —Yo tampoco lo hubiese creído (*Mutis sollozando.*)

FLORINDO. —Carambita, carambita... ¿qué macana has hecho ya?

FUMAROLLO. —Estábamo discotiendo...

FLORINDO. —Se ve que la has herido, hombre.

FUMAROLLO. —Ma ío... Ío non le dicho eso.

FLORINDO. —Por algo se habrá ofendido.

FUMAROLLO. —En fine, en fine...

ESCENA III

Fumarollo, Florindo y Sigifredo.

Se oye un fuerte estornudo.

FUMAROLLO. —(*Yendo hacia el foro.*) ¡Eh! ¿Qué hace ahí? Venga para acá, ¿qué anda haciendo como fantasma ahí?

SIGIFREDO. —Nada. Es que no podía dormir. Estaba pensando en mi casa. A lo mejor máma también estará despierta mirando toda esa luna que da en todas las casas que han quedau en el patio.

FUMAROLLO. —A este lo ha contaquiado la Gallegue.

FLORINDO. —Pero no salgás así, tan desabrigado. Te puede hacer mal.

SIGIFREDO. —No, no es nada. Cuando está así la luna no me sabe hacer nada. Fíjese que algunas veces me iba a traer la médica del pueblo pa que la cure a máma, ¿no?, y me largaba solito por la quebrada. ¡Parecían de lindos los montes por la luna! Y entonces, pa' que no me den miedo los cerros, pensaba fuerte, así que yo era una hormiguita que iba por medio de un rodeo de animales grandotes que estaban echaus durmiendo... ¡Parecían de mansitos! Y de allá me volvía trotando yo. Claro, como ella se quedaba solita... Aunque a veces venían algunas mujeres a acompañarla. ¿Se acuerda de “la ruluda”?

Florindo y Fumarollo bajan la cabeza sin responder.

SIGIFREDO. — Bueno, esa. Fíjese que le sabía decir a máma: “¿Pa’ qué vivís suspirando por ese viejo sinvergüenza?”

FLORINDO. — ¿Cómo?

SIGIFREDO. — Fíjese. Entonces máma ahí nomás se enojaba y le decía que ella es muy dueña. Y claro, ¿no es cierto? Claro. ¡Ah!, y otras la sabían aconsejar... ¿Se acuerda de la “caderas de atau”?

FLORINDO. — No, hombre...

SIGIFREDO. — Bueno, esa. Fíjese que le sabía decir: “vos ya has cumplido con tu parte, y qué has remediau con esperarlo tanto a ese viejo calavera, ¿ah?”

FLORINDO. — ¡Jham!

SIGIFREDO. — “...ahora sos muy dueña de tu voluntad”. Y ahí nomás abría la puerta y decía: “Pasen, jóvenes...”

FLORINDO. — ¿Quién, ella?

SIGIFREDO. — ¿Usté lo conocía al “cara i’nutria”?

FLORINDO. — No.

SIGIFREDO. — Bueno, ese... ¡Ese era de entrenador!

FUMAROLLO. — ¡Eh!, sí lo invitábano...

FLORINDO. — ¡Pero si nadie la invita!

SIGIFREDO. — No...

FLORINDO. — ¡Cómo no, pedazo de estúpido!

SIGIFREDO. — Y, claro, por eso digo... ¿No ve que máma se largaba a llorar?

FLORINDO. — Bueno, bueno, andá a acostarte.

FUMAROLLO. — Ma decalo, che.

SIGIFREDO. — Bueno, y entonces... Vea, usté no va a creer, ¿no? Pero así era cuando ya me enojaba yo. ¡Ay, Dios!, si apenas me alcanzaba a

refalar una alpargata y saltaba gritando: “¡despejen la cancha, gurises! ¡Dejen venir ese tero, que solo nació, solo muero!”.

FUMAROLLO. —Che, cuidado, Martín Fierro.

SIGIFREDO. —... Y de punto y hacha, filo y contrafilo, iba dejando al tendel de hachaos y otros corrían pal monte agarrándose las heridas y las mujeres gritaban: “¡dale, Sigifredo! ¡Dale, Sigifredo!”.

FUMAROLLO. —¡Eh, eh!, se te va termenaro la alpargata, ¡eh!

SIGIFREDO. —¿Qué? Y es capaz de creer que estoy mintiendo...

FUMAROLLO. —No, non creo, estoy seguro.

SIGIFREDO. —¡No le digo yo! Por eso es mejor que me vaya nomás pa' mi casa.

FLORINDO. —¿A dónde estás por ir vos?

SIGIFREDO. —A mi casa. ¿No ve que máma me ha escrito una carta?

FLORINDO. —¿Te ha escrito?

SIGIFREDO. —Sí. Ella dice que no vaya, ¿no?

FLORINDO. —¿Quién, yo?

SIGIFREDO. —No, yo. Pero yo sé que hago falta pa' defenderla. Claro, como nosotros somos solitos, ¿no? Claro, y pa'qué vamos a negar, como ven que máma es linda cualquiera no más se quiere hacer el “cara'i nutria”...

FLORINDO. —¡Bueno, a ver si vuelve a dormir de una vez!

FUMAROLLO. —¡Eh, a ver si vuelve a dormirse vestido e con le sombrero puesto! ¿No?

FLORINDO. —Por lo menos hacete el saco, hombre.

SIGIFREDO. —No, es que aquí tengo la carta.

FLORINDO. —¿Qué carta?

SIGIFREDO. —Esa que me ha escrito máma.

FUMAROLLO. —A vere, che. A vere esa carta.

SIGIFREDO. —No, si no dice nada.

FUMAROLLO. —¿Come nada? ¿Le ha mandado un papelito blanco?

SIGIFREDO. —No, es que... Bueno, tome, léala.

FUMAROLLO. —Qué tanto misterio con la carta, la carta... E todo el día con la carta. Vamo a vere. (*Leyendo.*) “Querida máma...” ¿Cómo? ¿Se la ha mandado a usted?

SIGIFREDO. —Y claro.

FUMAROLLO. —¿E usted es la máma de quiénes?

SIGIFREDO. —¡Ah no, no! Esa es la mía. Aquí está la otra. Aquí está, aquí está.

FUMAROLLO. —Vamo a vere. (*Leyendo.*) “Hico de mi entrañas”... ¿Es usted, no?

SIGIFREDO. —Sí, yo, yo. Siga nomás.

FUMAROLLO. —(*Sigue.*) “Tomo la pluma entre lo dedo... lo dedo callosiento de tanto sufrimiento...”

FLORINDO. —Pero deje que se vaya a dormir ese muchacho, hombre.

SIGIFREDO. —No, no, si yo no tengo sueño.

FUMAROLLO. —(*Sigue.*) A diosle a so padre que ese polluelo abandonado... Abandonado pídeno en su oracione..., oracione cotidiana de toda la noche. Que el Señore le hágano lloveré de arriba... Lloveré de arriba”.

SIGIFREDO. —¿Qué está mal así?

FUMAROLLO. —(*Sigue.*) “Toda la bendigacione de felichitá...”

SIGIFREDO. —¿Esa es, ve?

FUMAROLLO. —(*Sigue.*) “E por eso mismo que viva... Viva la patria aunque yo perezca”. ¿Cómo?

SIGIFREDO. —Y claro, no ve que si usted le hace decir a ella... (*Se tapa la boca.*)

FUMAROLLO. —Ma dícame, so cachaface, ¿cuenta lo ha recibido de su madre?

SIGIFREDO. —Y claro.

FUMAROLLO. —¿Dos cartas le ha escrito osté?

SIGIFREDO. —Sí.

FUMAROLLO. —¿E las dos con la tinta verde?

FLORINDO. —¡Oh, bueno! ¿No ve que de esas hay en todas partes?

FUMAROLLO. —¿E también hay le misma letra, igualita, igualita?

SIGIFREDO. —Oiga, y zonzó osté, ¿no sabe que a la madre salen los hijos, eh?

FUMAROLLO. —Meno sale que non salen a lo padre, ¿eh?

FLORINDO. —¿Cómo, cómo? ¿Qué decías? ¿Y al fin, qué hora te vas a dormir vos?

SIGIFREDO. —Y bueno, ¿que no ve que no me quiere entregar la carta?

FUMAROLLO. —Tomá, cachaface. E mañana lo denuncio a la comisaría per falsificacione de cartas misiva.

SIGIFREDO. —¿Ha visto? Si yo ya misiva... Digo, yo me iba al albita pa' casa. Es que yo tengo mucho apuro porque allá nunca falta algún "cara'i nutria"...

FLORINDO. —¡Cállese la boca! ¡Y que no me vuelva a nombrar a ese tipo!

SIGIFREDO. —(*Haciendo pucheros.*) ¿Y acaso yo tengo la culpa?

FLORINDO. —Bueno, bueno, hombre, no llore m'hijo. Vaya, vaya. Duerma de una vez, hijito. Vaya.

SIGIFREDO. —(*Sale lloriqueando.*) ¡Eh! Hombres grandes, ahí... haciendo llorar a los chicos.

FUMAROLLO. —Osté es un padre desnaturalizado.

FLORINDO. —Dejate de bromas, hombre. Este..., la verdad es que voy a tener que llevarlo yo a este muchacho.

FUMAROLLO. —¿A entregarlo a la madre?

FLORINDO. —Sí, claro. Es que tengo miedo de mandarlo solo ahora. Como es medio tontito...

FUMAROLLO. —¿Ah, sí?

FLORINDO. —Sí, claro. No puedo abandonarlo así.

FUMAROLLO. —¿Ah, no?

FLORINDO. —¡Imaginate! Siempre es un compromiso.

FUMAROLLO. —¿Ah, sí?

FLORINDO. —Claro. Este... bueno, voy a ver si ya tiene acomodadas sus cositas (*Mutis.*)

ESCENA IV

Fumarollo y Plácido.

FUMAROLLO. —Con razone dichebano en mi pueblo, que “padre, marido e tiburone puédano tragare le anzuelo con le peccatore”. ¡Jhé! ¡Je, je! (*Al retrato de Nena.*) Claro que a veces le tragano con gusto, ¿eh? ¡Je, je, je! ¿Qué dichébanos la mía Nena? ¿Qué se ha hecho la muñequita menterosa, eh? ¡Je, je, je! ¿Se ricorda que me venía a mentire que se habíamos morto so perrito, eh? ¡Je, je, je! E ío me iba a vere despacito e lleno de pena... E cuando la destapaba, el perrito me mordía la mano... ¡Ay, ay, ay! ¡Je, je, je! ¡Cómo me moría de la risa! ¡Je, je, je!

Plácido entra por foro y se detiene a mirarlo.

FUMAROLLO. —¿E cuando me hacía ponere así, de caballito? Me manecaba de las crece... ¡Je, je, je! Vamo para acá, vamo, vamo; vamo para allá... (*Al enfrentarse con Plácido se compone y quiere disimular.*)

Plácido dándose vuelta repetidas veces, sale por derecha.

FUMAROLLO. —En fin... en fin.

ESCENA V

Florindo y Fumarollo.

FLORINDO. —Bueno, bueno, así nomás va a tener que ser, gringo. Me voy nomás llevando al chico.

FUMAROLLO. —(*Sin mirarlo.*) Se ve...

FLORINDO. —Sí, che. Me voy nomás.

FUMAROLLO. —Osté también se va.

FLORINDO. —¡Fah, bah, bah! Pare hombre. Recién te dejé más contento... hasta socarrón.

FUMAROLLO. —¡E bone! Non estoy má socarrone. ¿Qué quieres?

FLORINDO. —Está bien, hombre.

FUMAROLLO. —E bone. ¿Estás contento, eh indio? Mañana comienza la vita nuova, ¿eh? Stá bono, stá bono.

FLORINDO. —Sí, hombre. Te confieso que me tiene un poco nervioso este asuntito.

FUMAROLLO. —¡Bah, bah, bah! Ya non somo l'enamorado venteañero. ¡Je, je!

FLORINDO. —No, no; por supuesto. Pero... Imaginate, después de casi veinte años de ausencia...

FUMAROLLO. —Son uno cuanto día, ¿eh?

FLORINDO. —Con más noche, como quien dice.

FUMAROLLO. —E hay tiempo de muchas cosas.

FLORINDO. —¿Cómo? ¿Qué me querés decir?

FUMAROLLO. — ¡Hasta para darse cuenta que se ha perdido el tiempo estúpidamente! ¡Eso!

FLORINDO. — Sí, sí. Así es, che. Después de vivir desconfiando de la virtud y de la mujer, te vienes a dar cuenta que aquella a la que más daño has hecho, puede ser tan buena que te espere todavía, y puede ser tan santa como para sufrir por tu suerte, aunque vos ni te acuerdes de ella. ¿No te parece que una debe correr a besarle las manos a una mujer así?

FUMAROLLO. — Eh, ya lo creo...

FLORINDO. — Esa mujer tiene que haberte querido a ciegas, si te nombra siquiera después que le has hecho tanto daño... No hay nada que hacerle, hermano. En la vida hay una sola mujer que es para siempre tuya.

FUMAROLLO. — Sí, sí, así es, indio.

FLORINDO. — Lo importante es saberla hallar a tiempo.

FUMAROLLO. — Lo más importante es no perderla.

FLORINDO. — Bueno, gringo, es medio tardecito ya. Habrá que dormir nomás. Mañana hay que levantarse temprano para poder viajar.

FUMAROLLO. — E bono, sí. Conviene que descanses.

FLORINDO. — Bueno, entonces. Este... Carabita, esto no me la había pensado yo. Este... entonces cómo, gringo... ¿Y, entonces tendremos que despedirnos, che?

FUMAROLLO. — ¿Tenemo que despedirno...? ¡Ah! Io non sé.

FLORINDO. — Aunque, tal vez... E bene, che. Será mecore, ¿eh?

FLORINDO. — Bueno, bueno. Entonces dormí de una vez, que ya es muy tarde, hombre. Bueno, bueno, hasta mañana (*Mutis.*)

FUMAROLLO. — Stá bene, stá bene, indio. Dormiremos (*Va a verlo irse.*)

ESCENA VI

Fumarollo y Plácido.

Plácido se va de mudanza, su vestimenta es casi blanca. Su equipaje consiste en un atadito de su ropa sujeto a un portamantas y un lío de revistas y libros tipo folletín.

FUMAROLLO. —¡Eh!, ¿a dónde va a esta hora, gallegue?

PLÁCIDO. —Me voy... A andar por ahí, por todas partes.

FUMAROLLO. —¿Se muda?

PLÁCIDO. —No, me alejo. Como a *** despierto de las armas y dormías y desperté *** dormío de las armas, de las armas que se han despertao.

FUMAROLLO. —Osté s'ha venito má loco, ¿no?

PLÁCIDO. —No.

FUMAROLLO. —¡Ah! Ya sé. Loco m'ha venito ío.

PLÁCIDO. —Tampoco.

FUMAROLLO. —Cuesto é má peore.

PLÁCIDO. —Too es cuestión de ubicación, no más. De refugio.

FUMAROLLO. —¿De refuquio antiaéreo?

PLÁCIDO. —Too depende del mundo en que su arma se haiga ubicaio.

FUMAROLLO. —¿Como quiene dichébanos de desacomodaciones?

PLÁCIDO. —Más o menos.

FUMAROLLO. —E l'anima de osté, ¿dónde se ha metido?

PLÁCIDO. —La mía se ha saturao de cansancio.

FUMAROLLO. —¿E pídano cubilacione y preaviso?

PLÁCIDO. —No, ***.

FUMAROLLO. —¡Jhe! Lo podemos tapare, se quiere. É lo único que no ha subido...

PLÁCIDO. —***. Ya he llegado tarde.

FUMAROLLO. —No, osté ha llegado verde

PLÁCIDO. —Este mundo va con una correntaá diferente. Lleve prisas y derroteros que no figuran en la metafísica... Y yo no lo he podío encajá.

FUMAROLLO. —¡Eh, si estábamos a la luna! ¿non te daba cuenta de *** se ándano de prisa, no?

PLÁCIDO. —Se me figura que la gente se ha querío conocé pa dentro y se ha largao a andá hacia tiran y con la cabeza p'abajo.

FUMAROLLO. —Se ha dado cuenta que andamo de contramano, ¿eh?

PLÁCIDO. —Lo que yo no podía sabé es que iban tan apurao. Antaño la gente solo tenía dos mundos, ¡cabales y definíos! Er mundo de un mundo interiú, y... ese otro mundo... ese de too er mundo.

FUMAROLLO. —Ma qué lío me está metiendo en la cabeza.

PLÁCIDO. —Der mundo... de too er mundo, ¡vamos! La concencia... como quien dice el arma de uno- perseguida, amargaa, o asquerosa... *** a su refugio der mundo interiú. Y una vez quqe se había bañao en la modorra del Nirvana, aparecía... Como es audó de uno, el espíritu de esa arma, que viene a se er inconsciente despierto de un arma que está dormía.

FUMAROLLO. —¿E todo eso lo llevamo a la cucutza?

PLÁCIDO. —Pero ha venío el cataclismo de la mardición y ar inconsciente que inna a sé alumbrao por toa la ciencia universá, se ha purverisao en la oscuridá de un mundo... Más oscuro todavía. Pero yo he podío elegí que ese mundo farsificao viene a más que la tronera der mundo der temó. Que es como decí la morge de los espíritus. Que es donde, ar finá, hemos venío a pará.

FUMAROLLO. —Ma qué remolino m'ha venito hacere este.

PLÁCIDO. —Ni usté, lo mejor pa explicarse la ubicación de su arma, la pu'tené con estas luces. Este cuarto con tos esta luz, viene a sé

er mundo ese... De too er mundo. Y si queda más *** que así (*Apaga la araña.*), ya su arma ha comenzao a marchitarse y a meterse como pa detrás de sus pensamientos, que los va entregando así, como pa delante... Y con toa suavidad a'ha rencatao en su mundo interiú y parece que hubiera dejao de pará en la náa y se ha quedao frotando en la armósfera, y todavía s'amortigua y parece como si viniera una nube (*Comienza a oscurecer hasta quedar completamente a oscuras.*) y de too su cuerpo se vaporiza como ar fruído y toa a sustancia der espíritu, que se viene ondulando como una *** por el aire hasta mis dedos que se *** con toa su voluntá, y su cuerpo s'amortigua, s'amortigua, s'amrtigua... (*Silencio. Una luz encandila, por un segundo, a todo el público desde el proscenio.*)

ESCENA VII

Fumarollo, Nena y Esperanza.

FUMAROLLO. —¡Eh, Gallegue! ¡Traidora, *** miseria! ¡Eh! (*Lentamente se recupera la luz que había. Plácido ha desaparecido. Fumarollo está de pie, tomándose la cabeza con las manos.*)

NENA. —¡Papá, papacito! ¿Qué le pasa?

FUMAROLLO. —¡Gallegue! Se non se manda modare, ¡lo mato!

NENA. —¡Papá! ¿Qué tiene?

ESPERANZA. —Dios mío, ¿qué pasa, Nena?

NENA. —Tía, a papá le sucede algo.

FUMAROLLO. —Se non se manda a mudar, lo mato.

ESPERANZA. —¿A quién?

FUMAROLLO. —Le gallegue m'ha hecho n'a chanchada.

ESPERANZA. —¿Pero qué gallego?

FUMAROLLO. —Ma non ve lo que... (*Mudo de asombro ve y enciende la araña.*)

ESPERANZA. —¿Se puede saber qué te pasa?

FUMAROLLO. —Le Gallegue. M'ha hecho n'a bruquería.

ESPERANZA. —¡Oh! Habrás estado soñando, hombre. Bonito susto nos has dado.

FUMAROLLO. —Me habré quedado dormido... Ma le Gallegue estaba.

ESPERANZA. —Te habré hecho mal la comida. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

FUMAROLLO. —L'escopeta.

ESPERANZA. —¡Oh! Dejate de zonceras. Estás nervioso y se te ocurren mil cosas ahora. Lo que debes hacer es acostarte a dormir de una vez. Nena, a la casa, querida (*La besa.*) Hasta mañana.

NENA. —Hasta mañana.

ESPERANZA. —Nena...

NENA. —¿Tía...?

ESPERANZA. —¿Ya no besas a tu padre?

NENA. —(*Va hacia él y se detiene, luego dice llorando.*) No puedo, tía (*Mutis.*)

FUMAROLLO. —Mía Nena... (*Pausa.*) ¿Ha visto lo que hace la vida?

ESPERANZA. —Y bueno, Fumy. ¿Qué hacer sino llevarla como a cada uno le viene? Al fin y al cabo, todas son cosas de Dios.

FUMAROLLO. —Sérano cosas de Dío, ma con eso non sacamo l'amargura.

ESPERANZA. —Bueno, es hora de dormir. Mañana hay que seguir la vida. (*Apaga la luz.*)

FUMAROLLO. —Eal finale nunca tenemo nada. Cuando somo cóvene, vivimo de ilusione, se venimo vieco e solo vivimo de recuerdo. (*Mirando hacia el foro.*)

ESPERANZA. —No, eso no sería vivir. Gracias a Dios vivimos nada más que de olvidos. Hasta mañana. (*Mutis.*)

TELÓN

5

¿LLOVERÁ...?

Puesta en escena en 1955 junto al grupo actoral del Centro Riojano de Arte Escénico.

PERSONAJES

CLARIBEL

ERMELINDA

ESMERENCIANA

MERICIA

EL MEDIERO

MARCOS

MARDONIO

ENRIQUE

RAMÓN

MÉNDEZ



ACTO PRIMERO

ESCENA I

Claribel, Ermelinda.

CLARIBEL. —A mí dejame tranquila y llevale esa carne a mamá. Todo es charqui ahora.

ERMELINDA. —(*En medio mutis.*) ¿Pero vos no has visto cómo vienen las gentes de la ciudad?

CLARIBEL. —Sí, sí las he visto. ¿Qué hay?

ERMELINDA. —¿No te dan ganas de tocarlas, de puro fresquitas, de puro limpias?

CLARIBEL. —No.

ERMELINDA. —No tienen ni un chiquito de tierra. ¿Te has fijado? Vienen como haciéndonos burla de que están húmedas, nuevitas...

CLARIBEL. —¡Ja, ja, ja!

ERMELINDA. —Tienen fresquita la piel, las manos tiernas, como cogollitos de árbol. Traen un aliento húmedo en los labios, como un perfume de agua clara en sus ropas. ¡Si dan ganas de abrazarse a ellas, de pegárseles al cuerpo y respirar!

CLARIBEL. —¡Pero sos loca, che!

ERMELINDA. —¡De respirar bien hondo, como bebiendo la humedad de un cántaro!

ESCENA II

Esmerenciana, Ermelinda y Claribel.

ESMERENCIANA. —Pero hijas, cuándo me van a dar esa carne. Ya es hora que vengan a comer esos hombres. Ustedes no se hacen cargo.

ERMELINDA. —Ya, mamita. Justamente, le voy llevando.

ESMERENCIANA. —Dame. Todavía tengo que traer un viaje de agua, ya no queda ni una gota. (*Mutis.*)

CLARIBEL. —¡También vos, con tus chifladuras!

ERMELINDA. —Yo no tengo tu pasta, hermanita. Yo no sueño con ser una heroica monjita de la secazón.

CLARIBEL. —No es para tanto. Pero tenemos un padre que se muere de angustia, y si nosotras, sus únicas hijas, no servimos ni siquiera para acompañarlo...

ERMELINDA. —Qué querés. No habré nacido para esto. Y no es culpa de una si viene con el alma sedienta, con el corazón abierto a otro mundo más generoso con los sueños.

ESCENA III

Mericia, Claribel y Ermelinda.

MERICIA. —(*Entrando.*) Decime una cosa, hijita. ¿Qué es cierto que Mardonio ha vendió todita la majada?

CLARIBEL. —Sí, tía.

MERICIA. —¿Sin dejar siquiera las cabrillas crespas, que parecían tan lecheras?

ERMELINDA. —Solo queda el Pastor en el chiquero.

CLARIBEL. —Ahí está el pobre perro. No hay poder humano que lo saque.

MERICIA. —Ve, si los animales son mejores que la gente, ¿no?

ERMELINDA. —Como para creer nomás, tía.

MERICIA. —Y claro, po, hija. ¿No ves cómo Dios nos va matando de sed ya?

CLARIBEL. —Pero qué culpa tienen los animales, tía. No ve cómo va quedando el tendal de osamentas por el campo.

ERMELINDA. —Yo no veo que sea tanta la justicia ya.

MERICIA. —¿Ya estás vos también por insolentarte con Dios? Eso te enseñará el chino fariseo ese de la Perforación, que se anda haciendo el zongo como si no juera.

ERMELINDA. —¡Bah! Eso nomás faltaba.

MERICIA. —Sí, pues. Hacete nomás la oveja con esta cabra vieja.

ERMELINDA. —Aquí no se puede tener una amistad... ¡Cómo se ve que son antiguas! (*Mutis.*)

MERICIA. —¡Claro, po, la doctora! ... ¿Por qué no te ponís calzones de hombre también, como esas escandalosas que vinieron l'otra vez con las canillas enfundadas como cohete? ¡Qué te vea nomás tu tata! A pesar que este viejo, con la seca, parece que anda como abambau.

CLARIBEL. —¿Le parece poco lo que pensará el pobre?

MERICIA. —No digo que no. ¿Pero acaso es la primera vez que padecemos seca?

CLARIBEL. —Como esta yo creo que jamás. Parece que todo está reseco por dentro y por fuera, tía. Hasta el mismo cielo, no ve que no junta ni una nubecita.

ESCENA IV

Esmerenciana, Mericia, Ermelinda y Claribel.

ESMERENCIANA. —Vení, Ermelinda. Atendeme la comida un rato. ¿Cómo te fue, Mericia?

MERICIA. —Mal, hija,

ESMERENCIANA. —¿No se halla la vaquita?

MERICIA. —Ni noticias. No hay más que el viejo mañero ese me la ha cueriau hace rato.

CLARIBEL. —(*Llamando.*) ¡Ermelinda!

MERICIA. —Pero aunque sea la osamenta de mi vaca me van a entregar. Del cuero, pa'que se vamos a acordar.

ERMELINDA. —¿Qué hay?

ESMERENCIANA. —Vení, atendeme la comida hasta que yo vuelva. No hay una gota de agua para la mesa. (*Mutis ambas.*)

MERICIA. —Sobre que está lejos esa miseria de agua que nos traen.

CLARIBEL. —¡Pobre mamá, de semejante distancia que se viene cargada con los baldes!

MERICIA. —Y gracias que nos mandan esa agüita del pueblo.

CLARIBEL. —Yo creo que, si no fuera por el trabajo de la Perforación, ya nos hubieran dejado perecer.

MERICIA. —Ya cuanta. ¿Y pa' cuándo será que van a sacar esa agua de bajo la tierra?

CLARIBEL. —Yo no sé, tía. Don Enrique siempre dice: “pronto, pronto”.

MERICIA. —Puede ser. Aunque ese gringo bullicioso parece que tiene más ganas de eternizarse aquí... Ve, yo no veo las horas que saquen agua. No tanto por l'agua, sino porque ya me tiene atormentada la cabeza con el ruido de esas máquinas. Todito el santo día no se oye más que “¡tun, tun, tun!”. Es como si estuvieran moliendo en los sesos de una.

CLARIBEL. —Dicen los peones que ya sale tierra mojada.

MERICIA. —¡Ahí! Ve, que Dios me perdone si hago malos juicios, pero ese gringo hereje es muy capaz de haber echau agua en el hoyo ese por los caños.

ESCENA V

El Mediero, Claribel Y Mericia.

MEDIERO. —Buen día. ¿Que habrá vuelto don Mardonio?

CLARIBEL. —Todavía no.

MERICIA. —Si casi no para en la casa.

MEDIERO. —Afligido anda el hombre.

MERICIA. —Como si le echaran la culpa de esta seca.

MEDIERO. —Es que da pena, señora.

MERICIA. —¿Y la siembra, será tierra?

MEDIERO. —Tierra. Yo no hi vuelto. ¿Para qué?

MERICIA. —Así es.

MEDIERO. —Era sabido. Pero él quería que sembremos. Ahí tiene.

CLARIBEL. —¿No se siente, don Custodio?

MEDIERO. —Más bien daré una vueltita más luego. Voy a curiosiar el trabajo de la Perforación. Se dice que el hombre nos va a dar agua...

MERICIA. —Tal vez, de tanto machucar el suelo.

MEDIERO. —Es la única esperanza. Lo que es Dios, parece que ya ni en cuenta nos tiene. (*Mutis.*)

ESCENA VI

Ermelinda, Claribel y Mericia.

ERMELINDA. —¿Se fue papá?

CLARIBEL. —Si no ha vuelto.

ERMELINDA. —¿No estaba hablando aquí?

CLARIBEL. —Era el Mediero.

MERICIA. —Si tu padre ya ni habla, po, hija. Todito el día se anda escondiendo como perro engusanau.

CLARIBEL. —¡Pobre papá! Ya solo él tiene fe en Dios.

MERICIA. —Todos tenemos, pero...

CLARIBEL. —¿Pero qué?

MERICIA. —Y... saben decir que amor sin correspondencia...

ERMELINDA. —¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno está eso!

CLARIBEL. —Sí, muy bueno. Toda herejía te parece buena. (*Mutis.*)

MERICIA. —Es un decir, hija.

ERMELINDA. —Mi hermana va mal, tía. O se mete de monja o aquí se vuelve loca.

MERICIA. —Ve, hija, si este mes no llueve, aquí toditos vamos a terminar haciendo morisquetas, como charqui en las brasas.

ERMELINDA. —Habiendo tanto lugar con agua, tenemos que vivir agonizando en esta tierra maldecida.

MERICIA. —Los viejos ya somos como el algarrobo: en cuanto lo trasplantan se muere.

ERMELINDA. —¡Pero, entre un minuto de vida y esta agonía de tierra seca...!

MERICIA. —Bueno, yo también voy a ver mi comidita. Ave María, ya ni qué echarle a l'olla nos va quedando. Ahí tengo un caldito chuyo que da pena verlo. Como lágrima'i suri. (*Mutis.*)

ESCENA VII

Ermelinda y Claribel.

ERMELINDA. —Sobre que aquí, si no hay carne, perecemos de hambre.

CLARIBEL. —(*Entrando.*) No pretenderás verdura fresca.

ERMELINDA. —¡Seguro! No me habré dado cuenta que vivimos en este secadal espantoso.

CLARIBEL. —Habrás que acostumbrarse.

ERMELINDA. —Ni muerta.

CLARIBEL. —¿Qué otro remedio?

ERMELINDA. —Yo me sé bien el remedio.

CLARIBEL. —¡Ermelinda!

ERMELINDA. —¿Qué hay?

CLARIBEL. —¿Qué quieres decir?

ERMELINDA. —Nada.

CLARIBEL. —Por Dios, hermana; ¿qué te has propuesto?

ERMELINDA. —Nada.

CLARIBEL. —Estás temblando.

ERMELINDA. —Mentira.

CLARIBEL. —¿Qué tienes?

ERMELINDA. —¡No te acerques!

CLARIBEL. —¡Hermana...!

ERMELINDA. —¿Quieres dejarme?

CLARIBEL. —Ermelinda, si nada nos separaba nunca...

ESCENA VIII

Marcos, Ermelinda y Claribel.

MARCOS. —(*Entrando.*) Permiso.

ERMELINDA. —¿Qué quiere?

MARCOS. —Este... disculpe. Yo...

CLARIBEL. —¿Qué desea, Marcos?

MARCOS. —Este... vea, yo no m'hi dau cuenta...

ERMELINDA. —¿Y qué tiene que darse cuenta usted?

MARCOS. —¿Ha visto...?

CLARIBEL. —¿Y qué deseaba, Marcos?

MARCOS. —Yo venía mandau. Por eso...

CLARIBEL. —¿A qué venía mandado?

MARCOS. —Sí. Como era un mensaje...

ERMELINDA. —¿Un mensaje?

MARCOS. —Sí. De don Enrique.

ERMELINDA. —¿Para quién?

CLARIBEL. — ¿Qué clase de mensajes trae usted?

MARCOS. — ¡No, no! Si dice que le manden un plano.

CLARIBEL. — ¿Un plano?

MARCOS. — Sí.

ERMELINDA. — ¿Y para eso...?

MARCOS. — Sí, sí. Que haga el favor.

CLARIBEL. — Pero, ¿qué plano quiere?

MARCOS. — Ese que se ha olvidado sobre su cama.

CLARIBEL. — ¿En la mía?

MARCOS. — ¡No, no! La de él.

ERMELINDA. — *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja!

MARCOS. — ¡Je, je, je! Y claro.

CLARIBEL. — Y vaya a sacarlo entonces.

MARCOS. — ¿Yo?

ERMELINDA. — Claro.

CLARIBEL. — Por supuesto. Nosotras no entramos a la pieza de él.

MARCOS. — ¡Ah, claro! Por supuesto. No estando él...

CLARIBEL. — ¿Cómo dice?

MARCOS. — ¡Y natural, po, niña!

CLARIBEL. — ¡Ah! ¿Le parece natural?

MARCOS. — Vea... ¡Cha, digo! Qué quiere que le diga.

ERMELINDA. — No diga nada.

MARCOS. — Mejor será... ¡Permiso! *(Mutis.)*

CLARIBEL. — Es lo que faltaba.

ERMELINDA. — ¿Vas a hacer una tragedia, ahora?

CLARIBEL. — Si no quieres darte cuenta, es otra cosa. Pero es muy difícil para la lengua de la gente cuando te envuelve una desgracia. *(Mutis.)*

ERMELINDA. — ¡Pero, hermana...! *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! *(A Marcos.)* ¿Lo encontró?

MARCOS. —(*Volviendo de la pieza.*) ¿Será este?

ERMELINDA. —¿Y no le ha dicho cuál es? ¿A ver?

MARCOS. —(*Dádoselo.*) Me ha dicho un plano.

ERMELINDA. —Aquí dice: “Corte A-B-Capas Geológicas”. De todos modos, si estaba sobre la cama...

MARCOS. —Sí.

ERMELINDA. —¡Y bueno!

MARCOS. —Sí, sí. Ese... Parece que no llueve, ¿no?

ERMELINDA. —Por lo menos ahora, parece que no.

MARCOS. —Pero... Tal vez llueva, ¿no?

ERMELINDA. —Por lo que veo, ¡ni esperanzas!

MARCOS. —La esperanza es l'último que se pierde. ¡Je, je je!

ERMELINDA. —Así dicen.

MARCOS. —Este... ¡Ejem! Lo que son las cosas, ¿no?

ERMELINDA. —¿Qué cosas?

MARCOS. —No, no, digo... lo que no llueve.

ERMELINDA. —¡Ah!

MARCOS. —¡Ejem!... Ta' lindo el día, ¿no?

ERMELINDA. —¿Le parece?

MARCOS. —Y, si a usted le parece...

CLARIBEL. —(*Desde la puerta.*) Lo que parece es que don Enrique va a tener que venir a quitarle ese plano, que ya lo va haciendo pedazos.

MARCOS. —¡Ah, sí, sí! Bueno... ¡Cierto! ¡Je, je, je! ¡Permiso! (*Mutis rápido.*)

CLARIBEL. —¿No te decía yo?

ERMELINDA. —(*Altanera.*) ¿Qué? (*Mutis.*)

ESCENA IX

Mardonio y Claribel.

MARDONIO. —*(Por foro. Se llega hasta el cántaro, introduce el jarro de agua y solo se oye el ruido a vacío con que choca en las paredes y en el fondo. Lo deja caer adentro, mira el cielo, se hunde el sombrero, y cruzando la escena va a salir por derecha cuando ve a Claribel, que estuvo mirándolo y no ha podido contener un sollozo.)* ¿Qué le pasa, m'hija?

CLARIBEL. —Nada, papá.

MARDONIO. —Y entonces, ¿qué son esas lágrimas?

CLARIBEL. —No es nada. Zonceras mías, no más.

MARDONIO. —Estará cansada, m'hija.

CLARIBEL. —No, no.

MARDONIO. —Aquí la vida es un trabajo amargo. Solo duramos quedando igual que leña. Y nunca se quema pa' los que ella quiere.

CLARIBEL. —No me haga caso.

MARDONIO. —Que no, m'hija. Si quiere, mañana se vuelve a la ciudad.

CLARIBEL. —Pero no, papá.

MARDONIO. —Ta' bien que se marchite una flor del campo...

CLARIBEL. —Mejor... La mandamos a la Ermelinda, ¿sabe?

MARDONIO. —¿Ella quiere irse?

CLARIBEL. —Sí. Este... No sé. Pero, como es jovencita...

MARDONIO. —Y usted...

CLARIBEL. —No, no; yo quiero quedarme a acompañarlos. O mejor nos vamos todos, ¿quiere?

MARDONIO. —No, m'hija. No es posible. Después comprenderá,

CLARIBEL. —Bueno. Entonces yo me quedo. Le daré la noticia a la Ermelinda, ¿sabe? *(Mutis.)*

ESCENA X

Esmerenciana y Mardonio.

ESMERENCIANA. —(*Vierte en el cántaro el agua de uno de los baldes. A Mardonio, que va a salir.*) ¿Te vas?

MARDONIO. —Por ahí.

ESMERENCIANA. —Ya va estar la comida.

MARDONIO. —No tengo ganas.

ESMERENCIANA. —Pero hombre de Dios, ¿por eso ya ni vas a comer siquiera? No te lo pasás más que mirando el cielo, día y noche: “¿lloverá?, ¿lloverá?”. (*Enjugándose las lágrimas.*) En vez de darle ánimo a una... Como si fueras el único que le duele esta seca.

MARDONIO. —¿A vos?

ESMERENCIANA. —Mirá, mirame las manos. Ve cómo las tengo de tanto acarrear agua de casi una legua, que gracias a Dios todavía queda un poco.

MARDONIO. —Tarás queriendo paga.

ESMERENCIANA. —Sí, la paga que más te cueste, la de tratarla como gente a una.

MARDONIO. —¿Querís callarte, carascho?

ESMERENCIANA. —Todavía más... Ya solo muerta. (*Mutis.*)

MARDONIO. —¡Si remediáramos algo...!

ESCENA XI

Mericia, Mardonio, Enrique, Ramón, Ermelinda, Claribel y Esmerenciana.

MERICIA. —¿Van a creer que buscando agua las pobres chivas me habían tumbau l'ollita con la comida? Me han regau el fogón con el caldito que estaba haciendo. ¿No está la Esmerenciana?

MARDONIO. —Por ahí.

MERICIA. —(*Sentándose.*) Así es que me van a tener que invitar a comer, po, cuñau.

MARDONIO. —Algo habrá.

ENRIQUE. —(*Por foro.*) No, si es una tosca blanda. Con doce horas de trépano la pasamos. Debe ser una hermosa napa.

RAMÓN. — Yo tengo listos, la llave del grifo y el terminal de la bomba.

ENRIQUE. —Buenas, buenas.

MARDONIO. —Salú.

MERICIA. —Buen día.

ENRIQUE. —¿Qué cuenta, doña Mericia?

MERICIA. —Y nada. Esperando esa agua.

ENRIQUE. —Ya la va a tener.

ERMELINDA. —(*Apareciendo muy arreglada.*) Buenos días, ¿muy cansados?

ENRIQUE. —Buen día, señorita. Algo, sí, pero satisfechos. Nosotros obramos.

ESMERENCIANA. —(*Con mantel y cubiertos.*) Buenos días. Ya va a estar don Enrique. Medio apuradas anduvimos, tras del agua.

ENRIQUE. —Está bien, señora. Es temprano.

CLARIBEL. —(*Entrando.*) Deje, mamá. Yo le ayudo.

ESMERENCIANA. —Bueno, hija. Vaya poniendo la mesa. ¿No gustan un traguito de vino, antes?

ENRIQUE. —Cómo no, señora. Muchas gracias.

ESMERENCIANA. —(*Sirviendo.*) Así van haciendo tiempo.

MERICIA. —Es güeno humedecer las tripas, aunque sea con vino, ya que agua, ¡pa cuándo!

ENRIQUE. —Ya se va a ahogar, si quiere.

RAMÓN. — Tal vez mañana estemos brindando, doña Mericia.

MARDONIO. —¡Mañana...!

ERMELINDA. —Lo que es a mí, me parece imposible ver agua por acá.

ENRIQUE. —No hay imposibles cuando uno quiere algo de verdad.

MARDONIO. —Según y conforme.

ENRIQUE. —Siempre lo mismo. Su Dios solo da lo que se amasa con sus propias manos. Nada más.

MARDONIO. —¡Como si todo no fuese obra de Dios...!

ENRIQUE. —No saben más: la obra de Dios. Ese chorro de agua que van a ver mañana es obra mía. Usted, que solo espera agua de Dios, mañana tendrá que ponerme velas a mí. Yo le daré agua, entonces yo paso a ser su Dios. ¡Ja, ja, ja! Ya lo sabe.

MERICIA. —Encima de hereje, tuavía consentido el mozo.

ENRIQUE. —Cada uno puede lo que quiere.

MARDONIO. —Será.

ENRIQUE. —Mañana va a ver.

MARDONIO. —(*Medio mutis.*) Veremos.

ERMELINDA. —¿Así es que mañana...?

CLARIBEL. —Si Dios quiere.

ENRIQUE. —Aunque no quiera.

MERICIA. —¡Por fin descansarán mis sesos!

ENRIQUE. —¿De tanto pensar en Dios?

MERICIA. —De tanto que han machucau el suelo. Hay que ver, ¿no? ¿Le habrán dicho que tenemos suelo con “tutano”?

ENRIQUE. —Algo mejor: ¡agua! ¿No viven clamando? Y se mueren clamando.

MERICIA. —(*Levantándose.*) ¡Ponerse a “tutaniar” el suelo! ¡Jajay! Ta viendo cosas una... (*Mutis.*)

MARDONIO. —(*Inconscientemente.*) ¿Lloverá?

ENRIQUE. —Es de vicio. ¡Je, je, je! Ya le he dicho, primero se va a mojar con el agua de mi pozo.

MARDONIO. —Es que precisamos de la otra agua, la que moja todo, la que llena los ríos y anega los campos. La que baña esa tierra que está acezando de fiebre... ¡Qué va a hacer con su pozo!

ENRIQUE. —¿Qué voy a hacer? Lo que haría el que tiene un balde de agua en el desierto: salvar los que agonizan mirando el cielo.

CLARIBEL. —¿Es cierto que hubo otra pelea?

RAMÓN. —Anoche. Hay dos heridos. Graves.

CLARIBEL. —¡Más todavía! Mi Dios, la gente está como envenenada. No pasa un día sin que alguno caiga herido. Sino muerto.

RAMÓN. —Sería está la cosa.

ERMELINDA. —¿Y por qué se pelean?

RAMÓN. —Por zonceras, niña. Motivos no faltan cuando se quiere peliar.

CLARIBEL. —¿Pero son tan malos todos?

RAMÓN. — Antes no eran. Como si fuera esta seca... Vaya saber.

MARDONIO. —Gente sin fe

ENRIQUE. —¡No, gente sin agua, señor!

ERMELINDA. —¿Será... cómo hidrofobia?

ENRIQUE. —No está lejos, no voy a creer. Deles agua y verá cómo se acaban los males. Con rezos no se hace nada. Hay que hacer como hago yo, ponerse a cavar hasta que se la halle.

CLARIBEL. —Nos va a resultar un enviado de Dios...

ENRIQUE. —No, señorita. Algo menos: del Gobierno.

RAMÓN. —Ya es algo, ¿no?

ENRIQUE. —Nada más que yo soy hombre más práctico. A mí me paga el Gobierno y yo le doy agua donde la pide. Si Dios a lo mejor se la da cuando no haga falta. Yo se la daré mañana.

ERMELINDA. —¿Y si gana don Enrique, papá?

ENRIQUE. —(*Levantándose.*) No lo dude. Se lo digo yo. Mire el día. ¡Ja, ja, ja!

ERMELINDA. —Yo no entiendo. (*Mutis.*)

RAMÓN. —Vaya a saber... Medio sofocante está. (*Saliendo.*)

ENRIQUE. —¡Si estaré seguro! ¡Ja, ja, ja! (*Mutis izquierda.*)

MARDONIO. —Dios gana siempre, m'hija. Porque tiene que ganar. Par'eso es Dios.

CLARIBEL. —(*Acercándosele.*) Si la salvación de todos estuviese en irnos, padre ¿no dejaría su capricho?

MARDONIO. —¡Capricho! Si bajo su alero, m'hija, se llega a un montón de gente con tanto hambre de pan como de fe, y usted compromete su alma y el pan de sus hijos enseñándoles que Dios no falta nunca; si les ha criau raíces pintándoles por cada revés una esperanza nueva, y les hizo querer esta tierra que ahora maldicen porque está reseca. ¿Usted, usted se iría, m'hija?

CLARIBEL. —No sé...

MARDONIO. —¿Usted se iría...?

CLARIBEL. —No sé, papá... (*Contra su pecho.*) Yo solo tengo miedo...

MARDONIO. —(*Abrazándola.*) ¡Cha digo...! Si lloviera...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

La escena sola. Aparecen luego, por foro, Marcos y Ramón.

Luego Esmerenciana.

MARCOS. — No habrá nadie.

RAMÓN. — Parece un nido abandonau.

MARCOS. — *(Golpeando las manos.)* Ojalá saliera ella.

RAMÓN. — ¿Quién?

MARCOS. — La niña Ermelinda.

RAMÓN. — ¿Para?

MARCOS. — Y... pa' verla.

RAMÓN. — ¿Y qué?

MARCOS. — Algo es. Un gusto. *(Vuelve a llamar.)*

RAMÓN. — Vos creís que una maestra se va a fijar en un triste peón.

MARCOS. — ¿Y acaso somos perros?

RAMÓN. — Par'ella a lo mejor.

MARCOS. — Tal vez no.

RAMÓN. — Un buen consejo. No te metás; nosotros t'amos abajo. Las mujeres como ella miran p'arriba.

MARCOS. — Tal vez ella no.

RAMÓN. — Todas.

MARCOS. — Uno se da cuenta.

RAMÓN. — Sí, cuando es tarde.

MARCOS. —Tengo buenos ojos.

RAMÓN. —Poco ven los de la cara en esto.

Esmerenciana aparece por segunda derecha.

MARCOS. —Güen día, señora.

ESMERENCIANA. —Buen día.

MARCOS. —Don Enrique nos manda a llevar un tablón grande.

ESMERENCIANA. —(*Señalando hacia segunda derecha.*) Será aquel que está en el árbol.

RAMÓN. —Ese ha'i de ser. (*Sale.*)

MARCOS. —(*Deteniéndose zalamero.*) Estamos por hacer un puente, ¿sabe? Pa' no andar dentro l'agua.

ESMERENCIANA. —(*Iluminada.*) ¿Agua? ¿Qué, ya sale?

MARCOS. —Todavía no. Pero hay que hacerlo antes, ¿sabe?

ESMERENCIANA. —(*Con desencanto.*) ¡Ah...!

MARCOS. —¡Oh, cuando salga, don Enrique va a hacer una fiesta bárbara! Va a invitar a toda la gente. Pa que vean, dice.

RAMÓN. —(*Desde bambalinas.*) ¿Y di'ahi?

MARCOS. —¡Ya voy! Este... parece que l'han dejau sola, ¿no?

ESMERENCIANA. —Sola.

MARCOS. —¿Y las niñas? Este... ¿paseando?

ESMERENCIANA. —¿Y a dónde?

MARCOS. —Yo decía... por un decir.

ESMERENCIANA. —¿Qué, las precisa?

MARCOS. —¡No, no! Preguntaba, por preguntar... ¡Je, je, je! Este... Güeno, entonces por allá nomá vamos a salir.

ESMERENCIANA. —Sí, claro.

MARCOS. — Bueno, hasta luego. *(Sale.)*

ESMERENCIANA. — Hasta luego.

ESCENA II

Ermelinda, Esmerenciana, Claribel y Méndez.

ERMELINDA. — *(Aparece por primera derecha.)* ¿Quién andaba?

ESMERENCIANA. — Dos peones.

ERMELINDA. — ¿Ya se fueron?

MÉNDEZ. — *(Por segundo plano, izquierda.)* Permiso.

ERMELINDA. — ¡Oh! Me asustó.

MÉNDEZ. — No he comido a nadie, señorita.

ERMELINDA. — No, no es por eso. Como lo vi de golpe.

MÉNDEZ. — No soy muy atrayente.

ESMERENCIANA. — ¿Qué desea?

MÉNDEZ. — Si fuera tan amable... Nada más que un poco de agua. Ya me voy.

ESMERENCIANA. — *(Yendo a mirar en el cántaro.)* Yo creo... No queda nada.

MÉNDEZ. — Es posible que... En fin. Tenía mucha sed.

ESMERENCIANA. — *(A Ermelinda.)* Espere, tal vez haya en la jarra.

ERMELINDA. — *(Hacia primera derecha.)* ¡Claribel!

CLARIBEL. — *(De interior.)* ¡Qué hay!

ERMELINDA. — Ve si hay agua en la jarra de vidrio.

ESMERENCIANA. — Y pase. ¿No quiere sentarse?

MÉNDEZ. — *(Entrando.)* Gracias. Estoy cansado.

ERMELINDA. — ¿Viene de lejos?

MÉNDEZ. —No mucho. Pero fatiga la sed.

CLARIBEL. —(*Entrando con la jarra.*) ¿Para qué...? Buenos días.

MÉNDEZ. —Buenos días.

ERMELINDA. —Es para él.

CLARIBEL. —(*Sirviendo en un vaso.*) Pero es muy poquita. Apenas medio vaso.

MÉNDEZ. —(*Recibiéndolo.*) Algo es (*Bebe.*) ¡Ah...! Es un gran alivio. Muchas gracias.

ESMERENCIANA. —Voy a traer un viaje de agua. (*Sale.*)

CLARIBEL. —Siéntese.

MÉNDEZ. —(*Sentándose.*) Gracias. Se está bien aquí.

ERMELINDA. —¿Le parece?

MÉNDEZ. —Seguro. Un techo es algo importante. ¿Me permiten fumar?

CLARIBEL. —Sí, cómo no.

MÉNDEZ. —(*Enciende un cigarrillo.*) Gracias.

ERMELINDA. —¿Usted no tiene un techo?

MÉNDEZ. —No podría tenerlo.

CLARIBEL. —¿Por qué?

MÉNDEZ. —Vivo andando siempre.

ERMELINDA. —¡Je, je, je! Ya no me es posible.

CLARIBEL. —¿Por qué?

MÉNDEZ. —A nadie le es posible. Cuando uno ya sabe lo que es. Lo que han hecho de uno.

ERMELINDA. —Cambiar es renovarse.

MÉNDEZ. —Ilusiones. Se empieza una sola vez. (*Pausa.*) Yo empecé allá, en esos campos de la vieja Europa, siempre en llamas.

CLARIBEL. —(*Sentándose.*) ¿En la guerra?

MÉNDEZ. —¡La guerra...! Nunca hubo guerra. Todas son infamias. (*Pausa.*) Yo era un tirador famoso. Por eso advirtieron que no

volteaba ninguno. Resolvieron fusilarme... Ese día me llevaban dos muchachos, dos niños. Surgió una patrulla enemiga y se oyeron cinco tiros. Cayó acribillado el que iba rezando por mí. Le tomé el fusil y cuerpo en tierra, terminé con la patrulla. Se me perdonó la vida. La guerra ya estaba dentro de mí... ¡Je, je, je! Hasta que me inutilizaron. Entonces aprendí a robar a los muertos. Ellos también mezquinan sus abrigos. Al cabo fueron hombres, ¡cómo iban a ser generosos! (Pausa.)

CLARIBEL. —Algo bueno habrá... Para algo será que vivimos.

MÉNDEZ. —Algo habrá... Sarcasmos.

ERMELINDA. —No todo ha de ser amargura.

CLARIBEL. —Será que no sabemos ver lo bueno de las cosas, o creer que hemos de ser mejores algún día.

MÉNDEZ. —Tal vez. (Pausa.) Si supiéramos para qué duraznal de su huerto amanece un día como una gloria en capullos, si el temporal de la noche sembrará de tules rosados el barro de las amelgas, para qué nace ornamentada con la belleza misma resumida en colores, una mariposilla que vive lo que dura un suspiro, porque vibrando toda ella en un himno al amor, la calandria en celos cae destrozada por la honda de un niño...

ERMELINDA. —(Levantándose.) ¡Es usted un poeta!

MÉNDEZ. —No; no soy poeta. O tal vez... a mi manera. ¡Je, je, je!

CLARIBEL. —Si tan bien puede captar su espíritu las bellezas de la vida.

MÉNDEZ. —La vida no tiene bellezas.

ERMELINDA. —¿Y lo que decía recién?

MÉNDEZ. —Son cosas muy distintas. La vida... “la vida”, en realidad no existe.

ERMELINDA. —Está gracioso. Niega que usted mismo vive.

MÉNDEZ. —No. Bien sé que vivo.

CLARIBEL. —¿Y entonces?

MÉNDEZ. —Digo “la vida”, entiéndame usted bien. La vida no existe.

ERMELINDA. —¿Nosotros, por ejemplo, estaríamos muertos?

MÉNDEZ. —No. He dicho “la vida”. Lo que nosotros llamamos “la vida”, no existe. Hay muchas, infinidad de vidas. Tantas vidas como seres vivos. Tenemos nuestra propia vida, y nada más. Cierre usted los ojos y tapóñese los oídos. Casi, casi ha clausurado su vida: la suya. Que al fin eso es el mundo. El único mundo que hay es el que llevamos adentro. ¿Qué mundo habrá cuando yo no exista? El suyo, el de los demás... Pues yo quisiera el mío. Y ya no lo tengo. ¡Je, je, je!

ERMELINDA. —La verdad es que...

MÉNDEZ. —¿Qué?

ERMELINDA. —Casi diría que tiene razón.

MÉNDEZ. —¡Je, je, je! No, no me diga usted eso.

ERMELINDA. —Entonces usted no cree lo que dice.

MÉNDEZ. —Sí, yo creo todo eso. Pero usted.

ERMELINDA. —¿Yo qué?

MÉNDEZ. —Usted es una niña...

ERMELINDA. —Una mujer.

MÉNDEZ. —¡Oh, sí, sí! ¡Je, je, je! Perdone... ¡Je, je, je! Algo habrá... Tal vez... A veces pareciera.

ERMELINDA. —¿Se ríe de mí?

MÉNDEZ. —¡No, no! ¿Usted sabe una cosa?

ERMELINDA. —¿Qué?

MÉNDEZ. —Yo creo que debe respetarse una ilusión. Sobre todo, si aletea por los cielos de una vida que no nos pertenece. Al fin y al cabo, también se goza mirando jugar una golondrina en el espacio.

CLARIBEL. —Eso es puro egoísmo. No lo conmueve a usted ni la muerte.

MÉNDEZ. —¿Por qué ha de conmoverme un hecho perfectamente natural? Ni siquiera es un acto solemne.

ERMELINDA. —¿Nunca ha pensado lo que sería su muerte?

MÉNDEZ. —La muerte. ¿Qué muerte? Si no hay tal muerte. Un día, un instante cualquiera, dejamos de vivir... y eso es todo.

ESCENA III

Mericia, Claribel y Méndez.

MERICIA. —(*Entrando.*) ¡Misericordia!, ya había estau el “col-col” aquí.

CLARIBEL. —¡Pero, tía...!

MÉNDEZ. —Déjela. Creen que traigo mala suerte. Bueno, les agradezco mucho el agua. Sobre todo la conversación. No es fácil conversar así con la gente.

MERICIA. —Y claro; un hombre que vive como si fuera un demonio... Nadie sabe lo que hace.

MÉNDEZ. —¡Ah! ¿Ese es el misterio? Mi oficio. ¡Je, je, je! ¿Sabe cuál es mi oficio?

MERICIA. —Si una juera bruja...

MÉNDEZ. —Allá, en la guerra, me ocupaba de vendar la ropa de los muertos.

MERICIA. —¡Misericordia! Si de oírlo nomá es pecau. (*Transición.*) ¿Y aquí?

MÉNDEZ. —Aquí no se puede vivir de eso. No hay suficientes cadáveres. Solo se mueren los animales. Pero, quitarles el cuero, también es como desvestirlos... ¡Je, je, je! (*Sale.*)

ESCENA IV

Mericia, Ermelinda y Claribel.

MERICIA. —¿No te digo yo? ¡Este es el que me ha cueriau mi vaca!

ERMELINDA. —¿Y todavía piensa en su vaca?

MERICIA. —¡Hasta que me muera! ¿Cómo no va a haber ni rastros? Ve, que Dios me perdone, pero comido de los “jotes” lo’hi de hallar al ladrón.

CLARIBEL. —¡Tía no diga eso...!

ERMELINDA. —Esa famosa vaca... Papá decía que era una bolsa de huesos. *(Sale.)*

MERICIA. —¿Y él, que parece ánima en pena?

CLARIBEL. —Bueno, tía, no le haga caso. Siéntese. ¿De dónde viene tan agitada?

MERICIA. —*(Sentándose.)* ¡Ay, hijita!; ¡vieras las cosas que están pasando!

CLARIBEL. —¿Qué, tía, qué pasa?

MERICIA. —Ya está endiablada todita la gente.

CLARIBEL. —¿Qué hay, qué pasa?

MERICIA. —Otra pelea.

CLARIBEL. —¡Dios mío! ¿Y siguen?

MERICIA. —Y ahora es peor. Cada vez que se chuman en esa cantina, cae destripau alguno.

CLARIBEL. —Es como para enloquecer.

MERICIA. —Se han formau dos bandos. Uno con tu padre, y el otro con el gringo hereje. Y di’ahi dimanan las camorras.

CLARIBEL. —¡Dos bandos!

MERICIA. —Sí. Separaus a muerte...

CLARIBEL. —¡Dios mío, Dios mío!

MERICIA. —Lo malo es que los del gringo hereje son más muchos y al paso que van los van a acabar a los otros.

ESCENA V

Enrique, Claribel y Mericia.

ENRIQUE. —(*Entrando.*) Buenas, buenas.

CLARIBEL. —¿Ha visto su obra?

ENRIQUE. —¿Qué obra?

CLARIBEL. —Otro herido en la cantina.

ENRIQUE. —¿Y qué tengo que ver yo?

MERICIA. —¿Y qué no es de usted la cantina?

ENRIQUE. —Mía no. Es de la Perforación. Y además, allí va el que quiere.

CLARIBEL. —¡Pero van a matarse! Y todavía les venden vino.

ENRIQUE. —Y bueno, si van a eso, que se maten.

MERICIA. —¡Lindas entrañas...!

CLARIBEL. —¿Cómo no va tener que ver? Usted los ha dividido, y los hizo que se odiaran entre ellos.

ENRIQUE. —¿Quién, yo?

CLARIBEL. —Sí, usted. Antes vivíamos en paz.

ENRIQUE. —En paz y muriéndose de sed.

MERICIA. —¿Y ahora s'estaremos ahugando?

CLARIBEL. —A menos en paz con Dios.

ENRIQUE. —Claro... Y muy agradecidos. ¡Je, je, je!

MERICIA. —Mientras no tengamos la del demonio...

ENRIQUE. —Es la única que va a ver.

MERICIA. —Capaz de hacerme bruja.

ENRIQUE. —No le falta mucho.

MERICIA. —¡Ojalá juera! Así le conocía las intenciones al Condenau.
(*Mutis.*)

ENRIQUE. —(*Transición.*) Usted es demasiado sensible, señorita.

CLARIBEL. —¿Y todavía cree que se puede ser insensible?

ENRIQUE. —Y claro. La naturaleza es muy sabia, señorita. Es ella la que hace que se vayan eliminando todos aquellos que no merecen vivir.

CLARIBEL. —¿Pero es posible?

ENRIQUE. —Perfectamente lógico. No hubiera muerto ninguno, si en vez de estar bebiendo y alegando estupideces durante días y días, se hubieran puesto a cavar conmigo buscando el agua que les hace falta.

ESCENA VI

Mardonio, Claribel y Enrique.

Mardonio aparece por foro. Claribel lo mira con ansiedad un instante y bajando la cabeza, sale por derecha.

ENRIQUE. —¿No ha visto la perforación?

MARDONIO. —¿Por?

ENRIQUE. —¿Qué tal? Parece que hoy día nomás hará llover el Dios Enrique. ¡Ja, ja, ja!

MARDONIO. —(*En primer plano.*) Está por verse.

ENRIQUE. —No, si está convencido. Sigue negando por capricho.

MARDONIO. —No es usted el que me va a convencer.

ENRIQUE. —Tal vez. Pero soy yo el que lo está haciendo que se arrime a ver el agua que su Dios no le quiere dar.

MARDONIO. —¿Que me arrime?

ENRIQUE. —¡Sí! Ya lo han visto rondando por la Perforación.

MARDONIO. —Por un ver.

ENRIQUE. —Por un ver... ¡Ya sé que por un ver! Así se fueron arrimando todos esos que vivían, como usted, clamando a Dios, y ahora me están pidiendo a mí.

MARDONIO. —Taré ciego, pero yo no'hi visto esa agua que dice.

ENRIQUE. —Agua no, pero habrá visto esa tierra mojada que sale ya.

MARDONIO. —Tierra mojada... Par'eso... ¡Tierra mojada!

ENRIQUE. —¡Y barro! ¡Ese barro que anoche alzaba con las manos y hundía la cara rezando y mirando al cielo, como loco!

MARDONIO. —¿Quién?

ENRIQUE. —¡Usted! ¿Se cree que no lo han visto? No se dio cuenta que la noche estaba como de día, con semejante luna... ¡Ja, ja, ja! Venga, hombre, no se vaya. ¿Qué me dice usted?

MARDONIO. —Después de todo... Pero si esa es toda l'agua.

ENRIQUE. —Bien sabe que no. ¡Me voy a dar el gusto de empaparlo!

CLARIBEL. —(*Por segunda derecha.*) Padre...

MARDONIO. —¿Qué pasa?

CLARIBEL. —Le he servido el desayuno en la cocina.

MARDONIO. —Después. (*Mutis lento, por derecha.*)

ENRIQUE. —Después que baje Dios con agua. ¡Ja, ja, ja! Venga, hombre...

CLARIBEL. —¿Por qué no lo deja tranquilo?

ENRIQUE. —¿Tranquilo? ¿Quién yo?

CLARIBEL. —Sí. ¿Qué es lo que se ha propuesto usted? ¿Mortificarlo?

ENRIQUE. —Yo no. En todo caso, el que lo mortifica sería su Dios, que no le lleva ni el apunte.

CLARIBEL. —A usted le parecerá muy bonito eso de blasfemar contra Dios.

ENRIQUE. —No. No se equivoque. Yo no digo esto porque me parezca bonito, sino porque son verdades.

CLARIBEL. —Muy bien se dice la verdad, cuando es verdad, sin blasfemias que solo pretenden afirmar lo inseguro.

ENRIQUE. —Un momento, señorita. Usted me admite que son verdades.

CLARIBEL. —Yo no le admito nada. No se equivoque usted.

ERMELINDA. —(*Entrando.*) Claribel, no seas torpe...

CLARIBEL. —En la mujer, lo que es claridad no es torpeza. (*Mutis.*)

ESCENA VII

Enrique, Ermelinda y Claribel.

ENRIQUE. —Yo quiero salvarlos de este misticismo suicida en que su padre quiere meterlos a toda costa.

ERMELINDA. —Él es sincero, don Enrique.

ENRIQUE. —Ya lo sé. ¿Pero usted se imagina el mal que le hace a toda esa gente, enseñándole a poner los ojos en blanco y dejarse estar a la espera de un milagro que sabemos muy bien que no llega nunca? La única persona que puede convencerlos de que don Mardonio se engaña y los está engañando soy yo. Debo triunfar a toda costa, Ermelinda. Usted es una mujer moderna y práctica, usted me ayudará.

ERMELINDA. —En contra de mi padre.

ENRIQUE. —No. Se trata de convencerlo a él también.

ERMELINDA. —Imposible.

ENRIQUE. —¿Qué? ¿Qué se convenza?

ERMELINDA. —¿Le parece fácil?

ENRIQUE. —Ya verá cuando con estas manos haga girar la manivela del pozo, y luego de subir veinte metros el chorro de agua los bañe a todos... Eso sí que es un milagro. ¿Se imagina cayendo sobre el médano ese, una lluvia nuestra, fabricada con nuestras manos? ¡No han de convencerse! ¡Que me vengan a decir después que seguirán esperando el agua de Dios, teniendo la nuestra, la que ponemos a la orden y voluntad de todos!

ERMELINDA. —¿Tan seguro está de que saldrá?

ENRIQUE. —¡Qué no! ¡Si ya la tengo ahí, como a dos metros! Es un río que bulle por subir a envolvernos en oleadas que saldrán a borbotones... La viera usted, enceguecida por la luz del día, brota como un león que salta de la oscuridad de su cueva. ¡Eso es un milagro! Pero un milagro de la técnica.

CLARIBEL. —(*Entrando.*) Ermelinda, ayúdanos a terminar esta camisa de papá.

ENRIQUE. —Bueno; yo también debo terminar el informe técnico. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA VIII

Ermelinda, Claribel, Mardonio, Enrique y Esmerenciana.

ERMELINDA. —El hecho es que aquí no se puede vivir en paz.

CLARIBEL. —Si no quieres hacerlo...

ERMELINDA. —No es por eso.

CLARIBEL. —¿Y entonces?

ERMELINDA. —Yo creo que bien nos entendemos. Hay palabras que están de más.

CLARIBEL. —No, Ermelinda, no. Entre nosotras, no.

Ermelinda se ha detenido a las primeras palabras. Luego de mirarla un instante, gira bruscamente y sale. Mardonio llega desde el foro, se acerca al cántaro, mete el jarro y luego de mirarlo vacío, lo deja caer adentro. Contempla el cielo, se hunde el sombrero y va saliendo por segunda derecha.

CLARIBEL. —¡Papá!

Mardonio parece no haberle oído. Sale. Ermelinda entra por foro, con dos baldes colgando de sus brazos doblados, y con las manos juntas.

CLARIBEL. —¿Qué ha pasado? ¿Se ha vuelto del camino?

ERMELINDA. —(*Sentándose.*) No hay agua.

CLARIBEL. —¡No hay agua...! (*Se sienta.*)

ERMELINDA. —Y no saben si llegará esta noche.

CLARIBEL. —(*Mordiéndose un grito desesperado.*) ¡Don Enrique!

ENRIQUE. —(*Apareciendo.*) ¿Qué pasa?

CLARIBEL. —Eh...

ENRIQUE. —¿Qué sucede? ¿No me llamó?

CLARIBEL. —No, no, perdone.

ENRIQUE. —Me había parecido. (*Sale.*) (*Pausa.*)

CLARIBEL. —¡Mamá!

ESMERENCIANA. —¿Hija...?

CLARIBEL. —(*Abstraída.*) ¿No tiene ganas de llorar a gritos?

ESMERENCIANA. —Para qué.

CLARIBEL. —(*Tomándose la cabeza, prorrumpe en sollozos.*) No.

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA I

Enrique, El Mediero y Ramón

ENRIQUE. —(*Aparece desde su pieza, poniéndose la chaqueta.*) Bueno, está listo el informe técnico de la perforación. Ahora solo faltan los últimos golpecitos, y darle presión al pozo, para que salte la lluvia de la tierra. ¡Ja, ja, ja!

MEDIERO. —(*En segundo plano.*) Si antes no llega la del cielo.

ENRIQUE. —¿Cómo dice?

MEDIERO. —No sé si es tierra o agua, pero una tormenta viene del sur.

ENRIQUE. —No se haga ilusiones, más fácil es que le llueva plata.

MEDIERO. —No le juegue risa. Fiero, muy fiero castiga Dios.

ENRIQUE. —¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. —(*Por foro.*) Don Enrique, don Enrique.

ENRIQUE. —¿Qué le pasa?

RAMÓN. —Otra mecha nueva.

ENRIQUE. —¿Para qué?

RAMÓN. —Se acaba de hacer trizas la otra.

ENRIQUE. —¿Otra más? Ya van tres en el día.

RAMÓN. —Se está poniendo cada vez más brava esa tosca.

ENRIQUE. —Bueno, tome la llave del depósito. Saque la última que queda.

RAMÓN. —Ojalá consigamos atravesarla.

ENRIQUE. —Hay que darle firme y con cuidado. Dentro de dos horas que salga un peñón con ese telegrama para el Ministerio.

RAMÓN. —Está bien. Lo malo es que hay que apurarse mucho ahora.

ENRIQUE. —¿Por qué?

RAMÓN. —Y... ¿qué, no ha visto? Salga, mire p'al sur.

ENRIQUE. —¡Usted también!

RAMÓN. —Y bueno, mire.

ENRIQUE. —(*Saliendo.*) Se asustan de nada, hombre.

MEDIERO. —Viento y agua, se viene.

ENRIQUE. —¿Y esa polvareda cree que es agua? ¡Está loco, hombre!

RAMÓN. —Viento fuerte es.

MEDIERO. —Y piedra.

ENRIQUE. —¿Qué? ¿Granizo?

RAMÓN. —Va a ser brava, jefe.

ENRIQUE. —Bueno, de todos modos, hay que apurarse. Ese viento no llega aquí antes de dos horas.

RAMÓN. —Quién sabe, jefe. Bueno, me voy nomá yo.

ENRIQUE. —Espere, venga.

RAMÓN. —La cosa apura, señor.

ENRIQUE. —¡Venga, hombre! Ya está muerto de miedo usted también.

En seguida se asustan igual que los animales, sin saber la causa.

ESCENA II

Claribel, Esmerenciana, El Mediero y Enrique.

CLARIBEL. —(*Seguida de Esmerenciana, al Mediero.*) ¿No ha vuelto papá?

MEDIERO. —No lo'hi visto.

ESMERENCIANA. —(*Entra llamando.*) ¡Ermelinda!

CLARIBEL. —(A Enrique.) ¿Y papá?

ESMERENCIANA. —¡Ermelinda!

ENRIQUE. —¡Qué sé yo! Andará mirando el cielo, por ahí.

ESMERENCIANA. —¿No has visto a tu padre?

ERMELINDA. —(Por derecha.) Qué hay, mamá.

ERMELINDA. —No. ¿Qué hay? ¿Qué es lo que pasa?

ENRIQUE. —(A Ramón.) Venga, pase para acá. (Mutis ambos.)

ESCENA III

Mericia, Claribel, Ermelinda, El Mediero, Enrique y Ramón.

MERICIA. —(Por foro.) Dios de los cielos, hijita, ¡se viene dando güelta el mundo!

CLARIBEL. —Y papá.

MERICIA. —¿Diande querís que sepa yo?

ERMELINDA. —Pero, ¿qué es lo que hay?

MERICIA. —Una tormenta com'un ciclón, hijita. (Se sienta.)

ERMELINDA. —¿Lluvia?

MERICIA. —Con viento, piedra, rejucilos...

ESMERENCIANA. —¡Dios mío, y este hombre!

CLARIBEL. —Yo iré a buscarlo.

MEDIERO. —Deje nomás. Yo me voy. (Mutis.)

ESMERENCIANA. —Haga el favor, don Custodio.

ERMELINDA. —(En segundo plano.) ¡Ay, cómo se ha puesto el cielo!

ESMERENCIANA. —(A Claribel.) Bueno, hijita, vamos a entrar las cosas que están afuera.

ERMELINDA. —¡Cierto! Mi vestido está en la sogá... (Mutis corriendo.)

ESMERENCIANA. —(Saliendo.) Aquí nomás quedate, Mericia.

MERICIA. —¡Y claro! ¿Qué voy a hacer solita en mi rancho? Expuesto que me lo destape, semejante ventarrón que viene.

ENRIQUE. —(*Con Ramón.*) Por más apuro que haya. Planeando bien las cosas...

MERICIA. —¡Ave María! Si debíamos cantar el Trisagio...

ENRIQUE. —¿Qué?

MERICIA. —¡Jesús! Yo por hacer rezar al Diablo. (*Mutis.*)

ESCENA IV

Mardonio, Enrique, El Mediero y Ramón.

MARDONIO. —(*Entrando.*) Salú.

ENRIQUE. —¡Ah, está contento ahora!

MARDONIO. —¿Por?

ENRIQUE. —Como si fuera a llover... ¿No es así?

MARDONIO. —Seguro.

ENRIQUE. —¿Ahora está seguro?

MARDONIO. —Siempre estuve.

ENRIQUE. —No. Recién ahora está criando alas. ¿Me va a negar que, hasta hace un rato, andaba con la cola entre las piernas?

MARDONIO. —Algo intranquilo, sí.

ENRIQUE. —¡Miedo! Yo les llamo a las cosas por su nombre...

MARDONIO. —Llámele pena, entonces. Tienen tantos hijos Dios... Bien se puede olvidar de algunos.

ENRIQUE. —Vaya dándose por echado al olvido. ¡Ja, ja, ja!

MARDONIO. —Ta por verse.

MEDIERO. —(*Entrando.*) Parece que no había estau tan viejo, patrón.

ENRIQUE. —¿Por qué?

MEDIERO. —(A Mardonio.) Me le venía sobre el rastro, amigo

MARDONIO. —Y cómo no hemos de servir para algo, don Custodio.

Aunque sea de estorbo. ¡Je, je, je!

RAMÓN. —Yo me voy nomá.

ENRIQUE. —Sí. Oiga, hay que tener mucho cuidado. Y, sobre todo, que no se acerque nadie a las máquinas. La gente fanática es capaz de todo.

RAMÓN. —Pierda cuidau, jefe.

ENRIQUE. —Usted me responde con la vida, entiéndalo bien. Al que se arrime a las máquinas le mete un balazo. Sin asco. Yo respondo.

RAMÓN. —Bien, señor. Bueno, ¿usted irá en seguida?

ENRIQUE. —Sí, en seguida estoy allí.

RAMÓN. —(Deteniéndose a mirar el cielo.) Se está poniendo fiera la cosa.

ENRIQUE. —¡Vamos! También se va a poner a mirar el cielo usted.
(Mutis Ramón.)

MEDIERO. —No, si la tormenta está encima ya.

ENRIQUE. —¡Qué va a estar, hombre! Bueno, los invito a presenciar, dentro de una hora, la lluvia mía. Espero que no falten. Todo el mundo está invitado. ¡Hasta luego! ¡Ja, ja, ja! (Mutis foro.)

MEDIERO. —Me parece que se le va a aguar la fiesta al hombre.

MARDONIO. —¿Lloverá?

MEDIERO. —El viento parece que ha tomau p'al Naciente. Pero lluvia se viene nomá. Va a ser una lluvia mansa.

MARDONIO. —¿Irá a llegar a tiempo?

MEDIERO. —Ya se siente olor a tierra mojada. ¡Cha que está lindo el aire! ¡Así le creo! ¡Sembraremos el maizal, patrón!

MARDONIO. —Es otra la siembra que me apura.

MEDIERO. —No es cosa de aflojar ahora. Aunque en parte le hallo razón. Vamos quedando cada vez más solos.

MARDONIO. —No es esa la soledá que duele más.

MEDIERO. —¿Y cuál, entonces?

MARDONIO. —La del que no sirvió pa nada.

MEDIERO. —Pero usted no puede decir eso.

MARDONIO. —Para que no, pero hay que ver lo que se cambia cuando aprendimos a conversar p'adentro (*Mutis.*)

MEDIERO. —¡Tierra mojada! ¡A los años! Y ya nomá va a ser. (*Mirando el cielo.*)

ESCENA V

Mericia, El Mediero, Ermelinda y Esmerenciana.

MERICIA. —(*Apareciendo.*) ¡Bueno! Otro más.

MEDIERO. —(*Entrando a primer plano.*) ¡Ya nomá va a ser, ña Mericia...!

ESMERENCIANA. —(*Seguida de Ermelinda.*) ¡Va a ser un diluvio m'hija! Bueno, algo siquiera hemos entrado,

MERICIA. —Entrá pa'dentro, mujer. Expuesto que caigan centellas.

MEDIERO. —No si va a ser mansa. Como los beneficios de Dios.

ERMELINDA. —¡Y qué horas llega! Yo tengo los nervios crispados.

MEDIERO. —Ya nomá, ya nomá.

MERICIA. —Con tanta cosa, una vive alterada.

ESMERENCIANA. —(*Escuchando.*) ¡Oh! ¿Qué son esos gritos? ¡Dios mío! ¿No oyen?

ERMELINDA. —¡Cierto! ¿Qué será?

ESMERENCIANA. —¿No oyen?

MEDIERO. —Sí. Parece en la Perforación. ¿Será...?

ERMELINDA. —¡Agua!

MERICIA. —¡Capaz que el gringo hereje!

MEDIERO. — ¡Sería güeno que...! ¡Cha digo, faltaría que Dios...!

ERMELINDA. — ¡Es en la Perforación!

ESMERENCIANA. — ¿Y Mardonio? ¿Dónde anda?

MERICIA. — Allá adentro anda revolviendo todo.

ESMERENCIANA. — ¿Qué buscaba?

MERICIA. — ¡Si anda hablando solo como loco! Parece que buscaba un lazo.

ESMERENCIANA. — ¿El lazo? ¿Para qué?

MERICIA. — Y yo no sé, po. Si no se le entiende lo que habla.

ERMELINDA. — ¿Y lo encontró?

MERICIA. — ¿Y diande querís que sepa yo?

ESMERENCIANA. — ¡Ay, Dios, este hombre! Voy a ver.

ESCENA VI

Marcos, Esmerenciana, Ermelinda, El Mediero, Mericia y Claribel.

MARCOS. — *(Corriendo por foro.)* ¡Señora, señora! ¡Alcohol, alcohol!

ESMERENCIANA. — ¿Para qué?

MARCOS. — Pa curarlo, pa curarlo.

ESMERENCIANA. — ¿A quién?

MARCOS. — Don Enrique, a don Enrique.

ERMELINDA. — ¿Qué le pasa?

MARCOS. — Herido, ta mal herido.

MEDIERO. — ¿Herido? ¿Cómo?

MARCOS. — Sí. Pierde mucha sangre.

ERMELINDA. — ¡Dios mío! ¿Dónde está herido?

MARCOS. — En la Perforación.

ERMELINDA. — Pero, ¿dónde?

MARCOS. — En la Perforación.

MERICIA. — En qué parte.

MARCOS. — ¡Ah! No sé.

MEDIERO. — Y qué ha pasau.

MARCOS. — ¡Toda una media res! Ta bañau en sangre.

MERICIA. — ¡Castigo de Dios!

ERMELINDA. — ¡Cállese! Mamá, por favor, vamos a verlo, estará muriéndose. (*Llora.*)

MARCOS. — No, si lo están sujetando. Grita como loco.

ERMELINDA. — ¿Ha visto? ¡De dolor...!

MARCOS. — No, si grita de rabia.

MERICIA. — ¡Dejelón que grite como cuchi, ahora!

ERMELINDA. — ¡Cállese!

CLARIBEL. — (*De derecha.*) ¿Qué pasa?

ERMELINDA. — ¡Alcohol!

ESMERENCIANA. — Traiga el alcohol, hijita.

CLARIBEL. — ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

MEDIERO. — Apúrese.

MERICIA. — ¡P'al endiablau ese!

CLARIBEL. — (*Mutis derecha.*) Qué cosa, qué cosa...

MEDIERO. — Va a hacer falta una luz. Ya está oscureciendo

ESMERENCIANA. — Cuélguemelo al farol, don Custodio. (*Mutis.*)

ERMELINDA. — Para llevarlo, mamá.

MERICIA. — Allá tienen de esas otras luces.

MEDIERO. — Sí, de carburo.

MARCOS. — ¡Ligerito!

ERMELINDA. — (*Sollozando.*) ¡Se estará desangrando!

ESMERENCIANA. — (*Con un farol encendido.*) Tome, tome, don Custodio.

MEDIERO. —Deme, deme. (*Lo cuelga del gancho de alambre que baja del techo.*)

MARCOS. —¡Ligerito, señora!

MERICIA. —¿Y diande salís haciendo tanto duelo, vos?

ERMELINDA. —¡Qué le importa!

ESMERENCIANA. —¡Hija!

MEDIERO. —¡Ahí lo traen!

ERMELINDA. —¿Ya vienen?

MARCOS. —¿Y qu'horas?

MEDIERO. —Vení, ayudá. (*Saliendo, seguido de Marcos.*)

CLARIBEL. —(*Apareciendo.*) ¡Aquí está!

TODOS. —¡Qué! ¡Quién!

CLARIBEL. —El alcohol.

MERICIA. —¡A güen' hora! Ya lo traen.

ESCENA VII

Enrique, Ramón, Marcos, El Mediero, Ramón, Mericia y Esmerenciana.

ENRIQUE. —(*Sostenido por Ramón, Marcos y el Mediero, quejándose y caminando apenas.*) ¡Hummm...! ¡Maldición! ¡El agua..., el agua! ¡Hummm...! ¡Larguen!

MEDIERO. —Por acá, por acá.

RAMÓN. — ¿Qué, puede sentarse?

ENRIQUE. —¡No, no! ¡Hummm...!

MEDIERO. —Mejor en la cama.

ENRIQUE. —¡El agua! ¡Hummm...! ¡Abran las llaves!

MEDIERO. —¡Déjese de agua, hombre! Primero hay que curarse.

MERICIA. —Ta com'un Cristo, y...

ENRIQUE. —¿Qué?

ESMERENCIANA. —Hay que parar la sangre, don Enrique.

MARCOS. —Sí, ya vamos a ir, señor.

RAMÓN. —Tuavía hay tiempo, jefe.

ENRIQUE. —Primero el agua... El chorro de agua... ¡Ay!

MEDIERO. —Vamos, de una vez hay que ponerlo en la cama. *(Entre todos lo introducen a la pieza de él. Mardonio, desde el lado opuesto, se queda mirándolos y después vuelve a desaparecer.)*

ESCENA VIII

Claribel, Ermelinda, Mardonio, Ramón, Marcos, Mericia.

CLARIBEL. —*(Trayendo a Ermelinda.)* Vení, salgamos, que lo desvistan primero.

ERMELINDA. —*(Sentándose.)* ¡Dios mío! ¡Tiene el brazo hecho pedazos! ¡Qué dolor será! *(Solloza.)*

Mardonio aparece con un lazo en la mano y se dispone a salir.

CLARIBEL. —¡Papá!

MARDONIO. —*(Se detiene, sorprendido, y deja caer el lazo, como escondiéndolo.)* ¿Eh?

CLARIBEL. —¿A dónde va?

MARDONIO. —*(Casi contento.)* Ayude m'hija, ayude. Si hasta Dios precisa una manito a veces...

RAMÓN. —*(Seguido de Marcos.)* Ya está, niña,

ERMELINDA. —Vamos. *(Mutis ambas.)*

MARCOS. —Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

RAMÓN. —Y tendremos que largar es'agua. (*Mardonio ha recogido el lazo y desaparece por foro.*)

MARCOS. —Pero... qué habrá quedau bien la bomba.

RAMÓN. —Y, habrá qu'ir a ver,

MERICIA. —(*Apareciendo.*) Y al fin qué es lo que ha pasau, che.

MARCOS. —Y se han enterrau los cables de la torre, y... claro, con la nerviosidá, se ha refalau de arriba y ha caído sobre las poleas esas.

MERICIA. —¡Y de apuron, nomá!

MARCOS. —Y güeno, con el apuro...

RAMÓN. —Vamos de una vez, hom... (*Sale.*)

MARCOS. —(*Saliendo.*) Si ya se va a largar la lluvia, hom...

ESCENA IX

Mericia, El Mediero Esmerenciana, Ermelinda y Claribel.

MERICIA. —¡Al cohete nomás se van!

MEDIERO. —(*Saliendo.*) ¿Y los muchachos?

MERICIA. —Ahí se van a largar l'agua.

MEDIERO. —¿Qué agua?

MERICIA. —La del pozo'ai ser.

MEDIERO. —¿Y para qué ya?

MERICIA. —Eso es lo que yo digo.

MEDIERO. —Ahí nomá los va a agarrar la lluvia. Si ya está gotiando.

MERICIA. —Ánimas benditas, que no vaya a dejarnos chiguiaus otra vez.

ESMERENCIANA. —(*Apareciendo.*) Mericia.

MERICIA. —¡Jesús! ¿Qué pasa?

ESMERENCIANA. —Nada, nada. Haceme el favor, hija: prepará un tecito para este hombre. Está muy débil.

MERICIA. —¡Y si vocifera tanto, en vez de estar callau...! Güeno, hija.
(*Saliendo.*) Sobre que una anda sobresaltada.

MEDIERO. —¿Y qué parece?

ESMERENCIANA. —Ahí está, delirando nomá con ese pozo.

MEDIERO. —Es muy soberbio, el hombre.

ESMERENCIANA. —Está molido entero. (*Se sienta.*)

MEDIERO. —Si había cáido medio las ruedas esas. Y de arriba.

ERMELINDA. —(*Entrando.*) ¡Mamá, mamá!

ESMERENCIANA. —¿¡Qué, hija, qué!?

ERMELINDA. —¡Se quiere levantar! ¡Venga, venga!

MEDIERO. —¿No le digo yo?

CLARIBEL. —(*Apareciendo.*) No quiere entender, este hombre.

ESMERENCIANA. —¿Qué está haciendo?

CLARIBEL. —Ya se está levantando

ERMELINDA. —Usted, don Custodio, hágalo entender.

MEDIERO. —¿Y qué le va a hacer, uno?

ERMELINDA. —(*Tomándola en sus brazos.*) ¡Bueno, hija! ¿Qué podemos hacer nosotros?

MEDIERO. —No se lo puede ni castigar.

ESCENA X

Enrique, El Mediero, Esmerenciana, Ramón, Ermelinda, Claribel, Méndez y Marcos.

ENRIQUE. —(*Casi arrastrándose.*) ¿Y los peones?

MEDIERO. —Ya se fueron.

ENRIQUE. —¿Dónde?

MEDIERO. —Al pozo ese. Vaya, hombre, acuéstese.

ENRIQUE. —¡No se arrime!

ESMERENCIANA. —¡Pero don Enrique!

ENRIQUE. —¿Mucho?

MEDIERO. —Ya hace un rato.

Ramón y Marcos entran con el rostro desencajado.

ENRIQUE. —¿Largó el agua? *(Pausa.)* ¿Qué le pasa?

RAMÓN. —No.

ENRIQUE. —¿Por qué?

RAMÓN. —Don Mardonio...

ENRIQUE. —¡Qué! ¿Qué me ha hecho?

RAMÓN. —¡Cosa bárbara...! *(Solloza.)*

ENRIQUE. —¡Qué! ¡Diga!

RAMÓN. —En la torre.

ENRIQUE. —¡Qué! ¡Hable!

RAMÓN. —Está colgando.

MARCOS. —¡Horcau, señor! *(Solloza.)*

ESMERENCIANA. —*(Sentándose desfallecida.)* ¡Dios..., Dios!

ERMELINDA. —*(Se arroja llorando a sus faldas.)* ¡Madrecita! *(Llora.)*

CLARIBEL. —*(Tambaleante, va a salir.)* ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

MÉNDEZ. —*(Como una aparición.)* Permiso.

CLARIBEL. —*(Cae de rodillas y abriendo los brazos le ataja el paso.)* ¡No, no!

ESMERENCIANA. —*(Seguida de Ermelinda corre y la levanta.)* ¡Hija..., hija!
(Ambas se introducen por primera derecha.)

MÉNDEZ. —*(Entrando.)* Deseaba guarecerme. Ha comenzado a llover.

ENRIQUE. —¡Corra! ¡Abra toda la llave! ¡Que salte el chorro de agua,
que vean todos! ¿Qué espera?

RAMÓN. — Pero, señor...

ENRIQUE. — ¡Báñelo! ¡Él se metió en el medio! ¡Que baile con el chorro de agua, que se convenza ahora!

MARCOS. — ¿Y quién se va a arrimar?

ENRIQUE. — ¡Arrímese usted!

RAMÓN. — Uno es cristiano, señor...

ENRIQUE. — ¡Cristiano! ¡Porquerías! (*Sentándose vencido por el dolor.*) ¡¡Ay!!

MÉNDEZ. — (*Afirmado en el pilar.*) Las cosas, ¿no? Él está ahí, como volando y nosotros le ocupamos el nido.

MEDIERO. — ¿Y cómo sabe...?

MÉNDEZ. — Estuve contemplando sus preparativos.

MEDIERO. — ¡¡Y no jué capaz!!

MÉNDEZ. — ¡No, señor! ¡Nadie tenía derecho! Lo único sublime de su vida, esa muerte. (*A Enrique.*) A usted le hubiese admirado igual. ¡La fuerza de una fe!

ENRIQUE. — ¡Linda fe!

MÉNDEZ. — Cuando se quema la vida en ella.

ENRIQUE. — ¡De miedo a mí!

MÉNDEZ. — Contra su fe, que no es lo mismo.

MEDIERO. — (*Ahogado en sollozos.*) ¡Por nosotros, señor!

ENRIQUE. — ¡Porque yo le ganaba a su Dios! ¡Viejo roñoso! (*Llora sobre la mesa.*)

MÉNDEZ. — ¡No! Por más que llueva, por más que se bañe el secadal y reverdezcan los montes, siempre, siempre, alguno habrá que viva con el corazón y los ojos levantados, murmurando “¿lloverá?, ¿lloverá?”.

En gradual aumento cae la lluvia.

TELÓN

6

ADELAIDA

ENSAYO TEATRAL
EN DOS ACTOS

A mis queridos padres y hermanos.

No obstante ser su primera pieza, nunca fue representada. Por razones que desconocemos, el autor no la dio a conocer y fue puesta en escena póstumamente (de la Fuente, 1997.)

PERSONAJES

JUAN CARLOS (viejo amigo de Juan Carlos)

ADELAIDA

ROBERTO

DR. RAMÍREZ

SALOMÉ (madre de Juan Carlos y Roberto, y tía de Adelaida)

MARÍA (mucama)

ANTONIO (antiguo jardinero de la casa)

ACTO PRIMERO

La escena representa un escritorio particular con un ventanal que da al jardín. Puertas a derecha e izquierda, muebles propios del sitio.

Juan Carlos aparece ante la mesa que está en el centro, durmiendo, con los brazos cruzados que le sirven de almohada. Acaba de amanecer.

SALOMÉ. —(*Entrando.*) ¡Juan Carlos! Hijo mío. ¿Hasta cuándo vas a desvelarte por ese maldito libro?

JUAN CARLOS. —(*Incorporándose.*) No me reprendas, mamá. Ya pronto lo terminaré y verás entonces cómo triunfo; cómo triunfamos, porque sin ti y sin Adelaida nada hubiera podido hacer yo solo.

SALOMÉ. —Sí, yo no dudo, hijo mío. Pero velo ante todo por tu salud. Estas trasnochadas pueden traerte malas consecuencias.

JUAN CARLOS. —A mí no me hacen nada. Mira, amanezco más fuerte y más animado, hasta juguetón y con ganas de bailar.

Mira; mira como bailamos...

SALOMÉ. —Déjame, estate quieto. Ahora no tengo deseos de jugar.

Toda la noche estuve despierta. No podía dormir.

JUAN CARLOS. —¿Y por qué?

SALOMÉ. —He pensado mucho.

JUAN CARLOS. —¿Y se puede saber en qué pensabas?

SALOMÉ. —En todo. Ninguno de mis hijos duerme ya. Roberto no ha vuelto aún.

JUAN CARLOS. —No te aflijas. Como de costumbre se habrá reunido con algunos amigos y seguramente se le hizo tarde.

SALOMÉ. —Sí, tú lo arreglas todo. Pero quién sabe qué será de él, después. Los amigos no serán tales cuando lo vean falto de apoyo.

JUAN CARLOS. —No pienses más en eso. Yo haré de Roberto un hombre de bien. Ya verás cómo dentro de poco reinicia sus estudios y triunfa.

SALOMÉ. —¡Dios lo quiera! Ojalá no hayan hecho carne en él el vicio, la vagancia y pueda volver al buen camino. Anda, hijo mío, toma tu desayuno.

JUAN CARLOS. —Ya termino de arreglar estos papeles y voy, mamá.

SALOMÉ. —Te espero entonces. *(Sale por izquierda.)*

JUAN CARLOS. —“Ninguno de mis hijos duermen ya”. Es cierto.

Estamos justamente en esa encrucijada fatal que la vida nos depara, y es preciso elegir la senda. Todas las sendas que parten son iguales. Pareciera que todas conducen a la gloria, y sin embargo, después de recorrerlas, recién encontramos letreros-guías que nos dice: “la gloria”, “el placer”, “el sacrificio”.

Pero no sufras, madre mía. Yo ya elegí mi senda y he visto su letrero mucho antes de empezar a recorrerla.

MARÍA. — Señor; el desayuno está servido.

JUAN CARLOS. — Está bien. ¿Ha venido ya, Roberto?

MARÍA. — Acaba de llegar, Señor.

JUAN CARLOS. — Dígale que necesito hablar con él.

MARÍA. — Está bien, señor (*Sale por izquierda.*)

JUAN CARLOS. — Sé que la lucha es ardua y llena de sinsabores; pero si triunfo en algo, he de triunfar en todo. Por ellos, tan solo por ellos lo hago todo. Ellos constituyen para mí, el único objeto de mi vida. Pues bien, tan solo para ellos será mi corona de laureles.

Mi madre, mi hermano... y ella, mi prima, son los tres seres que llenan mi existencia, toda...

¡A trabajar entonces!...

ROBERTO. — ¡Hola papá! Si no me equivoco, me ordenas que venga.

¡Estoy temblando! ¿Piensas castigarme?

JUAN CARLOS. — Nunca lo he hecho, ni pienso hacerlo ahora, por más que te lo mereces.

ROBERTO. — Estoy dispuesto a escuchar tu sermón; así es que puedes comenzar nomás.

JUAN CARLOS. — No voy a sermonearte; pero te pido que me escuches con toda atención porque tenemos que hablar de algo muy serio.

ROBERTO. — ¡Caramba, vas a terminar por asustarme, Juan Carlos!

JUAN CARLOS. — ¡Ojalá te asustaras! Escúchame, Roberto: hasta hoy, nunca hemos hablado en serio de nuestras vidas. Tú has sido siempre niño. Yo te dejaba serlo y miraba tu infancia, tu larga infancia, con esa envidia cariñosa con que miran los viejos a los niños. He prolongado tu infancia todo lo posible, porque, aunque me es duro decirlo, yo también gozaba con ella... Tú sabes que yo no pude ser niño. Cuando debí serlo, por la edad que tenía, la vida me tomó por los hombros

y me puso frente a ella. Había tres seres que necesitaban apoyo: nuestra madre, tú y Adelaida. Lo demás ya lo sabes.

ROBERTO. —Sí; pero, francamente, no sé lo que me quieres decir, no comprendo.

JUAN CARLOS. —No comprendes... Con eso me dices que aún eres feliz. Siento en el alma, Roberto, que sea yo precisamente quien deba quitarte la venda piadosa de los ojos y te enseñe a comprender, Así llegarás al fondo mismo de las cosas y te parecerá como si esta luz que nos alumbra hubiese cambiado de color. Así verás que ningún sentimiento deja de tener sus raíces en el barro inmundo del egoísmo y del instinto... Es duro saber estas cosas y es triste ver que la sutil poesía de nuestra juventud se diluye con sarcasmo en la bruma lejana del pasado.

ROBERTO. —Es cierto, Juan Carlos. Yo he sido un egoísta siempre. He querido ser útil muchas veces, pero una especie de embotamiento de los sentidos me impedía pensar en el futuro y me abrazaba del presente con todas mis fuerzas para entregarme a la sensación voluptuosa de estar fuera del tiempo y perder la noción de las cosas. Así pasaron los años. Te confieso ahora que siempre tuve miedo de llegar a este instante. Cada vez que me detuve a pensar en la vida, sentí un estremecimiento de temor. Algo, desde lo más íntimo de mi propio ser, me decía, me gritaba que no lo hiciera... Tú dirás que soy un supersticioso o un cobarde, pero es la verdad, Juan Carlos.

JUAN CARLOS. —No eres ni supersticioso ni cobarde. Eso que sentías era la lucha del niño y del hombre. Nosotros, cual si tuviéramos conciencia de la gravedad que encierra, la prolongamos cuanto podemos; hasta que alguien la define, o es la vida misma quien hiere al ángel a traición. En tu caso he sido yo y en el mío fue la propia vida.

ROBERTO. —Yo creí que estas cosas tan solo yo sentía, y las guardaba para mis adentros como al secreto de una tragedia íntima. Ahora siento que algo ha cambiado en mí mismo. Como si a mi alma le hubiesen puesto un cuerpo nuevo, o mi cuerpo tuviese un alma diferente... Bullen en mi cerebro infinidad de sentimientos encontrados. El llanto afluye a mis ojos, y sin embargo, ya tengo vergüenza de llorar.

JUAN CARLOS. —Es el hombre que triunfa. Deja que el alma llore ante los restos del niño que ha muerto ya, y vamos, que nuestra madre nos espera.

ROBERTO. —Vamos... *(Salen por izquierda.)*

ADELAIDA. —*(Entra con María, la mucama, por derecha.)* Así es que tú, María, ¿me has notado un poco triste?

MARÍA. —Si señorita, usted perdone que me haya tomado la libertad de decírselo ¡Es usted tan buena...!

ADELAIDA. —¡Oh! No es nada. Pero me has sorprendido porque ni yo misma lo había notado. Además, no sé por qué puedo estar triste.

MARÍA. —Hay tantas causas señorita... ¿Puedo retirarme?

ADELAIDA. —Anda nomás *(Sola.)* Es cierto, puede entristecerse por tantas causas, que a veces la misma alegría da tristeza. ¡Oh! Felicidad, no eras más que una ingrata golondrina que solo está con nosotros mientras dura nuestra corta primavera. Después no vuelves más. Las flores del jardín no nos dejan ver las espinas del huerto. Las risas de los otros niños nos impiden escuchar las horas hilvanadas por el viejo campanario. Pronto se hace tarde ya, y sin embargo es preciso atravesar el huerto entre sollozos, aunque a veces cantamos para ahuyentar la congoja ¡Oh, si pudiéramos ser siempre niños! Quizás no habríamos de sufrir, ni de amar sin ser amados. No sabríamos de sacrificios enormes que tenemos que callar sin embargo.

JUAN CARLOS. —Adelaida, María me dijo que hoy no tomas tu desayuno. ¿Te sientes mal, acaso?

ADELAIDA. —No, Juan Carlos. Sino que había amanecido un poco triste y me vine a tu escritorio porque hay más silencio. ¡Es tan propicio este rincón para soñar...!

JUAN CARLOS. —Entonces, ¿tú sueñas, Adelaida?

ADELAIDA. —Algunas veces.

JUAN CARLOS. —Yo también sueño, pero con una diferencia.

ADELAIDA. —¿Cuál?

JUAN CARLOS. —Que yo sueño siempre. En este rinconcito en que reinan la quietud, la mansedumbre, han transcurrido los años mejores de mi vida; trabajando, soñando, mientras el reloj del comedor dividía las horas en partecitas iguales.

ADELAIDA. —Él sabe también de tus sacrificios, tus pesares, que aquí forjaste con entusiasmo cariñoso, el bienestar de tu madre, Roberto y el mío. ¡Oh, Juan Carlos, ni con mi propia vida podré recompensar lo que has hecho por mí! Posponiendo tu propia felicidad, has procurado que nosotros no tuviéramos una queja,

JUAN CARLOS. —¿Para qué recordar el pasado? Si viéndolos felices a Uds. era feliz yo también.

Sufría más que Uds. mismos si algún pesar los aquejaba; por eso procuré que siempre estuviesen contentos. Recuerdo que una vez te reprendí por un capricho y te pusiste a llorar. Tenía tu llanto de niña, un acento de profunda tristeza. Llorabas desconsoladamente. Parecía que el mundo entero se burlaba de la terrible orfandad que soportabas. Tu dolor inocente sacudió las fibras más íntimas de mi ser, y lloré por tu llanto, de arrepentimiento y tristeza... Entonces juré que nunca más te haría llorar.

ADELAIDA. —¡Oh! Juan Carlos; que sublime corazón es el que tienes. Tú sabes, como nadie, llegar al fondo mismo de las almas. ¡Gracias, Juan Carlos; muchas gracias!...

JUAN CARLOS. —Vamos, no llores, Adelaida. Mira que hoy, como entonces, también me harás llorar. Vamos, enjuga tu llanto y hablemos... de nosotros, de cualquier cosa con tal de que hable. Háblame, Adelaida, tus palabras caen sobre mi alma, como un fino rocío de plata; por eso te pido que me hables. Perdóname si mis palabras te han hecho daño. Te juro, Adelaida, que no he querido entristecerte.

ADELAIDA. —No te aflijas. Hay veces que sin ningún motivo aparente me vienen deseos de llorar y por eso lloro. Por lo demás tus palabras me hacen mucho bien.

JUAN CARLOS. —¡Por fin has hablado! Adelaida; no llores más cuando yo te hable. Ya te conté que una vez me hiciste llorar a mí también. Cuando lloras por mi culpa, me siento despreciable y cobarde como entonces, pero ya no me inspiras la misma compasión de aquella vez. Ahora hay en mí, un sentimiento nuevo, raro, indefinible. Solo sé que cuando lloras, me invade una honda congoja y tengo deseos de esconder mi cara en tu regazo, y llorar como un niño... Yo no quisiera ser tu padre.

ADELAIDA. —¡Juan Carlos!

JUAN CARLOS. —Quizás te sorprenda lo que hablo, pero debo sincerarme contigo. Aquel sentimiento paternal, poco a poco fue cediendo sitio a otro sentimiento nuevo. Algunas veces he notado que, al estar en tu presencia, mi rostro se cubría de rubor. Ya no eres la inocente muñequita que llenaba la vida con su risa de cristal. Ahora, aunque ya no rías, me siento feliz cuando estás a mi lado. Si estás lejos, un vaho de tristeza infinita me envuelve y la vida

misma parece un inmenso vacío. Las cosas pierden su color y siento nostalgia de ti.

MARÍA. — Señor, el Doctor Ramírez.

JUAN CARLOS. — Hágalo pasar.

MARÍA. — Bien Señor (*Sale por izquierda.*)

ADELAIDA. — ¿Debo retirarme?

JUAN CARLOS. — No, yo no tengo secretos para ti. Además. Quisiera que siempre estés a mi lado.

ADELAIDA. — Yo he de complacerte siempre, Juan Carlos. Tus deseos serán órdenes para mí, aunque tenga que imponerme los sacrificios más dolorosos. ¿Por qué me miras así?

JUAN CARLOS. — Después que lloras, tus ojos brillan como dos estrellas húmedas por el fresco rocío de una noche apacible.

DR. RAMÍREZ. — Buenos días. ¿Cómo está Ud., Adelaida?

ADELAIDA. — Bien, doctor ¿y usted?

DR. RAMÍREZ. — ¡Oh! A mí, aunque me vaya mal, yo siempre digo que bien nomás.

ADELAIDA. — ¿Y por qué?

DR. RAMÍREZ. — ¿Para qué decir la verdad? Si confesamos nuestro pesar allí donde hay amistad verdadera, es una pena más para el amigo; en cambio para los demás, es un motivo de alegría en el fondo. Entonces yo opto por fingir eternamente y así me va mejor. Y tú, Juan Carlos, ¿andas bien?

JUAN CARLOS. — Sí, Alejandro. Hoy me va mejor que nunca.

DR. RAMÍREZ. — Tenía que ser así.

JUAN CARLOS. — ¿Por qué?

DR. RAMÍREZ. — Después de una copiosa lluvia sobre los campos resecos, cuando brilla el sol otra vez, todo renueva sus rigores y el ambiente adquiere un tinte de quieta bonanza. La tensión de la

atmosfera desaparece y el mundo está manso como si una hermosa mano de mujer le hubiese hecho una caricia.

ADELAIDA. —¿Por qué lo dice, doctor?

DR. RAMÍREZ. —Al entrar me di cuenta que vuestros ojos están húmedos y vuestras almas serenas.

JUAN CARLOS. —Tu siempre el mismo.

DR. RAMÍREZ. —¡Ojalá no cambiara nunca!

ADELAIDA. —¿Tan satisfecho está de su manera de ser?

DR. RAMÍREZ. —Sí, Adelaida. En estos tiempos hay que engañar a la misma vida. Cuando dejamos entrever una pena, ella se ensaña con nosotros y, golpe tras golpe, termina por hacernos pesimistas. Y del pesimismo solo hay un paso al suicidio moral, que es peor que el material. Por eso yo río de mi propio dolor cuando lo tengo y termino así por no sentirlo.

JUAN CARLOS. —Tienes un temperamento precioso.

DR. RAMÍREZ. —Tú, Juan Carlos no podrías ser así. Conoces el remedio, pero no sabes aplicarlo. Hay personas como tú que, en el carnaval de la vida, no pueden llevar una máscara completa. Solo llevan un antifaz que deja ver la mueca dolorosa de los labios, cuando sufre.

JUAN CARLOS. —Es verdad.

SALOMÉ. —(*Entrando por izquierda, con Roberto.*) Buenos días, doctor.

DR. RAMÍREZ. —Buenos días, señora. ¿Qué dices Roberto? Hace tiempo que no te veo.

ROBERTO. —Efectivamente, doctor. Casi nunca estaba en casa.

DR. RAMÍREZ. —¿Y cómo va ese corazón, señora?

SALOMÉ. —No puede ser más oportuna su venida.

DR. RAMÍREZ. —¿Se siente mal?

SALOMÉ. —Un poco. Anoche me sentía mucho peor.

DR. RAMÍREZ. —La confianza que me han dispensado siempre todos ustedes me permiten que algunas veces me tome la libertad de aconsejarlos. Hoy, por ejemplo, leo en todos sus rostros, que ninguno ha dormido anoche. Pero hay en cada uno de vosotros una firme decisión por algo que no alcanzo a comprender.

Usted, señora, no debe preocuparse tanto, ya sabe que su medicamento más eficaz consiste en estar tranquila, distraerse mucho.

SALOMÉ. —Es imposible no pensar, doctor. ¡La vida tiene tanto porqué preocuparse!

DR. RAMÍREZ. —Es verdad. Pero no es menos cierto que, así como nos da hondas preocupaciones, así también nos reserva, sin embargo, cositas chicas, futilidades que, por una feliz paradoja, tienen suficiente poder para distraernos, para cubrir como con un tul rosado, las cavernas de tristeza que lleva cada uno. Quien encuentra esas nimiedades aparentes, sabe vivir su vida.

ADELAIDA. —Sería lo ideal, doctor. ¡Pero recuerde usted que llevamos dentro de nosotros una víscera rebelde que jamás obedece los dictados de nuestros deseos! ¡Cómo quisiéramos algunas veces dominarlo!

DR. RAMÍREZ. —Sin embargo, es preciso que lo hagamos, so pena de ser dominados por ella. Y no hay para qué traer a colación las consecuencias funestas de su tiranía.

JUAN CARLOS. —Acá está un poco pesada la atmosfera. ¿Quieren que vayamos al jardín? Te hará mucho bien el aire puro, mamá.

DR. RAMÍREZ. —Yo encantado. Toda vez que puedo, estoy en contacto directo con la naturaleza.

SALOMÉ. —Vamos, si crees que me hará bien ¿No nos acompañas, Adelaida?

ADELAIDA. —Estaré con ustedes en un momento más.

SALOMÉ. —Bien, pero no tardes (*Salen por derecha.*)

ADELAIDA. —(*Sola.*) Indiferencia... ¡Cuánta crueldad encierra esta palabra sola! Pensar que algunas veces deseamos tanto ser indiferentes y otras, por nada del mundo quisiéramos serlo. Todo es cuestión de oportunidad. Tan es así que un instante solo, puede cambiar el rumbo total de una vida.

ROBERTO. —Adelaida; desde esta mañana no he podido hablarte a solas ni una sola vez.

ADELAIDA. —¿A solas? ¿Y para qué?

ROBERTO. —Siempre hemos sido contigo, como los dos hermanitos menores ¿verdad?

ADELAIDA. —Sí.

ROBERTO. —Siempre te he confiado mis proyectos, mis triunfos amorosos, en fin, todos mis secretos ¿verdad?

ADELAIDA. —Sí.

ROBERTO. —Bueno; hoy quería contarte una cosa: mañana comienzo a estudiar de nuevo y no dejaré los libros hasta que me reciba.

ADELAIDA. —Me alegro muchísimo, Roberto.

ROBERTO. —¿Y así, tan fríamente, recibes una noticia de tanta importancia? Estás temblando, Adelaida, ¿qué te sucede?

ADELAIDA. —Nada, Roberto. Me había sorprendido cuando entraste.

ROBERTO. —¿Te he sorprendido? ¿Y por qué?

ADELAIDA. —No sé. Déjame ir, en el jardín me esperan.

ROBERTO. —Espera un segundo, tengo que preguntarte algo.

ADELAIDA. —Después me preguntará. Déjame ir ahora.

ROBERTO. —Desde hace varios días tú me esquivas, Adelaida. ¿Estás enojada conmigo?

ADELAIDA. —No, Roberto, no estoy enojada.

ROBERTO. —Pero me esquivas.

ADELAIDA. —No, te ha parecido nomás. Voy al jardín *(Sale.)*

ROBERTO. —Es extraño. Parece que todo cambia al mismo tiempo. Y Adelaida también. Todas las mujeres son iguales. A menudo sus palabras son de una superficialidad común, pero hay veces que tienen actitudes profundamente misteriosas. En fin, aprovechemos el último día que nos queda para divertirnos, que mañana hay que comenzar de firme con los libros. ¡Qué mala suerte! Dicen que en la vida hay males necesarios. Los libros deben ser uno de ellos. ¡Que se divierta señor Roberto! Gracias ¡Hasta la vista! *(Sale por izquierda.)*

JUAN CARLOS. —*(Volviendo con Adelaida.)* Sí, es mejor dejarlos solos. Alejandro con sus chistes la entretiene y la hace reír. Y eso le hace mucho bien.

ADELAIDA. —¡Qué lindo es reír! Quisiera ser niña para reír mucho, mucho...

JUAN CARLOS. —Los niños ríen y lloran con la misma facilidad. A los grandes, tanto nos cuesta llorar como reír. Cuando las primeras espinas del sendero largo y fatigoso del vivir, nos hieren, añoramos la risa juvenil, pero cuando el dolor ha hecho preso del corazón entero y el pecho es un volcán sin salida, entonces, ¡qué no daríamos por unas cuantas gotas de llanto! Adelaida, yo te he amado en silencio a través de muchos años. Eres para mí, como la brisa de la tarde, que besa compasivamente los pétalos marchitos de una flor que muere. Sin embargo, no he querido nunca enturbiar las cristalinas aguas ni el verdor inocente que bordea el lago tranquilo de tu juventud inmaculada. Hoy, terriblemente solo e incapaz de cargar la cruz de una existencia llena de amargas y dolor, no puedo ya callar la voz del corazón y te pido que me ames un poco tan solo. ¡Oh! Si tú me amaras, Adelaida, la vida toda sería una eterna sonrisa. El espíritu

roído y cansado, recobraría sus vigores y mi obra, inmortal entonces, sería tuya y tan solo para ti... En cambio, si tú me niegas sitio en la urna de tu pecho, ni el derrumbe estrepitoso de los mundos podría silenciar el clamor de mi alma.

ADELAIDA. —Yo te he amado siempre, Juan Carlos.

JUAN CARLOS. —Tú me has amado siempre...

ADELAIDA. —Sí, Juan Carlos.

JUAN CARLOS. —Aman los hijos y los padres, los hermanos, los amigos, los sabios, los locos, los imbéciles, los que gozan, los que sufren... Todos aman, pero, a objetos, con fines y causas diferentes... Y todos los amores juntos, formando como un haz de tallos, tiene una sola y enorme raíz. Y esa raíz que perfora todo mi cuerpo; que absorbe la savia de todo mi ser, esa raíz, es la misma que nutre las flores del haz que enlaza mi ser con el tuyo. ¡Te amo, Adelaida, con frenesí contenido! La superficie tranquila de mi alma, cubre los torrentes inmensos de alegría, porque temo que la expansión de mi contento deshaga el hechizo del ensueño inmerecido.

ADELAIDA. —No desesperes, Juan Carlos. Yo deseo que tu amor no sea un entusiasmo pasajero, para tener fuerzas y amarte así, hasta más allá de la tumba.

JUAN CARLOS. —Si la herida que produce un meteoro incandescente en el espacio es más profunda que mi amor, despréciame y niégame el destello de tus miradas para quedar a oscuras y morir sin luz. Adelaida, si deseas que jure, una y mil veces juraré; pero, la sola invocación de tu nombre significa jurar. Adelaida, —he vuelto a jurar—, no hay, no puede haber sobre la tierra, medida suficiente para medir mi amor, en el espacio ni en el tiempo. Pero, yo temo, Adelaida... Llevo en mi pecho un presagio tenaz que destruye todas mis grandes ilusiones... Quién sabe si tú podrías comprenderme.

ADELAIDA. —Nada temas. Sin embargo, cuéntame, Juan Carlos, tus temores. Estoy segura que voy a comprenderte.

JUAN CARLOS. —Yo tengo en mis adentros, la horrible convicción de que ninguna mujer, absolutamente ninguna, puede quererme desinteresadamente, profundamente... Esa es, Adelaida, mi tragedia interior.

ADELAIDA. —¿Piensas acaso, que yo pueda engañarte?

JUAN CARLOS. —Hay veces que se engaña sin quererlo.

ADELAIDA. —No, Juan Carlos. El corazón estallaría maldecido por divina justicia, si no te amara, siendo como eres, tan noble y tan bueno.

JUAN CARLOS. —Precisamente por eso es que dudo.

ADELAIDA. —¡Juan Carlos, tú me colocas entre una clase de mujeres de la cual estoy muy lejos! ¡Tú bien lo sabes!

JUAN CARLOS. —Hace un instante me pedías que te contara mis temores y me asegurabas que ibas a comprenderme. Pues bien, te los conté y me has respondido con el amor propio egoísta de la mujer común. Sigo esperando la contestación de mi futura esposa.

ADELAIDA. —Perdóname. Me he violentado sin quererlo. Es que... no comprendo bien lo que quieres decirme.

JUAN CARLOS. —Verás: en el amor, triunfan siempre los malos o los que impresionan fortalezas. Para los que solo abrigamos sentimientos bondadosos; para los que vivimos para el arte y para los que sacrifican su felicidad presente, no vibra el coraje del verdadero amor. Algunas veces, la mujer se “enamora”, por vanidad, con amor cerebral, de algún artista o de un mártir conocido.

En el amor, es el instinto el que reina. Por eso, aunque no lo creas, te equivocarías si tu razón quisiera imponerse en cuestiones que son de puro sentimiento. ¿Me comprendes ahora, vida mía?

ADELAIDA. —Sí, te comprendo bien.

JUAN CARLOS. —¡Válgame Dios! ¡Si no quieres que muera de angustia, dime alguna vez si quiera que me amas!

ADELAIDA. —Puedes estar seguro de la pureza y desinterés de mi amor. ¡Te quiero tanto, Juan Carlos...!

JUAN CARLOS. —¡Bienaventurada seas! Pero... ¿Por qué lloras, mi tierna sensitiva? Si mi voz te causa daño, te amaré de lejos y viviré contento, sin embargo.

ADELAIDA. —No; si yo estoy contenta. Mi llanto es de alegría, Juan Carlos. Estoy contenta y por eso lloro...

JUAN CARLOS. —¡Adelaida!... Dímelo de nuevo. De una vez por todas y todas las veces juntas en una sola vez. Dime esa pareja de palabras cortas y profundas como un suspiro, y de nuevo te daré las gracias. Nada más que esas, que juntas son como un arpegio sutil de serenata en la monotonía silente de la noche. Dilas, Adelaida. ¿Me amas?

ADELAIDA. —Sí, te amo, Juan Carlos.

JUAN CARLOS. —Gracias... El cielo está sin nubes, ya. Y ahora, desplómense los pilares del mundo y desátense las pasiones con furias de tormenta, que yo seré muro inconmovible con la serena firmeza de tu amor. Si así lo quieres tú, mi reina, lloremos juntos, de amor y de alegría...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Pasaron dos años. En el mismo sitio. Es de tarde. Adelaida, Juan Carlos y Roberto visten de negro. La última escena se desarrolla casi en la penumbra.

María está levantando una mesa en que se ha tomado el té.

ANTONIO. — ¡Oh! parece que el niño Juan Carlos estuvo de fiesta, hoy.

MARÍA. — No tanto como fiesta, pero tomaron el té acá.

ANTONIO. — Ni deja de serlo después de estar tantos años encerrado en esta vizcachera.

MARÍA. — No seas bruto. ¿No sabes que este es el escritorio del señor Juan Carlos?

ANTONIO. — ¡No me insultes! Yo lo sé mejor que tú, puesto que hace más años que vivo acá.

MARÍA. — Y entonces ¿por qué le llamas vizcachera?

ANTONIO. — ¿Tú nunca has visto una vizcachera?

MARÍA. — No.

ANTONIO. — ¿No? Entonces tú no has visto nada. ¡Qué vergüenza!

MARÍA. — ¡No conozco! ¿Qué quieres que le haga? Enséñame tú como es.

ANTONIO. — Yo decía por tantos papeles y chucherías que hay. Pero ¿tú no conoces, no has ido nunca al campo, estando tan cerca?

MARÍA. — No. Y tú, estando ahí, a dos pasos ¿no has entrado nunca a esta pieza?

ANTONIO. — Nunca.

MARÍA. — Y entonces ¿qué te admiras de mí?

ANTONIO. —Pero no es lo mismo. El campo es mejor.

MARÍA. —Para algunos será mejor. A mí no me gusta.

ANTONIO. —A ti no te gusta porque no le gusta al niño Roberto.

MARÍA. —¿Qué dices?

ANTONIO. —Lo que has odio. ¿Crees que no me doy cuenta de que le estimas demasiado?

MARÍA. —¿A quién?

ANTONIO. —Al niño Roberto. Y es por eso que siempre te has negado a escucharme.

MARÍA. —¡También, como para escucharte! Querías llevarme al campo, a vivir como un animal entre los montes y la tierra. En un rancho miserable, a lo mejor.

ANTONIO. —Tú y el niño Roberto piensan igual. En esta casa el único que sabe lo que vale el campo, las plantas, un rancho, la tierra, es el niño Juan Carlos, desde que fuimos niños, porque nos criamos juntos, los mejores amigos que tuvimos fueron los animales y las plantas. Ahora mismo venía a contarle que el naranjito suyo está viviendo de nuevo. Ya tiene muchas hojitas tiernas y brillantes, y, hasta le he visto dos estrellitas blancas. Si parece que el niño Juan Carlos y el naranjo se alegran y entristecen juntos.

MARÍA. —Sí, el niño Juan Carlos y su naranjo están reviviendo, pero en cambio la niña Adelaida se va secando en vida. Yo no sé lo que tiene, se va a casar con el Señor Juan Carlos y... Yo no sé, parece como si se casara a la fuerza, como si la obligaran...

ANTONIO. —¡Pero mujer! ¡Fíjate lo que dices! ¿Quién va a obligarla si ella no quiere casarse?

MARÍA. —Yo no sé.

ANTONIO. —¿Ella te ha dicho algo?

MARÍA. —No, yo digo por lo que veo. Desde que se pusieron de novios han cambiado los dos. Él se ha vuelto niño y ella se ha puesto vieja. Cada día está más triste, más pálida.

ANTONIO. —Seguramente le echa de menos a la señora Salomé, alma bendita que Dios la tenga en la gloria.

MARÍA. —No; si ellos están de novios desde antes que muriera la señora. Además, yo creo que un novio hace olvidar de cualquier cosa...

ANTONIO. —Ahora recuerdo que yo también había notado algo. Extrañaba los juegos de ella y del niño Roberto. Echaba de menos que fueran a destrozar las plantas, a romper los bordos, a pisar los canteros... En fin ¡qué no hacían por verme rabiar! ¡Cómo eran de traviosos! Una tarde en que ya no podía soportarlos más, los eché de menos. Sentí haberlos echado y fui a pedirles que volvieran; les dije que, aunque no dejasen nada en pie, nunca les diría ni una palabra. Se miraron entre ellos y, sonriendo en una forma diferente ya, me dijeron que no me tenían rencor; que no era por mi culpa que no iban; que irían de nuevo... Pero, desde entonces, no he visto que haya vuelto nunca ninguno de los tres. Yo no sé si han crecido de golpe, o... en fin, yo no sé. El hecho es que estoy solo, en el jardín, desde hace como cinco años...

MARÍA. —Busca quién te acompañe.

ANTONIO. —Ya he buscado. Te lo he pedido a ti.

MARÍA. —Me parece que, si sigues buscando en la forma que lo has hecho hasta ahora, no vas a encontrar nunca.

ANTONIO. —¿Por qué?

MARÍA. —Claro; si no hablas más que de tu jardín, de tus plantas, de tus flores, del campo y de cuanta zoncera. Así ¿quién crees que te va a escuchar?

ANTONIO. —¿Y de qué quieres que te hable, pedazo de estúpida? ¿De palacio, de grandes bailes, de vestidos de seda? ¿O pretendes que día y noche no me ocupe nada más que de hacerte mimos? ¡Si todas son iguales...!

MARÍA. —¡No te lo creas; yo no necesito de tus mimos!

ANTONIO. —Ya lo sé. Tú esperas los mimos del niño Roberto. Pero puedes sentarte a esperar, pues me parece que vendrán muy tarde... ¡Ja, ja, ja!

MARÍA. —¡Así lo crees tú!

ANTONIO. —¡Ajá! Entonces ¿ya vinieron?

MARÍA. —¿Y a ti qué te importa?

ANTONIO. —Nada, pero quería felicitarte. Supongo que ahora estarás contenta; ya tienes la vida asegurada... ¡ja, ja, ja!

MARÍA. —¡Te arrancaría los ojos, imbécil!

ANTONIO. —Hasta luego... “señorona”... ¡ja, ja, ja!

JUAN CARLOS. —*(Que al entrar ha chocado con Antonio.)* ¿Otra vez peleando?

ANTONIO. —No. Este... este... Esta, sí, esta es, niño. Yo vine... vine... vine...

MARÍA. —¡Sí, viniste a pelear!

ANTONIO. —Perdone, niño...

JUAN CARLOS. —¡Está bien, hombre! Peleando se empieza.

MARÍA. —Permiso, señor.

JUAN CARLOS. —No, quédense, hoy tengo deseos de conversar con ustedes, siéntense.

ANTONIO. —Yo tengo que regar lo almácigos, niño.

JUAN CARLOS. —Los regarás luego. Siéntate. Visítenme un rato. Hace tiempo que deseo conversar, de charlar con ustedes. Estoy alegre...

ANTONIO. —Ya lo había notado yo. Eso le estaba diciendo a María.

JUAN CARLOS. —Sí, pero para decir eso no había necesidad de pelearse.

ANTONIO. —Es que esta se empeña en llevarme la contra y, claro, uno tiene que enojarse...

MARÍA. —Tú empiezas molestando y luego no quieres que te diga nada.

ANTONIO. —¿En qué te molesto yo, mentirosa?

JUAN CARLOS. —Tu no debes molestarla, Antonio.

ANTONIO. —Si yo no le hago nada, niño.

MARÍA. —Sí, ahora no haces nada.

JUAN CARLOS. —Veamos; ¿en qué sentido te molesta Antonio?

ANTONIO. —Si son mentiras, niño. O no...

JUAN CARLOS. —Déjala a ella. Luego te daré la palabra. ¿En qué te molesta?

MARÍA. —En todo señor.

JUAN CARLOS. —¡En todo! Con eso no me dices anda. Di algo más preciso. ¿Te ha besado por ejemplo?

ANTONIO. —No, niño; yo nunca la...

JUAN CARLOS. —Déjala a ella. Cuenta, María. ¿Por qué te molesta?

MARÍA. —Es que no hace más que celarme con todo el mundo.

JUAN CARLOS. —¡Ajá! ¿Conque esas tenemos?

ANTONIO. —Son mentiras, niño. Es una coqueta nomás y luego quiere negarlo.

JUAN CARLOS. —¡Bueno, bueno! Basta. Los dos tienen culpa. Ahora, como, castigo, se van a tomar del brazo y van a dar una vuelta por el jardín. ¡Andando! Y a no pelearse, ¿eh?, porque yo los estaré mirando desde acá.

MARÍA. —Tengo que levantar el juego de té, señor.

JUAN CARLOS. —No hay juego que valga. Lo levantarán los dos cuando vuelvan. Tómate del brazo de Antonio ¿no ves que está listo? Eso es, muy bien. ¡Qué linda pareja! Ahora, hasta la vuelta. *(Salen.)*

JUAN CARLOS. —Y, sin embargo, ellos también son felices... Todo sonrío ahora. Pareciera que Adelaida fuese el eje viviente y vivificador del mundo. Una sola palabra suya, basta para cambiar la faz de las cosas y convertir la tristeza en alegría...

DR. RAMÍREZ. —(*Por derecha.*) Dime, Juan Carlos ¿qué es lo que sucede en esta casa?

JUAN CARLOS. —¿Eh? ¿Por qué? ¿Qué sucede?

DR. RAMÍREZ. —Eso es lo que vengo a preguntarte.

JUAN CARLOS. —Pero, ¿qué es lo que hay?

DR. RAMÍREZ. —Precisamente, eso es lo que ignoro.

JUAN CARLOS. —Entonces ¿a qué se debe tu pregunta?

DR. RAMÍREZ. —La causa yo no la sé, pero he visto tres cosas, más propiamente tres situaciones que me han dejado perplejo.

JUAN CARLOS. —¡Explícate de una vez, hombre!

DR. RAMÍREZ. —No te impacientes. La paciencia puede mucho y no hay que agotarla nunca. ¡Oh!, la paciencia es un arma poderosísima. Tan poderosa es, que en situaciones difíciles...

JUAN CARLOS. —Sí, ya lo sé. Dime: ¿qué es lo que te ha dejado perplejo?

DR. RAMÍREZ. —¡Pero, no es para tanto, hombre! No debe extrañarte que yo esté perplejo, pues tú sabes que los hombres de ciencia estamos continuamente perplejos ante las sucesivas relaciones de la Naturaleza. En cambio, a los ignorantes nada los sorprende.

JUAN CARLOS. —¿Hablarás o no, de una vez?

DR. RAMÍREZ. —¡Pero hombre de Dios, eso es lo que estoy haciendo!

JUAN CARLOS. —Francamente, hay días en que estás insoportable.

DR. RAMÍREZ. —Eso me halaga mucho, pues ¿quién te dice que no resultó ser un Súper- ¿Hombre, a la manera de Nietzsche y no quepo, literalmente hablando en la celdilla que me reserve la humedad? Los

genios son importables, y a lo mejor yo... Pero, tú querías saber sí qué me había dejado perplejo al entrar, ¿verdad?

JUAN CARLOS. —Sí.

DR. RAMÍREZ. —Bueno, voy a complacerte.

JUAN CARLOS. —Era tiempo.

DR. RAMÍREZ. —Eres más curioso que una mujer. Te decía que acá debe pasar algo extraordinario porque al entrar por el jardín, vi a Adelaida y a Roberto correteando en él, como dos niños.

JUAN CARLOS. —¿Y eso te ha sorprendido tanto?

DR. RAMÍREZ. —¡Hombre! Ha pasado tanto tiempo sin que lo hicieran... ¿Tú no te habías apercebido?

JUAN CARLOS. —Pero, tú has hablado de tres cosas y solo te has referido a una...

DR. RAMÍREZ. —Tienes razón; me había olvidado. Luego entré por la galería que da al jardín, y me di con Antonio y María, del brazo, tiesos, como dos estatuas paseanderas...

JUAN CARLOS. —¡Ah, sí! Yo les di esa penitencia por haberse peleado.

DR. RAMÍREZ. —¡Tú eres un juez inexorable!... Por suerte no los mandaste a fusilar... ¡ja, ja, ja!

JUAN CARLOS. —No es una pena muy dura, por cierto, pero es la más conveniente para el caso.

ANTONIO. —(*Por derecha.*) Permiso...

JUAN CARLOS. —¿Qué deseas, Antonio?

ANTONIO. —Disculpe niño, pero María no quiere cumplir la penitencia...

JUAN CARLOS. —Déjala por ahora; luego la haremos que cumpla.

ANTONIO. —Está bien, pero no se olvide, Niño (*Sale.*)

JUAN CARLOS. —Sí, pierde cuidado.

DR. RAMÍREZ. —Este sería un carcelero magnífico.

JUAN CARLOS. —Ya lo has visto.

DR. RAMÍREZ. —Todos somos inmejorables mientras hay un interés de por medio. Tú mismo confirmas esta regla.

JUAN CARLOS. —¿Yo?

DR. RAMÍREZ. —Sí, tú. Ha bastado que fueras feliz en el amor, puesto que estás de novio, y contento, para que te olvidaras de tu misión. Nuestros amigos han comentado ya en el café, lo que te está sucediendo.

JUAN CARLOS. —Pero ¿qué es lo que me sucede?

DR. RAMÍREZ. —Hacen ya dos años desde que has escrito unas páginas realmente buenas. La muerte de tu señora madre te hizo producir unos capítulos hermosos que aún no has querido publicar. Desde entonces no has vuelto a escribir nada que valga la pena. Verdaderamente, el sufrimiento es para ustedes los poetas y escritores, el mejor acicate.

JUAN CARLOS. —Entonces... ¿Yo no tengo derecho a ser feliz alguna vez?

DR. RAMÍREZ. —Juan Carlos; yo quisiera saberte inmortal y feliz al mismo tiempo, pero, desgraciadamente esto términos parecen excluirse. A ustedes les sucede lo que a esos políticos que se llaman defensores del pueblo; ni bien satisfacen sus intereses personales, se olvidan de la misión que tienen. Así, ustedes, en cuanto consiguen esa felicidad cómoda pero ínfima, se aburguesan, se hacen rutinarios y descuidan el interés de la sociedad, que es a quien se deben. Tú, por ejemplo, ahora no eres más que un escritor popular y de a tanto el centímetro. Puedes ganar el dinero que quieres, pero, tu obra, tu verdadera obra, no está empezada todavía. Esa es la obra que esperamos, los que sabemos hasta dónde puede llegar. Esto es lo que se comenta de ti.

JUAN CARLOS. —Tú sabes mi querido amigo, que yo necesito de Adelaida para dar a luz esa obra que todos esperamos. Tan solo ella puede darme esa quietud, esa paz interior que dejará libre mi espíritu para concebir lo más sublime que esté a su alcance. Déjenme siquiera este goce y me comprometo a estrujar mi cerebro después, para que dé todo lo que puede exigirse de él.

DR. RAMÍREZ. —Te equivocas, Juan Carlos. Ya has demostrado que Adelaida te absorberá por completo. Nosotros te hemos perdido para siempre. Eras la esperanza mayor, en el mundo de las letras; pero ¿qué hacer?, te empeñas en huir del pináculo en que todos queremos colocarte...

JUAN CARLOS. —Alejandro, mi gran amigo, ¿es necesario que tú me comprendas! Nunca me alejaré de ustedes, ni mi obra será menos grande porque sea feliz. Al contrario; Adelaida me colmará de energías para seguir adelante... Y estas cosas yo quiero explicarles a nuestros amigos... Quiero decirles que no me juzguen mal; que esto, por decirlo así, en un estado de génesis.

DR. RAMÍREZ. —Es mejor que no les digas nada. Todos los espíritus selectos de nuestro círculo, han vestido de luto por tu ida y todos tus amigos hemos hecho votos por que al menos seas feliz en la rutina.

JUAN CARLOS. —Yo iré allí y les explicaré a todos y a cada uno, que soy el mismo, que nada nos separa ni puede separarnos nunca y si les disgusta que por ahora gane dinero y sea feliz, son unos egoístas embrutecidos; que son indignos de mi amistad y que tengo un refugio superior al que ellos me puedan brindar; mi Adelaida. Vamos.

DR. RAMÍREZ. —Te aconsejo que no vayas. Estás muy excitado y puedes provocar escenas violentas que van a desilusionarte aún más.

JUAN CARLOS. —No pasará nada, Vamos.

DR. RAMÍREZ. —Te repito que no conviene que vayas.

JUAN CARLOS. —Yo te repito que no pasará nada. Si no me acompañas, iré solo.

DR. RAMÍREZ. —Ya que te has empeñado en ir, te acompaño; pero tenlo por seguro que vas a arrepentirte.

JUAN CARLOS. —No importa. Vamos (*Salen.*)

MARÍA. —(*Con Antonio.*) Yo no sé, pero el señor Juan Carlos lo ha dispuesto así.

ANTONIO. —Sí, pero es la última vez que lo hago, porque yo soy jardinero y no mucamo.

MARÍA. —A mí no me digas nada. El señor Juan Carlos ordenó que los dos levantásemos el juego de té.

ANTONIO. —Precisamente por eso lo hago ¿O crees que es un pretexto para estar contigo?

MARÍA. —(*Dándole una bandeja.*) ¡Toma!

ANTONIO. —Claro que, si tú me lo hubieras pedido en buena forma, te hubiera ayudado lo mismo...

MARÍA. —¡Ah! ¿Sí?

ANTONIO. —Sí, porque yo no sé si te habrás dado cuenta que yo, a pesar de que nos peleamos, no te guardo rencor...

MARÍA. —¿Ajá? Me alegro.

ANTONIO. —No, al contrario. Yo siento... este... yo siento...

MARÍA. —¡Ah! Sí, yo siento mucho...

ANTONIO. —¡Eres estúpida a carta cabal!

MARÍA. —¿Por qué?

ANTONIO. —¡Y todavía me lo preguntas! ¡Y con ese aire de inocencia fingido que irrita!

MARÍA. —Francamente, eres incomprendible.

ANTONIO. —Y tú eres cínica hasta rabiar. Es mejor que me vaya porque estoy perdiendo la paciencia y...

MARÍA. —¿Y qué?

ANTONIO. —¡Y terminaré por darte una bofetada! ¡Eso!

MARÍA. —No creí que fueras tan cobarde.

ANTONIO. —¿Por qué? ¿Porque no te pego?

MARÍA. —No; no creí que lo intentarás.

ANTONIO. —Yo no creí que te hiciera tanta falta. Por ahí vienen los niños, nos retiremos (*Salen por izquierda.*)

ADELAIDA. —(*Por derecha con Roberto.*) Me he fatigado un poco.

ROBERTO. —Claro, corretear así, casi con desesperación, es un ejercicio demasiado violento.

ADELAIDA. —Más que por ejercicio, lo hice por recordar.

ROBERTO. —¿Por recordar?

ADELAIDA. —Sí.

ROBERTO. —¿Tu infancia, tal vez?

ADELAIDA. —Exactamente.

ROBERTO. —Pero no había necesidad de fatigarse tanto.

ADELAIDA. —Así era más vivo el recuerdo.

ROBERTO. —No veo la necesidad...

ADELAIDA. —Tú eres insensible a los recuerdos.

ROBERTO. —Quizás.

ADELAIDA. —Si, así es. Para ti, lo infantil es ridículo; para mí es sublime. Disentimos profundamente.

ROBERTO. —Lo siento; aunque te advierto que exageras un tanto, pues yo nunca he dicho tal cosa.

ADELAIDA. —Pero has dejado entrever que así lo piensas.

ROBERTO. —En realidad, nunca me detuve a pensar en mi infancia. Por otra parte, no creo que sea tan importante hacerlo.

ADELAIDA. —Sin embargo, de allí es que arranca la senda que seguimos a través de toda una vida.

ROBERTO. —No creo en la trascendencia de un período confuso e instintivo como lo es la infancia.

ADELAIDA. —Precisamente, por eso es importante. Ella está libre del egoísmo, la ficción, la maldad, que adquirimos después. Además, no es ese período en sí, lo que recordamos, es todo lo que encierra, todo ese contenido multicolor, pero brumoso a primera vista. Eso es la infancia.

ROBERTO. —Entiendo que puede ser grato su recuerdo cuando hay un pasaje feliz que se haya grabado en la memoria; de lo contrario sería inoficioso.

ADELAIDA. —Entonces ¿tú no tienes ningún pasaje que te sea grato recordar?

ROBERTO. —Tengo muchos que son hasta agradable; pero tanto como para decidir mi destino, o estar pendiente de ellos, no.

ADELAIDA. —Dime, Roberto: ¿qué pensaste al saber que iba a casarme con Juan Carlos?

ROBERTO. —En verdad, tú pregunta...

ADELAIDA. —Es extemporánea ¿verdad?

ROBERTO. —No, si no que... Bueno, estamos haciéndonos confidencias.

ADELAIDA. —Sí; cuéntamelo como una confidencia.

ROBERTO. —Pareciera que tienes algún interés particular, en saberlo.

ADELAIDA. —Más que interés, curiosidad.

ROBERTO. —Se justifica: eres mujer.

ADELAIDA. —Y se trata de mí. Pero, no evites la respuesta.

ROBERTO. —No; si iba a responderte. Me habías preguntado... si qué pensé cuando supe que te ibas a casar con Juan Carlos, ¿verdad?

ADELAIDA. —Sí.

ROBERTO. —Bien; este... Aunque nunca lo haya dicho, no me pareció bien que ustedes se casaran. Te lo digo ahora porque ya no hay motivo para ocultarlo, puesto que se casarán igual.

ADELAIDA. —¿No te pareció bien? ¿Tendrías celos, quizás?

ROBERTO. —¿Celos? No...

ADELAIDA. —¿No?

ROBERTO. —¿Por qué iba a tener celos?

ADELAIDA. —No sé.

ROBERTO. —Te dije que no me pareció bien que se casaran, porque yo te quería como una hermana y para hermana, y deseaba que a Juan Carlos le hubiese sucedido igual, Pero, pasó el tiempo y me acostumbré a pensar que serías igualmente mi hermana casándote con él. Además, en ese entonces, yo ya estaba de novio con Beatriz.

ADELAIDA. —Es verdad. Yo decía, porque alguna vez oí decir que hasta una madre tiene celos de sus hijos...

ROBERTO. —Y, puede ser; por mi parte, ya te dije lo que pensaba. Pero... ¿estás llorando?

ADELAIDA. —No hagas caso de mis lágrimas. Algunos recuerdos o algunas confidencias me entristecen, y... el llanto es un consuelo al menos.

ROBERTO. —¿Te vas?

ADELAIDA. —(*Contemplando el jardín.*) En cada rama, en cada hoja, en cada flor hay un recuerdo. Y mi alma gira en torno de ellos como una luciérnaga que revolotea en la luz de una bujía, sabiendo que en ella encontrará su muerte...

ROBERTO. —Si el jardín te ha entristecido, no lo mires, Adelaida.

ADELAIDA. —(*Sin escucharle.*) Nuestras vidas son como dos largas sendas paralelas que nunca se pueden abrazar y confundirse hasta morir en lejanos horizontes... Te ruego me perdones, Roberto, por haberme puesto triste.

ROBERTO. —No hay ningún motivo de perdón. Yo me imagino, y es muy razonable pensar que tu próximo enlace te tiene preocupada, nerviosa.

ADELAIDA. —¡Oh! ¡Si tan solo fuera eso!...

ROBERTO. —¿Y qué más puede ser? ¿Acaso algún secreto...?

ADELAIDA. —Llámale como quieras, pero no me preguntes nada.

ROBERTO. —¿Es algo tan íntimo, que no puedes confiármelo?

ADELAIDA. —Sí, muy íntimo.

ROBERTO. —Nunca había notado que tuvieras alguna tragedia o algo parecido.

ADELAIDA. —Las tragedias más grandes son ocultas casi siempre.

ROBERTO. —Adelaida, tu no debes tener secretos para conmigo. Recuerda que siempre hemos sido confidentes. Nada nos hemos ocultado nunca. Lamento mucho que hora no me tengas confianza ya.

ADELAIDA. —No; no es que no quiera confiarte, sino que...

ROBERTO. —¿Qué? ¡Cuéntame, Adelaida, cuéntame!

ADELAIDA. —¡No, Roberto! ¡No puedo, no debo decirte nada...!

ROBERTO. —¡Cuéntame, por Dios, Adelaida! Yo te juro que haré lo indecible para remediar tu mal.

ADELAIDA. —No. Al contrario; prométeme que no harás nada.

ROBERTO. —Eso no es posible. No puedo prometerme eso.

ADELAIDA. —Entonces, yo no puedo confiarte nada.

ROBERTO. —Pero dime: ¿de qué se trata? ¿No peligras tú, ni nadie?

ADELAIDA. —No; se trata de algo que nada puede hacerse ya. Nadie peligrará mientras no intentes hacer nada por evitar lo irremediable. Con esto, puede prometerme lo que te pida, si confías en mí.

ROBERTO. —Bien; te lo prometo.

ADELAIDA. —Pero antes debes responder a algunas preguntas.

ROBERTO. —Pregunta.

ADELAIDA. —Tú estás de novio y piensas casarte con Beatriz, ¿verdad?

ROBERTO. —Sí.

ADELAIDA. —Tú amas a Beatriz y estás seguro de que ella también te ama, ¿verdad?

ROBERTO. —Sí.

ADELAIDA. —Bien. ¿Por ninguna mujer del mundo podrías dejar a tu novia?

ROBERTO. —Por ninguna.

ADELAIDA. —Cuarta y última: Tú, cuando eras niño ¿no has tenido ningún amor o afecto por alguna mujer?

ROBERTO. —En verdad, no recuerdo; como no sea el afecto que tuve siempre por ti. Pero, supongo que no me preguntas eso, pues ha sido siempre un cariño de hermano, si así puede llamársele.

ADELAIDA. —Un cariño de hermano...

ROBERTO. —Claro. ¿Acaso no fuimos como hermanos?

ADELAIDA. —¡Feliz de ti! Yo, en cambio, no pude amarte nunca como hermano.

ROBERTO. —¿Y entonces?

ADELAIDA. —¡Yo te amé con amor! ¡Con ese amor enorme por lo grande y lo callado, y que al fin se convierte en heroísmo!...

ROBERTO. —¡Adelaida! ¿Tú me amabas a mí?

ADELAIDA. —Sí, Roberto. Cuando muy niños aún, eras el único fin de mis juegos; después, adolescentes ya, eras mi príncipe azul y cruel por lo ingrato; después... después mi amor imposible, y ahora... un recuerdo agradable, como tu dirías...

ROBERTO. —¡Adelaida; mi casta hermanita! ¿Por qué sufrías sin decirme nada?

ADELAIDA. —¿Para qué, Roberto? Yo esperaba resignadamente que sucediera lo que debía suceder.

ROBERTO. —¡Y yo, como un imbécil, buscaba en los roces de la calle, el placer y la experiencia, mientras en mi propia casa moría de nostalgia la verdadera felicidad y el sosiego mejor!

ADELAIDA. —Paciencia, Roberto. Así como esta, la vida tiene tantas burlas sangrientas, que debemos esperarlo todo.

ROBERTO. —¡Ciego, infatuado con mi precoz experiencia, iba a lanzarme a la vida, lleno de ilusiones, seguro de mi saber, como un lobo de mar junto al timón de su barco! ¡Qué ruda lección me has dado, Adelaida...!

ADELAIDA. —Perdóname, Roberto. Sé que no debía contarte nunca mi secreto, pero soy débil y no podía callarlo más.

¡Me quemaba el alma! Sufría más aún al ver que yo sola tenía que soportar mi dolor, sin poder confiárselo a nadie; sin que nadie pudiera decirme una palabra de consuelo. ¡Era demasiado para mí, Roberto...!

ROBERTO. —¡Perdonarte yo, que soy el culpable de todo lo que ahora te sucede! ¡No, Adelaida, se impone una solución distinta! Dime: ¿Juan Carlos no sabe nada?

ADELAIDA. —Nada; ni debe saberlo nunca.

ROBERTO. —¡Pero, no es posible! Juan Carlos no permitirá semejante crimen. Es preciso que lo sepa, Adelaida.

ADELAIDA. —No; sería matarlo. Déjame a mí; ya podré soportarlo todo, pues sé que al menos tú me compadesces.

ROBERTO. —Y que no hice nada por salvarte.

ADELAIDA. —Eso he de agradecerte siempre.

ROBERTO. —Sí; es necesario que yo se lo diga; y si consiente aún en casarse contigo, es indigno de ser tu esposo y yo no lo permitiré, como lo oyes, no lo permitiré.

ADELAIDA. —¡Detente! ¡Escúchame! Aún no he dicho todo. Eso fue lo que sentí. Después, aquel amor, aquella idolatría, con el tiempo, que todo lo borra, fue perdiendo intensidad, hasta que hoy se ha convertido en una indiferencia compasiva...

ROBERTO. —No trates de engañarme. Tú me amas aún.

ADELAIDA. —¡Mientes! Lo que tú quieres es disputarme tan solo, por ese amor propio animal de todos los hombres...

Además, ¿con qué derecho vas a disputarme?

ROBERTO. —Con el de tu amor.

ADELAIDA. —¿De qué amor? ¡Si yo te odio! ¿Comprendes? ¡Te odio! He creído hasta ahora que te amaba, pero he visto que no eras más que un medio de entretenimiento para mí. Eras demasiado poco; por eso jugaba al ideal contigo como una niña juega a la madrecita con muñecas. Hoy solo quise probar tus sentimientos. El dinero y el amor son medios infalibles para probar al hombre...

ROBERTO. —¡Adelaida!

ADELAIDA. —...Y así, puse al descubierto toda tu vileza; ¿Dónde está tu agradecimiento? ¿A quién, sino al que ibas a matar con el veneno de tu alma le debes todo lo que eres? ¡Dios mío! ¿Será posible que seas tan canalla?

ROBERTO. —Si amarte es ser canalla, yo soy el canalla más grande que pueda concebirse.

ADELAIDA. —No pretendas justificarte, ahora.

ROBERTO. —No es eso; yo estoy seguro de que me amas y no alcanzo a comprender el porqué de tu actitud.

ADELAIDA. —No comprendes porque jamás tuviste un sentimiento noble... ¡Hazme el favor, déjame sola; necesito estar sola!

ROBERTO. —¿Para meditar?

ADELAIDA. —Nada tengo que meditar.

ROBERTO. —Te engañas. Pero... te dejaré sola. (*Por derecha.*)

ADELAIDA. —¡Señor de los cielos: Tu que eres el refugio supremo de las almas; tú que eres la paz del moribundo, la quietud inefable de los muertos, el último fin de la bondad; tú que eres consuelo y esperanza; tú que siembras valor en la desgracia del que sufre, ayúdame a ser fuerte hasta el final...! Puesto que ni el consuelo de morir me queda, no me abandones a mis propias fuerzas- Si es mi destino el de ser humilde pedestal de Juan Carlos, no permitas que me vea ni un solo signo de flaqueza. No te pido más. Estoy dispuesta a sacrificarlo todo por él, a causa de los buenos sentimientos que pusiste en mi pecho. No me quejo; pero déjame siquiera preguntarte si por qué me hiciste buena. ¿Para qué me diste el soplo de vida que me alienta, si también habías de poner en mi pecho la bondad, la gratitud y el afán del sacrificio? ¿Por qué no me hiciste mala y egoísta? ¿Por qué cuando abrí los ojos en la vida me dijiste: “sufre”, pudiéndome haber dicho: “sé mala”? ¿Por qué, señor; por qué? ...Y sin embargo es preciso callar.

ROBERTO. —Adelaida.

ADELAIDA. —¿Qué deseas?

ROBERTO. —No te enfades, ya; vengo a decirte adiós.

ADELAIDA. —¿Te marchas?

ROBERTO. —Sí. A tu lado voy a traicionarme. Temo que no tenga fuerzas.

ADELAIDA. —Es mejor así. Dejemos a un lado este amor imposible, tal vez pasajero, y vivamos cada uno su destino.

ROBERTO. —¡Vivamos...! Pasarán los días, los años enteros, como una larga cadena de suplicios, pero, eso no será vivir.

ADELAIDA. —Un largo viaje te hará mucho bien.

ROBERTO. —Adelaida: tengo un presentimiento de que no he de verte nunca más.

ADELAIDA. —Todo es posible ya. Es mejor que partas.

ROBERTO. —¿Estás segura de que nunca vas a arrepentirte?

ADELAIDA. —Tengo la plena certeza.

ROBERTO. —Entonces, debo irme... No me guardes rencores, Adelaida. Tú serás para mí como el recuerdo lejano de un ensueño inalcanzable.

ADELAIDA. —Yo, desde lejos te amaré sin temor, como se quiere y se venera la tumba de un amor adolescente...

ROBERTO. —¡Adelaida, yo moriré si tu deseas, pero no me dejes partir!

ADELAIDA. —Prefiero que partas.

ROBERTO. —Morirse lejos es más triste aún...

ADELAIDA. —¡Valor, Roberto! El tiempo y la distancia cubren todos los recuerdos.

ROBERTO. —Que Juan Carlos no sepa nunca nada; que todo quede entre nosotros como un sueño terrible.

ADELAIDA. —Adiós...

ROBERTO. —Adiós... ¡mi perdida esperanza; para siempre ya! (Se abrazan.)

JUAN CARLOS. —(Entra con la cabeza baja, preocupado.) ¡¡Adelaida!!!... ¡Tú también...!

ADELAIDA. —¡Juan Carlos! ¡Perdón, padre mío!... ¡Dios mío! ¿Por qué has permitido esto? ¡No me abandones, Señor; no me abandones!... (Huye por derecha.)

ROBERTO. —¡Mátame, Juan Carlos! ¡Mátame! ¡Yo tengo toda la culpa!

JUAN CARLOS. —(Con voz dolorida.) ¿Matarte? No mi buen hermano; recién comprendo lo que antes no pude o no quise comprender. Tenía tanto miedo de perderla, que siempre ahuyenté los pensamientos razonables, cual si fueran esos sueños horribles que nos dejan sin aliento, algunas veces. Así había dado rienda suelta a

la pasión tan solo y ahogué la voz de la conciencia. Y ahora, como la flor de las higueras: un amor que vivió una noche y al claror del alba se marchita y muere...

ROBERTO. —¿Así es que aún tienes el valor de perdonarme?

JUAN CARLOS. —¿Perdonarte? ¡Bah! Llévala. Si los cuerpos estuvieron cerca, las almas no pudieron encontrarse nunca; yo, con febril vehemencia buscaba la ansiada compañera, y ella estaba lejos, velando tu insomnio, quizás...

ROBERTO. —No, Juan Carlos; sería demasiado. No puedo aceptar un sacrificio tan enorme.

JUAN CARLOS. —No es sacrificio, Roberto.

ROBERTO. —Sí ¡yo sé lo que es! ¡Antes morir mil veces, que matarte así!... *(Se oye un tiro de revolver.)* ¿Qué es eso?... ¿Será posible...? *(Sale corriendo por derecha.)*

JUAN CARLOS. —¡Adelaida...! ¡No!... ¡Tiene que vivir! ¡Mentira! ¡No es posible...!

ROBERTO. —¡Ha muerto!

JUAN CARLOS. —¿Ha... muerto?...

ROBERTO. —¡Sí! ¡Y tú la has matado! ¡Asesino! ¡Tú la has matado! ¡Tú! *(Lo sacude mientras grita; luego le da un empujón y sale por izquierda.)*

JUAN CARLOS. —...Ha muerto... Es extraño, pues el ritmo de la vida continúa. Y la luz del día no se apaga. Y yo existo aún... Es extraño. No puede ser... *(Lentamente sale por derecha.)*

DR. RAMÍREZ. —*(Con Roberto.)* Pero ¿es posible?...

ROBERTO. —¡Sí, Doctor, es cierto!

DR. RAMÍREZ. —Pero, ¿por qué motivo?...

ROBERTO. —¡Sálvela, Doctor! Acá está, en su pieza... *(Salen por derecha.)*

ANTONIO. —*(Trayendo del brazo a María que llora.)* ¡Pobre niña Adelaida! Y hasta hace un rato, andaba jugando en el jardín. ¡Lo que es la vida!

MARÍA. —¿Quieres soltarme el brazo, alguna vez?

ANTONIO. —Bueno; por eso no me insultes. Y ahora ¿cuándo podremos dar la vuelta del brazo, en el jardín?

MARÍA. —¡Nunca! (*Sale por izquierda.*)

ANTONIO. —(*Siguiéndola.*) ¿Ya no recuerdas que el niño Juan Carlos te ordenó? ¿Eh?

JUAN CARLOS. —(*Vuelve anonadado, contraído; presa de un profundo abatimiento.*) ¡Señor, si los ruegos de un alma que dudara siempre de tu poder, llegan hasta vos, deja que su llanto de amargura y compasión borre la llaga pestilente de tu ser que se encarna en la miseria de un mundo innecesario y decrepito, para que rueden los astros contentos de una caída final, que ansían todos los seres conscientes! ¡Si la creación de la vida pudo ser elucubración de tu cerebro enfermo de egoísmo vanidoso, caigan sobre ti, como eterna lluvia de mercurio candente los “ayes” y maldiciones de la pira humana que se debate en el barro miserable de tu obra...! ¡Bestia sanguinaria, si la negra caverna de tus fauces necesita pasto, devora mi cuerpo ya insensible a los dolores, pero deja en el fétido pantano de este mundo, la perfumada flor de la inocencia como débil asidero de lejanas esperanzas...! ¡Adelaida; mi dorado sueño! Sin ti la vida no tiene sentido ni razón de ser. Ya nada tiene encantos; solo queda esa calma doliente que sucede a los grandes cataclismos. ¡Muerta...! Pero ¿cómo es posible que muriendo ella, que es la encarnación de la vida misma, quede todo esto palpitando de existencia? ... Y las horas como un fúnebre cortejo pasarán por la vida...

Roberto entra lentamente y se pone a contemplar el jardín a través de la ventana. Solloza.

JUAN CARLOS. —La vida... ¿qué fin tiene la vida, si no es más que un proceso consciente de perenne putrefacción? ¿Será un paréntesis fatal y doloroso de un continuo morir, y la muerte un momento lúcido en eterno vivir? ¡Y yo mismo! ¿Qué soy? ¿Seré la sombra de un lejano cuerpo, o seré ese cuerpo de lejana sombra? ... Sí; tan solo ella que ya se libró de la vida puede responderme todo (*Se dispone a salir por derecha, pero ve a Roberto que está de pie, alumbrado apenas por la escasa luz que penetra por la ventana. Obsesionado, Juan Carlos, cree ver a Adelaida y lanza un grito estridente de miedo y de alegría. Luego de una pausa, continua, enajenado mentalmente ya.*) ¡Adelaida...!

ROBERTO. —¡Juan Carlos!

DR. RAMÍREZ. —¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Juan Carlos; amigo mío; valor! ¡Sufre, pero salva tu cerebro!

JUAN CARLOS. —He soñado una vida lejana en que todos morían...

DR. RAMÍREZ. —No queda ninguna esperanza; es en vano todo... ¡Pobre amigo mío! ¿Por qué habrás sido así, tan sensible?

JUAN CARLOS. —Adelaida mía...


ROBERTO. —¡Juan Carlos, mírame, soy yo, tu hermano...!

JUAN CARLOS. —...Ya nunca más dormiré, para no soñar...

TELÓN

OBRA REUNIDA

Impreso en 2023 / Primera edición INTeatro



“No ha dado nuestra provincia otro creador que haya mamado más directamente en esa fuente de sueños realizados —un escenario— para hacer su obra. Víctor María Cáceres marcó con su destino a toda una generación de actores riojanos y también a un público que había empezado a crecer teatralmente con él. Es mérito suyo la afirmación de nuestra escena, le dio un estilo, una personalidad, poniendo siempre el vértice del tan mentado universalismo, en el hombre de nuestra tierra, asumiéndose como tal al hurgar en las raíces de un estilo de vida provinciano que ya estaba en crisis y a punto de dar vuelta las páginas de su propia historia. Supo que el teatro deja de pertenecer a un pueblo cuando no surge de sus propias vísceras; por eso dejó que el pueblo llegara al escenario. Manejó con oficio lo anecdótico popular volviéndolo trágico a través de los códigos del naturalismo y el realismo, que eran y son tan apreciados por antiguas y nuevas generaciones de espectadores”.

César Torres

*Fragmento extraído del prólogo a
El Teatro de Víctor María Cáceres (1988).*